ESCANDALOSAS

80 mujeres de armas tomar

SUSANA PEIRÓ

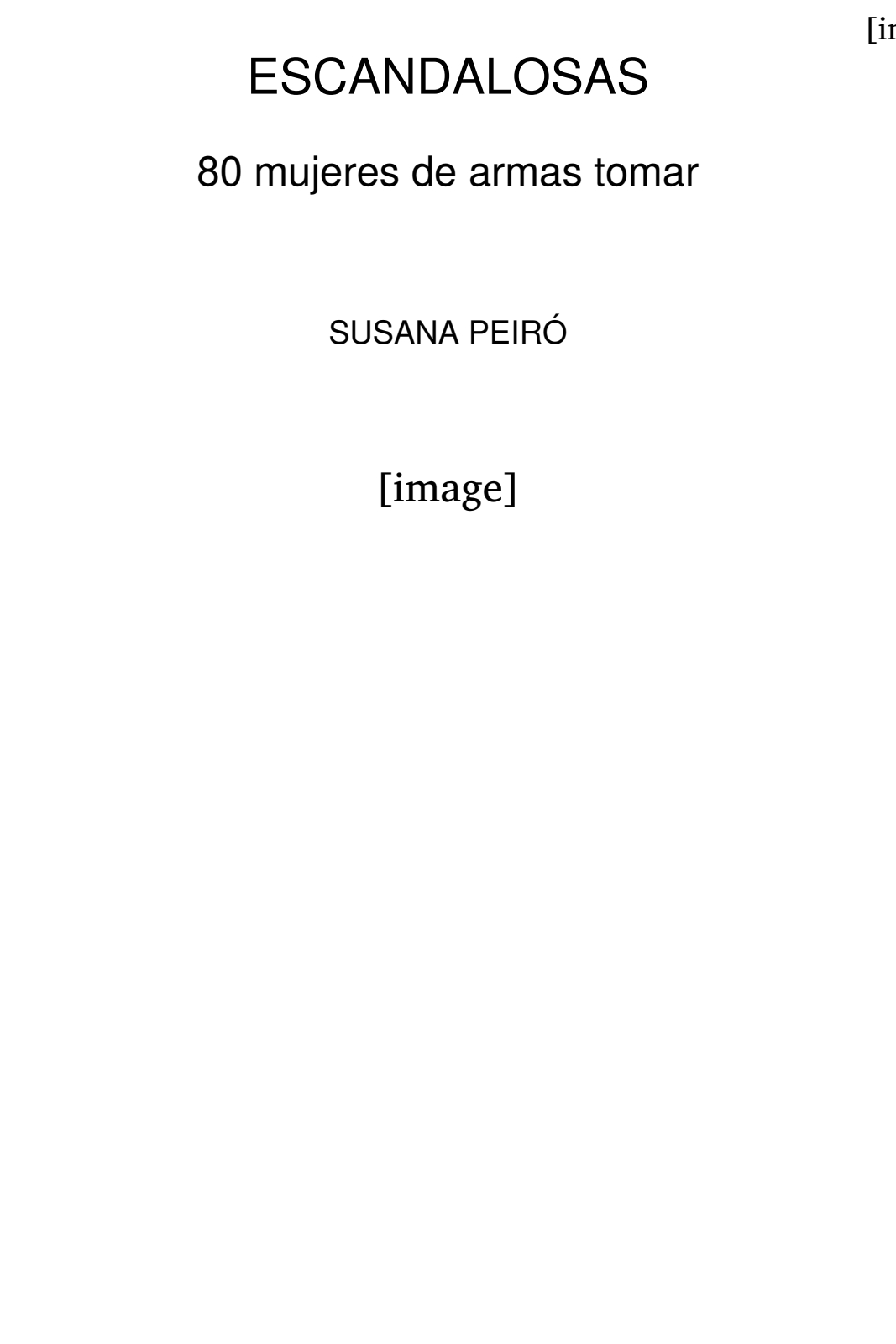
EDICIONES CASIOPEA

[in

ESCANDALOSAS

80 mujeres de armas tomar

SUSANA PEIRÓ



Escandalosas, 80 mujeres de armas tomar

© Susana Peiró, 2018

ISBN: 978-84-949354-9-7

Imagen de cubierta: Gloria Swanson, fotógrafo Daniel Blum

Maquetación: Diana Fernández Tascón

Reservados todos los derechos.

“…y que no temieran”
(And ne forhtedon na)

Parte de un antiguo poema que conmemora la batalla de Maldon en el 991, una arenga antes de entrar en batalla.
Palabras que figuran en la tumba de Jorge Luis Borges.

“Brynhild, caminas como si quisieras que entre los dos hubiera una espada en el lecho”

Borges

Presentación

Son Escandalosas, 80 Mujeres de armas tomar que desafiaron los convencionalismos, se saltaron a la torera las normas, los impedimentos, escandalizaron, provocaron, entusiasmaron, enamoraron, sedujeron… mujeres unidas por un mismo denominador: la osadía.

Son 80 artículos, miradas, instantáneas de mujeres que no nacieron, se hicieron a sí mismas singulares y diversas. La meretriz poeta, la sultana, la sufí, la samurái, la *cherokee*, la escritora budista que creó su propio monje fantasma, la estafadora del siglo, la asesina serial, la profetisa, la hiena de la Gestapo, la impostora histrionisa, la descarriada, la vengadora que se convirtió en santa, la perra filósofa y primera feminista de la historia, la mesalina, la avara, la exploradora que vivió entre caníbales, la monja lesbiana, la diosa de la noche, la científica desnuda, la espía que se amó, la vikinga, la espiritista, la travesti, la detective, la reina barbuda, la guerrera…

Son 80 serendipias, encuentros casuales y por momentos coloridos con féminas que lograron ser “ellas mismas”, sin pensar en los juicios de la gente ni el alboroto a su alrededor, forzando los extremos, en muchos casos, hasta llegar a polémicas incendiarias que duran hasta la actualidad.

Son, también, 80 invitaciones a la investigación sobre estas mujeres con historia y esas muchas, muchas otras vidas femeninas que aún esperan ocupar el lugar que les corresponde, para bien y mal y siempre por derecho propio, en la memoria de la humanidad.

Susana Peiró, octubre 2018

Índice

1. Aimèe Crocker.
2. Alexandra David-Néel y su monje fantasma.
3. Alla Nazimova y el Círculo de Costura.
4. Anaïs Nin, una mujer sensual.
5. Anita Berber, Göttin der Nacht.
6. Anne Lister y sus diarios secretos.
7. Atotoztli II, la reina azteca.
8. Ayn Rand, la egoista.
9. Belle Gunness, asesina en serie.
10. Bertha Benz, Die heimliche Fahrt.
11. Betty Pack, Licence to Love.
12. Christine Keeler, Pretty Woman.
13. Clara Immerwahr y el Veneno de Dios.
14. Elena Ceauşescu.
15. Evelyn Nesbit, la primer Top Model.
16. Florence Leontine Lowe ó Florence Lowe Pancho Barnes.
17. Frances Farmer, el fuego.
18. George Sand.
19. Gerda Taro.
20. Gloria Swanson.
21. Gudrid, la Vikinga (Gudrid Þorbjarnardóttir).
22. Hannah Arendt, la discípula.
23. Haseki Hürrem, la Sultana.
24. Hatshepsut Jenemetamón, la reina barbuda.
25. Hedy Lamarr, la inteligencia desnuda.
26. Henriette Caillaux y el «Crimen Perfecto».
27. Hetty Green, la avara.
28. Hiparquía de Maronea.
29. Jacqueline Susann.

30. Jerrie Cobb y las «Mercury 13».
31. Kate Warne, el sabueso de los Pinkerton.
32. Katie Sandwina, the Iron Woman.
33. Kitty Schmidt, la Madama.
34. Krystyna Skarbek, al Servicio Secreto de su Majestad.
35. La "Agente 355".
36. La encantadora de números- Ada Byron.
37. La Emperatriz Wu Zetian y el próximo Buda... una Mujer.
38. Lady Jennie Spencer-Churchill, la Pantera.
39. Lady Montagu.
40. Las "Radium Girls" y el asesino radioactivo.
41. Las Espiritistas: Maggie y Kate Fox.
42. Las Flappers.
43. Las Impostoras I: Mary Carleton.
44. Las Impostoras II: Mary Baker.
45. Las Piratas.
46. Margaret Moth.
47. María Bochkareva, los batallones femeninos de la muerte.
48. Maria Luisa de Austria, la percanta que amuró a Napoleón.
49. María Teresa de las Mercedes Wilms Montt.
50. Marie Bonaparte y el psicoanálisis.
51. Marina Tsvietáieva.
52. Mary Kingsley, la exploradora.
53. Maud Gonne y su Poeta.
54. Murasaki Shikibu y el Genji Monogatari.
55. Nachthexen, las Brujas de la Noche.
56. Nancy Astor, The Femme MP.
57. Nancy Cunard, la indignada.
58. Nancy Wake, Ratón Blanco.
59. Nancy Ward, la cherokee.

60. Olga de Kiev, la vengadora.
61. Peggy Guggenheim, la moderna.
62. Rabi'a al-Adawiyya, la sufí.
63. Reclutada por la KGB- África de las Heras Gavilán.
64. Sor Benedetta Carlini.
65. Stella Walsh, The Lost Identity.
66. Stephanie Julianne von Hohenlohe, la espía del Führer.
67. Suzanne Valadon.
68. Tamara.
69. Téano de Crotone y las Pitagóricas.
70. Thérèse Humbert, la estafadora del siglo.
71. Tomoe Gozen.
72. Triệu Thị Trinh, la guerrera y santa vietnamita.
73. Ursula Sontheil, la profetisa.
74. Valeria Mesalina.
75. Verónica Franco.
76. Victoria Claflin Woodhull.
77. Violette Morris, la campeona.
78. Virginia Oldoini, condesa de Castiglione.
79. Yang Huanyi, la última palabra.
80. Zofia Nalkowska, la "przyjaciółka" de Schulz y Gombrowicz.

Aimée Crocker

A fines del siglo XIX, en Estados Unidos, el escándalo tenía nombre de mujer. Tatuajes, pelo púrpura, una boa en el cuello, fiestas extravagantes, perlas, Budas, una abarrotada colección de maridos y amantes, aventuras en los confines del mundo y todo lo que el dinero podía comprar se mostraban en la vidriera de su vida y en los titulares de los diarios. Con el mundo a sus pies y una herencia de doscientos cincuenta millones de dólares en la cartera, Aimée Crocker celebró su buena fortuna saltándose a la torera todas las convenciones y escribiendo su *Y lo haría de nuevo*, por si alguien se atrevía a dudar.

***

Toda la infancia de Aimée parece detenida en ese 1875, cuando su padre, el magnate Crocker, uno de los *cuatro grandes* del Ferrocarril Pacífico Central partió de este mundo dejando a sus hijos una inmensa riqueza y convirtiendo a la niña de once años en millonaria. A partir de ese momento, el bello retoño de esa familia acaudalada, no se enteraría jamás del precio del pan y se alejaría para siempre de las preocupaciones de los simples mortales.

Los planes para la heredera incluían formación cultural en el extranjero y un buen marido con título nobiliario y sólida fortuna, que mantuviera a distancia a los aventureros y buscavidas. La primera parte del proyecto familiar anduvo sobre rieles y Aimée consiguió terminar sus estudios en Alemania; los problemas comenzaron cuando la madre le impuso el compromiso con un príncipe alemán bigotudo que ya pintaba canas. La joven despachó al noble rápidamente y se fue de parranda con un torero español, dejando

claro quién controlaba su vida y la aventura.

Antes de los veinte años, Crocker ya había estrenado su primer marido y también sus primeros escándalos matrimoniales y para sacudirse el conflictivo divorcio y la mala onda, emprendió un relajante viaje por el lejano Oriente. Su primera escala fue en Hawai donde, recordaría luego en sus memorias, el rey Kalākaua se enamoró perdidamente de sus ojos, tanto que le regaló una de sus islas y también un título oficial: princesa Palaikalani, «la dicha del cielo». La dicha como tal no duró demasiado y después de algunos meses de practicar el *hula-hula* y tomar románticos baños de luna, Crocker se aburrió, plantó al monarca y siguió viaje al otro lado del mundo.

Había conseguido un compañero de correrías, Gillig, mezcla de prestidigitador, cantante de ópera y marino, y a veces con él y otras veces sola, Aimée se embarcó en las hilarantes aventuras que cuenta en su autobiografía, incluyendo un escape cinematográfico en Borneo, la vez que quisieron envenenarla en Hong Kong o asesinarla en Shangai, sus tres semanas completas en el harén del maharajá Bhurlana… Lugares exóticos y personajes de novela: un tipo medio salvaje de las islas Sandwich, un joven oficial inglés de Oxford, un barón japonés, un príncipe chino, un cazador de cabezas dyak parcialmente domesticado que la raptó en la jungla… De todos sus relatos quizás el más sentido sea el referido a su estancia en una cueva en Pune, Maharashtra, donde habría experimentado el *kaivalya* con sus maestros de yoga. Aimée, que siempre había tenido una vena mística, abrazó el budismo con pasión y se lo llevó a casa junto con un violín chino y una boa constrictor de treinta kilos.

De vuelta en Nueva York, y sin tiempo que perder, transformó todo su piso de la calle 56 con la decoración típica de Oriente y abrió un templo budista para sí misma y todas sus amistades. Estaba convencida de que ella, nacida y criada en Estados Unidos, era la única que había sabido conjugar el misticismo de Oriente con el materialismo práctico del mundo occidental. Sus veladas con extraños ritos, humaredas y serpientes dando vueltas espantaron a varios de sus invitados, provocaron el desmayo de otros y la convirtieron en una excéntrica nacional.

Crocker siguió alimentando titulares en los diarios con sus romances, sus matrimonios —cinco en el mundo occidental y al menos una decena «bajo otras leyes»—, sus hijos, siempre expuestos a la prensa, y sus carismáticos amigos, como el tenor italiano Enrico Caruso. De vez en cuando se reunía con Oscar Wilde y jugaban a ver

quién de los dos era capaz de beber más, aunque el escritor irlandés perdía siempre la apuesta.

Lujo asiático, estilo de vida frenético y lascivo y su amistad con artistas, maharajás, senadores y bailarinas de Broadway le valieron el título de Reina de la Bohemia. Después de revolucionar la Gran Manzana, Crocker vivió en París por varios años, casándose y divorciándose de príncipes rusos y hombres mucho más jóvenes que ella. ¿Su secreto? Ella misma lo explicó: «Hace mucho tiempo descubrí el secreto de la eterna juventud, y es por eso que hoy me siento tan joven como hace años». Y también: «El amor, tanto como la juventud, es una cuestión de ondas invisibles. Dos amantes perfectos deben vibrar en la misma frecuencia de ondas. Mi entrenamiento me ha enseñado cómo aumentar o disminuir la longitud de ondas de mis emociones para que se correspondan con las de mis admiradores, y esto explica por qué los hombres se han enamorado de mí tan fácilmente».

Aimée Crocker falleció el 7 de febrero de 1941, aunque no sabemos cuándo volvió a nacer según su doctrina budista de la reencarnación. Acaso aún esté entre nosotros, viviendo la vida loca y con historias delirantes para contar. Después de todo, ella avisó que lo *haría de nuevo* y ¿quién se anima a dudar?

Alexandra David-Néel y su monje fantasma

A principios del siglo xx se rumoreaba que, más allá de los Himalayas, había un reino oculto donde los puros de corazón vivían en la serenidad y unos sabios lamas cuidaban el bienestar espiritual de sus hijos. El mítico lugar, con sus fronteras cerradas a los extranjeros, marcaba una línea divisoria entre los viajeros-exploradores europeos, atraídos por el misterio, y los tibetanos, desconcertados ante esas gentes empecinadas en ir donde no los querían. Sin embargo, en 1924 una francesa pequeña, de cincuenta y cinco años, con la cara tiznada de hollín y disfrazada de peregrina mendicante, desafió los desfiladeros de cinco mil metros de altura, los osos y tigres, el hambre y el frío, caminó miles de kilómetros sobre hielo y finalmente puso sus pies en la «ciudad prohibida» de Lhasa.

***

Alexandra David-Néel cambió para siempre la percepción de los occidentales sobre el Tíbet y su gente. Sus dos libros más populares, *My Journey to Lhasa* (1927) y *Magic and mystery in Tibet* (1929), escritos antes de la invasión china, son el retrato minucioso de esa tierra en la que fue un miembro más de la sociedad. David-Néel creía firmemente que vivir entre la gente era la única manera de comprender sus vidas.

Sus observaciones sobre las rutinas cotidianas, las prácticas monásticas, los rituales religiosos y la geografía, abrieron una puerta al pensamiento oriental y despertaron interés mundial sobre el Tíbet como país, los tibetanos como un grupo étnico único y los preceptos budistas como un modo de vida[1].

Tuvo el privilegio de ser enseñada por ilustres yoguis y vivir por

semanas en sus cuevas de anacoretas a cuatro mil metros de altura, practicando la técnica del *tummo*, que permite movilizar la energía interna para producir calor. Como resultado de esa experiencia recibió el nombre religioso de Yéshé Tömé, «Lámpara de Sabiduría», que le daría reconocimiento por parte de las autoridades budistas en todos los lugares y le abriría las puertas de monasterios como el de Kumbum, donde pasó tres años de retiro espiritual.

Uno de los momentos más pintorescos durante su larga estancia en el techo del mundo fue cuando David-Néel puso en práctica las enseñanzas de un antiguo texto budista, el «Samaññaphala Sutta», sobre la capacidad de *crear* un cuerpo con la mente, como fruto de la vida contemplativa. El fenómeno llamado sprul pa' fue traducido por ella como «tulpa» y la llevó a realizar el curioso experimento que ella misma contó:

«Incrédula de ordinario, quise ensayar la experiencia yo misma y para no dejarme influir por las formas impresionantes de las deidades lamaístas, que tenía casi siempre ante mis ojos en cuadros y en estatuas, escogí un personaje insignificante, un lama pequeño, rechoncho, de tipo inocente y jovial. Al cabo de unos meses el buen hombre había tomado forma. Poco a poco se fijó y vino a ser una especie de comensal. No esperaba a que pensara en él para aparecer, sino que se dejaba ver en el momento en que mi espíritu, estaba ocupado en otra cosa. La ilusión era, sobre todo, visual, pero llegué a advertir como si la tela de su traje me rozase y a sentir la presión de una mano sobre mi hombro. En aquel momento no estaba encerrada, montaba a caballo todos los días, vivía bajo mi tienda y gozaba de excelente salud, según mi feliz costumbre.

» Gradualmente se operó un cambio en mi lama. Los rasgos que le había adjudicado se modificaron: su cara, mofletuda, adelgazó y tomó una expresión vagamente burlona, perversa. Se volvió más inoportuno. En una palabra, se me escapaba. Un día, un pastor que me traía manteca, vio al fantasma y le tomó por un lama de carne y hueso.

» Debía de haber dejado que el fenómeno siguiese su curso, pero aquella presencia insólita empezaba a enervarme. Se convertía en una pesadilla. Me decidí a disipar una alucinación de la que no era plenamente dueña. Lo conseguí, pero después de seis meses de esfuerzo. Mi lama era tenaz para la vida».

Alexandra destruyó el engendro, aunque el real y obstinado

¿monje? ¿homúnculo? ¿golem? dio batalla hasta el final del proceso de desaparición: quería vivir. Quizás su autora, sin querer, le había traspasado algo de su propia naturaleza.

La escritora, feminista, anarquista, exploradora, budista, cantante de ópera, historiadora de religiones comparadas, orientalista, botánica aficionada, fotógrafa, educadora… y talentosa lingüista siguió estudiando y viviendo con su lema: «sigue tu corazón, aunque no siempre sea fácil, conveniente o socialmente aceptable». En sus 101 largos años de vida tomó todos los riesgos, incluso desafiar el statu quo de la Europa Occidental para cumplir con su sueño de vivir como una mujer independiente.

En el camino, fue la primera mujer occidental recibida por el decimocuarto dalái lama Tenzin Gyatso, quien reconoció años después el valioso legado de David-Néel. La vida cotidiana en el Tíbet de principios de siglo xx contada y fotografiada por la escritora, se había ido para siempre con la toma del poder de los comunistas en los años cincuenta.

Alexandra dejó la piel blanca junto a un legado de inmensa sabiduría un 8 de septiembre de 1969 y se llevó su *alma amarilla*[2] a otro Tíbet, más allá de las nubes y las nieves.

Notas de interés:

A los 100 años Alexandra David-Néel renovó su pasaporte, ante la sorpresa de los funcionarios de los Bajos Alpes. «Por si acaso, nunca se sabe», les dijo.

Fue distinguida por la Sociedad Geográfica de París con medalla de oro y en 1969 fue nombrada Caballero de la Legión de Honor.

En el Tíbet se le concedió el rango de lama.

En 1982 el 14º dalái lama visitó Samten-Dzong, la casa en Digne donde vivió la escritora, y le rindió homenaje.

Alla Nazimova
y el Círculo de Costura

En 1918, la rusa Nazimova, que había conquistado Broadway con personajes encantadores como la inmensa Hedda Gabler de Ibsen, lady Macbeth, la Nora de *Casa de Muñecas* o la hermana Olga de Chéjov, dejaba atrás las luces de Nueva York y se dirigía a Hollywood.

En la pequeña ciudad, que comenzaba a recibir las principales compañías cinematográficas, la esperaban nuevos episodios de éxito como actriz y la oportunidad de realizar todas sus fantasías como mujer en el Jardín de Alla, donde por mucho tiempo funcionó el mítico Círculo de Costura.

***

Nazimova hablaba poco de su pasado. De hecho, solo acudía a ese lugar en el tiempo para recordar los sentimientos que luego volcaba en los personajes, tal como le había enseñado el maestro Stanislavski. El resto, la familia desastrosa que le tocó en suerte, el padre maltratador, el hermano adoptivo que la violó cuando era casi una niña, las humillaciones de la madrastra y hasta esas calles de Moscú donde se prostituyó para pagar sus clases de teatro, quedaron sepultados en su memoria.

En este presente emocionante y vertiginoso, su carrera parecía no tener techo: había cerrado un jugoso contrato con la Metro Pictures, su inglés mejoraba y, en el colmo de las buenas noticias, había encontrado su lugar en el mundo en el 8152 de Sunset Boulevard.

La regia casona, de doce habitaciones con suelos de teca,

paredes interiores cubiertas de lienzos y elegantes acabados en nogal circasiano, era tan deslumbrante como los vergeles que la rodeaban y apenas verla, su propietaria la bautizó como el Jardín de Alla, en referencia a su propio nombre y a la entonces famosa novela británica *El Jardín de Alá*.

En este *jardín*, alrededor de la piscina con forma de mar Negro construida por Nazimova, florecerían muchas más violetas y lavandas que rosas.

Deslumbrantes damas de la edad dorada como Greta Garbo, Marlene Dietrich, Tallulah Bankhead, Natacha Rambova, Joan Crawford, Barbara Stanwyck, lesbianas y bisexuales, capaces de seducir a hombres y mujeres en la gran pantalla, salían de los armarios para entrar en el Jardín de Alla y disfrutar su sexualidad sin máscaras, sin engaños y en completa libertad.

Era el coto de caza de Mercedes Acosta, poetisa y dramaturga que seducía mujeres desde California hasta Europa; la fuente de inspiración para los sáficos poemas de Isadora Duncan; el lugar donde Stanwyck habría cautivado a su futura rival, Bette Davis, y el paraíso soñado para Nazimova y su amante Dorothy Wilde, sobrina de Oscar Wilde.

Fue precisamente en su jardín, y alentada por el Círculo de Costura, donde Alla escribió, financió, produjo, dirigió y se animó a protagonizar su gran tributo a Oscar Wilde con la adaptación de *Salomé* (1923), la gran obra vanguardista donde dio rienda suelta a su creatividad y exceso. El puritano público estadounidense, muy distinto al parisino o berlinés, no la entendió y el fracaso en la taquilla dejó a Nazimova al borde de la quiebra.

El Círculo de Costura —nombre caprichoso y probablemente hilvanado con ironía por alguna de sus integrantes— fue creciendo entre libaciones de vodka y los aromáticos cigarrillos árabes de la atenta anfitriona. La existencia del grupo se mantenía en absoluto secreto, sobre todo porque las involucradas estaban atadas por contratos a las estrictas leyes de aquellos tiempos.

Fuera del jardín, lesbianismo y lesbianas eran palabras que se pronunciaban en voz baja y la industria del cine las prohibía como la entonces vigente ley seca al alcohol. Ligas de decencia y ligas de escándalo público se encargaban de mantener esas *depravaciones*

lejos de la sociedad. Y muchos, incluyendo a Nazimova, tuvieron que optar por el casamiento con algún buen amigo en las mismas condiciones, en lo que se llamaron «matrimonios lavandas», para guardar las apariencias.

Hacia 1927, ya en bancarrota, Alla se vio obligada a vender su maravilloso jardín. Detrás de los muros y en cada rincón quedaron guardados para siempre los secretos, confidencias, lágrimas y risas de aquellas mujeres que amaban a las mujeres. Dice la leyenda que el Círculo de Costura no se disolvió en aquel momento y fue Marlene Dietrich quien tomó la posta y continuó *bordando* las reuniones lésbicas. Algo así debió suceder porque en 1932 la revista *Vanity Fair* publicó en su portada una foto de la Garbo y Dietrich con un pie que decía: «Dos miembros de un mismo club».

Alla regresó a Broadway y al teatro, siguió embrujando públicos con sus actuaciones y falleció de una trombosis arterial en Los Ángeles el 13 de julio de 1945.

En el cementerio de Forest Lawn, una sencilla lápida con la inscripción Nazimova señala su tumba. En ella nunca faltan las violetas, símbolo de Safo y Lesbos y recordatorio permanente del color de sus ojos.

Alla Nazimova, actriz y amante de mujeres.
Imagen del anuncio para la película “The Red Lantern”, en 1919.
Metro Pictures Corporation.

Anäis Nin, una mujer sensual

Angela Anaïs Juana Antolina Rosa Edelmira Nin y Culmell logró esconderse a la vista de todos. A los once años comenzó a escribir un diario íntimo que acumuló más de treinta y cinco mil páginas y seis décadas de su vida. Allí fueron a parar la niña degradada, rechazada y abandonada por su padre, la joven católica que le temía al sexo, la *femme fatal*, la amante de Henry y June, la heroína feminista, la exploradora sexual, la artista, la mujer liberada, así como sus amantes, esposos, psicoanalistas, amigos, escritores…

Para muchos los diarios son «el primer retrato *real* de una artista como mujer», con trazo sincero, sin inhibiciones y a modo de búsqueda proustiana. Para otros, después de que los manuscritos fueran recortados y reescritos en su mayoría por la autora, son una obra de ficción. Lo probable es que este famoso registro de vida estuviera gobernado, con mano firme desde el primer momento, por Anaïs Nin, la escritora que nos legó una obra maestra.

«Este diario es mi kif, mi *haschish*, mi opio […]. En lugar de escribir una novela, me tiendo con una pluma, este cuaderno y sueño […]. El sueño es mi verdadera vida. Veo en él los ecos que me devuelven las únicas transfiguraciones que conservan lo maravilloso en toda su pureza. Fuera, toda la magia se pierde. Fuera, la vida revela sus imperfecciones».

***

La hija del pianista y compositor cubano Joaquín Nin y Rosa Culmel nació en Neuilly-sur-Seine, Francia, en 1903. Pasó la mitad de su vida en España y Cuba y el resto en Estados Unidos.

De los pormenores de su vida se encargó ella misma, antes de que cualquier biógrafo se atreviera a inmiscuirse en su privacidad o tuviera intenciones de contarlos. Los diarios que comenzó a escribir en 1914 detallan el día a día de su infancia y juventud en Europa, la separación de sus padres, la mudanza junto a su madre y hermanos, primero a Barcelona y luego a Nueva York, el abandono del colegio a los quince años, sus comienzos como modelo de artistas.

En marzo de 1923, Nin se casó con su primer marido, Ian Hugo (Hugh Guiler), banquero y artista, y se mudó al bohemio París. Al año siguiente dio sus primeros pasos como bailarina de flamenco y tuvo su primer gran alegría como escritora: le publicaron *D. H. Lawrence: Un estudio poco profesiona*l, que había escrito en solo dieciséis días. Fue por esa época que Henry Miller y su esposa June, irrumpen en la vida de Anaïs y la inician en el voyerismo y el safismo.

Su demasiado tranquila vida matrimonial le permitió también explorar y estudiar profundamente el psicoanálisis con los afamados Allendy y Rank, que eventualmente se convertirían en amantes. Las sesiones con estos doctores freudianos la animaron a emprender uno de sus más polémicos libros *La casa del incesto*, donde vuelca la traumática relación con su padre.

«El erotismo es una de las bases del conocimiento de uno mismo, tan indispensable como la poesía».

Hacia 1939, cuando la guerra se aproximaba, Nin y su marido regresaron a Nueva York y la escritora se convirtió en la primera mujer que publicó relatos eróticos.

«Cualquier forma de amor que encuentres, vívelo. Libre o no libre, casado o soltero, heterosexual u homosexual, son aspectos que varían de cada persona. Hay quienes son más expansivos, capaces de varios amores. No creo que exista una única respuesta para todo el mundo».

Las relaciones amorosas de Anaïs —al menos en su imaginación— llegaron a todos los extremos e incluso en épocas de estrechez económica, algunas narrativas pornográficas escritas en colaboración con su mejor amigo y amante, Henry Miller, llegaron a venderse a un coleccionista anónimo al precio de un dólar por página.

Para Anaïs 1955 fue un año en el que tuvo dos maridos: el

viejo Ian Hugo, que soportaba estoicamente todos sus *affaires*, y el flamante Rupert Pole, su agente literario. Este último propició que en la década del sesenta una importante firma de Nueva York comenzara a publicar los diarios que, entre otros temas, enfocaron la atención pública en Nin y la registraron como una luchadora por la libertad y el reconocimiento de la mujer.

El mundo había cambiado y ya no era la autora oscura y escandalosa que se leía a hurtadillas en la cola del autobús. Había conseguido llegar a una nueva generación de estudiantes y feministas que la consideraban «la psicóloga más importante de las mujeres».

«A veces siento que tengo alrededor de diez millones de hijas», dijo en 1971 mientras daba conferencias en universidades y las frases de sus diarios y libros se repetían en muchos idiomas y latitudes.

¿Quién fue realmente la mujer detrás de la sensual Anaïs Nin? Probablemente nunca lo sabremos. Un cáncer uterino llevó a la tumba en 1977 a la única persona que podía responder a esta pregunta.

Anita Berber, Göttin der Nacht

La noche caía en la expresionista Berlín de los años veinte, rebosante de los cafés, cabarés y locales nocturnos de dudosa reputación que pintara Kirchner[3]. En la Potsdamer Platz, una muchedumbre esquivaba el cruce de tranvías y se abría paso entre los coches tocando el claxon. Un *flâneur* a la caza del instante, el joven Brecht con el cigarro en los labios, soldados con el cuello de la camisa desabotonado, artistas, políticos, *cocottes*… todos querían ver de cerca a la mujer más famosa de Alemania.

Desnuda debajo del abrigo de marta, con un mono mascota colgando del cuello y su infaltable broche de plata repleto de cocaína, Anita Berber repartía sonrisas y frases descaradas, que solo una diosa podía permitirse. Su rostro estaba en todos los lados: en el escenario con sus celebraciones de «depravación, horror y éxtasis»; en los periódicos y revistas de entretenimiento y en la gran pantalla con la primera película de la historia que mostraba la homosexualidad en forma positiva. Bailarina, actriz, escritora y escandalosa de vocación, Anita Berber fue un símbolo de la Weimar decadente y libertina, diosa de una noche que aún no devenía en la más negra de las noches.

***

La I Guerra Mundial había terminado. Cascos puntiagudos, horrores, penurias y vidas sesgadas eran cosas del pasado y Berlín, la capital de Weimar, vivía un momento histórico excitante. Su gente se aferraba a la vida en todas sus manifestaciones; querían sentir el amor, el sexo, la belleza, la libertad para plasmar las más delirantes y postergadas fantasías.

Para muchos, la ciudad con su erotismo exacerbado, se había convertido en la Sodoma del siglo xx. Mientras la hiperinflación, el paro y la miseria hundían a gran parte de la población, la poderosa industria del ocio, *Unterhaltungsindustrie*, crecía aceleradamente en torno a la prensa, la radio y, sobre todo, el cine. Los teatros, clubes y cabarés se nutrían de la fecunda riqueza intelectual, el ambiente de efervescencia cultural y el auge de las vanguardias.

Los jóvenes se comportaban de manera indisciplinada, ya no sentían respeto alguno por sus mayores. Leían autores depravados como Dostoyevski, se fascinaban con la *Ópera de cuatro peniques* de Brecht y las puestas en escena de Pirandello, los pensamientos de Heidegger, el teatro expresionista de Wedekind o la poesía de Tucholsky. Fogosos y entusiasmados, los berlineses se habían lanzado a experimentar en el terreno del arte y, sobre todo, en el de la sexualidad y las relaciones poco convencionales. Era un paraíso hecho a la medida de la transgresora Anita Berber.

Había nacido en 1899, en la sajona Leipzig, que alguna vez fue escenario de batalla entre la Francia napoleónica y la coalición aliada de Prusia, Rusia, Austria y Suecia. Su padre, un reconocido violinista, y su madre, cantante de cabaret, se habían separado cuando Anita tenía unos pocos años y lo más parecido a un hogar que conoció fue la casa de su abuela en Dresde. La rígida disciplina y el ambiente severo y monacal, para los que la niña parecía vacunada, no hicieron otro efecto más que pronunciar los rasgos de su carácter. Era, y se sabía, un animal salvaje que no sería domesticado jamás.

Recién entrada en la adolescencia Anita tuvo dos maravillosos descubrimientos. El primero fue la danza, un arte que le permitió conectar con lo más profundo de su bravía naturaleza; el segundo fue el espejo, era hermosa sin discusión. Y así, muy segura de sí misma y equipada con sus dotes naturales, un día la fierecilla escapó de la custodia familiar y salió a la vida por su cuenta.

Los primeros pasos en el mundo del espectáculo fueron desiguales y matizados por el hambre, la eventual falta de techo y el encuentro con personajes de todo tipo de los que aprendió el arte de sobrevivir. Hacia 1917 la bailarina había logrado adaptarse perfectamente a la jungla urbana y su carrera comenzaba a crecer.

En 1919 encontró al hombre-mayor-rico-complaciente con el que soñaban las muchachas de los umbrosos suburbios y se casó con él… dejando claro desde el primer momento que todo en ese

matrimonio era negociable, excepto su libertad.

Anita era el tipo de mujer independiente que había surgido como un fenómeno en Berlín tras la I Guerra Mundial. Por primera vez en la historia comenzaba a verse como *legítimo* que la mujer tuviera sus propias fantasías y sus propias ideas acerca de la libertad sexual. La revolución femenina, un poco más sosegada en las trabajadoras de las fábricas y obreras en general, prendió con pasión en el mundillo de la bailarina. La consigna era desafiar límites, ir más allá de cualquier convención y, por supuesto, escandalizar —aún más— al universo masculino.

Padres, maridos y hermanos, funcionarios y fuerzas del orden en general que miraban con preocupación la emancipación de las mujeres, eran también los primeros en acudir, muchas veces de forma solapada, a los espectáculos donde todo estaba permitido y los tabúes no tenían lugar. Ese era el territorio de Anita Berber.

Lo suyo era el baile, donde alcanzó la mayor notoriedad con un estilo rupturista y transgresor que fascinaba al público. La gente respondía con aullidos a ese erotismo ostentoso, que incluía desnudos totales en el escenario. Muchos la adoraban, pero otros tantos la consideraban una Salomé, la encarnación de la perversidad. Anita disfrutaba de su reputación de chica mala y quiso demostrarlo con espectáculos cada vez más audaces y repletos de la imaginería expresionista como *Suicidio, Morfina, Casa de Locos* o las famosas *Danzas de la depravación, horror y éxtasis*.

El cine expresionista, que ya fascinaba a toda Europa, también le brindó la oportunidad de mostrar la audacia que era su marca registrada. Participó incluso en *Anders als die Andern* («Diferente a los demás»), el film que marcó un hito para los homosexuales en 1919.

La sexual y sensual Anita Berber siempre iba a más, tanto sobre un escenario como en la vida privada; de hecho, nunca tuvo muy claro —ni quiso saber— los límites entre uno u otra. La palabra «límite» había sido erradicada de su diccionario apenas huyó del hogar.

Su segundo marido, con quien compartió el gusto por lo salvaje y la vía rápida, aceptó complacido la bisexualidad de la bailarina y también sus amistades. En el selecto círculo de Berber entraban célebres personajes de los bajos fondos: prostitutas, mafiosos,

boxeadores… Sus relaciones lésbicas eran numerosas y públicamente conocidas, al igual que su irremediable adicción a la cocaína y a esa mezcla de morfina y coñac a la que era tan aficionada. ¿Amantes? Incontables. Su harem sexual incluyó —según se dice— a una jovencita Marlene Dietrich; a Magnus Hirschfeld, fundador de la sexología moderna y la liberación gay; a Klaus Mann, el niñito terrible de Tomas Mann; a Conrad Veidt y hasta al rey de Yugoslavia. La leyenda cuenta que en una pelea, Anita insultó públicamente al monarca e incluso lo abofeteó. La osadía le habría costado unas seis semanas en la cárcel.

Cuando los berlineses, saciados de sus libidinosas travesuras y escándalos, se cansaron y pusieron la atención en otras figuras, Anita Berber se convirtió, según un artículo publicado en de la época, en «una carroña que hasta las hienas ignoraban». No hubo piedad en la despedida y Anita no la reclamó. Su gloria ya era pasado y el resto era eso que los comunes mortales llamaban vida, algo que nunca le interesó.

Cuando Otto Dix la retrató en 1925, la otrora Diosa de la Noche, había desaparecido de las tablas y los tabloides y hacía tiempo que los excesos habían comenzado a deteriorar física y mentalmente a la pelirroja. Envejecida, demacrada, vociferante, medio loca y perdida, tenía apenas 27 años cuando una tuberculosis la barrió de la escena de la vida, dos años después de posar para el famoso cuadro.

La mujer más escandalosa de la Alemania de los años 20, abanderada de la libertad y la desvergüenza, fue enterrada en un cementerio para pobres que, en el colmo de las desgracias, perdió sus restos en una inundación.

La noche de los tiempos, con sus luces mortecinas, se tragó la diosa, un ratito antes del ascenso de los nazis al poder.

Anita Berber, bailarina, actriz, escritora, transgresora por naturaleza y escandalosa de vocación del pasado. Imagen de F. Titzenthaler.

Anne Lister
y sus diarios secretos

I love and only love the fairer sex and thus beloved by them in turn,
my heart revolts from any love but theirs.

Anne Lister, Journals, 29 de octubre, 1820

En la biblioteca central de Halifax, West Yorkshire, existen 27 volúmenes (6600 páginas, cuatro millones de palabras[4]) correspondientes a los diarios que escribió Anne Lister (1791-1840) durante toda su vida. Este registro invaluable, que contiene información sobre política, negocios, ciencia, actividades y emociones de la protagonista, permite una profunda mirada a las mujeres de la época victoriana y algo más. Una sexta parte de los diarios fueron escritos en un código críptico[5], mezcla de letras griegas antiguas y símbolos algebraicos, y cuentan sinceramente, y ocultan con celo, las relaciones románticas y sexuales de la llamada primera lesbiana moderna. Antítesis de las delicadas y refinadas heroínas de su contemporánea Austen, Anne Lister se revela en esos escritos como una astuta terrateniente, pionera empresaria, intrépida viajera, exitosa montañista y, también, una apasionada amante de mujeres.

***

La hija mayor del hacendado y excapitán del ejército Jeremy Lister despreciaba las tareas femeninas y, en su lugar, prefería montar a caballo o practicar tiro. Para convertir a la precoz marimacho en una joven distinguida, a los trece años fue enviada al exclusivo internado Manor School. Anne, brillante en sus estudios, pero siempre aburrida, no tardó en ocasionar problemas de conducta y terminó encerrada en una habitación de castigo, lejos de sus compañeras. Al poco tiempo

llegó al solitario ático otra rebelde sancionada, una joven heredera británico-hindú de nombre Eliza Raine y el flechazo fue mutuo. Según los diarios, las adolescentes exploraron su sexualidad, se «casaron» e intercambiaron anillos y votos. Cuando las autoridades del colegio pasaron de la sospecha a la certeza sobre la naturaleza de esa amistad entre las chicas, ambas fueron expulsadas y la relación no prosperó.

Anne dejó atrás su primera experiencia amorosa y se dedicó entonces a buscar una pareja femenina estable. A pesar de los rumores y del apodo, Gentleman Jack, con el que le habían obsequiado los vecinos de Halifax, su riqueza le permitió un cierto grado de libertad para vivir a su antojo. Hacia 1813 heredó una inmensa propiedad en Shibden Hall y para 1815 se había instalado definitivamente en la hacienda. Mientras se manejaba hábilmente los negocios, seguía buscando la «mujer de su vida», pero ¿dónde encontrarla? ¿cómo cortejarla? La iglesia, sin querer, resolvió las dudas de esta mujer. En sus diarios detalla las tácticas para conquistar damas en la institución religiosa, las invitaciones a tomar el té, los entretenidos paseos por el bosque con sus candidatas, el cuidado en el trato, la observación de las reacciones en las agasajadas, solteras y casadas.

De esas letras surge el nombre de Marianne Belcombe, hija del médico local, quien al parecer, pudo ser su gran amor. ¿Fue correspondida? Difícil saber. Por un tiempo la rubia debilidad, siempre ambivalente e indecisa, le dio esperanzas y claras señales de interés, pero terminó rompiéndole el corazón cuando de la noche a la mañana y sin aviso previo, terminó casándose con un poderoso terrateniente.

De todas formas, las mujeres no se alejaron demasiado y lograron mantener su relación discretamente, con la bendición del flamante marido que eligió ignorar los rumores maliciosos sobre ambas. El reservado y por momentos tumultuoso romance —Anne no soportaba la idea de ser la segunda—, terminó súbitamente en 1828 cuando Marianne vio a su amante en público vestida como un varón, se horrorizó y cortó todo vínculo con ella. La devastada e incomprendida Anne liberó una vez más en el diario, entre códigos y símbolos, las lágrimas de su frustración.

En 1832, Anne Lister conoció a la mujer que pasaría el resto de la vida con ella: Ann Walker. No, no se trató de un gran amor. Como la mayoría de su clase, Anne estaba preocupaba por sus bienes y esta vez buscó heredera en una dama hermosa, adinerada, con apellido

ilustre y trece años más joven. Comenzó a cortejarla usando todas sus artes y finalmente, en 1834, logró el «sí». También encontró un sacerdote para bendecir la unión de la pareja, en lo que podría ser la primera ceremonia entre personas del mismo sexo.

Fuera de su agitada y escandalosa vida amorosa, Anne fue la primera mujer en ascender el Monte Perdido en los Pirineos y la primera que completó con éxito el ascenso al Vignemale. Aunque no podía votar, fue un personaje de peso y decisión en la política local y cuando falleció de una fiebre, a los 49 años, sus restos fueron embalsamados y enterrados en la iglesia parroquial de Halifax. Walker heredó sus bienes pero murió en un manicomio en 1855 y las propiedades volvieron a la familia Lister. Fue precisamente John Lister quien encontró los diarios en la década de 1890, pero cuando comenzó a descifrar los intrincados códigos volvió a esconder esas memorias en los archivos de la familia. Aunque los escritos fueron redescubiertos en 1930, en 1990 se autorizó a difundirlos y la mujer que llamaba con el eufemismo «beso» al orgasmo, logró por fin, contar sus secretos a un mundo muy diferente.

Atotoztli II, la reina azteca

—¿Y el ombligo? —preguntó la desconcertada *ticitl*, mirando hacia todos lados. El rito imponía envolver el cordón umbilical en un paño y enterrarlo junto al hogar, bajo la piedra del metate, algo indispensable para que la recién nacida se quedara siempre en casa, ligada a los deberes familiares. Este procedimiento, sencillo en una vivienda azteca corriente donde el suelo era de tierra, era muy difícil de ejecutar en el suntuoso palacio con suelos de madera de Moctezuma Ilhuicamina.

Ese día, sin embargo, nadie parecía dispuesto a escuchar los rezongos de la vieja comadrona, su preocupación por el futuro, ni la protesta de los adivinos que habían acudido puntualmente a vaticinar la suerte de la niña. El rey había llegado.

La poderosa y sagrada figura del monarca azteca se abría paso entre cientos de concubinas curiosas y su figura se perdía detrás de una espesa cortina bordada de plumas. Allí, lo esperaban la amada Chichimecacihuatzin y su hija, Atotoztli[6].

***

El reinado de Atotoztli desapareció, como si nunca hubiera existido. No hay genealogía pictográfica sobre ella y su nombre no fue registrado en la lista de los *tlatoanis* mexicas. Para los autores primitivos fue la hija de Moctezuma el Viejo, esposa de Tezozómoc y madre de tres emperadores sucesivos: Axayácatl, Tizoc y Ahuizotl, es todo… apenas una nota al pie en la historia oficial azteca. Las fuentes que escribieron sobre ella tras la conquista, la llamaron Atotoztli II, sucesora legítima de Moctezuma Ilhuicamina, algunos le adjudicaron un período de reinado de treinta años —otros menos— y, desde

luego, se sirvió una polémica que dura hasta la actualidad.

Acaso porque su ombligo no fue enterrado adecuadamente, como mandaba el rito religioso y los dioses se enojaron; o más probablemente porque se trataba de la hija preferida del quinto *huey tlatoani mexica* y le envidiaban su posición, lo cierto es que Atotoztli fue, desde siempre, una presencia incómoda para los poderosos cercanos al trono que la olían como sucesora del padre.

Moctezuma Ilhuicamina (1398-1469), por su lado, no debió estar muy preocupado por estos temas palaciegos. Era un hombre exitoso: había logrado consolidar el poder absoluto y teocrático y, bajo su mandato, se había iniciado una era de esplendor económico y artístico sin precedentes. Eso sí, al igual que su antecesor, gran parte de su éxito como gobernante se lo debía a un polémico personaje: Tlakaélel.

El guerrero, pensador, economista, estadista, sacerdote y reformador religioso Tlakaélel jamás logró convertirse en rey, pero se las arregló para ser el hombre más influyente y poderoso de la historia azteca. Durante cincuenta años Tlakaélel —nombre que significa «desposeído»— fue consejero de tres *tlatoanis* y un todoterreno: el tipo listo para hacer cualquier trabajo para su jefe, por más difícil y sucio que fuera. Creador de la Excan Tlahtoloyan7, ideó una reforma completa de la sociedad y fue el autor intelectual de la «visión mística-génico-guerrera del pueblo mexica». Para lograr estas hazañas, el desposeído Tlakaélel mandó a destruir todos los libros históricos —viejos códices propios y de los pueblos vencidos, donde el pueblo mexica aparecía débil y pobre— y reescribió una historia *favorable* al nuevo prestigio de Tenochtitlán y al pueblo elegido del sol. Este hombre, que cambió para siempre el destino de los mexicas, se convirtió en el enemigo jurado de Atotoztli.

Se cuenta que cuando Su Señor el Airado, Flechador del Cielo Moctezuma Ilhuicamina falleció —probablemente en 1466 o 1469—, se desató una gran tormenta en el poder. Sin un claro heredero al trono, o con una legítima heredera, rechazada fundamentalmente por la facción liderada por Tlakaélel, comenzaron las duras deliberaciones, enfrentamientos, alguna que otra misteriosa desaparición y algún crimen. En el final de las trifulcas, al parecer, Atotoztli y sus aliados ganaron la partida.

La preferencia por esta mujer debió ser un hecho extraordinario en sí mismo, algún tipo de ruptura en el patrón de sucesión normal.

Atotoztli ya estaba casada con Tezozómoc, otro de los descartados como sucesor de Moctezuma, y era madre de tres hijos pequeños que con el tiempo serían emperadores. ¿Asumió como regente? Al parecer ese no fue el caso y la fémina habría ejercido un gobierno con plenos poderes.

En *Los Anales de Tula* (1979), de Rudolf van Zantwijk, y en las memorias registradas del fraile franciscano Motolinía (1964) se menciona que esta mujer actuó como regente durante al menos seis años —entre 1466 y 1472— después de Moctezuma I y antes de su hijo Axayácatl. *Relación de la Genealogía* (1941), por su parte, va más allá e incluso afirma que Atotoztli II gobernó por más de treinta años. También Alvarado Tezozomoc y López de Gómara, entre otros, la confirman como reina y este último con una referencia muy reveladora:

«A Moteuhzoma le sucedió en el reino una hija suya llamada Atotoxtli, que no había heredero más cercano, la cual casó con un pariente llamado Tezozmoctli, hijo de Itzcohuatl y parió de él muchos hijos, de los cuales fueron reyes de Mexico tres, uno tras otro como habían sido los hijos de Acamapich… Axayactl fue rey después de su madre y dejó hijo que llamó Moteuhzoma por amor de su abuelo».

¿Aceptaron aquellos temerarios guerreros aztecas a una mujer como su soberana y comandante en jefe? Es difícil de asegurar. La guerra era un asunto exclusivamente masculino entre los mexicas y estos se encontraban en un período de conquistas y engrandecimiento. Luego, la sociedad enaltecía el valor de lo masculino desde las bases hasta la cúspide de los grupos dominantes de fuerte tendencia militarista. Lo indudable es que hubo una ruptura en el patrón de sucesión normal y Atotoztli II surge una y otra vez, como reina legítima. Si realmente fue así, es muy probable que *alguien* pasara por grandes apuros, estirando la muerte de Moctezuma el Viejo y adelantando la asunción del nieto, para hacer desaparecer el papel político de esta soberana… y nuestro principal sospechoso es ¡Tlakaélel! ¿Quién otro? Este hombre, como muchos otros antes y después, sucumbió a la tentación de reescribir la historia y cambiar el pasado una y otra vez. ¿Dudó a la hora de eliminar de un plumazo a esta molesta mujer?

La historia de los aztecas, plagada de inconsistencias y discrepancias entre las fuentes, es, sobre todo, una mezcla exquisita e indiscriminada de realidad con hechos sobrenaturales que se reinterpreta continuamente. En el medio, es bien posible que la única

reina azteca fuera expropiada de la memoria de su pueblo.

Un poco más de medio siglo después, y de que Hernán Cortés conquistara a sangre y fuego México-Tenochtitlán, otra mujer, Tecuichpo Ixcaxochitzin, más conocida como Isabel Moctezuma, «la última princesa mexicana», proclamó y defendió el reinado de Atotoztli II. Ella también había sido jade precioso, pluma de quetzal para su padre, Moctezuma II.

Ayn Rand, la egoísta

Cuando advierta que para producir usted necesita obtener autorización de quienes no producen nada; cuando compruebe que el dinero fluye hacia quienes trafican no bienes, sino favores; cuando perciba que muchos se hacen ricos por el soborno y por influencias más que por el trabajo, y que las leyes no lo protegen contra ellos, sino, por el contrario son ellos los que están protegidos contra usted; cuando repare que la corrupción es recompensada y la honradez se convierte en un autosacrificio, entonces usted podrá afirmar, sin temor a equivocarse, que su sociedad esta condenada.

Ayn Rand (1905-1982)

Para Alissa Zinovievna Rosenbaum, mejor conocida como Ayn Rand, el egoísmo es «la preocupación por el interés personal» y «todo ataque contra el egoísmo es un ataque contra la autoestima del hombre». Y así, desplegando con fervor las banderas del egoísmo racional, el individualismo y el capitalista *laissez-faire*, esta mujer se convirtió en una de las filósofas y escritoras más famosas de los Estados Unidos.

***

En 1943, cuando el mundo aún transitaba a través de la oscuridad de la II Guerra Mundial y el capitalismo titubeaba en la opinión pública estadounidense, salió a la luz una poderosa novela sobre arquitectura e integridad escrita por Ayn Rand The *Fountainhead*[8] (en castellano, *El manantial*). Y el libro encontró sus lectores: cientos de miles lo leyeron en la década de los cuarenta y otros tantos millones eventualmente[9].

Pero la obra cumbre de Rand se publicaría en la década siguiente bajo el título *Atlas Shrugged* (traducido como *La Rebelión del Atlas*). En este libro se bosquejarían los principios de su escuela filosófica: el objetivismo.

La Rebelión del Atlas fue —según una encuesta realizada por la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos— la obra que más impacto produjo después de la Biblia en ese país. Y el efecto se sintió no solo entre los hombres de negocios, sino en la formación ideológica del norteamericano medio.

Para los críticos, la obra de Rand alienta el capitalismo salvaje y la falta de solidaridad. Para los defensores, es el pináculo contra los abusos del colectivismo y una encendida defensa de la libertad del individuo ante cualquier totalitarismo.

«Ni Dios, ni amo, ni impuestos». Popular, atea, aristotélica, individualista apasionada y egoísta por definición propia, Ayn Rand ha ejercido una tremenda influencia sobre intelectuales, políticos y artistas de todo el mundo. Fue venerada por Ronald Reagan, admirada enfáticamente por Alan Greenspan… y su heredero actualmente es el filósofo Leonard Peikoff, fundador del Ayn Rand Institute.

Belle Gunness, asesina en serie

La Porte, Indiana, 28 de abril de 1908.

El incendio era imposible de sofocar y la intensa humareda impedía el rescate de las víctimas. En apenas unos minutos, la casa habitada por Belle Gunness y sus tres hijos se derrumbaba entre inmensas llamaradas. Muy cerca, atalayada en una colina de frondosos arces, una mujer inmóvil y con rostro inexpresivo espiaba la dantesca escena. Solo cuando el fuego doblegó la última pared, llevó instintivamente la mano a su cabeza, acomodó el cabello y tocó con la punta de los dedos el hueco entre los dientes. Luego, su figura corpulenta y elegante se perdió en el oscuro amanecer, dando comienzo a la leyenda de Belle Gunness, la implacable asesina en serie.

***

Brynhild Paulsdatter Størseth hacía honor a sus antepasadas vikingas. Era una rubia grandota —1,83 metros de altura y cerca de noventa kilos de peso— cuando dejó su Noruega natal para emigrar a los Estados Unidos. En 1881 llegó a Chicago, consiguió trabajo como empleada doméstica e inmediatamente cambió su nombre por Belle, más acorde con el país, su nuevo comienzo y expectativas de vida. Hacia 1884 se casó con un fornido sueco llamado Mads Sorenson y a la pareja se sumaron los tres hijos del hombre más una niña adoptada. ¿La familia ideal, grande y feliz? Quizás solo en apariencia. Sorenson no era bueno para los negocios y Belle era mala para ser pobre. Había enterrado la miseria bien lejos —en su Innbygda natal— y por nada del mundo volvería a pasar necesidades, de modo que se arremangó y puso manos a la obra.

Su primera estafa salió bien: la tienda de golosinas del marido se incendió misteriosamente y la mujer cobró un seguro que permitió salir de las deudas. Luego, según cuenta la leyenda, comenzaron a morir los hijos, víctimas de una extraña intoxicación y sus seguros de vida permitieron que la madrastra llevara el dolor con holgura. Finalmente le tocó el turno al propio Sorenson, quien falleció el 30 de julio de 1900, misma fecha en que su cónyuge, previsora, lo había asegurado con dos pólizas. A pesar de los rumores de envenenamiento, el día del funeral Belle logró cobrar el cuantioso dinero del seguro, preparó sus maletas rápidamente y partió hacia Indiana dejando las sospechas atrás.

En 1901 la viuda compró una finca en las afueras del tranquilo condado de La Porte, cuyo lema es «Vivir y Amar». Como era de esperar, al poco tiempo de la adquisición un par de dependencias de la propiedad fueron destruidas por incendios de origen desconocido y el seguro cubrió las pérdidas de la afligida propietaria. Un año después se casó con el noruego Peter Gunness, carnicero, viudo, amable, bonachón y con dos hijas. El hombre no solo le legaría su apellido y bienes a Belle, también la habilidad de trocear carnes con hachas y cuchillos, arte que la mujer ejercitaría tenebrosamente poco tiempo después.

Las crónicas de la época dicen que, a tan solo una semana de la boda, una de las hijas de Peter murió de «causas inciertas» y en diciembre de 1902 el hombre sufrió un «trágico accidente fatal» cuando la máquina de moler salchichas cayó en su cabeza. Esta vez la compañía de seguros desconfió y aunque desembolsó en tiempo y forma una abultada suma a la mujer, comenzó a investigar el caso. La justicia, sin embargo, no pudo evitar conmoverse ante la aparición de esa viuda compungida, azotada por las desgracias y tan embarazada que ningún jurado se animaría a condenarla. Los cargos fueron retirados, los vecinos que estimaban a la sufrida mujer suspiraron con alivio y Belle volvió a salirse con la suya una vez más.

Después de dar a luz un varón, la noruega comenzó una verdadera metamorfosis. Adelgazó hasta lograr los noventa kilos de su juventud, cambió de peinado, compró nuevas y elegantes ropas y embelleció su sonrisa con dientes de oro. Se sentía joven y atractiva, era inocente ante la ley y tenía un grandioso plan. Contrató a un empleado, Ray Lamphere, hombre monosilábico y de pocas luces, para los trabajos en la granja y muy resuelta publicó anuncios en las columnas matrimoniales de todos los diarios del medio oeste:

«Viuda atractiva y dueña de una gran finca en uno de los mejores distritos de La Porte, Indiana, desea conocer a un caballero para unir sus respectivas fortunas».

Y los pretendientes, comenzaron a llegar. Hombres de mediana edad, maduros e incluso jóvenes hipotecaron propiedades, vendieron negocios o pidieron prestados los cinco mil dólares imprescindibles para aspirar al amor de la viuda. Belle Gunness respondía amorosamente sus cartas, obsequiando de tanto en tanto —de acuerdo a la fortuna del candidato—: «sé que tú eres el hombre que quiero», «pienso en ti constantemente», «mi corazón late en éxtasis salvaje», y a todos sin excepción les prometía: «ven preparado para quedarte para siempre». Esta última frase tuvo estricto cumplimiento.

En 1907, decenas de hombres esperanzados llegaron a las puertas de Belle y desaparecieron… para siempre. Las persianas de la casa permanecían cerradas día y noche y a menudo solo se veía a lo lejos una pequeña luz de linterna en el chiquero. El empleado, Ray Lamphere, sabía qué sucedía con los pretendientes, pero estaba demasiado enamorado de su jefa para delatarla.

Ordenada, prolija y decidida, Belle Gunness había adquirido la seguridad del psicópata homicida que cree tener todo bajo su absoluto control y dominación. Es por esto que en febrero de 1908 cuando Lamphere se puso difícil y le hizo una escena de celos, no solo lo despidió sin miramientos, sino que además declaró ante la justicia que su empleado estaba loco y que había amenazado con matar a su familia e incendiar la granja. Por supuesto, logró que su otrora cómplice fuera a parar a la cárcel por un tiempo.

Sin duda Belle había olido el peligro en el aire. Los rumores sobre ella habían comenzado a circular a partir de los reiterados reclamos de los familiares de desaparecidos y aunque la comunidad se negaba a pensar algo malo de su encantadora vecina, lo cierto es que la investigación policial se había puesto en marcha.

En la madrugada del 28 abril de 1908, el alguacil del condado fue despertado con una terrible noticia: la casa de su sospechosa ardía como el infierno. Bajo un montón de ruinas humeantes habían sido encontrados cuatro cadáveres carbonizados, pero el hallazgo era tan macabro como misterioso: los tres cuerpos más jóvenes estaban en el sótano, alineados junto al de una mujer… sin cabeza. ¿Era la grandota Belle? Las medidas no coincidían y sin la testa era imposible

de identificar, pero una dentadura de oro bajo el cuerpo sembró la duda entre los investigadores. Inmediatamente fueron a buscar a Lamphere, quien había salido de prisión y era el sospechoso número uno de la tragedia. Fue entonces cuando en su lenguaje confuso, el hombre comenzó a hablar.

Nadie, ninguno de los habitantes del condado, hubiera soñado jamás un escenario más espeluznante. A medida que la cuadrilla cavaba, la granja se convertía más y más en un enorme cementerio. En el transcurso de los días aparecieron cuerpos enteros y desmembrados y una gran cantidad de partes humanas imposibles de identificar apiladas en fosas comunes en el antiguo chiquero. Se calculó que la lista fatal al menos estaba integrada por 42 personas, pero es probable que fueran doscientas o incluso más. Debajo del piso del sótano brotaron más huesos, billeteras vacías, relojes, efectos personales de las víctimas y los zapatos y cartera de una mujer no identificada.

Los residentes de La Porte iban de horror en horror, todos habían ¿conocido? a una de las asesinas en serie más prolíficas de la historia. Viuda Negra, Landrú con faldas, lady Barba Azul, Psicópata noruega, La asesina de los corazones solitarios… ¿cómo recordaría la historia a Belle Gunness?

Muchos se negaron a creerlo, otros no tenían dudas: la astuta asesina, seguía con vida. Había escapado llevando con ella unos trescientos mil dólares, equivalente a unos siete millones de dólares actuales.

Y para ungir su sangrienta leyenda había dejado dos ofrendas: el misterio de la cabeza femenina que jamás fue encontrada y un cabeza de turco para la ley. Lamphere fue condenado por el incendio y complicidad en los crímenes y murió en prisión.

Cuentan que cada noche miraba hacia la calle desde su ventanita con rejas y aseguraba: «Ella no murió, ella está afuera…».

Bertha Benz,
Die heimliche Fahrt

Ejem… el primer viaje largo en un auto con motor fue una proeza femenina.

La primera mujer al volante.

El 29 de enero de 1886 Karl Benz solicitó al gobierno alemán la patente Nº 37 435 para un extraño invento: un carruaje de tres ruedas, con chasis de acero y un motor integrado, el *Motorwagen*. El único problema es que nadie necesitaba ese extravagante adefesio, ¿para qué? No tenía ningún propósito práctico. La gente se desplazaba a pie, a caballo, en carros tirados por aquellos o bicicletas, y la red ferroviaria[10] seguía creciendo.

Dos años después, los pedidos brillaban por su ausencia y Karl se consolaba probando el vehículo en el patio de la fábrica y alrededor de su propiedad. Fue entonces cuando su esposa Bertha, ama de casa y madre de cinco hijos, decidió que era hora de intervenir en el asunto.

***

En la primavera de 1888, mientras Karl dormía el sueño de los justos, la intrépida Berta y dos de sus hijos —Eugen y Richard, de quince y catorce años— sacaron el prototipo del cobertizo, lo empujaron varios metros antes de poner el ruidoso motor en marcha y emprendieron la aventura: viajar 194 kilómetros (120 millas ida y vuelta) desde Mannheim-Heidelberg a Pforzheim, ciudad donde vivía la abuela de los chicos.

Bertha estaba convencida de que una mujer al volante de esa

maravilla despertaría la atención de la gente y no se equivocó. «Die Geister!» («¡Los fantasmas! »), gritaban los agricultores. Las gallinas corrían, los caballos y perros se espantaban y muchas mujeres no dudaron en espetarle: «Hexe!» («¡Bruja!»), acompañado de una lluvia de piedras. Pero la dama no se inmutó, segura de conseguir su propósito.

Sin embargo, el histórico viaje no fue sencillo. El *Motorwagen* tenía motor de un cilindro y su potencia de 0,88 caballos de vapor le permitía alcanzar los 16 kilómetros por hora en terreno llano, pero el camino era montañoso y en los ascensos había que empujar el armatoste. Por supuesto, tampoco había estaciones de servicio, talleres o repuestos y había que improvisar. Farmacéuticos boquiabiertos proporcionaron agua y le vendieron bencina para el extrañísimo vehículo, varios zapateros suministraron el cuero de repuesto para los frenos. Y los problemas técnicos fueron resueltos a la *manera femenina*: una liga de Bertha reparó la ignición y el broche de su sombrero —una horquilla larga y recta— desatascó la tubería de combustible obstruida.

Bertha Benz llegó a su destino al anochecer, en un coche sin luces y por caminos sin alumbrado público, pero llegó, con sus hijos sanos y salvos. Desde Pforzheim envió un telegrama a su marido informándole de su hazaña. Karl, lejos de enojarse con su esposa, sonrió satisfecho. Esa mujer era la única persona en el mundo, aparte de él, en creer ciegamente en su invento.

Bertha, marcó tres antecedentes para la historia: fue la primera mujer en subirse a un automóvil, la primera en hacer un viaje de larga distancia en ese vehículo… y también la primera en cometer una infracción de tráfico, (no tenía permiso para circular por las calles).

Notas de interés:

La Bertha Benz Memorial Route es un camino turístico en Baden-Wurtemberg, Alemania y forma parte de la Ruta Europea del Patrimonio Industrial (ERIH). Desde su inauguración en 2008 todo el mundo puede seguir las pistas del primer gran trayecto del mundo en automóvil realizado en 1888.

El road test de Bertha permitió a su marido trabajar en las mejoras y posteriores modificaciones de su invento.

El combustible que usaba este primer automóvil era la ligroína, que se compraba en pequeñas cantidades en las farmacias. Esta sustancia se conoció por su nombre en alemán —benzin—, que pese al aparente parentesco no fue un homenaje a Karl Benz. El término derivaba del puerto tunecino de Bizerta (Benzert, en alemán), donde la resina básica empezaba su viaje a Europa para transformarse luego en benceno.

Bertha Benz, que protagonizó el primer viaje en automóvil en 1888. Fotógrafo: Bühler Mannheim.

Museo del automóvil Dr. Carl Benz, Ladenburg, Alemania.

Betty Pack, *licence to love*

Sir William Stephenson, célebre maestro de espías que inspiró el personaje de James Bond, tuvo una alumna ejemplar entre los cientos de personas que entrenó con rigor para prestar servicio en la BSC (siglas en inglés de la Coordinadora de Seguridad Británica) en Nueva York.

Betty Pack, más conocida por su nombre en código «Cynthia», bien pudo ser la versión femenina del estiloso y archiconocido agente 007. Era inteligente, carismática, audaz, muy observadora, adicta a la adrenalina y seductora nata.

La mujer que para muchos cambió el curso de la II Guerra Mundial, no dudó en usar métodos poco convencionales y polémicos para lograr el éxito en sus misiones y, sobre todo, obtuvo su licencia para amar.

***

El oficial de infantería de la marina de Estados Unidos George C. Thorpe y su distinguida esposa habían decidido que el mejor futuro para su hija era un buen matrimonio y su *teatro de operaciones* sería la escena social de Washington. A ese mundillo de vanidades e intrigas diplomáticas llegó Amy Elizabeth Thorpe (1910-1963) obedeciendo los deseos de sus padres y sin la más remota intención de casarse.

El debut social fue algo accidentado, debido en parte a que la adolescente provocaba intensas pasiones a su alrededor y, al parecer, también las atendía. Uno de los muchos candidatos, encandilado con los enigmáticos ojos verdes de la rubia beldad, fue Arthur Pack, segundo secretario de la Embajada británica en Washington. El

caballero, que doblaba en edad a la joven, estuvo cortejándola por un buen tiempo hasta que al final, y para su sorpresa, ella aceptó la propuesta matrimonial. Estaba embarazada.

El casamiento entre estas dos almas tan distintas lucía condenado desde el inicio sobre todo porque la señora Pack se saltaba con frecuencia el capítulo «fidelidad» de su contrato conyugal. Sin embargo, y con mucha dificultad, la pareja encontró la manera de seguir unida algún tiempo más.

Los sucesivos viajes del diplomático los llevaron en 1936 a Madrid en los albores de la guerra civil española, y fue allí, al parecer, donde Betty Pack descubrió su verdadera vocación. Por ese entonces la relación con el marido era estrictamente nominal y sus conexiones con la Embajada británica le habían propuesto una tarea excitante y retadora. Sin pensarlo dos veces, la dama de sociedad se arremangó y puso manos a la obra para ayudar a escapar a un grupo de nacionalistas rebeldes. De paso, y sin respiro, transportó suministros de la Cruz Roja y ayudó a coordinar la evacuación del personal diplomático británico en destructores ingleses.

Con la adrenalina alta y acusada de ser espía, Betty se apresuró a abordar el expreso de Varsovia para reunirse con su esposo. Era el invierno de 1937 y en la capital de Polonia le esperaba una sorpresa: el desdeñado señor Pack se había enamorado de otra mujer y, en consecuencia, ella era libre como los pajaritos.

Encantada con la separación, Betty estrenó su nuevo estatus social en las fiestas de las embajadas donde llamó la atención de todos los hombres y de dos personajes en particular: *sir* William Stephenson, que con el tiempo se convertiría en su mentor, y Michal Lubianski, ayudante del ministro de Asuntos Exteriores Józef Beck.

El primer acto del joven oficial polaco fue esconder su alianza matrimonial en el bolsillo y el segundo, por supuesto, enamorarse como un loco. ¿El tercero? Confesarle a su rubia amante el secreto mejor guardado de su gobierno: el intento por descifrar la clave de la máquina alemana Enigma. La abundante información que proporcionó en esas noches de pasión fue enviada inmediatamente al Servicio Secreto de Inteligencia británico.

Cuando la II Guerra Mundial estalló en Europa, Betty había cambiado de amante varias veces, en una de las cuales supo, por un

alto oficial alemán bajo sus sábanas, de los planes para desmembrar Checoslovaquia, información que fue a parar otra vez a los ingleses. Se había convertido en un diamante en bruto rumbo a Washington, donde la esperaba Stephenson, el maestro de espías, para pulirla.

Bautizada como Cynthia y haciéndose pasar por periodista, recibió un duro entrenamiento para mantenerse con vida en las operaciones encubiertas, aprendió como nadie los trucos del oficio e ingresó formalmente en el servicio secreto.

Su primera y difícil misión fue contactar a un viejo amigo que había conocido en la adolescencia, Alberto Lais, agregado naval en la Embajada de Italia. El hombre sexagenario le habría confiado a Betty detalles de los códigos secretos de la *Regia* Marina italiana y otras informaciones que permitieron a la flota británica salir victoriosa en muchas batallas en el Mediterráneo.

Vuelta de página y a mediados de 1941, la agente secreta estaba en Nueva York por orden de sus superiores, donde se había instalado en el mismo hotel que frecuentaban los diplomáticos franceses —antibritánicos— de Vichy. En ese lugar se alojaba el capitán Charles Brousse, agregado de prensa de la Embajada francesa, un hombre muy casado, muy bello y, también, muy seductor. El flechazo entre ambas *potencias* fue demoledor. Se enamoraron y, al poco de andar la relación, ella lo convenció para que trabajaran juntos. Al principio solo se trató de interceptar correspondencia e informes menores, pero cuando en 1942 el teléfono de la espía volvió a sonar, una nueva orden de sus superiores la obligaría a *desnudar* todos sus talentos: debía apropiarse de los códigos navales cifrados que estaban en la Embajada de Francia.

Cynthia-Betty, tragó saliva. Los códigos estaban en dos libros grandes y pesados, guardados en la caja fuerte dentro de la oficina del agregado naval, un lugar muy custodiado y de difícil acceso. Su misión era sacarlos de ahí, llevarlos a un hotel cercano para que el servicio secreto los fotografiara y devolverlos sin novedades. Un paso en falso y se desataría un incidente internacional de gravísimas consecuencias.

Al principio Brousse opinó que era una misión imposible y se negó prestarle ayuda, finalmente aflojó. Fue precisamente él quien convenció al guardia nocturno para que le permitiera entrar en su oficina por las noches y llevar a su amante. Después de varios intentos fallidos, finalmente la pareja de espías decidió actuar y

cuando se preparaban para dar el golpe, Cynthia se detuvo en la oscuridad, comenzó a desnudarse y le pidió a Brousse que hiciera lo mismo. Unos segundos después, la puerta de la oficina se abrió súbitamente y el guardia enfocó con su linterna los cuerpos entrelazados. Ella fingió cubrirse un poquito y mostrar el resto, mientras que el azorado cuidador se deshacía en disculpas y partía como alma que lleva el diablo.

Sin perder tiempo en vestirse, la agente comenzó a trabajar y al poco rato su compañero entregó por la ventana los códigos a los agentes que esperaban para fotografiarlos. Unas horas después, relajados y tomados del brazo, los amantes abandonaron el edificio. Los valiosos documentos llegaron a Londres dos días más tarde y permitieron que las fuerzas británicas y norteamericanas invadieran sin riesgos el norte de África en noviembre de 1942.

Al término de la guerra, Brousse, divorciado de su esposa, y Cynthia-Betty, viuda del diplomático Pack, obtuvieron su licencia para amarse, se casaron y fueron a vivir al Château de Castelnou, un castillo medieval en la zona de los Pirineos Orientales. Un final al estilo Bond.

Hasta ese magnífico lugar llegaron para preguntar a la exespía si se avergonzaba de su pasado:

«¿Avergonzada? En absoluto. Mis superiores me contaron luego que, como resultado de mi labor, se pudo salvar la vida a miles de británicos y americanos. Mi trabajo me llevó a involucrarme en situaciones ante las cuales las mujeres respetables retroceden, pero mi compromiso era total. Las guerras no se ganan con métodos respetables».

Christine Keeler, *Pretty Woman*

Buckinghamshire, Inglaterra, julio de 1961.

La tarde caía dibujando sombras sobre los capiteles y balaustradas de la imponente mansión Cliveden que ese fin de semana se preparaba, una vez más, para recibir a ilustres visitantes. Aristócratas como William —III Vizconde Astor y heredero de la propiedad—, empresarios poderosos, notables miembros del *establishment* y John Profumo —ministro de Defensa británico durante el gobierno del primer ministro Harold Macmillan— maridaban puros y *single malts* alrededor de la piscina frente al jardín amurallado con árboles exóticos.

Todos esperaban, sin confesarlo, la presencia del invitado que siempre llegaba tarde, hasta que por la avenida de limas a ambos lados del camino principal de la casa se recortó la figura del doctor Stephen Ward y dos hermosas mujeres. Una de ellas era la *pretty woman* y desnudista Christine Keeler, piedra del escándalo político más grande del Reino Unido: el *Profumo Affair*.

***

Cuando el V barón Profumo (46) vio salir de la piscina a Christine (19) no pensó ni por un momento que venían de dos planetas diferentes y muy alejados entre sí.

A Christine Keeler le había tocado nacer en las orillas de la sociedad, un lugar donde los desposeídos se mezclaban con buscavidas, los sin miedo estaban dispuestos a todo y dos vagones de ferrocarril se llamaban hogar. Con un pasado de niña desnutrida y adolescente “deshonrada” por el padrastro, Keeler era un tipo humano

que el prometedor político conservador no había conocido jamás: una superviviente.

No había chicas como ella en Oxford, mucho menos en el exclusivo Club Bullingdon y claramente Christine era muy diferente a su esposa y las distinguidas mujeres de su círculo social.

No, Profumo no podía ni quería pensar en esa calurosa tarde mientras miraba, sin perder detalle, el voluptuoso cuerpo de la muchacha: húmedo, desnudo, expuesto sin pudor alguno ante la mirada de todos los presentes.

Christine Keeler y John Profumo se convirtieron en amantes la misma noche de la *swinging party*, pero no fue sino hasta mucho tiempo después, gracias a los buenos oficios del MI5, que el súbdito de Su Majestad se enteró de que estaba en problemas. Su joven amante conocía también bíblicamente a Yevgeny Ivanov, un importante espía ruso que actuaba bajo la fachada de agregado naval en la Embajada soviética.

El triángulo amoroso entre el ministro de Guerra de Gran Bretaña, la *show girl* y el espía soviético no podía suceder en peor momento. Para 1962, en plena Guerra Fría, bajo los efectos de la Crisis de los Misiles y con el peligro de una guerra nuclear que arrasaría el planeta, la noticia estalló en todos los medios de comunicación.

Mientras los *tories* se rasgaban las vestiduras y Profumo juraba por todos sus antepasados que Keeler y él eran «solo amigos», los periódicos agitaban (no batían) un cóctel que incluía la red de espías de la KGB en Londres, los secretos nucleares británicos, prostitución, drogas y fiestas con excesos y orgías de aristócratas y políticos.

En el medio de la debacle, Christine aplicó la misma estrategia que tenía desde que abrió los ojos al mundo: se mantuvo respirando y con vida. Aprovechó para posar ante la prensa sensacionalista, vender muchas de sus fotos —una de las cuales fue la más famosa de los años sesenta: desnuda y detrás de una silla— y tomar unas merecidas vacaciones en España.

Para 1963 un desgastado y derrotado Profumo reconoció la aventura amorosa ante un jurado, renunció a su cargo y pocos meses después cayó el primer ministro Harold Macmillan. El pródigo doctor

Ward, que había abastecido los deseos prohibidos de tantas personalidades públicas durante décadas, fue procesado por proxenetismo y se suicidó misteriosamente en prisión.

¿Y Christine? Tras nueve meses en la cárcel —por ¿perjurio y obstrucción de la justicia? — pasó a retiro, cambió su nombre, escribió su autobiografía, *The Truth at Last: My Story*, y se dedicó a contar las libras esterlinas que le dejó el escándalo hasta que falleció en el 2017.

Paranoias aparte, nunca se demostró el espionaje del ruso Keeler y Profumo. Quizás, alguna vez… en el año 2046, cuando se permita la apertura de los expedientes secretos, el mundo conozca la verdadera historia detrás del escándalo.

Clara Immerwahr y el Veneno de Dios

En 1915, la idea de una *Mitteleuropa*[11] germánica prendía con fuerza; las tropas del káiser desfilaban ante las multitudes enfervorizadas, los generales a caballo soñaban con una estatua en la plaza y un famoso químico probaba su gas venenoso en la Segunda Batalla de Ypres. La guerra química había comenzado oficialmente[12], tenía un padre llamado Fritz Haber y, también, una adversaria de fuste: Clara Immerwahr.

Mientras los comandantes alemanes criticaban en voz baja el uso de cloro gaseoso contra las trincheras enemigas, la esposa de Haber desafiaba en solitario a su poderoso marido y a todo el imperio. Su posición en contra de la utilización de armas químicas, a las que llamó «perversión de la ciencia», le valió el estatus de paria en la sociedad alemana y de traidora a la patria por parte de Haber.

Clara Immerwahr, primera mujer en Alemania doctorada *magna cum laude* en Química, y Fritz Haber, futuro premio Nobel, tuvieron una contienda desigual y como en los viejos y arcanos tiempos… ¿fue Samael, Veneno de Dios y Ángel de la Muerte[13], quien ganó la batalla?

***

Clara no quería casarse. La sola mención de la palabra «matrimonio» le revolvía los astrocitos en su cerebro. Era y se sabía muy buena en las ciencias naturales y estaba empecinada en graduarse como química, al igual que su padre. En 1896 las cosas no eran fáciles y en un principio tuvo que conformarse con asistir a la Universidad de Breslavia como visitante, única posibilidad para su sexo. Después de mucha pelea, logró que le dieran permiso para

hacer el examen de calificación y accedió al programa de doctorado. ¡Albricias! El 12 de diciembre de 1900 Clara Immerwahr se graduó *magna cum laude* con un doctorado en Química y se convirtió en la primera mujer en recibir este título en una universidad alemana.

Alrededor de 1901, la brillante promesa de la ciencia decidió atender las expectativas sociales relegadas. Dejó por un momento de lado las partículas fundamentales y dirigió su mirada a un persistente pretendiente y colega que le había propuesto matrimonio en varias oportunidades: Fritz Haber. Pragmática de las cosas, Clara se casó con Fritz. Tenían mucho en común por ese tiempo: ambos eran de Breslavia, treintañeros, químicos brillantes y la charla estaba garantizada; los dos provenían de familias judías y se habían convertido al cristianismo; y, por si fuera poco, parecían compartir ideales. Haber estaba decidido a cambiar la agricultura y tenía una fe ciega en su investigación para utilizar la reacción entre el nitrógeno y el hidrógeno atmosféricos para formar amoníaco. ¿Cómo no enamorarse perdidamente de ese hombre que terminaría con el hambre en el mundo?

Poco a poco, Clara fue convirtiéndose en la asistente —de lujo — de su marido. Al principio protestó un poco cuando Fritz le prohibió continuar con sus investigaciones, pero finalmente aceptó secundarlo en tareas menores. La química entonces se encargó de la vida doméstica, luego de la maternidad… y se emocionó hasta las lágrimas cuando Fritz le agradeció —en una breve y desabrida línea— su colaboración en un libro sobre la termodinámica. Haber subía velozmente escalones académicos y para 1911 fue distinguido como director del prestigioso Instituto Kaiser Wilhelm en Berlín, una distinción que vino de la mano de su nombramiento como profesor en la Universidad de Berlín y miembro de la Academia Prusiana de Ciencias. Clara y su hijo Hermann raramente lo veían. Los inquietantes rumores sobre su esposo, sin embargo, volaban a la velocidad de la luz.

Era agosto de 1914, Alemania le había declarado la guerra a Rusia y a Francia, y Fritz Haber se había convertido en el flamante titular del Departamento de Guerra Química del Ministerio de Guerra.

El mismo hombre que había permitido el aumento de la producción agrícola en todo el planeta, ahora declaraba: «En tiempos de paz, un científico pertenece al mundo, pero en tiempos de guerra pertenece a su país». Acto seguido había pasado a dedicarse por completo a la investigación de potentes gases venenosos. De la

noche a la mañana, Haber se había convertido en un Samael, con su misma dualidad.

Clara Immerwahr enloqueció de horror. Su hombre había pervertido los ideales de la ciencia y traicionado las creencias de ambos, y ella no permitiría la inminente matanza. Se opuso abiertamente a su marido, pidió, rogó y finalmente lo amenazó para que detuviera sus investigaciones. Acudió a todos los conocidos y a las autoridades gritando que el gas venenoso estaba prohibido por La Haya, pero era tarde. Los arsenales militares alemanes contaban ya con una nueva y terrible arma, capaz de cegar o destrozar los pulmones de las víctimas, cortesía de su patriota esposo.

Clara no fue escuchada, ni siquiera por los comandantes que consideraban repugnante y «poco caballeroso» el uso del gas venenoso. Todos querían la victoria. Fritz Haber apenas se distrajo de su tarea para acusar públicamente de traición a su molesta mujer.

El 22 de abril de 1915 en Ypres, Bélgica, fueron liberadas 168 toneladas del letal cloro y la nube verde grisácea se desplazó hasta las posiciones de las tropas francesas. Dos días después se produjo un segundo ataque. El exultante Fritz fue ascendido a capitán y el 2 de mayo volvió a Berlín para asistir a una fiesta en su honor. Ese mismo día Clara Immerwahr murió en los brazos de su hijo.

La versión oficial dice que la mujer tomó el revólver de su marido y se disparó. El supuesto suicidio se mantuvo en el más estricto secreto: nunca estuvo en los periódicos y jamás se realizó una autopsia. Pocas horas después, Haber partió al frente oriental para supervisar la liberación del gas contra los rusos, dejando a su hijo de catorce años ¡a cargo del funeral!

El Ángel de la Muerte siguió ocupado por mucho tiempo, fue honrado con el Premio Nobel de Química en 1918 y tuvo el reconocimiento de los nazis, aunque por su condición de judío finalmente tuvo que abandonar Alemania en 1933 y falleció el año siguiente en Basilea.

Fritz Haber, o Samael, hizo su trabajo. La trágica ironía es que, apenas unos años después de su muerte, los judíos de Europa —incluyendo muchos de sus familiares y amigos— fueron gaseados con los compuestos que inventó este personaje.

Sabemos que la *chemikerin* Clara Immerwahr peleó y perdió su batalla por la paz contra la serpiente con cara de león. Quizás nosotros, la humanidad, perdimos con ella la guerra.

Clara Immerwahr, primera mujer en Alemania doctorada Magna Cum Laude en química.
Imagen tomada hacia el 1890.

Elena Ceauşescu

25 de diciembre de 1989. 4 p. m. Cuartel militar de Târgovişte, Dâmboviţa, Rumania.

El pelotón de fusilamiento había descargado la última ronda de disparos y una nube de polvo envolvía el patio. Durante un largo minuto, soldados, testigos, jueces y camarógrafos permanecieron rígidos y en silencio, con las miradas fijas en los dos cuerpos caídos junto al paredón amarillento y descascarado. 120 impactos directos y el grueso hilo rojo que había comenzado a dibujarse en el suelo atestiguaban que la poderosa Elena, Madre de la Nación, y Nicolae Ceauşescu finalmente no eran dioses. Eran humanos y estaban muertos.

***

Elena Ceauşescu (*neé* Lenuta Petrescu) fue, y es, dos mujeres en una. La marcada dualidad en esta mujer es el resultado de los odios jurados y amores incondicionales que marcaron su vida, muerte y legado.

Mucho antes de convertirse en un objeto de culto para los rumanos, Lenuta fue la hija de unos humildes campesinos de la comuna de Petreşti. Pudo, o no (los distintos autores no se ponen de acuerdo), haber terminado sus estudios primarios y como alumna solo destacó en las clases de costura. Más tarde, en Bucarest, se ganó la vida trabajando como auxiliar en un laboratorio y obrera en una fábrica textil. En 1937, a los 21 años, se unió al Partido Comunista de Rumania y conoció a un joven dos años menor que ella, con mucha calle y antecedentes de agitador peligroso: el recién salido de prisión Nicolae Ceauşescu.

Una década más tarde, con varios encarcelamientos del novio

por medio, la feliz pareja se casó. Y allí sí, juntos y de la mano, los Ceauşescu fueron a por todas y comenzaron a escalar, de dos en dos, los peldaños hacia el poder.

Despues de que los comunistas tomaran el mando en Rumania, Elena se convirtió en la persona más importante e influyente del buró político del Partido Comunista, después de su marido. Y la maquinaria del culto a la personalidad se puso en marcha. Nadie sabe muy bien cómo lo logró, pero en 1970 y después de estudiar dos años en la Universidad de Bucarest, esta mujer, que no cursó estudios secundarios, se convirtió en ingeniera química y fue a por la maestría. El profesor encargado de la evaluación se negó a graduarla en reiteradas ocasiones, hasta que las presiones políticas lo obligaron a ponerle la mínima nota necesaria para obtener el título. Elena defendió su tesis a puerta cerrada y, después de amenazas, despidos y extrañas desapariciones de profesores, finalmente obtuvo lo que quería.

Con su marido como jefe de Estado, Elena Ceauşescu ocupó el cargo de viceprimera ministra de Rumania. La vida y el pueblo le sonreían con amor.

Los niños rumanos comenzaban el día con canciones de alabanza hacia su Madre Elena, su Papá Nicolae, el partido y la nación, en ese orden.

La edad de oro de los Ceauşescu resplandecía y los medios de comunicación, intelectuales, artistas y escritores se esmeraban en odas hacia sus gobernantes. Nicolae era garante del progreso y de la independencia de la nación, arquitecto visionario del futuro, demiurgo, genio, milagro, estrella de la mañana, príncipe azul santo, dios secular, salvador, sol, milagro… y su esposa era todo eso y mucho más, porque sencillamente ella era *perfecta* para los insaciables apologistas.

Ningún rumano podía estar en desacuerdo, caso contrario la *Securitate*, una de las fuerzas de policía secreta más ubicuas y brutales del mundo, se encargaba de aplicar el correctivo.

¿Qué pasaba mientras tanto en Rumania? Casi nada. El Estado había intervenido en la vida sexual de las mujeres prohibiendo la anticoncepción y estableciendo que todas aquellas menores de 45 años debían tener, al menos, cinco hijos en casa. La *Securitate* se

encargaba del estricto cumplimiento de esta ley visitando a las féminas en los consultorios de ginecología y en sus lugares de trabajo. Los solteros y solteras mayores de 25 años, a su vez, pagaban un treinta por ciento más de impuestos sobre sus ingresos para permitirse el privilegio.

Esta política ocasionó un aumento en la tasa de mortalidad infantil —la mayoría de los rumanos no podía permitirse criar más hijos—, el incremento de los abortos clandestinos y de los abandonos de menores en orfanatos y, de paso, la peor crisis del sida de la época. Elena y Nicolae habían decidido que esa enfermedad *no existía* en su paraíso comunista y los anticonceptivos estaban prohibidos por ley.

¿La economía? Bien, gracias. En la década de 1980 los Ceauşescu, con el objetivo de acabar con la deuda externa, establecieron la racionalización con una drástica reducción de los artículos de primera necesidad como carne, leche, huevos, agua corriente y luz eléctrica, que sumaron penurias a los rumanos.

Poco a poco, y a pesar de la omnipresente propaganda oficial que adulaba a la pareja sin descanso, la imagen pública de Elena y su marido comenzó a agrietarse en el país y también en el exterior.

Con la llegada de Gorvachov, la perestroika y la *glasnost* a Rusia, los países occidentales que alguna vez los mimaron, ahora llamaban a los Ceauşescu el régimen más tiránico de Europa.

Mientras la inflación, el desempleo y el descontento marcaban la década de los ochenta, Elena no parecía enterarse. Seguía ocupada acumulando títulos académicos muy discutidos, viajando, dando discursos a las masas, encargando retratos a los pintores más famosos y seleccionando las mejores fotos y videos para homenajearse, mientras su esposo reprimía violentamente las manifestaciones en su contra.

En 1989 el relato Ceauşescu, ese cuento maravilloso que los había elevado a dioses en la tierra, se había desmoronado y estalló la revolución, primero en Timişoara y, más tarde, en Bucarest y en todas las ciudades importantes, hasta que en diciembre de ese año Elena y Nicolae perdieron el apoyo del Ejército y fueron detenidos, juzgados rápidamente y ejecutados.

Las terribles imágenes del juicio y posterior ajusticiamiento fueron filmadas y dieron la vuelta al mundo. Por primera vez, Elena no dirigía la película, no daba instrucciones a los actores ni elegía la decoración. La rumana más famosa de la historia ya no estaba al mando del escenario.

Evelyn Nesbit, la primera *Top Model*

Revistas, periódicos, dentífricos, cremas, tabacos, chocolates, perfumes y *souvenirs* de la más variada índole se disputaban a la chica del momento. Evelyn Nesbit era *geisha*, doncella, diosa griega, gitana, musa para los artistas, dueña y señora de las fantasías masculinas y el arquetipo femenino de los albores del siglo xx. Todos querían algo de ella o, al menos, un pedacito de esa belleza perfecta, mezcla de inocencia y sensualidad. Y todos ignoraban algo: Evelyn Nesbit era una niña que aún añoraba las muñecas.

***

Todavía no cumplía los trece años cuando su imagen sexualizada aparecía en tarjetas con la leyenda: «Quiero besarte», o cuando posaba desnuda para fotógrafos y pintores, todo con el beneplácito y la gestión de mamá Nesbit, quien no había dudado en alterar la documentación de su pequeña para evitar problemas con las autoridades.

La *Top Model* fue comprada y vendida en un sistema monetario tan fuerte como el oro: *la belleza*, hasta que su valor alcanzó la cima. Fue entonces cuando Stanford White, el arquitecto más renombrado de Nueva York, famoso *bon vivant* y devorador de cosas bellas, puso su mirada sobre la niña disfrazada de mujer.

Una noche de 1901, en la habitación del lujoso departamento de la *24th Street* de Manhattan, el muy casado White invitó a Evelyn a subirse a un magnífico trapecio con cuerdas de terciopelo rojo, único objeto del lugar. «Vamos a poner a esta pequeña niña en el columpio», rugió el cincuentañero mientras la agasajada montaba con entusiasmo el juguete y apuraba el primer *champagne* de su vida. Evelyn

voló alto y es todo lo que recordó hasta el siguiente día, cuando despertó en la cama del hombre. La lolita —misma edad del personaje de Nabokov— volvería a subir al mítico columpio rojo varias veces más, a veces vestida y a veces no, pero ya no sería la misma.

Florence Evelyn Nesbit estaba acostumbrada a ser bonita, de hecho, fue la primera palabra que escuchó cuando vino al mundo un 25 de diciembre de 1886, 1887 o 1888, ¡hasta la madre llegó a olvidar el año de su nacimiento, después de cambiarlo todas las veces que hizo falta! Vivió en Pittsburgh hasta los ¿diez años? cuando su padre murió y la familia, sin un centavo, se hundió en la pobreza.

Primero en Filadelfia, donde fue descubierta por un pintor, y luego en Nueva York, Evelyn se fue convirtiendo en el único sostén económico de la familia. Su madre abandonó la idea de conseguir trabajo como costurera para convertirse en mánager de la pequeña modelo que cautivaba a pintores, escultores y más tarde a los fotógrafos e ilustradores de revistas y publicidad.

Para los periodistas que comenzaron a seguir el ascenso meteórico de la modelo, Evelyn era una combinación de pureza decimonónica con la promesa de *ese* algo nuevo y prohibido del nuevo siglo. *Vanity Fair, Harper's Bazaar* y *Cosmopolitan*, entre otras grandes revistas femeninas de la época, se disputaban su imagen para la portada, y la fama, esa «suma de malentendidos que se reúnen alrededor de una persona» según Rainer Maria Rilke, la llevó en una loca espiral hasta esa noche del columpio rojo.

Otros hombres, un extraño matrimonio arreglado por su progenitora y el protagonismo en el «crimen del siglo» —donde el arquitecto seductor fue asesinado por el celoso marido de la modelo— la convirtieron en una celebridad perfecta para el insaciable apetito del público estadounidense por el pecado privado y el escándalo público.

La probablemente demasiado-bella-para-su-propio-bien Evelyn-Nesbit gradualmente fue expulsada de la atención pública y malvivió su adultez entre intentos de suicidio, alcoholismo y morfina. Falleció sola en una residencia para ancianos a los 82 años, apretando entre sus manos las fotos *vintage* de su inocencia perdida.

Evelyn Nesbit, primera “Top Model” en 1903.
Fotografiada por Gertrude Käsebier.
Librería del Congreso de los EE. UU.

Florence Leontine Lowe o Florence Lowe Pancho Barnes

La diversión para Pancho Barnes era un asunto muy serio. Juerguista, dicharachera y aventurera por definición, se sirvió la vida en una fiesta perpetua y la bebió hasta el fondo, a su salud y a la de sus amigos. En el medio, fue una de las mujeres más importantes de la aviación del siglo xx, plusmarquista mundial, rompió el récord de Amelia Earhart, fue piloto acrobática, fundadora de un sindicato de pilotos, miembro de *The 99s* (nombre coloquial por el que se conocía a la Organización Internacional de Mujeres Piloto), competidora en el Women's Air Derby y dueña de un rancho frecuentado por lo más granado de la edad de oro aeronáutica. «Cuando tengas la opción, elige ser feliz», recomendaba la indomable Pancho, mientras hacía giros, rulitos y picadas entre las nubes. Esta leyenda e icono fascinante, se reinventó a sí misma varias veces y se casó otras tantas, rompió récords, deleitó con su humor, amó, bebió, fumó, maldijo e imaginamos que cuando se fue, lo hizo con una gran sonrisa, sin *after-party* y, quizás, sin resaca.

***

Florence Leontine Lowe, o Florence Lowe Pancho Barnes, nació en la riqueza. Era nieta del inventor y pionero aeronáutico Thaddeus S. C. Lowe, el primero que tomó fotografías desde un globo y padre del reconocimiento aéreo en los Estados Unidos.

Dicen que Barnes heredó la pasión de su abuelito —quien la llevó por primera vez a ver un espectáculo aéreo— y de su padre, y no pocos aseguran que ambos la criaron como un varón. En su infancia Barnes podía correr más rápido, escupir más lejos, insultar y pelear mejor que la mayoría de sus compañeros de clase. Para convertir a la salvaje en una señorita, su familia la inscribió en una escuela religiosa

para muchachas. Después de escaparse a Tijuana en el segundo año, la fierecilla logró milagrosamente sobrevivir sin noticias hasta su graduación. Sin perder el tiempo, en 1921 la casaron con un correcto ministro episcopal. Dice la leyenda que la desigual pareja se besó por primera vez en la boda y únicamente tuvieron relaciones íntimas en la luna de miel. Nueve meses más tarde, tras el nacimiento de su hijo, Barnes entendió que había cumplido con todas las obligaciones sociales y que era el momento de dejar atrás los rezos y congeló su relación con el pastor por un tiempo.

La floreciente industria cinematográfica de Hollywood le brindó la oportunidad de montar caballos para el cine y los cien dólares que ganaba le permitían contratar ama de llaves y niñera. ¡A vivir se ha dicho! Viajes, amantes y diversión. Se cuenta que cuando algunos amigos le propusieron abordar un barco de plátanos con destino a América del Sur ni lo pensó. Única mujer de la tripulación, Barnes se vistió como hombre y cuando el barco salió del muelle, ella y sus compañeros descubrieron que la embarcación llevaba armas y municiones a los revolucionarios de México. Los aventureros estaban en problemas y el asunto se puso peor cuando fueron tomados como rehenes por los guardias durante seis semanas. Barnes y el timonel fueron los dos únicos valientes que se animaron a escapar. Robaron un caballo y un burro y partieron como alma que lleva el diablo por el campo mexicano. Allí fue cuando Barnes observó a su flaco y largo acompañante y le dijo en broma que se veía como don Quijote, mientras que ella, rellenita, más baja y arriba del burro, parecía Sancho Panza. «No Sancho ¡yo soy Pancho!», dijo Barnes entre risas y se bautizó. 250 penosos kilómetros después, y tras abordar otro barco como polizón, llegó a casa y se despidió de su amigo, feliz y sabiendo sin duda quién era y de lo que era capaz.

En la primavera de 1928, llegó el momento de atender la gran ilusión de su niñez. Después de seis horas de entrenamiento, y ante los ojos asombrados de su instructor, Pancho aprendió a volar.

No había quien la bajara del cielo, salvo unos ocho aterrizajes de emergencia por problemas con el motor. Se compró un biplano Travel Air y encontró la forma de obtener ingresos como piloto de pruebas para fabricantes de aviones y también como doble de pilotos en la industria del cine. Fue ella quien ayudó a Howard Hughes a capturar sonido auténtico para la célebre película *Los Ángeles del Infierno*, en 1930.

Hacia 1932 ya había fundado la Asociación de Pilotos

Cinematográficos y peleaba para que sus colegas tuvieran un salario justo, mientras ella gastaba pródigamente lo que ganaba, lo heredado y a cuenta. Vendió todo lo que tenía y compró una finca en el medio de la nada; con la ayuda de su hijo construyó una casa con cuartos para sus invitados, establos, piscina y una impresionante pista de aterrizaje en la dura tierra. Mientras Pancho conseguía un contrato con el gobierno para entrenar pilotos, su Happy Bottom Riding Club estaba abierto para todos y para todo.

Fiestas para dignatarios visitantes, fiestas para civiles, fiestas para militares y fiestas para enfiestarse. Los estudiantes, después de recibir instrucciones en el cielo, bajaban a ese paraíso donde mandaba la buena comida, el alcohol, la música y la infatigable energía de su anfitriona. Algunos de ellos fueron sus amantes y hubo uno que, incluso, se casó con Pancho. Y si bien el programa de capacitación duró dos años, ese matrimonio apenas resistió dos semanas. Tras el bombardeo de Pearl Harbor, el gobierno rescindió el contrato y canceló los fondos, pero en el Happy Bottom Riding Club, nada cambió. Seguían llegando pilotos de pruebas de la Fuerza Aérea, estrellas de cine y amigos con bolsillos vacíos y ganas de divertirse, mientras las cuentas se acumulaban al lado de los embargos. Barnes seguía bailando, compitiendo y marcando récords, no solo aeronáuticos, también matrimoniales. En 1944 volvió a casarse y logró vivir con su marido cuatro meses seguidos y hacia 1952 contrajo nuevas nupcias con un novio veinte años menor que ella en una ceremonia que duró 58 segundos y fue celebrada por 650 personas.

Pancho bromeaba y reía.

Se reía de sí misma, de sus innumerables problemas económicos, de los prejuicios y hasta de la enfermedad. Continuó riendo después del incendio desastroso que borró del mapa a su célebre propiedad y aun luego de quedar sola, anciana y sin una moneda. En sus últimos años se dedicó a revivir sus viejas andanzas en clubes y fiestas y deleitó al nuevo público con los cuentos fascinantes de su vida.

Un 30 de mayo de 1975 fueron a buscarla a su modesta casa para que diera un discurso, pero la vieja pionera había partido. Se supo de ella más tarde, cuando dos amigos intentaron dispersar sus cenizas desde un Cessna y un viento de costado devolvió los restos hacia la cabina del avión. Los pilotos sonrieron, sabían que Pancho Barnes no perdería ese último vuelo y tampoco se iría sin saludarlos a

su manera.

Frances Farmer, el fuego

She'll come back as fire, to burn all the liars,

and leave a blanket of ash on the ground.

«Frances Farmer Will Have Her Revenge On Seattle»

Nirvana

Figura de culto. Personaje de tres libros, tres películas[14], varias obras de teatro, cientos de artículos en revistas y protagonista de la inolvidable canción de Kurt Cobain. Frances Farmer (1913-1970) fue una actriz excepcionalmente dotada, rebelde cuando no estaba de moda, librepensadora, contestataria, ferozmente independiente, descarada, sin pelos en la lengua, provocadora, auténtica, «escandalosa, atea y comunista[15]»… y bellísima. Era demasiado.

***

Frances nació el 19 de septiembre de 1913 en Seattle, ciudad que con el tiempo sería hogar del *grunge* y de la música alternativa[16]. Su padre era abogado y su madre, mujer temperamental y anticomunista fanática, apoyaba las causas feministas con decoro y sin aspavientos.

Dotada de un talento precoz y alentada por clases de canto y piano, Frances debutó en el teatro a los catorce años en la obra *La Hija*

del Pirata. Como estudiante del instituto de secundaria West Seattle, era popular, participaba en equipos de debate, en la revista literaria, en el periódico estudiantil y en el club de escritura creativa. Hasta aquí, hija ejemplar por donde se la mirara.

Hacia 1931, mientras cursaba su último año de secundaria, Frances ganó el certamen literario nacional de los premios Scholastic Art & Writing con su atrevido ensayo *God Dies!* Se quedó con el primer puesto, cien dólares y una controversia mayúscula con la iglesia local. Durante mucho tiempo su nombre fue citado en la primera plana de los diarios de Seattle con titulares como: «Chica de Seattle niega a Dios y gana el premio». Las iglesias convocaron reuniones extraordinarias para tratar el «ateísmo galopante entre los estudiantes», un ministro declaró a gritos ante su congregación que la atea, Frances, «llevaba a los jóvenes al infierno» y los Farmer recibieron cientos de cartas indignadas. En vano la muchacha intentó explicar a todos que su ensayo había sido influenciado por las lecturas de Nietzsche y que este autor expresaba sus mismas dudas, «solo que en alemán». Nadie la escuchó.

En 1935, cuatro años después del sonado escándalo, Frances tenía dos trabajos, camarera y acomodadora en un cine, para pagar sus estudios de Arte Dramático en la Universidad de Washington. Allí volvió a ganar un concurso patrocinado por el diario izquierdista *La Voz de Acción* y el premio fue un viaje a la Unión Soviética. La noticia hizo de Farmer un tema de polémica nacional… encabezado por su propia madre.

La mujer estaba enardecida y aprovechó con gusto la atención periodística para compartir su cólera públicamente. Lideró varias protestas afirmando que su hija había sido «corrompida» por los profesores: «La daga soviética ha golpeado profundamente en el corazón de los Estados Unidos —declaró la señora Farmer al *Seattle Post-Intelligencer*—. Si tengo que sacrificar mi hija al comunismo, espero salvar a las hijas de otras madres, antes de que se conviertan en comunistas en nuestras escuelas». En el medio de la barahúnda, Frances se vio obligada a escribir un artículo titulado «¿Por qué me voy a Rusia?», para que todos los interesados supieran que ese viaje era una imperdible oportunidad de estudios en el pionero Teatro de Arte de Moscú, uno de los diez centros teatrales más importantes del mundo. Resultado: se fue, con el rótulo de comunista pegado en la frente y el rencor de su madre en el corazón.

Al regresar de la Unión Soviética, en el verano de 1935,

Frances se detuvo en Nueva York. Tenía muy poco dinero y mucha fe en sí misma, tanta, que cuando un cazatalentos le consiguió una prueba para la Paramount, deslumbró, hizo «hoyo en uno» y consiguió un contrato por siete años. Agradecida y emocionada por lo que parecía un generoso salario —cien dólares a la semana— intentó dejar claro que ella quería ser una «actriz seria». Los ejecutivos estaban exultantes, creían tener en sus manos otra Garbo, tan talentosa como hermosa, un gran negocio. Frances trabajó duro, se sometió a varios cambios de imagen, estudió con profesores de actuación y pasó innumerables horas posando para fotos publicitarias.

La cámara la adoraba, pero la actriz intelectual solo soñaba con interpretar a Chejov y a los clásicos. Insistía en aparecer en pantalla sin maquillaje y rara vez se la vio vestida con el estilo glamuroso que se esperaba de una estrella. Hizo varias películas, se codeó con personajes como Bing Crosby y Tyrone Power en *El hijo de la furia* y destacó con una actuación «sensacional y brillante», según los críticos, en *Come and Get It.*

La fama llegaba y con ella el reconocimiento en su Seattle natal, de donde había salido como paria, apenas un año y medio atrás. ¿Frances estaba complacida? Definitivamente no. Cuanto más conocía Hollywood, más se enojaba.

No encajaba en el ambiente, patinaba en la hipocresía y se sentía *malgastada* con papeles intrascendentes. Lo peor era que no había aprendido a cerrar la boca y decía a los cuatro vientos y en cada entrevista lo que pensaba sobre la meca del cine. La actriz «temperamental y difícil de tratar», siguió haciendo películas y también enemigos entre los popes de la industria, ciertamente muy molestos con el comportamiento poco aséptico de la rubia. El amor que encontró tampoco fue de buena calidad. Conoció a un joven, apuesto y narcisista actor, se casó impulsivamente y terminó separada y emocionalmente devastada un año después. Frances se sentía sola, desesperadamente sola, y comenzó a beber cada vez más. Algunos fracasos en el cine y en el teatro habían comenzado a fisurar su brillante carrera y comenzaba a desmoronarse. Fue entonces que un accidente trivial en 1942 —multa por conducir ebria y sin licencia— desencadenó el drama y sus conflictos con la ley. Acostumbrada a desafiar a la autoridad —sobria o borracha— se enfrentó a los policías que la detuvieron y el combate verbal terminó con su arresto, sentencia y puesta a prueba en libertad condicional. Un tiempo después, y tras incumplir su comparecencia, fue a parar a la cárcel en medio de un escándalo.

Frances necesitaba ayuda. La había pedido a su manera y, una vez más, nadie quería escucharla. «¿Acaso a usted nunca le partieron el corazón?», le había espetado al juez antes de tirarle un tintero por la cabeza y terminar entre las rejas. No hubo respuesta. La Paramount dio un paso al lado, los hombres que la amaron se esfumaron y fue entonces cuando apareció, de entre las sombras, una mujer con todos sus rencores intactos: la madre.

Juntos, la señora Farmer, los ejecutivos de la industria cinematográfica y una camarilla de psiquiatras insensibles y arrogantes, dieron el veredicto: Frances estaba loca. Fue internada en un hospital para enfermos mentales, golpeada cruelmente, sometida a tratamientos con insulina y *electroshocks*, periódicamente violada por enfermeros y otros internos y finalmente lobotomizada.

La rompieron, impunemente, y no hubo quien levantara un dedo para defenderla. La tortura duró años y solo la mitad de la mujer que fue, salió de la institución. Frances no volvió a *molestar*. El infierno de camisas de fuerza y guardias sádicos había destrozado su espíritu rebelde para siempre.

«Nunca hablé —a menos que me hablaran—

luego todo fue breve y mudo

no podía vivir en alta voz

me avergonzaba el bullicio…

[…]

Mi vida murió dos veces antes de morir

y aún queda por ver

si la inmortalidad revela

un tercer evento para mí […]».

Así dice el poema de Emily Dickinson, el favorito de Frances.

Dócil, sin emociones y sin rastro alguno de sus talentos, en

1950 Frances fue liberada bajo la custodia de su madre. Pasó por varios trabajos: una lavandería, secretaria en un estudio fotográfico, camarera, recepcionista. Tras años de estrecheces económicas, vino la piedad de una cadena de televisión, un programa donde exhibir su curioso y dramático caso y sus declaraciones. Como quien habla del estado del tiempo, sin inflexiones de voz, ausente, ella dijo que nunca fue una enferma mental. Allí —en el infierno— «si una persona es tratada como paciente, tiende a actuar como tal».

Un primero de agosto de 1970, el cuerpo de Frances Farmer murió de cáncer de esófago. La mujer había partido mucho tiempo atrás. Nirvana cantó la esperanza de que ella volviera como fuego para quemar a todos los mentirosos.

Quizás, Kurt, quizás.

George Sand

Nació ciento cincuenta años antes de tiempo y fue un *bicho raro* y difícil de entender. Escritora sin medias tintas y con nombre masculino, librepensadora, precursora feminista, agitadora cultural, separada, travesti, amante célebre. *Nom de plume*: George Sand.

***

Cuando Amantine Aurore Lucile Dupin abrió los ojos al mundo el primero de julio de 1804 en París lo primero que vio fue un escándalo. Su padre, el muy noble Maurice Dupin de Francueil, y su madre, la plebeya Sophie-Victoire Delaborde, se habían casado en secreto un ratito antes del nacimiento, dejando a la abuela paterna al borde de un infarto y provocando un revoltijo de pasiones complejas y antagónicas entre las familias.

Esta doble ascendencia, donde se mezclaban el mariscal de Francia y un vendedor callejero de aves, le dio una forma temprana a esa mujer compleja y extravagante que entró en la historia como George Sand.

Se crió en el apacible y bucólico Nohant-Vic, cerca de La Châtre, mientras su madre peleaba, perdía su custodia frente a la abuela y se convertía en la figura más dolorosamente extrañada de toda su infancia y adolescencia. Después de pasar por un internado en el convento de las Damas Agustinas Inglesas de París para completar su enseñanza, en 1822 llegó el momento del casamiento y la libertad. ¿Libertad? No en esos momentos.

Aurore aún debía transitar la vida de casada con brasas bajo los pies, parir un niño y una niña y enfrentar el día a día con un hombre bebedor y desagradable que perseguía a las criadas por las noches. En 1831 consiguió la separación, dio un portazo y se fue con

sus dos hijos a París.

La escritora George Sand nació ese mismo año, después de la revolución de julio. En plena emoción romántica conoció artistas y poetas, adoptó una vida bohemia, participó en actividades políticas y literarias y comenzó a trabajar como periodista en *Le Fígaro*.

«Me parece que cambiamos día a día y que después de algunos años somos un nuevo ser».

Era imposible ignorarla, tenía el lustre de la mujer nueva, recién concebida, intrigante, subversiva, inspiradora y desconcertante, sobre todo, cuando usaba trajes masculinos, a veces por diversión y otras, para recibir un trato diferente.

La sociedad de la época, con sus rígidos códigos, no estaba preparada para esa descarada exhibición de independencia femenina y la puso bajo el radar. Primero como rumores, luego como verdades consagradas, comenzaron a circular historias sobre los amoríos de la escritora, que ponían sabor al té de las cinco. Sin embargo, en 1833, el rumor de una supuesta relación sáfica entre Sand y Marie Dorval, una de las actrices más famosas y hermosas de la escena parisina, hizo saltar todas las alarmas.

Las dos mujeres, ajenas y despreocupadas de la polvareda a su alrededor, se habían convertido en inseparables y el conde de Vigny, amante oficial de la actriz, agitaba los ánimos con críticas violentas hacia la escritora. ¿Hubo romance entre ellas? Unas supuestas cartas y los chismes de todo París lo convertían en verdad.

La biografía de Sand por esos tiempos desborda de nombres masculinos. Amigos como Balzac, Liszt, Delacroix, Víctor Hugo, Julio Verne, Gustave Flaubert, Alfred de Vigny, Chateaubriand, Zola, Dostoievski y Turgenev, entre otros, se mezclan, baten y cocinan en el imaginario popular junto a desconocidos amantes. Todos aportan anécdotas, reales y ficticias, y en la lista interminable destacan el poeta Alfred de Musset, con toda probabilidad más amigo que galán, y el célebre Chopin, con quien la mujer compartió una década completa de su vida.

Si acaso, como afirmaría más tarde su compatriota Beauvoir, «lo más escandaloso que tiene el escándalo, es que uno se acostumbra», y lo cierto es que George Sand convirtió el escándalo en

su marca registrada. Quizás porque en el fondo no le importaba ese tumulto alrededor de su vida privada y acaso porque estaba ocupada en otra cosa: escribir.

Para cumplir con la leyenda en todas sus formas y detalles hubiera necesitado varias vidas. No hay forma de que la mujer bisexual y ninfómana a tiempo completo de los cotilleos, escribiera más de 140 novelas, otras tantas obras de teatro, críticas políticas, volúmenes completos de correspondencia y su biografía *Histoire de ma vie*.

El gran tamaño que adquirió su nombre transitó por un camino distinto a la caricatura exagerada de sus detractores. La escritora, íntima y sin pretensiones, fue honesta hasta la médula. En sus novelas hay ideales sociales y humanitarios, hay angustia, sufrimiento, esperanza, desesperación, coraje y mujeres. Mujeres que consideraban el matrimonio como una institución primitiva; mujeres que soñaban un mundo con hijos y en libertad; mujeres en pie de igualdad con los hombres.

Su obra fue muy popular y el público se prendió, sobre todo, porque la autora subrayaba una y otra vez las injusticias y la hipocresía de la sociedad, algo que conocía muy bien, y la falta de coraje en las mujeres de su tiempo para tomar el control y dejar de ser víctimas. El mundo de las letras, por su lado, la atendió en forma desigual. Mientras Baudelaire y Virginia Woolf la despedazaron con sus críticas, Walt Whitman, Dostoievski y Renan, entre otros, la glorificaron.

La ancianita George Sand, terminó esa vida doméstica plena, que pocos le conocieron, involucrada en la educación de sus nietos, como antes lo hizo con sus hijos, en su amada Nohant-Vic. Tenía 72 años, había sobrevivido a casi todos sus contemporáneos y aún se bañaba regularmente en el río Indre. En el último adiós a esa «hija de un noble y una gitana», como ella misma se definió, que nació antes de tiempo, no faltaron las lágrimas de Turgenev: «En su funeral lloré como un asno», mientras que Víctor Hugo la despidió con un: «Lloro a la mujer muerta, ¡saludo a una inmortal!». Era el 8 de junio de 1876.

«No podemos arrancar una página del libro de nuestra vida,

pero podemos tirar todo el libro al fuego».

George Sand

George Sand, escritora, mecenas, vividora, que contó entre sus amantes con Chopin y se codeó con figuras de la talla de Lizt, Delacroix, Balzac, Julio Verne o Flaubert. Pintura de Charpentier, 1838.
Museo de la Vie Romantique, París.

Gerda Taro, fuera de foco

Los amantes de la fotografía saben de Robert Capa, el corresponsal gráfico de guerra más famoso del siglo xx. Londres bajo los bombardeos, el desembarco de Normandía, la guerra civil española, ese mito que fue la controvertida fotografía *Muerte de un miliciano*. Pero Robert Capa eran dos: un hombre que consiguió colocar su propia foto en la historia y una mujer fuera de foco. La hermosa, valiente e inteligente Gerda Taro, primera reportera gráfica que trabajó desde el frente, fue también la primera fotoperiodista fallecida mientras cubría una guerra.

***

La alemana Gerta Pohorylle tenía veinticuatro años cuando llegó a París huyendo de los nazis. Era hija de judíos polacos y había probado la hospitalidad de la cárcel por oponerse a los nacionalsocialistas en su país. En 1934, mientras sus padres intentaban llegar a *Eretz Yisrael* y sus hermanos a Inglaterra, comía cuando había, dormía donde podía y hacía amistades entre los jóvenes exiliados que, como ella, a duras penas lograban sobrevivir el día a día en la gran ciudad. Uno de esos nuevos amigos era André Friedmann, húngaro, bello, fotógrafo y pobre como una rata.

Gerta, que con el tiempo se conocería profesionalmente como Gerda Taro, y André se volvieron inseparables. Él le enseñó todo lo que sabía de fotografía y ella se convirtió en alumna ejemplar. Hacia 1936, Taro, quien ya tenía credencial de fotoperiodista, y su pareja, estaban formalmente en la ruina. Eran y se sabían excelentes profesionales, pero no lograban vender sus trabajos. Las agencias y periódicos buscaban nombres reconocidos, por lo que veían con desconfianza a ese par de refugiados judíos mal vestidos, con pésimo

acento y preferían, incluso, comprar en el extranjero.

Fue entonces cuando la alemana, harta de los desplantes y de pasar hambre, tuvo la más loca y brillante idea de su vida y le propuso a André crear un personaje ficticio: el supuestamente famoso fotógrafo norteamericano Robert Capa. ¡Ellos serían sus representantes!

Gracias a este ardid lograron vender las fotos de ambos por ¡el triple de su valor! firmadas con ese seudónimo. A partir de entonces les llovieron ofertas de las mejores revistas, dejaron atrás la miseria y nació una complicada y triste historia de amor.

Los Capa, Gerda y André, eran bellos, seductores y talentosos. Tenían ese halo fascinante y aventurero de los corresponsales de guerra, pero Gerda tenía algo más, algo que traía en la sangre: una fuerte convicción política. Con los republicanos en el corazón, la fotógrafa puso varias veces en riesgo su vida para *contar* al mundo lo que sucedía en España, país donde se quedó para siempre.

De trinchera en trinchera, entre el fuego de las ametralladoras, en medio del contraataque de las tropas franquistas y los salvajes bombardeos donde murieron miles de republicanos, Gerda Taro sacó foto tras foto, desafiando el peligro.

Y precisamente en Brunete, Madrid, acompañando al ejército republicano en la retirada, una feroz acometida de la aviación sembró el pánico en el convoy y un tanque aplastó accidentalmente a la fotógrafa. La muerte llegó unas horas después. Era el 26 de julio de 1937.

Poco tiempo antes Gerda Taro había dicho: «Tengo 27 años y sé que esta guerra es el fin de una parte de mi vida, el fin tal vez de mi juventud. A veces me parece que con ella terminará también la juventud del mundo. La guerra de España nos ha hecho algo a todos. Ya no somos los mismos: el tiempo en el que vivimos está tan lleno de cambios que es difícil reconocerse en cómo éramos todos nosotros hace apenas dos años. No me puedo ni imaginar lo que queda por venir».

André siguió usando el famoso sobrenombre Robert Capa y también enamorando a mujeres como Ingrid Bergman, pero nunca se recuperó de la muerte de Gerda, su gran amor. Una mina lo mató mientras cubría un reportaje en la guerra de Indochina en 1954.

Gerda Taro, coautora de la extraordinaria obra fotográfica que mostró la guerra como nunca antes, quedó fuera del foco de la historia durante varios decenios y a la sombra del nombre masculino que ella misma creó.

Gerda Taro, primera reportera gráfica que trabajó en el Frente,
y primera fotoperiodista fallecida mientras cubría una guerra en 1937.

Gloria Swanson

A Gloria le tocó un Hollywood tan joven que aún no pronunciaba sus primeras palabras. Era el tiempo del cine mudo donde los «te quiero»… o «te odio» se decían con gestos y los actores fatigaban ojos, rictus, movimientos de cuerpo y poses para contar una historia.

En la década de 1920 esta mujer fue muchas mujeres, decenas, en las películas que filmó, pero el personaje más adorado por sus espectadores fue ella misma: Gloria Swanson. Un metro y cincuenta y cinco centímetros de puro fuego que devoró seis matrimonios, incontables amantes, cincuenta películas… y millones de dólares.

Dice la leyenda que, antes de que Hollywood creara estrellas, un puñado de estrellas crearon Hollywood y una de ellas fue la Swanson. Por fuera lucía una belleza poco convencional: ojos azules y penetrantes, mandíbula ancha, frente alta, algunas curvas. Lo interesante venía con la segunda mirada, cuando los ojos no alcanzaban, no importaban, o no servían para comprender y dimensionar el magnetismo y la sensualidad avasallante de esta mujer alfa. La Swanson no había llegado al mundillo del espectáculo para hacer amigos, lo suyo era poner el mundo entero a sus pies.

***

Gloria May Josephine Swanson nació en Chicago en 1899, el mismo año en que Georges Méliès estrenaba su cortometraje *Cléopâtre*, dos minutos completos de puro asombro y magia. ¿Para qué más? Vivió aquí y allá con su familia —incluso en Puerto Rico, donde aprendió español— y finalmente, una tía entrometida, figura del destino, la llevó por primera vez a un pequeño estudio en su ciudad natal, donde hizo de extra en una película.

La niña de catorce años puso un pie en la tierra de los espejismos y nunca más volvió. Trece dólares semanales y la cercanía con personajes como Charles Chaplin la convencieron para dejar los estudios formales y dedicarse a tiempo completo a la actuación.

Sin descanso y empujada por la fuerza irrefrenable de su decidida personalidad, Gloria se propuso y logró dominar en poco tiempo el arte de la comunicación no verbal. Aprendió a disciplinar cada músculo, cada pose y cada movimiento de su cuerpo para coquetear, insinuar, despreciar, invitar, desear. Perdió su edad para convertirse en las mujeres de los papeles que le ofrecían; ninguno era pequeño o insignificante, todos lograrían finalmente llevar el foco hasta la camaleónica aprendiz de actriz.

Hacia 1916 ya estaba instalada en California rodando comedias y su nombre se susurraba con entusiasmo en los pasillos de los estudios cinematográficos. Fue por aquellos tiempos que un grande, Cecil B. DeMille, puso sus ojos en ella. El productor y director de cine estadounidense dedicó un buen tiempo a observar a esta criatura de extraño magnetismo y finalmente en 1919 levantó su pulgar en la Paramount y Gloria Swanson firmó el contrato que la llevaría a la cima.

No cambies a tu esposo (1919), *Hombre y Mujer* (1919) —con la famosa escena de la esposa del león (con león real incluido)—, *¿Por qué cambiar a tu esposa?* (1920), *Algo para pensar* (1920), *Los asuntos de Anatol* (1921)… películas y papeles hechos a la medida de su provocativa sensualidad: heroínas, mujeres fatales, aristócratas. En menos de dos años la Swanson se convertía en una superestrella y la actriz más buscada de Hollywood.

Fuera del escenario, la joven palpitaba una vida digna de sus personajes, incluso los más trágicos. A los diecisiete años se casó con un actor que, según sus memorias, la maltrató, violó y provocó la interrupción de un embarazo. Se divorció para volver a casarse con un productor con quien tuvo una hija y de quien también se separó —esta vez de forma muy escandalosa— acusada de haber cometido adulterio con trece hombres, incluyendo a su mentor DeMille y el encantador Rodolfo Valentino. Antes de los veinticinco años había liquidado dos matrimonios y dos divorcios, e iba por más.

Durante su apogeo, en los «felices, dorados y locos años veinte», el público acudía masivamente a ver sus películas. Gloria

Swanson deslumbraba con sus joyas, plumas de pavo real y avestruz y las piezas extravagantes de alta costura que hacían suspirar a las mujeres comunes. Se había convertido no solo en una estrella de cine, también en una de las féminas más famosas y fotografiadas del mundo. Y si acaso algo le faltaba a esta diosa primigenia del celuloide, ese algo llegaría en 1925.

Fue durante el rodaje de la película franco-estadounidense *Madame Sans-Gêne*, en Francia, cuando Gloria conoció a su tercer marido: Henri ¡un verdadero marqués! venido a menos y obligado a trabajar para mantenerse. Este hombre le proporcionó el toque aristocrático que le faltaba y, es necesario decirlo, logró emparentar a Hollywood con la nobleza europea mucho antes de que lo hiciera Grace Kelly. Después de unos meses en Francia, la Swanson regresó a su tierra, fue recibida con bulliciosos desfiles, tanto en Nueva York como en Los Ángeles, y se colgó el apodo: la Marquesa.

Y sí, había llegado a la cima y era tiempo de pensar en la estrategia para mantenerse en ese privilegiado lugar. Es en este capítulo de su vida cuando Gloria muestra sus cartas en el juego de Hollywood, manejado en exclusividad por hombres. En una maniobra que dejó estupefactos a los ejecutivos de la Paramount, la Swanson rechazó el contrato de un millón de dólares —catorce millones hoy y una suma sideral para la época— y decidió apostar por la United Artists, compañía recién creada, que le daría aquello que no tenía precio: la libertad. Sería su propia jefa y haría las películas que deseara, cuando y con quién le diera la gana.

Después de tomar el control de su carrera, se asomó a la bancarrota varias veces, ganó y, sobre todo, dilapidó millones de dólares en lujos y excentricidades; hizo películas independientes con éxito discreto; se deshizo del marqués que resultó aburrido hasta el bostezo y conoció a un emblemático personaje: el patriarca político Joseph P. Kennedy, padre de John F. Kennedy.

La Swanson se encontró por primera vez con Joe en la sala Renaissance del elegante hotel Savoy Plaza el 11 de noviembre de 1927, en un almuerzo formal de negocios. La actriz necesitaba financiación para una película y el hombre era, por entonces, un poderoso inversor de la industria. La sorpresa fue de ida y vuelta. Joe no lucía como el típico banquero serio y con cara de acelga; era un rubio bronceado, con porte deportista y dueño de unos ojos azules que parecían traspasarla con cada mirada. Gloria a sus veintiocho radiantes años tampoco era el cliché sexy, fácil de definir y manipular

después de algunas palabras. La mujer que Joe tenía delante era inteligente, de respuestas rápidas, ingeniosa, aguda… aunque desde luego también era una hembra extremadamente sensual y un enigma que bien valía la pena descifrar.

Swanson y Kennedy dedicaron tres buenos años a explorarse mutuamente y tuvieron un amorío pragmático, muy a la medida de sus personalidades: el corazón de Joe nunca se movió de Hyannis Port, de Rose y de sus hijos, y el de Gloria solo tenía espacio para un gran amor: ella misma.

La sociedad comercial con Kennedy le permitió financiar dos de sus más ambiciosas y costosas películas: *La reina Kelly*, desastre de taquilla, y *La intrusa*, su primer film sonoro de rotundo éxito. Cuando Joe se marchó de Hollywood y de Swanson para atender otros negocios y su carrera política, Gloria mujer no lo extrañó, el hombre apenas había entibiado su cama. En cambio, Gloria Productions, de quien ella era única responsable, se quedó con las deudas de *La Reina Kelly*, las deudas por el visón y otras joyas que su amante le había *regalado* sin antes pagar.

Irreverente y excesiva, la Swanson siguió viviendo por encima de sus posibilidades como *una* magnate de Hollywood mientras el mundo cambiaba aceleradamente. Los treinta amanecían con el cine sonoro definitivamente instalado y ella, como casi todas las grandes *estrellas mudas*, pasaron a retiro obligatorio.

En esta década la Swanson sumó otro matrimonio, dos hijos más, escandalosos amoríos y hacia 1938, alejada de la pantalla, se mudó a Nueva York y fundó una empresa de inventos y patentes. La pequeña compañía sirvió no solo para patrocinar emprendimientos e innovaciones, también, y sobre todo, ayudó a rescatar a científicos e inventores judíos de la Europa devastada por la guerra y llevarlos a los Estados Unidos.

La madurez la alcanzó en los años cuarenta, escribiendo, trabajando en algunos programas de radio y televisión, comercializando ropa e, incluso, participando en política. Parecía prepararse —sin saberlo— para el papel cinematográfico más importante de su vida.

Sunset Boulevard era un desafío enorme para la protagonista, mucho más porque las heridas que había dejado el cine sonoro en las

viejas estrellas mudas aún seguían abiertas y sangrarían en cada escena. Mary Pickford no alcanzó a escuchar la propuesta, estaba demasiado borracha. En caso de sobriedad, la «chica del cabello dorado» hubiera tirado un zapato a la cabeza de los productores. La Swanson, en cambio, no tenía sentimentalismos ni deudas con el pasado. Ese personaje crepuscular, narcisista, duro y frágil, trágico y cómico sería para ella. Se tragó el orgullo de diva, hizo la prueba, ganó el papel y se metió bajo la piel de Norma Desmond.

Nominada para once premios de la Academia, *Sunset Boulevard* significó también la tercera nominación al Oscar para Gloria Swanson como mejor actriz. El galardón no llegó a sus manos, pero ¿a quién le importaba? La sirena de las películas mudas estaba en *primer plano*… y hacía ruido como nunca.

Durante las siguientes décadas paseó su brillo en populares programas de televisión, apareció en numerosas obras de teatro y su autobiografía, *Swanson on Swanson*, se convirtió en un éxito comercial. Se casó por última vez en 1976 con un escritor diecisiete años menor y la septuagenaria confesó sin empacho que su vida sexual era «muy saludable».

Escandalosa de vocación, la mujer que fue honrada con dos estrellas en el Paseo de la Fama de Hollywood, vivió como una supernova en la galaxia de Hollywood y se apagó en Nueva York el 4 de abril de 1983.

Gloria Swanson, actriz camaleónica, una de las estrellas que contribuyó a los orígenes de Hollywood.
Imagen incluida en el set del fotógrafo Rolf Armstrong “Las 16 bellezas de la pantalla”, 1930.
Revista americana Screenland.

Gudrid, la vikinga[17]

Quinientos años antes de Colón, Gudrid Þorbjarnardóttir exploró y vivió tres años en el Nuevo Mundo. Dio luz a su hijo Snorri, el primer europeo nacido en América, y fue una de las más grandes viajeras de la época. Sus aventuras se mencionan tanto en *Grœnlendinga saga* (o la *Saga de los groenlandeses*) como en *Eiríks saga rauða* (la *Saga de Erik el Rojo*). Por muchos siglos fue un personaje mitológico como Helena de Troya, hasta que recientes descubrimientos arqueológicos demostraron su existencia real. Navegó ocho veces el helado Atlántico Norte desde Islandia y Groenlandia hasta Terranova y Noruega, sobrevivió a tres maridos —incluyendo a Thorstein Eiriksson, hijo de Erik el Rojo— y muy viejita, peregrinó a Roma, le contó al papa Benedicto VIII sobre las «nuevas tierras» y vivió como anacoreta en Islandia hasta alrededor del 1050, cuando falleció y fue enterrada con su caballo, a la manera vikinga.

***

Gudrid, la hija de Hallveig Einarsdottir y del terrateniente Thorbjörn Vifilsson, habría nacido alrededor del 980 en una Islandia que instalaba el cristianismo como la religión oficial. A los 19 años se casó con el comerciante Thorfinn Karlsefni, y la nueva pareja partió en su robusto *knörr* rumbo a esas tierras maravillosas que el intrépido Erik el Rojo llamaba Groenlandia («Tierra Verde»), poniendo proa a la mítica Vinland («Tierra del Vino»).

La tripulación era veterana y estaba bien preparada para surcar el océano. Nubes, vuelos de gaviotas, el tamaño y el color de las algas ayudaban a marcar el rumbo y la velocidad; y el sol, la luna y las estrellas lucían favorables para los viajeros… hasta que llegaron los terribles temporales. Todos sabían que el barco era resistente, pero

nadie ignoraba que la borda de estas naves era muy baja y el oleaje la inundaba con facilidad. Naufragaron frente a las costas de la gran isla y la muy joven Gudrid terminó su primera expedición sana y salva, pero perdió por primera vez también, un marido.

En Groenlandia nuevamente, la mujer de extraordinaria belleza según se cuenta, volvió a contraer matrimonio y el elegido fue Thorstein Eiriksson, el hijo más joven de Erik el Rojo. Ambos tenían el sueño de llegar a Vinland y, tan pronto como pudieron, se hicieron a la mar. Después de un terrible verano a merced del viento y las tormentas, Gudrid, su marido y el resto de los acompañantes acabaron en Lysufjord, otra colonia de Groenlandia, donde una terrible epidemia mató a casi todos, incluyendo a Thorstein… y nuestra vikinga volvió a enviudar por segunda vez.

Tras su regreso al asentamiento original, Gudrid pasó un tiempo en Brattahlíð (que podría traducirse como «pendiente violenta»), la vieja colonia fundada por Erik el Rojo, donde conoció a un mercader islandés recién llegado de Noruega: Thorfinn Karlsefni, hombre decidido como ella y dispuesto a todo para llegar a Vinland, la tierra tan prometida. Por ese tiempo Gudrid había ganado gran experiencia como navegante y era un marino más, curtida, resistente al frío, la humedad y el cansancio y muy hábil. Los hombres en su vida le habían enseñado lo necesario para sobrevivir en los mares más peligrosos del hemisferio norte, donde las borrascas y las nieblas traicioneras habían puesto a prueba una y otra vez su valor.

Alrededor del 1010, Gudrid, su marido Thorfinn Karlsefni, tres embarcaciones y 160 vikingos cargados con enseres agrícolas y ganado consiguieron bordear el continente americano, siguieron la costa hacia el sur y la naturaleza les indicó que habían llegado a su destino. Maravillosas playas y montañas, ríos rebosantes de salmones, bosques frondosos con árboles altos, praderas verdes e interminables y las uvas silvestres que honraban el nombre del lugar: Tierra del Vino, conocido actualmente como L'Anse aux Meadows. Allí encontraron las cabañas que años antes había construido otro hijo de Erik el Rojo, Leif Eriksson —apodado el Afortunado—, y también allí Gudrid dio luz a Snorri Thorfinnsson, el primer europeo nacido en América.

Vinland ciertamente era un paraíso, pero también era el hogar de los temibles *Skrælings*. ¡No había forma de congraciarse con ellos! Dicen las sagas islandesas que estos nativos —ciertamente muy numerosos— se mostraron dispuestos a comerciar sus pieles… a

cambio de las armas de los vikingos. Y cuando el marido de Gudrid prohibió el intercambio se pusieron como locos y volvieron a la pelea con los indeseables forasteros. Después de tres duros años, con pequeños intervalos de paz, el grupo de expedicionarios volvió a Groenlandia y posteriormente a Noruega donde vendieron su carga de mercancías exóticas.

La historia cuenta que Gudrid regresó a Islandia, tuvo un segundo niño y cuando Karlsefni murió unos años más tarde, se hizo cargo de la granja, prosperó, crió sola a sus hijos y peregrinó a Roma con su mensaje para el papa.

Probablemente nunca sabremos qué pensaba esta mujer, cuáles eran sus gustos y si acaso alguna vez, en esos mares helados y desconocidos, tuvo miedo y se rindió. Pero podemos imaginar una anciana en el umbral de su última casa, contemplando el mar… y sonriendo. Quizás sabía que su historia sería *heredada, repetida y pulida* por generaciones de narradores.

Hannah Arendt, la discípula

A principios de ese siglo veinte «cambalache problemático y febril», las pugnas por el poder entre Francia, Gran Bretaña, el Imperio alemán, el Imperio austrohúngaro y la Rusia zarista se acentuaban notablemente y arreciaba la carrera armamentista.

Hannah Arendt nació en una Alemania turbulenta que se encaminaba hacia la monstruosidad de la Gran Guerra, luego a la República de Weimar para finalmente desembocar en su antítesis: el totalitarismo nazi.

***

A los catorce años había leído y discutido *Crítica de la razón pura* de Kant, la *Psicología de las concepciones del mundo* de Jaspers y la obra de Søren Kierkegaard. Hacia 1924, Hannah era una brillante estudiante de 18 años con un irresistible magnetismo. Y cuando llegó a la Universidad Philipps de Marburg conoció al hombre que marcó su vida, Martin Heidegger, y se convirtió en su discípula y amante.

La historia entre la alumna judía y el filósofo que terminó comprometiéndose intelectualmente con el nazismo es una rara mezcla de seducción, amor e inteligencia. Heidegger le doblaba en edad, estaba casado con una mujer que no ocultaba su antisemitismo y escribía por entonces su obra fundamental *Ser y Tiempo*.

«Todo lo grande está en medio de la tempestad».

Martin Heidegger

En medio del amor clandestino con el egregio maestro, Hannah

se doctoró bajo la tutela de Karl Jaspers y comenzó a elaborar sus propias teorías a partir de la realidad que le había tocado vivir. Ya no era la discípula de Jaspers —aunque mantuvo su amistad hasta la muerte del filósofo— ni de Heidegger, ni su pensamiento era el de Hermann Broch, Walter Benjamín o Edmund Husserl.

Era una mujer con ideas propias y una judía que veía con horror a una parte de sus amigos adherirse al nazismo… y a la otra parte, ser perseguidos y muertos. Ella misma sería detenida por la Gestapo, partiría hacia el exilio y el nacionalsocialismo le retiraría la nacionalidad convirtiéndola en apátrida.

Se refugió primero en Francia y luego, con el inicio de la II Guerra Mundial, huyó a los Estados Unidos. Fueron años de persecución y profundo dolor, no obstante Hannah Arendt no dejó de preguntarse, profunda y honestamente en sus escritos, los porqués.

En su *Orígenes del totalitarismo* (1951) y en las clases que dictó en las universidades de Berkeley, Princeton o Chicago, sus temas giraban sobre la suerte de los judíos en Alemania y Europa, sobre el sionismo, sobre el mal y la mentira en la política. En *La condición humana* (1958), *Sobre la revolución* (1963) y sobre todo en el muy polémico *Eichmann en Jerusalén* (1963) no cesó de plantear y analizar el «infierno ideológico» que le había tocado vivir.

Hannah rechazaba profundamente los rótulos y encasillamientos y este fue un pecado grande en aquellos tiempos polarizados. No se definía comunista, socialista, liberal, conservadora, fascista, nazi ni tampoco sionista. Por ende, era algo mucho peor: una sospechosa.

Hizo mucho ruido con su acuñada «banalidad del mal» después del juicio de Eichmann; inquietó los espíritus estadounidenses cuando no condenó a los comunistas en plena «caza de brujas», abordó la discriminación de la población negra o cuando censuró la guerra de Vietnam. Para completar las perplejidades, declaró a favor de su admirado y antiguo amante Heidegger en la audiencia de desnazificación en Alemania y lo reivindicó públicamente.

Es de rigor mencionar que Martin Heidegger, aparentemente y de acuerdo a los testimonios epistolares que se conservan, nunca trató a su discípula como una igual. Podemos inferir que el filósofo

necesitaba más la admiración de Arendt que su juicio.

Para muchos Hannah Arendt fue «una de las pensadoras más significativas e influyentes del siglo xx», para otros, solo una «atrevida irredenta, reaccionaria torcida». Ella sencillamente se describió como una teórica de la política. Lo innegable: la discípula fue una mujer con pensamiento independiente y una poderosa voz propia.

«Los hombres, aunque han de morir, no nacieron para morir, sino para innovar».

Hannah Arendt

Haseki Hürrem, la sultana

Hacia 1521 y durante las guerras ruso-crimeanas, la pequeña hija de un sacerdote ortodoxo ucraniano fue capturada por los tártaros, luego vendida como esclava al encumbrado Makbul Ibrahim Pasha, posteriormente regalada a la sultana Hafsa y finalmente enviada al harén del monarca más poderoso del siglo xvi: Solimán el Magnífico.

***

Haseki Hürrem Sultan, née Alexandra Anastasia Lisowska y más conocida por su apodo Roxelana[18], tenía apenas diecisiete años cuando puso sus pies por primera vez en el harén del palacio Topkapi, un laberinto lúgubre y crepuscular de quince mil metros cuadrados y cuatrocientas habitaciones, donde legiones de mujeres conspiraban y competían como tigresas por el favor de su amo.

La historia cuenta cómo esta cautiva, con una estrategia digna de un maestro de ajedrez, se convirtió en una de las mujeres más prominentes durante la era conocida como el Sultanato de las mujeres. Eliminó a sus rivales y rompiendo con la tradición se casó legalmente con el emperador Solimán, sultán del Imperio otomano, califa del islam, señor de señores, rey de reyes… y lo hizo su esclavo hasta la muerte.

A diferencia de su contemporánea, la desdichada Ana Bolena, Roxelana mantuvo la cabeza en su lugar. ¿Cuándo decidió dejar de ser una humilde y manoseada esclava? Probablemente cuando la alinearon junto a cientos de mujeres, para que el gran sultán eligiera con quien pasar la noche. Ella fue la única que no bajó los ojos en presencia del hombre y se quedó mirándolo, sin pestañear y con la

cabeza en alto. Una osadía que se pagaba con la muerte… o con un pasaje a la alcoba real.

Solimán perdió la cordura y el turbante por Roxelana, la mujer de los cabellos rojos como el fuego, y se olvidó por completo de sus otras mujeres, incluyendo su consorte favorita hasta esos momentos: la montenegrina Mahidevran. Mientras Roxelana paría, uno tras otro, cinco hijos del sultán, debió sortear cientos de intrigas, dagas corvas y las trampas que le tendía la despechada Mahidevran, dispuesta a todo por recuperar su lugar de privilegio. La rivalidad entre ambas mujeres, sus hijos y sus respectivas tribunas fue a muerte, hasta que una jugada magistral de la colorada, dio vuelta al tablero del poder.

Roxelana sabía que el *kanuni osmanli*, el código de leyes, permitía al sultán elegir su heredero al trono y también ejecutar a todos los que pudieran disputarle el lugar. Para cuidar de su prole y de sí misma, Roxelana insólitamente pidió ser instruida en la religión musulmana. Una vez convertida le dijo a su amante que la nueva religión no le permitía «tener relaciones sexuales con un hombre sin estar casada». Solimán se puso como loco y resistió tres días completos sin tocar a su amada. Según *Los Diálogos de los muertos* de Bernard Fontenelle, a la tercera noche el poderoso hombre tiró por la ventana doscientos años de tradición otomana y le pidió a su concubina que se casara con él.

Ante el asombro de propios y ajenos, la ucraniana se convirtió en la persona más importante del Imperio otomano y le siguió un hecho aún más insólito: el sultán renunció inmediatamente a todo su harén. Los diplomáticos extranjeros, comenzaron a llamar Russelazie o Roxelana al palacio de Solimán, en clara alusión a la enorme influencia de la Sultana sobre el marido.

Mientras Solimán se dedicaba en cuerpo y alma a su pelirroja, Roxelana llevó adelante una agenda propia. Participó en la construcción de edificios públicos y fundaciones de caridad, desde La Meca a Jerusalén, una mezquita, dos escuelas coránicas, fuentes, un hospital para mujeres, un comedor para alimentar a los pobres y necesitados y, por supuesto, fue mano derecha y asesora de Solimán en todos los asuntos del gobierno.

Inteligente, certera y rápida de reflejos, la sultana fue eliminando a todos sus adversarios, uno por uno, por las buenas o por las malas, y en entramados dignos de tragedia shakesperiana logró que uno de sus hijos, Selim el Borracho, heredara el sultanato[19].

Un 15 de abril de 1558, la muerte sorprendió a la imparable mujer, antes de que pudiera disfrutar las mieles del poder absoluto que estaba construyendo. Solimán la lloró hasta su propia muerte, ocho años después[20].

Los restos de ambos descansan en el jardín de la mezquita de Süleymaniye y dicen que en las noches de verano se pueden escuchar susurros del poema que el hombre compuso para su mujer:

«Mi amor, mi luz de luna

Mi más sincera amiga, mi confidente, mi Sultana, mi único amor

La más bella entre las bellas…

Mi Constantinopla, mi Caraman, la tierra de mi Anatolia

Mi Badakhshan, mi Bagdad y Jorasán

Mi mujer del cabello hermoso…

y ojos llenos de picardía».

Hatshepsut Jenemetamón, la reina barbuda

La semiótica es, en principio, la disciplina que estudia

todo lo que puede usarse para mentir.

Umberto Eco

Hubo un tiempo en que el hombre más poderoso del mundo fue una mujer.

Desde 1490 a. C. hasta 1468 a. C. Egipto fue gobernado por Hatshepsut, la reina-faraón que más tiempo se mantuvo en el trono de las «Dos Tierras». Monarca consciente de la enorme importancia de códigos y símbolos, para lograr gobernar no vaciló a la hora de vestir trajes de varón y lucir la típica barba postiza que significaba fuerza y omnipotencia. Pero quien se declaró hija del propio dios Amón, pagó su osadía. Falleció en misteriosas circunstancias y Tutmosis III ordenó borrar todas las huellas de Hatshepsut Jenemetamón sobre la tierra.

***

La hija de Tutmosis I quería reinar, por supuesto, pero ¿podía? Según el principio dinástico, y dentro de las posibilidades que este ofrecía, una mujer no estaba completamente excluida de la sucesión, sin embargo la llegada al trono podía ser un camino muy áspero y peligroso para una aspirante femenina de tan solo doce años.

Hatshepsut era hija legítima de su padre y la reina Ahmose

Nefertari, la mejor situada para sucederlo e incluso, y al parecer, contaba con el favor paterno para esta tarea. Pero todo esto no fue suficiente. A la muerte del soberano se decidió buscar un nuevo faraón entre los hijos varones de las esposas del harén.

El problema de *saltar* a la legítima sucesora y elegir un heredero carente de linaje real se resolvió casando al recién elegido, Tutmosis II, con Hatshepsut, su resignada medio hermana. Probablemente satisfecha y relajada después de tanto ajetreo, la nobleza egipcia no imaginó que tres años después enfrentaría un conflicto muy similar.

Tutmosis II tuvo un breve reinado; al parecer contrajo una misteriosa plaga de la época y falleció dejando a una viuda muy joven… y una pequeña heredera femenina al trono. ¡Otra niña! Mientras los nobles se tiraban de los pelos, conspiraban por los pasillos y fatigaban sandalias buscando un varón para el trono vacío, una mujer sonreía. Hatshepsut también había hecho sus cuentas. Cualquier otro hijo de Tutmosis II nacido en el harén era necesariamente un pequeño bebé… y desde luego, necesitaría una regente. Ella.

Gracias, Amón. ¡Gracias, Isis! Los dioses favorecían a la desplazada, ninguneada y subestimada Hatshepsut.

Mientras Tutmosis III, sexto faraón de la dinastía xviii, daba sus primeros pasos y aprendía a jugar a las canicas, Hatshepsut planeaba un golpe magistral para hacerse con el poder en forma tan legítima que absolutamente nadie pudiera discutirla. Y una vez más, los dioses inspirarían su estrategia.

Por supuesto ella sabía que un aséptico asesinato la hubiera llevado al poder, pero en vez de eso, decidió que el niño recibiera una educación de primera clase, normalmente reservada para escribas y sacerdotes. Lo protegió y rodeó de todos los recursos para que, con el tiempo, Tutmosis se convirtiera primero en el comandante supremo de sus ejércitos y, luego, en un gran monarca. Después de ella.

En el 1473 a. C. Hatshepsut tomó el poder de Egipto con sus dos manos y se coronó faraón. ¡Ni siquiera había una palabra para designar a una mujer en ese cargo! Y lo asumió con todos los títulos y galas incluido el tocado —el *Uraeus*, la forma estilizada de la cobra, símbolo de soberanía, realeza, deidad y autoridad divina—, la falda corta o *shendyt* y la falsa barba ceremonial. No destituyó a su ¿sobrino?

Le asignó una especie de corregencia desdibujada y mientras Tutmosis continuaba con sus estudios, ella manejaba Egipto.

Con rápidos reflejos y antes de que sus detractores recuperaran el aliento, Hatshepsut puso en marcha una hábil campaña publicitaria con el objetivo de convencer a propios y ajenos de su legitimidad. En inscripciones y estatuas dispersas a lo largo y ancho del territorio egipcio, difundió que su padre, Tutmosis I, quería que ella fuera faraón, así como el mito de que Amón había estado presente en su nacimiento… y fue a por más: aseguraba que ella había sido concebida por el propio dios. Se hizo retratar como mujer y como hombre, en una deliciosa dualidad que provocó adoración entre sus contemporáneos y a la vez confundió a los futuros arqueólogos durante siglos.

Argumentos convincentes, aliados poderosos, consejeros fuertes y leales y *¡voilà!* Se convirtió en una de los faraones más exitosos y reinó más que cualquier otra mujer de una dinastía egipcia: veintidós años en el poder.

Hatshepsut tuvo un reinado tranquilo y próspero sin grandes campañas militares y con gran auge del comercio. No quiso involucrarse en la agitación política del Medio Oriente (asirios, babilonios, hititas). Amplió las rutas comerciales, fue una de los constructores más prolíficos del Antiguo Egipto con sus numerosos templos —dos enormes obeliscos y estatuas y un vasto complejo mortuorio cerca de la entrada del Valle de los Reyes— y la expedición a la tierra de Punt (probablemente la actual Somalia), un lugar mítico para los viejos egipcios, fue uno de los puntos cúlmenes de su reinado. Los siete barcos enviados regresaron repletos de incienso, pieles de leopardo, monos y plantas exóticas.

¿Amó? ¿fue amada? Dicen que sí. Un tal Senemut, mayordomo y supervisor de sus proyectos arquitectónicos, al parecer no se sintió intimidado por la barba de esta reina egipcia y compartió su lecho durante muchos años con alguna felicidad.

Los historiadores creen que Hatshepsut falleció alrededor del 1458 a. C. unos nueve meses después de cumplir veintidós años en el trono, quizás por complicaciones de su diabetes y un cáncer de huesos, o tal vez con alguna ayuda…

Una veintena de años después de su fabuloso funeral,

Tutmosis III y su hijo comenzaron, extrañamente, a eliminar —de forma selectiva y exitosa— todo registro de la reina barbuda. Su nombre fue raspado de las inscripciones, sus estatuas y monumentos, derrumbados y solo se conservó aquello que la conmemoraba como hija y esposa de faraones. ¿Venganza tardía? ¿Conveniencia política? Los dioses sabrán. Recientemente en el siglo xix los textos en las paredes del maravilloso templo de Deir el-Bahari *hablaron* y dieron las primeras pistas sobre el reinado de Hatshepsut.

Finalmente, borrar a esta mujer de la historia era tan difícil como tapar a Amón-Ra, el sol, con la mano.

Hedy Lamarr, la inteligencia desnuda

El espectro ensanchado (*spread spectrum* o SS) —base de la tecnología para teléfonos celulares, buscapersonas, el acceso inalámbrico a internet, satélites de defensa y una profusión de otros dispositivos— se lo debemos a la actriz, inventora e ingeniero en telecomunicaciones Hedwig Eva Maria Kiesler, más conocida por el seudónimo Hedy Lamarr, «la mujer más hermosa en la historia del cine». Fue la primera actriz que en 1936 se exhibió completamente desnuda en la pantalla e incluso la primera en filmar un polémico y famoso orgasmo en la película *Éxtasis*, con su rostro en primer plano. En la actualidad, Austria, Alemania y Suiza celebran el Día del Inventor el 9 de noviembre, fecha del nacimiento de esta austriaca que logró conectar el planeta… y arrancarle varios suspiros.

***

Viena, Imperio austrohúngaro. Hedwig Eva Maria Kiesler nació un 9 de noviembre de 1914, pocos meses después del asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando y apenas comenzada la Gran Guerra.

Hija única, brillante y superdotada, al decir de sus profesores, a los dieciséis años comenzó la carrera de ingeniería en lo que sería un *trámite* para llegar a la cima como científica. Tres años más tarde, sin embargo, y contra todos los pronósticos, ella misma se encargó de dar un *timonazo* a su ordenado futuro y comunicó que abandonaba los estudios para convertirse en actriz.

El padre, banquero, y la madre, pianista, recibieron la noticia con más resignación que asombro y con menos alegría que preocupación; en el fondo sabían que las grandes capacidades

intelectuales de su retoño venían acompañadas de un carácter fuerte, contestatario, inconformista y rebelde, y el tiempo se encargaría de confirmar una y otra vez estas cualidades.

Hedwig había elegido uno de sus talentos, el menos conocido y el que más la desafiaba. En 1933 aprovechó la primera oportunidad disponible y comenzó a trabajar en el teatro berlinés. Su extremada belleza —sí, eso también lo tenía en demasía— y sensualidad llamaron la atención del famoso director Max Reinhardt. Bajo sus órdenes, y sin permiso paterno, logró filmar *Éxtasis*. Diez minutos de desnudo total en un bucólico paisaje y poniendo, por primera vez en el cine, la cara a un orgasmo femenino —mientras el director le pinchaba las nalgas para lograr el efecto de espasmo y el grito final—, fueron suficientes. Había nacido una nueva estrella en el firmamento que con el tiempo sería conocida como Hedy Lamarr.

La película fue condenada por el papa y prohibida en los Estados Unidos y en otros muchos países del mundo. Mientras el film se exhibía en el festival de Venecia y Mussolini exigía ver la película en privado, Hedwig Eva María fue llamada al orden por su familia. Los rumores y el escándalo comenzaban a amenazar la burguesa tranquilidad de los Kiesler y el progenitor procedió a blindar la honra de su hija. Sin derecho al pataleo, ni tiempo para reaccionar, Hedwig se encontró de un momento para otro, casada con el magnate Fritz Mandl, uno de los hombres más ricos del mundo y propietario de una siderurgia que fabricaba armas y municiones de guerra.

Rodeados de amistades de la más alta alcurnia austriaca, los padres, la novata actriz y el flamante marido asistieron a la premier de la película. El resultado fue catastrófico. Esa criatura que corría desnuda por el bosque y gritaba de placer junto al amante en el celuloide, estaba sentada junto a ellos ¡sin remordimientos! Y peor, parecía disfrutar del horror en los rostros de sus acompañantes. Era el colmo, pero Fritz se encargaría de domar la fierecilla y limpiar el honor familiar.

Primero intentó comprar todas las copias existentes de la película, un gesto tan inútil como desafortunado, gastó un dineral y solo consiguió avivar, aún más, el interés general por la condenada cinta. Luego vino lo peor, encerró a su joven esposa y le impuso un control tan desmesurado que, según se cuenta, ella solo podía bañarse en su presencia e incluso llegó a encadenarla a la cama.

Hedwig atravesó su período de cautiverio con estoicismo. Una

criada grandota y marimacha con enormes bíceps la acompañaba como una sombra y las posibilidades de recuperar la libertad eran lejanas. Fue por entonces que decidió continuar con los estudios de ingeniería y aprovechando el entorno del marido y el material disponible, también aprendió los pormenores de la tecnología armamentística.

Dos años de buen comportamiento después, llegó la oportunidad que tanto había esperado. El cónyuge carcelero estaba de viaje y la criada, rendida ante los encantos de Hedwig, suspiraba por una noche de amor con la diosa de ojos verdes. La huida del palacete que había sido su cárcel fue, por supuesto, de película: sin equipaje, con algunas joyas y dinero en los bolsillos y perseguida por los guardaespaldas del marido.

Libre como el viento y dejando atrás todo y a todos los que intentaron frenarla, Hedwig puso proa a su auténtico destino. Un buque la llevó a París, luego a Londres y finalmente se embarcó rumbo al mítico Estados Unidos. Con los astros alineados, en el viaje conoció a Louis Meyer de la Metro, *et voilà!* La vienesa firmó un contrato y se convirtió en Hedy Lamarr, un símbolo sexual durante las siguientes tres décadas.

Actuó en más de 25 películas con estrellas como Clark Gable, James Stewart, Spencer Tracy y Judy Garland. ¿Su película más inolvidable? *Samson & Delilah*, un exitazo de taquilla.

Hedy Lamarr se casó seis veces, tuvo tres hijos y fue una ferviente opositora al régimen nazi. Dice la leyenda que Lamarr concibió la idea del espectro ensanchado en una fiesta en Hollywood, mientras escuchaba a un pianista. Pidió ayuda al compositor George Antheil, para que aplicara sus conocimientos de armonía musical y colaborara con su proyecto. Su invento, una técnica de conmutación de frecuencias, hizo imposible a los submarinos alemanes interrumpir los torpedos controlados por radio extendiendo la frecuencia en un ancho de banda mucho más amplio: 88 frecuencias, lo mismo que el número estándar de teclas en el piano. En 1942 le fue concedida la patente N° 2292387 que inmediatamente donó al Gobierno de Estados Unidos para «un sistema secreto de comunicaciones[21]». Su trabajo hoy ha sido reconocido como un precursor de la comunicación inalámbrica de espectro expandido, utilizado en los teléfonos móviles, sistemas de posicionamiento global y tecnología wifi.

Escandalosa y extraordinaria, Hedy desvistió su cuerpo y

también su inteligencia sin pudor. Falleció tranquilamente en Florida en los albores del siglo xxi, cuando su legado era tan natural para nosotros como un desnudo en el cine.

I'm a sworn enemy of convention.

I despise the conventional in anything, even the arts.

Hedy Lamarr

Hedy Lamarr, actriz, inventora e ingeniero en telecomunicaciones. Fotografía de la película "The Heavenly Body", 1944.

Henriette Caillaux y el crimen perfecto

—¿Qué quiere esta mujer? —preguntó el director de *Le Figaro* al ver la tarjeta de su visitante. No sospechó que serían sus últimas palabras. Un instante después, la hermosa y elegantísima esposa del ministro de Finanzas de Francia irrumpió en su despacho, lo saludó brevemente con la cabeza y, sin pestañear, disparó seis balas en el pecho del hombre con un pequeño revólver. Luego, *madame* Caillaux se inclinó sobre el cuerpo, le escupió el rostro y se sentó tranquilamente a observar su escarmiento.

***

Cuando la parisina y burguesa Henriette —*née* Henriette Raynouard— contrajo matrimonio con Joseph Caillaux se sintió bendecida y feliz. Atrás quedaban su pasado como amante y el estrecho y muy discreto departamento, donde el casado político la visitó tres veces por semana durante una década. Finalmente, el hombre se había divorciado y ella era la legítima segunda esposa del prominente francés.

Muy pronto el paraíso de Henriette y Joseph comenzó a sufrir embates de los enemigos políticos de este hombre pacifista y de ideas avanzadas sobre el liberalismo económico y la ortodoxia financiera. Los belicistas —entre ellos Georges «el Tigre» Clemenceau y Jean Louis Barthou— habían comenzado una feroz campaña de desprestigio y Gaston Calmette, el sensacionalista editor de *Le Fígaro*, escribía columnas cada vez más virulentas, cuestionando el patriotismo y la honradez del ministro. Henriette llegó a contar 138 artículos en noventa días, en lo que consideraba la más larga operación de prensa contra una persona en esos tiempos.

El *malheur de malheur*, sin embargo, llegó cuando Calmette —empecinado en sus ataques— obtuvo mediante chantaje y publicó unas cartas entre Joseph y Henriette; letras de amantes, escritas diez años antes de que la mujer se convirtiera en esposa.

Allí estaban, infieles, desnudos ante la opinión pública y heridos por los comentarios mordaces y despiadados del periodista. Joseph, con su cuero duro de político, se resignó. *Le Figaro* ciertamente había roto una regla de caballerosidad no escrita, pero esa intromisión en la vida privada no estaba penada por ley. Para Henriette en cambio, fue el colmo de la humillación y escarnio público, alguien debía parar esos atropellos contra la carrera de su marido y el honor de ambos.

El 16 de marzo de 1914, la guapa mujer se vistió formal y discreta, como para una cita de negocios; tomó un auto de alquiler y se dirigió a las oficinas del periódico en el 26 de la *rue* Drouot. Después de silenciar para siempre a Calmette, se dejó aprehender sin resistencia. Eso sí, cuando los trabajadores del diario intentaron tomarla del brazo, Caillaux dijo: «No me toque… *Je suis une dame*!».

El ruidoso juicio duró una semana y dividió a los franceses. Unos querían literalmente la cabeza de Henriette y apoyaban la pena de muerte. Otros, más benévolos, entendían su acto como un gesto de amor y desagravio ante la injusticia contra el marido y se mostraban a favor de la absolución.

Finalmente, el abogado de Henriette, famoso por haber representado a Émile Zola y Dreyfus, apeló a la idea romántica e idealizada de que las mujeres eran gobernadas por sus emociones: «Ella fue víctima de la desenfrenada pasión femenina», dijo el defensor. En tiempos de estereotipos, un jurado compuesto por hombres le creyó.

El 29 de julio de 1914, Henriette Caillaux fue absuelta de culpa y cargo, un mes antes de que los cañonazos de agosto anunciaran el fin de la brillante *belle époque* y el comienzo de la I Guerra Mundial.

Por cierto, la mujer jamás se arrepintió.

Nota de interés:

Marcel Proust le dedicó al fallecido Calmette el primer tomo de En

busca del tiempo perdido.

Henriette Caillaux, asesina del editor del Fígaro, que en el juicio fue absuelta por el crimen.
Imagen tomada hacia 1910. Musée d'Orsay, Paris.

Hetty Green, la avara

La burguesía comercial neoyorquina del último tercio del siglo XIX[22], devota de las apariencias, consideraba a Hetty Green un personaje desagradable e incómodo, aunque inevitable. El mundillo de la Bolsa, en particular, no terminaba de digerir a esa mujer que todos los días caminaba rápidamente por Broad Street vestida como mendiga, mientras hombres poderosos, como J. P. Morgan o John Rockefeller, en lugar de darle una moneda, limosneaban su atención. Y fruncían la nariz. Y es que Hetty, primer magnate femenino y la mujer más rica del mundo, olía mal. Su falta de higiene personal era tan proverbial como sus millones o los gastados vestidos negros a los que solo lavaba el ruedo, para ahorrar jabón.

La prensa de su tiempo la llamó «la bruja de Wall Street», para el Guinness World Records y nosotros, Hetty simplemente fue la Avara, eso sí, la más grande de la historia.

***

Henrietta Howland Robinson parece desafiar, desde su historia y/o leyenda, a ese clásico personaje que capturó la atención de escritores y poetas desde tiempos inmemoriales: el avaro.

Mezquina, codiciosa, suspicaz, obsesiva y neurótica, Hetty aparece como la suma de todos los personajes literarios. Con algunos ajustes, pudo estar cómoda en la *Aulularia* de Plauto, hubiera sido una interesante Shylock para Shakespeare o una Silas Marner para Eliot; y tal vez Dickens hubiera condenado a esta inefable mujer a padecer la Navidad en el pellejo de Ebenezer Scrooge. ¿Quién sabe?

Hetty vino al mundo el 21 de noviembre de 1834, en New

Bedford, Massachusetts, en el seno de una familia de cuáqueros dedicados a la caza de ballenas. La frágil salud de su madre y la decepción del padre, que esperaba un heredero varón ¿cuándo no?, determinaron que la niña pasara la mayor parte de su infancia en la casa de sus abuelos. Allí no hubo mimos, juegos ni indulgencias y las primeras lecturas de Hetty fueron muy diferentes a los cuentos de hadas y princesas.

Todos los días y durante largas horas, Hetty leía las páginas financieras de Nueva York y Boston para su abuelo, un próspero comerciante casi ciego, y aprendía junto a él, paso a paso, los secretos del dinero. Tan buena resultó esa educación que a los ocho años administraba su propia caja de ahorros, a los trece ya tenía la responsabilidad contable de los gastos domésticos de la casa y a los quince sabía más de acciones y bonos que la mayoría de los *businessmen* de su tiempo.

Su padre, Edward Robinson, conocido como un despiadado hombre de negocios, notó finalmente el talento de su retoño y comenzó a compartir y discutir con ella los tratos y operaciones que cerraba y algunos trucos del oficio. Cuando Hetty cumplió veinte años y la familia hacía planes para presentarla en la sociedad de Boston y Nueva York, papá Robinson le regaló la colosal suma de mil doscientos dólares para que comprara un vestuario digno. La muchacha, en lugar de emperifollarse, tomó el dinero y lo invirtió en bolsa con excelentes ganancias, demostrando a propios y ajenos que esta hija y nieta de tigres estaba lista para salir al ruedo de los negocios. Sin embargo, debió esperar una década para entrar en acción.

Edward Robinson manejó hasta el último minuto de su vida la fortuna familiar y cuando falleció, en 1864, su hija heredó 7,5 millones de dólares (unos 120 millones de dólares en la actualidad), más un plus: la paranoia paterna.

Apenas unos meses después, el dinero siguió llegando a la vida de esta mujer de 30 años con otra herencia, la de una tía rica y tacaña que solo le legó dos *miserables* millones de dólares, después de prometerle el doble. Hetty desafió la validez del testamento en la corte y terminó envuelta en un revoltijo legal, el primero de los muchos que tendría en su vida.

A partir de entonces, la mujer se dedicó a lo que mejor sabía hacer: negocios. Llegó a Wall Street armada con la máxima familiar:

«comprar barato y vender caro», y con su tremendo capital como base se sumergió en el mundo de las finanzas. Contra todos los consejos familiares invirtió en bonos de guerra[23], obtuvo pingües ganancias y siguió invirtiendo, con una clarividencia formidable, en negocios que otros desechaban por inviables. A contramano de los tiempos, en cada pánico financiero y cuando todos corrían, Hetty compraba bonos y bienes raíces a precios irrisorios y prestaba dinero a banqueros desesperados. Cuando los mercados se recuperaban, la mujer multiplicaba varias veces su inversión.

Su genio, según dicen, fue adelantarse más de un siglo a su tiempo, comprando sobre todo… hipotecas.

A las preguntas de los periodistas, intrigados por su destreza financiera, respondía con sencillez: «Yo compro las cosas cuando tienen precios bajos y nadie las quiere, las guardo hasta que su precio sube nuevamente y la gente esté ansiosa por adquirirlas» o «Nunca compro nada para mí. Todo lo que tengo tiene un precio. Y cuando me ofrecen ese precio, vendo».

Disciplinada en extremo, Hetty fue creciendo a pasos agigantados en Wall Street hasta convertirse en su *bruja* y leyenda. Hasta sus competidores comerciales masculinos reconocían que esta mujer había ayudado a mantener Nueva York a flote más de una vez… a un módico precio, por supuesto.

Además, podía ser tan despiadada y litigiosa como cualquiera de sus colegas y lo demostró en infinidad de oportunidades, como cuando ejecutó la hipoteca de una iglesia que se había atrasado en el pago de sus préstamos y el pastor le dijo que corría peligro de no entrar en el cielo; Hetty le pidió que orara por ella… en otro lugar.

Mientras los popes de las finanzas construían lujosas mansiones y donaban gruesas sumas a la caridad, Hetty ni se inmutaba. Los verbos «derrochar» y «dar» no estaban en su diccionario. «Mi padre me dijo que nunca debíamos dar a nadie, ni siquiera en un acto de bondad», afirmaba. Para 1890 su nombre ya era sinónimo de «avara» en todos los Estados Unidos.

Se cuenta que el único error de cálculo en toda su vida fue casarse con Edward Henry Green, prominente hombre de negocios que antes de decir «te quiero» y pronunciar la palabra «matrimonio», se vio obligado a firmar un acuerdo prenupcial para mantener las

respectivas fortunas estrictamente separadas. Hetty tuvo dos hijos con él —Edward y Sylvia— y una relación muy conflictiva, resultado de juntar a un derrochador con una avara. No sabemos si alguna vez fueron felices, pero es casi seguro que no comieron perdices. Y cuando Green perdió gran parte de su dinero en el mercado de valores, Hetty lo abandonó sin miramientos y se fue con sus dos hijos a Nueva York.

Los siguientes años, y mientras la fortuna de la mujer seguía creciendo sin parar, madre e hijos vivieron en diferentes pisos baratos sin calefacción ni agua caliente o en habitaciones amuebladas que no superaban los veintidós dólares mensuales, para no pagar impuestos. El confort era un lujo prohibido en todas sus formas y la ruindad de Hetty parecía no tener límites: desde buscar una noche entera una estampilla perdida de dos centavos, a recorrer miles de kilómetros para cobrar una deuda de pocos dólares. Una amarga anécdota —no confirmada— dice que cuando su hijo se lastimó una pierna, Hetty lo llevó a un hospital para pobres y el niño terminó perdiendo el miembro. Por su lado ella padeció una dolorosa hernia durante veinte años, sin decidirse a pagar los ciento cincuenta dólares que costaba la cirugía.

Hacia 1907, después de la caída de la bolsa, J. P. Morgan llamó a una reunión de líderes financieros de Nueva York para salvar a los bancos y Hetty Green no solo fue la única mujer en la habitación, sino que también fue la que firmó el cheque más grande.

La Avara, esa viejita arrugada y sucia que falleció por una apoplejía el 3 de julio de 1916 a los 81 años, dejó a sus hijos una fortuna cercana a los diecisiete mil millones de dólares. Sabemos que sus restos mortales fueron enterrados en Vermont, junto al marido, pero de su alma no tenemos noticias. Algunos presumen que la justicia poética la condenó al infierno de Dante y aún sigue allí, en el cuarto círculo, empujando el peso más grande, por toda la eternidad.

Hetty Green, también llamada “La Bruja de Wall Street” en 1897.
Imagen de Hollinger & Rockey.
Librería del Congreso de los EE. UU.

Hiparquía de Maronea, la *perra*

En la vieja Grecia de la segunda mitad del siglo iv a. C. los cínicos eran personajes de *mal* ver. Desfachatados, descalzos, sucios y medio desnudos recorrían las calles de Atenas despotricando contra la civilización y sus civilizados vecinos. Entre los discípulos del socrático Antístenes y de Diógenes, el del tonel, destacó Hiparquía, única mujer de la secta y compañera sentimental del filósofo Crates.

Para algunos habría sido la primera feminista de la historia, otros la destacan como la primera filósofa, antes de Hipatia de Alejandría. Ella sencilla y orgullosamente se definió como una *perra*.

***

Los cínicos habían convertido la *anaidea*, palabra que en griego significa «desvergüenza e irreverencia», en su tarjeta de presentación. Su misión en la vida era mostrarle al prójimo que el dinero, la fama, el poder y la reputación no tenían valor y debían vivir de acuerdo a la naturaleza. Había que liberarse del materialismo y las incertidumbres y ¡ser felices!… o mordidos por ellos, los *perros*. Al parecer, en los primeros tiempos, los cínicos que profesaban su descarado rechazo a los modales convencionales y vivían en las calles, recibieron este nombre como un insulto y lo convirtieron en una distinción: «otros perros muerden a sus enemigos, yo muerdo a mis amigos para salvarlos».

Encantados con su canino apodo, cínicos convencidos como Crates de Tebas, regalaron su fortuna para vivir una vida de pobreza bajo el cielo urbano, en un gesto que tenía poco de modestia y mucho de superioridad.

Se cuenta que Crates, varias veces comparado por sus contemporáneos con Platón, no era un guapo apolíneo. Tenía una pierna coja, los hombros encorvados y no se quitaba su manto hecho jirones a menos que hiciera mucho calor. Sin embargo cuando Hiparquía lo conoció, murió de amor.

Ella también tenía orígenes nobles, pertenecía a una familia de clase alta de Maronea, al noreste de Grecia, y había recibido esa buena educación que le permitió distinguir al hombre de su vida detrás de los harapos: un hombre que la trataba de igual a igual.

A pesar de la oposición de su familia, Hiparquía comenzó una larga travesía, que abarcó el resto de su vida, al lado del filósofo que era su par intelectual antes que pareja. Perra a las cosas, el primer acto sexual con Crates fue en las escaleras de un portal público, a la vista de todos y de acuerdo a sus principios filosóficos. No sería la última vez, estos pensadores no convencionales, que orinaban e incluso se masturbaban frente a las gentes respetables, se consideraban *perros guardianes* de la humanidad y su *natural* comportamiento era el de los sagrados animales, sin pudor, con la necesidad de satisfacer sus necesidades físicas y espirituales.

La vida sencilla y despegada de las tiranías de la belleza femenina le dio tiempo y oxígeno a Hiparquía para escribir. La *Suda* —conocida por ser una gran enciclopedia bizantina escrita en griego en el siglo x— le adjudica varios tratados filosóficos y cartas que no han sobrevivido y tiene el mérito —no menor— de ser la única mujer que se hizo un lugar entre los 82 filósofos que figuran en voluminoso tratado de historiador Diogenes Laërtius: *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*.

La que cambió la rueca y una vida acomodada por la filosofía fue despreciada de todas las maneras posibles, incluso como filósofa, finalmente, ni siquiera era una *hetaira*[24]. Era una mujer muy visible que despreciaba la *oikonomía* (la administración doméstica) impuesta a las matronas desde las entrañas. Ella había nacido para estar fuera de ese asfixiante *oikos* que excluía a las mujeres de la esfera pública, de la política y de la filosofía.

La *perra* fue madre de dos hijos, a quiénes con seguridad crió en las formas de los cínicos, y su legado venció las resistencias de los historiadores mayoritariamente masculinos. Fueron aquellos viejos escritores y filósofos, sus colegas, los que destacaron su obra y registraron su memoria.

Hiparquía de Maronea, la desarrapada que escandalizó a la sociedad ateniense, no se sabe cuándo ni cómo murió y en la actualidad no se conserva ninguna de sus obras. De todas formas a ella no le hubieran importado estos detalles. Era un animal libre, como las mariposas que hoy llevan su nombre[25], o mejor, como la perra cínica que rechazó *la pompa y la femineidad en este mundo* ¿para qué? toda hembra lleva lo único que importa en su cabeza. Lo demás son todo cuentos.

Jacqueline Susann

Jacqueline Susann parece un camionero travestido,

con todos mis respetos hacia los camioneros.

Truman Capote

Corrían los *sixties* en Estados Unidos y la novela *El Valle de las Muñecas* se convertía en un éxito pocas veces visto en el mundo editorial: treinta millones de ejemplares vendidos.

Para muchos, este *roman á clef* no había sido escrito sino «perpetrado» por Jacqueline Susann.

***

La llamaron «Harold Robbins femenina», cutre y vulgar. Decían que mecanografiaba sus novelas en una caja registradora y que su vocabulario enrojecía hasta a los marineros. A Jacqueline no le importaba, escribía a su manera y recreaba las más sicalípticas fantasías —o realidades— de Broadway y Hollywood y el mundillo de drogas, prostitución y orgías que recorrían muchas de las aspirantes al mundo del espectáculo.

A su manera, irreverente y polémica, la escritora puso el foco en las *muñecas*, que no eran precisamente las tres chicas protagonistas de su novela sino las famosas pastillas —barbitúricos— usadas para evadirse y ser un poco feliz en ese camino hacia la fama, donde el sexo era moneda de cambio y los intereses superaban todo sentimiento.

La escandalosa Jacqueline Susann, a quien se le adjudicaron *affaires* con Coco Chanel y Ethel Merman, escribió sobre lo que más y mejor conocía: las drogas prohibidas y el sexo, y probablemente fuera la gran precursora del escándalo como una eficaz arma mercadotécnica. Había sido columnista antes de dedicarse a las novelas; tiempo antes, una mediocre actriz y mucho antes aún, otra chica bonita y fiestera.

¿Un mérito indiscutible? La autora creía religiosamente en esa novela que había sido rechazada por tantas editoriales y fue la verdadera forjadora de la venta de los treinta millones de ejemplares. En su cruzada recorrió estado por estado y ciudad por ciudad, visitando miles de librerías personalmente. Se presentaba como autora, mostraba su obra y mirando a los ojos al librero, lo convencía para que vendiera su obra maestra. En sus presentaciones, donde derrochaba encanto y simpatía, firmaba cada ejemplar, recababa los datos del lector y posteriormente escribía, a cada uno, una carta personal de agradecimiento.

El Valle de las Muñecas arrasó y Jackie inauguró una nueva manera de vender libros, mezcla de los desvergonzados cotilleos de Hollywood, *muñecas*, sexo, más sexo y… más sexo. Le siguieron *La Máquina del Amor* y *Una vez no basta*. Todos fueron *best sellers* con posteriores adaptaciones cinematográficas.

Susann nunca tuvo dudas respecto de su talento como escritora. «Los números —decía— no admiten discusión». Tampoco fue excesivamente ambiciosa, se conformó con el episodio de éxito y fama que había conseguido, pero lo disfrutó poco tiempo. Falleció a los 56 años de cáncer y sus restos fueron incinerados y dispuestos en una urna con forma de libro.

«Un buen escritor, es uno que produce los libros que lee la gente, alguien que se comunica. Entonces, si estoy vendiendo millones de libros, lo hago bien. Si crees que los críticos me han vilipendiado, deberías ver lo que le hicieron a Zola. Lo llamaron periodista amarillo. Y a Dickens, ¡oh, lo asesinaron en su época!».

Jacqueline Susann

Jerrie Cobb
y las Mercury 13

For some… the sky is not the limit.

Cuando la NASA inauguró la carrera espacial, Geraldyn «Jerrie» M. Cobb tenía 28 años y uno de los mejores historiales de la fuerza aérea: llevaba siete mil horas de vuelo y había conquistado tres récords mundiales de aviación. Si acaso pocos años después realmente el hombre llegó a la luna, ese *primer paso* bien pudo ser el de una mujer.

***

El 22 de diciembre de 1958 apareció en todos los periódicos de Estados Unidos una convocatoria para candidatos a astronautas que excluía rotundamente al universo femenino. Sin embargo, el prestigioso director del área científica a cargo de diseñar la misión del Mercury 7, William Randolph Lovelace, decidió hacer algunas excepciones por su cuenta y riesgo.

Lovelace había estudiado minuciosamente el expediente de Geraldyn Cobb y sabía que ella aventajaba, por mucho, a la mayoría de los aspirantes masculinos. Para la hija del teniente coronel William H. Cobb, el cielo era su segundo hogar. A los doce años había volado un biplano Waco junto a su padre, a los dieciséis surcaba las grandes llanuras de Oklahoma arrojando los panfletos de un circo desde un Piper J-3 y a los diecisiete ya había obtenido su licencia de piloto privado. Antes de cumplir los veinte años había establecido nuevos récords mundiales de velocidad, distancia y altitud absoluta y tenía el honor de ser la primera mujer en volar en el Salón Aeronáutico de París, la exposición aérea más grande del mundo. Piloto del Año, Medalla de Oro Amelia Earhart, iba por más: el récord mundial de

1959 de vuelos de larga distancia sin escalas, el récord mundial de velocidad de aviones ligeros y le esperaba el récord de altura de 1960 para aviones ligeros. Para Lovelace era un disparate dejar fuera del proyecto a semejante piloto por el hecho de ser mujer, así que la convocó.

Además, el director estaba persuadido de que la complexión femenina se adecuaba perfectamente a los requerimientos de la nave. Lo animaba el hecho de que las mujeres consumen menos oxígeno que los hombres, un dato crucial y enorme ventaja en una misión donde cada gramo de oxígeno costaba una fortuna. Fue así que comenzó a trabajar un grupo paralelo y femenino que con el tiempo fue llamado Mercury 13.

Sin ningún tipo de diferencias, ni piedad, Lovelace sometió a Cobb y las otras doce convocadas a las mismas pruebas físicas y psicológicas que a los hombres y el resultado confirmó lo que había previsto: mujeres y hombres poseen las mismas capacidades para ser astronautas, pero con un plus a favor de las chicas: las féminas soportan más y mejor las presiones psicológicas y la angustia de la soledad espacial.

Convencido de que la tripulación del Mercury 7 debía ser mixta y de que Geraldyn Cobb era la astronauta más capaz que tenía la NASA y debía encabezar el proyecto, Lovelace decidió enviar sus resultados al director de misiones espaciales. La respuesta fue un categórico «no» de la junta directiva, sin argumentos —claramente no los tenían— ni derecho a réplica.

Aunque las mujeres escribieron al presidente John F. Kennedy y visitaron al mismo Lyndon Johnson, nada cambió el masculino parecer de la Agencia Estadounidense del Espacio y la Aeronáutica: el sexismo y los prejuicios habían triunfado.

El 16 de junio de 1963, cuando Geraldyn Cobb y sus compañeras ya habían colgado sus trajes de astronautas, el Vostok 6 despegó desde la base espacial de Baikonur llevando como tripulante a Valentina Vladímirovna Tereshkova, cuyo nombre en clave durante la misión espacial fue «Gaviota». La rusa se convirtió en la primera mujer en viajar al espacio.

Las chicas del Mercury 13 no lograron su sueño y jamás orbitaron la tierra. La decisión de no incluir mujeres en el programa

espacial se mantuvo hasta 1983, cuando la californiana Sally Ride se subió al Challenger, dejando atrás más de veinte años de atraso.

Probablemente, el hombre pisó la luna en 1969… en caso contrario —si atendemos los rumores de fraude que circularon en ese complejo escenario de la Guerra Fría—, aún podemos mirar nuestro satélite y soñar con que ese primer paso, en la superficie selenita, sea el de una mujer.

Jerrie Cobb, astronauta y una de las chicas de la misión “Mercury 13”.

Imagen de la NASA.

Kate Warne, el sabueso de los Pinkerton

Cuando la célebre Pinkerton, primera agencia de detectives del mundo, contrató a Kate Warne como «detective privado» no existían policías femeninas[26] y las mujeres ni siquiera tenían derecho al voto. Kate no solo se convirtió en la más valiosa investigadora de la agencia, también descubrió un intrincado complot para asesinar a Abraham Lincoln, planeó una ingeniosa estrategia para custodiarlo y fue la guardaespaldas que llevó, sano y salvo, al *Honest Abe* a Washington D. C. para que jurara como el 16° Presidente de los Estados Unidos[27].

***

En 1856, una mujer de aspecto frágil, delgada y de cabellos castaños se presentó en la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton, respondiendo a un anuncio del periódico local.

—Usted se ha equivocado, nosotros no empleamos mujeres como detectives —sentenció Allan Pinkerton. Pero los argumentos de Kate Warne fueron inapelables:

—Una mujer puede descubrir secretos igual o mejor que cualquiera de sus hombres —le respondió, con una serenidad y firmeza que el curtido hombre no veía a menudo en su propia gente. Impresionado, el irlandés decidió darle una oportunidad, contrató a Kate y la convirtió en la primera «detective privado» de Estados Unidos y posiblemente del mundo.

Fue una excelente decisión, Kate era camaleónica. Tan pronto se disfrazaba de encumbrada dama sureña, como de una harapienta mendiga o un joven pastor; cambiaba el acento a voluntad, se

aventuraba en lugares imposibles y recopilaba la información que nadie, antes de ella, había sido capaz de obtener. Hacia 1861, mientras se encontraba infiltrada en las reuniones sociales secesionistas bajo el alias de señora Cherry en el elegante Hotel Barnum, descubrió un plan para asesinar a Lincoln en su viaje a Washington, aprovechando el cambio de tren en Baltimore, y también averiguó la hora exacta y el lugar donde se llevaría a cabo.

Allan Pinkerton inmediatamente pidió hablar con el presidente electo y logró la aprobación para que su agencia custodiara a Lincoln y lo llevara con seguridad a su destino. La brillante Kate ideó y llevó adelante un plan que incluía disfrazar al propio Lincoln como su «hermano inválido». Con una gorra y envuelto en un chal, el presidente más prominente de la historia estadounidense se colocó en la parte posterior del tren, junto a una mujer decidida a todo para defenderlo. Fueron siete horas de viaje interminables para Kate, después de las cuales declaró «no haber pegado ojo en toda la noche».

Dice la leyenda que esas palabras fueron tomadas para el logotipo de Pinkerton: un ojo abierto y alerta, y el eslogan que los hizo famosos: «Nosotros nunca dormimos».

Lincoln tomó posesión como presidente de esos estados que demostraron no estar muy unidos… y la mujer, que bien puede pretender ser la antecesora de los servicios secretos presidenciales, continuó encumbrando con sus éxitos a la agencia Pinkerton.

Dos de los casos más resonantes de la época, el asalto a un importante banco y un asesinato en Mississippi, fueron resueltos con los métodos poco convencionales de la novel investigadora. En el primero, el propio Pinkerton había perdido las esperanzas de llevar a su principal sospechoso a la cárcel por falta de pruebas cuando Kate le propuso un giro en el método. Se hizo amiga de la esposa del ladrón y después de pacientes meses hablando de cintas, vestidos y sombreros, finalmente la mujer le contó en confidencia y con femenina precisión, el lugar donde se escondía el preciado botín. El segundo caso requirió de dotes teatrales algo más avanzadas. Según las pesquisas de la agencia, el presunto asesino sureño tenía debilidad por las ciencias ocultas y los vaticinios del futuro. La curiosidad por saber lo que el destino le había preparado, lo llevó delante de una guapísima adivina de cabellos rojos y mirada intensa que parecía saber todo sobre él. El resto, incluyendo los detalles de su espantoso crimen, lo confesó con gusto mientras su profetisa revolvía, con

alguna torpeza, las inspiradoras cartas y antes de que dos bigotudos y grandotes inspectores le informaran de que estaba formalmente arrestado.

La identidad de la *sabueso* fue cuidada con esmero. Si bien algunos perspicaces han creído *descubrirla* en las amarillentas fotos donde aparecen los Pinkerton y sus colaboradores, lo cierto es que nadie puede asegurar que esa figura menuda, con ropa distinta al resto y la única que no tiene vello en la cara… fuera Kate Warne.

Como buena detective, ella fue y sigue siendo un misterio. No hay imágenes y nada se sabe de su vida antes de ingresar en la famosa agencia. Incluso su nombre está en discusión. Se la conoció como Warne Kay, Waren Kay, Kay Warren, Kate Warne, Waren Kate, Kate Warren, Warne Kitty, Waren Kitty, Kitty Warren, Warren Kitty, Warren Kittie, Warne Kittie… y el colmo de la intriga es su lápida en el cementerio —falleció de una neumonía en 1868, a los 36 años— donde su apellido figura sin la «e» final.

Aunque el protagonismo, valor y talento de la primera detective fueron registrados minuciosamente por la historia, la mujer llevó sus secretos a la tumba. Solo su amante, otro sabueso tan hermético como ella, supo quién era y pidió ser enterrado a su lado, Allan Pinkerton.

Katie Sandwina, the *Iron Woman*

La austriaca Katharina Brumbach no fue una superheroína, no usó armadura de titanio ni voló por los cielos persiguiendo archienemigos. A diferencia de los personajes de cómics, esta belleza *vintage* fue muy real y a principios del siglo xx fue consagrada como el ser humano más fuerte del planeta.

***

The Iron Woman, la Mujer de Hierro, era capaz de levantar cientos de kilos sobre su cabeza, sostener un carruaje con 14 personas en los hombros, doblar barras de hierro como papelitos, romper herraduras con sus manos desnudas, hacer malabarismos con balas de cañón o apretar cariñosamente con sus poderosos brazos a los oponentes en lucha libre, y todo, sin perder la sonrisa seductora ni despeinarse. Dice la leyenda que jamás perdió una competición.

Hija de unos famosos y forzudos actores circenses, Katie nació en Viena en 1884 y aprendió rápido la dura rutina de entrenar con gimnasia y pesas su tremendo cuerpazo.

Era la más fuerte de catorce hermanos y pronto el papá decidió ofertar la astronómica suma de cien marcos alemanes a cualquiera que se animara a luchar en *wrestling* con su retoño. La muchacha fue dejando fuera de combate a enormes adversarios que caían noqueados como muñecos de trapo, incluyendo el atleta Max Heymann, a quien después de tirarlo a la lona con un solo golpe lo convirtió en su marido para toda la vida.

Su proeza más conocida, sin embargo, fue en Nueva York, cuando el hombre más fuerte del momento, el famoso y apolíneo

Eugene Sandow, padre del físicoculturismo, aceptó el reto de levantar más peso que ella.

Katie le ganó holgadamente y en honor al ilustre derrotado adoptó el nombre artístico de Sandwina.

Mientras los músculos —y la vanidad— de sus oponentes sufrían, la fama de esta extraordinaria mujer daba la vuelta al mundo. Innumerables admiradores llenaban circos y teatros de vodevil con la esperanza de ver en vivo a esa especie de Brunhilde rubia, alta (1,86 metros), de casi 100 kilos, bíceps de 43 centímetros y torneados muslos de 74, con una capa dorada en los hombros y lista para deslumbrarlos.

Fuera de las luces de los escenarios, Katie fue una mujer trabajadora, disciplinada, muy femenina y madre aplicada. Uno de sus hijos fue un *superbaby*[28] que pesó casi 30 kilos a los dos años de edad.

Estuvo casada durante 52 años con Max Heymann y cuando ambos se retiraron abrieron un restaurant en Nueva York. Ocasionalmente y para delicia de los clientes, la mujer alzaba a su marido con una sola mano para demostrarle, como solo ella podía, su gran amor.

Kitty Schmidt, la *Madama*

Berlín, 1940. El primer burdel regenteado por el Estado abría sus puertas en el 11 de la Giesebrechtstrasse, en el elegante distrito de Charlottenburg…

***

Katharina Schmidt tenía 57 años y era una mujer de mundo, ya hecha; de buen ver, discretamente distinguida y muy desenvuelta. Una mirada le bastaba para clasificar el perfil de sus clientes, decidir el trato y encauzar la conversación hacia el placer: su negocio.

El Salón Kitty, su *Freudenhaus*, había sido un éxito durante mucho tiempo y le había permitido amasar una pequeña fortuna, pero Berlín, *su* Berlín ya no era la misma con los nazis en el poder y la *Sittenpolizei* rondando como buitres su burdel. Había llegado el momento de retirarse.

En sus tiempos como profesora de música, antes de descubrir las bondades de su actividad posterior, había vivido en Bombay, en el sur de Francia, en París y también en Londres, lugar que había elegido para comenzar una nueva vida.

Después de cerrar el salón y tras una lagrimosa despedida de sus chicas, el 28 de junio de 1939, Kitty cogió el tren a su destino cuando un grupo de oficiales del SD (servicio de inteligencia de las SS) la detuvo en la frontera holandesa, sin violencia, pero también sin explicaciones. Después del interminable viaje de vuelta a Berlín y de horas encerrada en una oficina sin ventanas, finalmente la mujer escuchó la propuesta más extravagante —y temible— de toda su vida.

Reinhard Heydrich, el director de la Oficina Central de Seguridad del Reich, tenía pocos pelos en su cabeza y ninguno de ellos se movió cuando le propuso abrir el burdel nuevamente, pero al servicio de la patria. Kitty cooperaba o era enviada inmediatamente a un campo de concentración. El instinto de supervivencia tuvo la última palabra.

La remozada Madama, con los dientes apretados, vio como la SD cerraba y reformaba totalmente su propiedad. Decenas de micrófonos se infiltraban en las nuevas paredes dobles de todo el tercer piso, en las cabeceras de las camas lujosamente ornamentadas y hasta en las lámparas. Los cables eran conducidos a la planta baja y de allí a una sala con cinco mesas de seguimiento y registro de datos. Al tiempo que se realizaban las obras, un grupo de veinte bellísimas prostitutas, cuidadosamente seleccionadas, aprendía en la *Ordensburg Sonthofen* tanto las maneras galantes para tratar con *hombres de alto nivel*, como a distinguir insignias, manejar vocabulario militar para recopilar información y lecciones de política.

Con todo listo, en marzo de 1940, se inauguraba el «primer burdel regenteado por el Estado». Tenía la encomiable misión de controlar a los hombres del poder, propios y ajenos y detectar a los traidores al régimen nazi.

El mundo detrás de la puerta con la sencilla placa «Pensión Schmidt» era deslumbrante. En la penumbra y bajo una gran araña de cristal se movían siluetas jóvenes y ligeramente vestidas. Eran diosas que parecían flotar y aparecían de la nada con una copa de *champagne* frío, un cigarrillo o una sonrisa de dientes perfectos. Todo era armónico y refinado; los muebles, esculturas, cuadros, el perfume en el aire y hasta la música del gramófono atacaban los sentidos de los visitantes y los envolvían en una atmósfera mágica… bajo la atenta mirada de Kitty.

Tenía órdenes de continuar con su *trabajo* como si nada hubiera pasado, excepto que ahora tenía un *libro* con veinte chicas especiales para una selecta clientela. Si un cliente utilizaba la frase: «Vengo de Rothenburg», la Madama lo conducía directamente detrás de las pesadas cortinas de terciopelo, donde los influyentes caballeros de la sociedad, la política y la diplomacia se entregaban a las alegrías de ese amor comercial y registrado.

Las *nobles* prostitutas sabían lo que buscaban y en ese ambiente íntimo, ideal para el interrogatorio sutil, los clientes habrían revelado

sus más íntimos secretos, que fueron escuchados y grabados prolijamente por las SS. Todo ese material sirvió para que Heydrich obtuviera las pruebas para destituir por «depravación» a militares que no eran del partido nazi; los argumentos para «hacer desaparecer» políticos y empresarios y evidencias en contra de diplomáticos, como el elocuente Galeazzo Ciano, ministro de Relaciones Exteriores de Italia y yerno de Mussolini, que entre mimos y arrumacos reveló secretos de Estado y, peor aún, su aversión al Führer.

Otros en cambio, como el célebre Sepp Dietrich, general que también tenía pocos pelos y ninguno de tonto, requirió en varias oportunidades los servicios de las veinte diosas juntas, pero jamás le sacaron una palabra comprometedora.

En 1942 una bomba alcanzó el edificio del burdel y aunque Kitty y sus chicas se trasladaron a la planta baja, las SS habían comenzado a perder el interés en sus fieles servicios. La costosa inversión en el salón no había estado a la altura de las grandes expectativas y aunque Heydrich obtuvo unas 25 000 grabaciones con alto voltaje sexual no contenían las indiscreciones políticas y diplomáticas que buscaba.

Mientras los técnicos se retiraban con nostalgia —después de todo habían tenido el mejor trabajo de la guerra y de su vida— Kitty Schmidt recuperó su intervenido *Freudenhaus* y también la libertad, aunque con amenazas, por supuesto. Debía guardar silencio sobre todo lo visto y oído en esos dos años o enfrentarse a graves represalias.

La historia de lo que sucedió en el mítico salón apareció por primera vez en las memorias del nazi Schellenberg, publicadas en 1956 con el título *El laberinto*.

Kitty Schmidt, en cambio, jamás habló. Convencida de los beneficios del *secreto profesional*, la Madama más famosa de Berlín se llevó estos y otros pecados a la tumba… o quizás más lejos:

«[…]

allá donde a lavarse van las almas

y la culpa arrepentida se les trueca».

Krystyna Skarbek, al servicio secreto de Su Majestad

En la primavera y verano de 1940 terminaba la *drôle de guerre* y el mundo cambiaba para siempre. La Alemania nazi lanzaba su famosa *blitzkrieg*, los planes aliados eran desbaratados: Francia, Bélgica y Holanda eran conquistadas en una de las victorias militares más pasmosas de la historia y Gran Bretaña, sin recursos económicos, se enfrentaba a la posibilidad de una derrota. La respuesta inmediata del recién nombrado primer ministro Winston Churchill fue crear la SOE, unidad secreta del ejército británico. Y uno de los mejores agentes secretos en los territorios invadidos fue mujer, una muy especial.

***

Tan hermosa como valiente, la condesa Krystyna Skarbek fue uno de los personajes más exquisitamente románticos y excepcionales de la II Guerra Mundial y para muchos la mejor agente de la SOE.

Había nacido en el seno de la aristocracia polaca en 1908 y era la segunda hija del conde Jerzy Skarbek, criador de caballos de carrera y temerario despilfarrador, y Stefania Goldfeder, descendiente de banqueros judíos que sería asesinada por los nazis.

Lejos de ocupar un lugar como señorita de sociedad, Krystyna conoció la pobreza después de la muerte de su padre, trabajó como secretaria, tuvo un fracasado matrimonio en la primera juventud y a los 23 años se unió al diplomático, escritor y aventurero Jerzy Gizycki y se fue al África con él.

En 1939, cuando Hitler invadió Polonia y provocó que Gran Bretaña le declarara la guerra a Alemania, Krystyna y Jerzy viajaron

inmediatamente a Londres para ofrecer sus servicios en la lucha contra los nazis. A los pocos días de llegar, la condesa había deslumbrado a todos los oficiales que la habían entrevistado: MI6 primero, la SOE después y hasta el último oficinista suspiraban por ella. Inmediatamente fue reclutada para organizar acciones de subversión y sabotaje contra la imparable ofensiva alemana y le dieron un *nom de guerre*: Christine Granville.

No se equivocaron. Christine era temeraria. En su primera misión voló a Budapest, saltó en paracaídas como si se tratara de un charco —y lo hubiera hecho toda la vida—, esquió a través de los helados Cárpatos con temperaturas bajo cero y, una vez en Polonia, se hizo pasar por periodista, estableció un sistema de correos para la resistencia polaca y un plan para facilitar el escape a los refugiados de alto riesgo… nada mal para una novata.

En otra de sus aventuras en la nieve —era excelente esquiadora— consiguió llevar a Londres un microfilm que detallaba los preparativos nazis para la Operación Barbarroja oculto entre las ropas. Churchill la amó y la apodó su espía favorita.

La suerte fue esquiva en 1941 cuando Kristina y su colega Andrzej Kowerski fueron capturados e interrogados por la Gestapo. Acorralada y decidida a escapar de cualquier manera, se mordió la lengua hasta provocarse una hemorragia y entre toses y estornudos sanguinolentos, logró que sus captores creyeran que tenía tuberculosis. Los liberaron de inmediato y con asco. Ese mismo año fue destinada a Francia, luchó codo con codo junto a los maquis en la batalla de Vercors; en Italia tropezó con una patrulla alemana y cuando le ordenaron levantar las manos, obedeció… pero lo hizo sosteniendo una granada. Ella y su compañero lograron sobrevivir gracias a su improvisación.

Si por ventura alguien, cualquiera, hubiera tenido a esas alturas alguna duda respecto de la bravura de la condesa Krystyna Skarbek, esta fue despejada por completo en 1944.

En Digne, sur de Francia, un importante comandante de la SOE y otros dos espías habían sido capturados por los alemanes y serían ejecutados en pocas horas, sin tiempo para que la *Résistance* montara un operativo de rescate. Fue entonces cuando apareció en escena una guapísima morena que se identificó como sobrina del mariscal Bernard Montgomery. Sola, sin apoyo alguno, con una autoridad que le hubiera envidiado el mismo Monty, exigió la liberación

de los detenidos. Mientras le respondían con un arma en la cabeza, Krystyna no se inmutó. Fría como el hielo insistió, negoció durante once horas, logró convencerlos de que los aliados estaban a solo unos pocos kilómetros de distancia y finalmente, por supuesto, logró liberar a los prisioneros.

Los impresionantes logros de la agente al servicio secreto de Su Majestad, fueron reconocidos con una insignia especial: la británica medalla George, la *Croix de Guerre* del gobierno francés y una palmadita en la espalda.

Unas pocas semanas después del fin de la guerra, Krystyna Skarbek fue despedida con un mes de salario. Su solicitud de ciudadanía británica fue rechazada y cuando no pudo regresar a Polonia, en ese momento bajo control soviético, las autoridades se la otorgaron a regañadientes.

Quedó sola, olvidada ¿quién quería recordar?, sin dinero ni relaciones, con un matrimonio terminado y una patria amada a la que no podía volver. Una de las mujeres más valientes, la misma que hablaba diez idiomas, la aristócrata que abandonó todo para luchar y una de las piezas más valiosas de los servicios especiales terminó trabajando como camarera en bares y hoteles para sobrevivir.

La muerte llegó, puntualmente, la noche del 15 de junio de 1952. Un tal Muldowney, camarero y marinero obsesionado con Krystyna y enojado por sus continuos rechazos, la apuñaló. El cobarde logró con su cuchillo lo que no pudieron la Gestapo ni los gerifaltes nazis.

La Agente 355

En tiempos de separatistas norteamericanos contra imperialistas británicos, una misteriosa mujer se infiltró en las filas enemigas que ocupaban las calles de Nueva York y Long Island durante los momentos más azarosos de la revolución. La agente 355 pertenecía al Anillo Culper, el más exitoso y eficaz de los grupos de inteligencia creados por el maestro del espionaje militar: George Washington. Descubrió traidores, proporcionó información oportuna y precisa a sus líderes, se jugó la vida y protagonizó una cinematográfica historia de amor, peligro y felonía con un final estremecedor. Mas de dos siglos después de sus proezas, el nombre y rostro de esta agente siguen siendo desconocidos para la historia.

***

Trece eran las colonias británicas en América del Norte y se habían unido contra el Imperio británico en lo que fue la primera insurrección colonial contra una metrópoli. La guerra de la Independencia de los Estados Unidos había comenzado.

Los británicos intentaban afirmar su autoridad y enviaron tropas de combate. Los estados movilizaron sus milicias y entraron en lucha en 1775 con su flamante comandante en jefe: George Washington.

En el II Congreso Continental se oían voces que proponían sustituir a Washington por otro líder, muchos le acusaban no haber hecho más que retirarse una y otra vez, pero el viejo George contaba con el caluroso respaldo de sus soldados y algunos ases bajo la manga para lograr la victoria definitiva.

Washington necesitaba saber de antemano todo sobre el enemigo y comenzó a organizar grupos de personas comunes y corrientes, o sea, le era indispensable tener su propia red de

inteligencia para estar informado. El grupo que operaba en las peligrosas calles de Nueva York se llamó Anillo Culper y fue, de lejos, el más organizado y exitoso en la compleja red de espionaje.

El *Culper Ring* o Anillo Culper se formó en el verano de 1778 y estuvo activo hasta 1782. Sus dos principales miembros —que respondían directamente a Washington— fueron llamados por los nombres en clave Samuel Culper y Samuel Culper Jr., el resto de los agentes convocados solo tenían un número de tres dígitos. Tan secreto era este «servicio secreto», que ni siquiera el comandante en jefe (el agente 711) conocía a todos los integrantes. Los hombres y mujeres del Anillo Culper fueron los primeros en la historia en codificar mensajes en los periódicos y usar tinta invisible entre líneas de cartas comunes. Una falda negra en el tendedero, el número de pañuelos blancos en la línea del lavado, informes codificados con letras y números, indicaban desde el tamaño de las tropas británicas y el estado de sus provisiones hasta cuándo y dónde pensaban atacar.

Entre todos estos agentes secretos, una mujer destacó por su audacia e inteligencia. Para algunos historiadores la agente 355 fue una de las primeras mujeres estadounidenses en operaciones encubiertas, otros se refieren a ella como «la hija oculta de la revolución estadounidense» y hay, desde luego, quien niega la existencia de esta mujer.

Se cree que 355 era miembro de una prominente familia conservadora y esa posición social le habría permitido un acceso prácticamente ilimitado a los líderes políticos y militares británicos que operaban en el área de Nueva York. Uno de los éxitos más contundentes de su trabajo fue exponer al tristemente célebre Benedict Arnold, símbolo de traición para los estadounidenses hasta la actualidad. Otro de sus *cazados* habría sido el resbaladizo y muy elegante espía británico John André, quien conspiraba junto con Arnold y terminaría en la horca bajo las órdenes de Washington.

La agente 355 no paraba de enviar la mejor información a su comandante en jefe a través del Anillo Culper, pero entre mensaje va y mensaje viene, esta mujer se habría enamorado profundamente de uno de sus jefes, Robert Townsend, más conocido por su nombre en clave: Samuel Culper Jr.

La relación entre los amantes, marcada por sus respectivas y peligrosas misiones de inteligencia y contrainteligencia, no duró demasiado. Al parecer, del mismo modo en que la agente 355 había

expuesto a los traidores, estos, y en particular John André, habían tenido el tiempo suficiente para denunciarla ante sus superiores como espía al servicio de Washington. Una devolución de atenciones.

Hay versiones que aseguran que Robert (su «querido Robert», según algunas cartas) rogó a su amante que no siguiera trabajando. De ser así, tenía buenas razones: ella estaba embarazada de su hijo.

En octubre de 1780, la mujer conocida como 355 fue capturada, acusada de espía y encarcelada en el fétido HMS Jersey, barco prisión inglés amarrado en el East River. Se especula que fue torturada y que los británicos no lograron arrancarle una palabra, ni siquiera su nombre o el de su amante, mucho menos algo sobre la red de espionaje. En esa embarcación 355 dio a luz a su hijo Robert Townsend Jr. y luego murió.

El Anillo Culper siguió activo un par de años más y pasó a la historia como el primer grupo estadounidense supersecreto, modelo e inspiración para la CIA y otras agencias de inteligencia y varias de las técnicas que inventaron se encuentran en uso en la actualidad. Algunos incluso afirman que este Anillo aún existe.

Para la leyenda quedó aquella oficial de inteligencia que sirvió con valentía, la hija oculta de la revolución que, practicando «la segunda profesión más antigua de la humanidad», le dio información vital al célebre Washington, la heroína, la mujer sin nombre y sin rostro, la 355.

La encantadora de números: Ada Byron

Ciento cincuenta años antes de que la computadora revolucionara el mundo, la hija de Lord Byron describió la máquina analítica de Charles Babbage y se convirtió en la primera programadora de la historia. En 1843 aseguró que un ordenador podía ser utilizado para la ciencia, componer música compleja, producir gráficos, inteligencia artificial y otros muchos usos. Quienes hoy consideran a Babbage como el padre del *hardware* dicen que Ada Byron (1815-1852) fue la madre del *software*, a pesar de que su nombre permaneció oculto bajo las iniciales A. A. L. por largo tiempo. Hacia 1979 el Departamento de Defensa de Estados Unidos nombró «Ada» a un idioma del *software* en su honor y en el 2011 se filmó *Enchantress Of Numbers*, película sobre su vida, dirigida por Bruce Beresford y protagonizada por Zooey Deschanel.

***

—Te arrepentirás de haberte casado con el diablo —dijo Lord Byron a Anna Isabella Milbanke en la noche de bodas y cumplió la advertencia. El matrimonio duró apenas unos meses y mientras sucedía una enconada y pública separación, nació Ada, la única hija legítima del célebre y romántico poeta inglés. Su guapo padre, a quien no conoció, abandonó Inglaterra en 1816 para no volver jamás.

Lady Byron, apodada por su fugaz esposo «princesa del paralelogramo», odiaba equitativamente poesía y poetas, y educó a la pequeña Ada en sus materias preferidas: matemáticas y ciencias. Hizo un buen trabajo, la niña mostró excepcionales condiciones para estas materias, aunque secretamente no se alejó del todo de las artes. Más de una vez, a lo largo de su vida, Ada mezclaría la comprensión de las matemáticas con su gran imaginación.

A los 17 años, tres acontecimientos le marcaron el rumbo. Conoció a la extraordinaria Mary Somerville, primera mujer miembro de la Royal Astronomical Society, quien acababa de publicar un libro sobre astronomía matemática *El Mecanismo de los Cielos*. Esta científica se convirtió en su mentora y la alentó en el terreno de la tecnología. Luego le presentaron a Charles Babbage, respetadísimo profesor de matemáticas que proyectaba una intrigante «máquina analítica». También por entonces, la joven Ada fue por primera vez a una carrera de caballos y apostar se convirtió en una de sus debilidades.

Babbage estaba impresionado por la inteligencia de Ada Byron y la forma en que ella entendía su «computador», tanto, que en el tiempo fue él quien la bautizó cariñosamente «la encantadora de números». Comenzaron por entonces un entusiasta intercambio epistolar que derivó en un trabajo en conjunto.

Si bien Ada se casó con el conde de Lovelace, y pasó a ser conocida como *lady* Ada Lovelace, continuó enviando sus *notas* y comentarios a Babbage regularmente y sin pausa.

Estas notas fueron siete ensayos y cuarenta páginas que se convirtieron en un valioso conjunto de instrucciones complejas para la operación de la máquina analítica.

Escribió un plan para calcular los números de Bernoulli, plan que es considerado en la actualidad como el primer programa de ordenador. No menos importantes fueron las especulaciones propias de la hija del poeta respecto del potencial de esa máquina.

Aunque Ada y el protoinformático Babbage fueron colegas, la labor de la mujer quedó relegada a un segundo plano; muchos pensaron por entonces que ella era una mera transcriptora de las ideas del hombre. Sin embargo, mucho tiempo después, se supo que fue Ada quien imaginó una máquina capaz de interactuar con su operador, dotada de una memoria, una unidad operativa, una perforadora de tarjetas y una impresora. Su trabajo, que incluyó demostraciones de cómo calcular funciones trigonométricas que contuvieran variables, fue publicado en 1843 solo con sus iniciales.

La informática y matemática que se adelantó a su época tuvo, a su vez, una vida privada azarosa. Era asmática, depresiva, alcohólica, jugadora compulsiva —perdió la fortuna familiar— y no le faltaron los escándalos amorosos. Una de sus tres hijos, Scherezada,

habría sido fruto de la pasión entre Ada y *sir* David Brewster, inventor del caleidoscopio.

Ada falleció de cáncer a los 36 años, la misma edad a la que murió su famoso padre, y pidió ser enterrada junto a él. Hoy los *encantadores* Byron descansan juntos en la iglesia de Hucknall, en Nottinghamshire.

In secret we met

In silence I grieve

That thy heart could forget

Thy spirit deceive

If I should meet thee

After long years

How should I greet thee!

With silence and tears[29].

150 años antes de que los ordenadores revolucionaran el mundo, Ada Byron, la hija del célebre poeta se convirtió en la primera Programadora de la historia.
Pintura de Margaret Carpenter, 1836.
Government Art Collection U.K

La emperatriz Wu Zetian y el próximo Buda… una mujer

Según la literatura sagrada budista, *bodhisattva* Maitreya será el sucesor de Siddharta Gautama —el Buda histórico actual— y nacerá en la tierra para lograr la completa iluminación y enseñar el *dharma*. Y aunque la iconografía lo imaginó en formas muy variadas, a ningún budista se le ocurrió, ni en pesadillas, la idea que Maitreya pudiera ser una mujer, a nadie… salvo a la única mujer que ocupó el trono imperial en China: Wu Zetian (625-705): la hermosa, controvertida, escandalosa, tirana, despiadada para algunos, excelente gobernante para otros. Wu promocionó fervientemente el budismo —convertido en religión oficial en 691—, desafió las creencias de Confucio, llevó adelante una campaña para elevar la posición de la mujer, promovió estudios sobre biografías femeninas e hizo mucho ruido en esos viejos tiempos feudales con su teoría sobre la Buda. A esta emperatriz que rompió el sistema tradicional de dominación masculina se le atribuyeron asesinatos, crueldades varias, sadismo, ambición desmedida… y después de su muerte se elevó una lápida sin inscripción en su tumba. ¿Castigo por sus crímenes o por su osadía?

***

«Lástima que seas una muchacha, si fueras varón, sin duda pasarías los exámenes imperiales[30]», decía el padre de Wu, deslumbrado por la inteligencia de la niña. No sospechaba entonces que su tierno retoño saltaría todas las burocracias, abriría su propio camino hacia el trono, reinaría como soberana y llegaría incluso a proclamar su propia dinastía.

Con catorce años recién cumplidos, Wu tuvo el privilegio de entrar en el harén del emperador Tang Taizong, en el quinto rango de concubinas. Cuenta la leyenda que muy rápidamente se destacó entre

sus pares por exhibir tanto su belleza y perspicacia como sus conocimientos de historia y literatura, lo que le llevó a lograr el favor del viejo emperador. El hombre le otorgó a Wu Zetian el título de *Meiniang* («mujer encantadora») y la designó para trabajar en el estudio imperial. Muy a sus anchas, Wu se introdujo con pasión en los documentos oficiales y con el tiempo se convirtió en una eficaz e insuperable asistente en los asuntos de Estado.

En el 649, cuando Tang Taizong falleció, Wu, que por entonces aún no tenía 25 años, vio peligrar su futuro. Los procedimientos establecidos ordenaban que ella, al igual que el resto de las concubinas, debía pasar el resto de la vida en un convento de monjas. ¡Ni loca! Había llegado el momento de desplegar todos sus encantos delante del sucesor. Con el pretexto de poner al corriente a la nueva administración de los asuntos de Estado, Wu aprovechó las visitas a palacio para mostrar sus talentos a Gaozong, el nuevo emperador. Era difícil *no ver* los gestos exquisitos, el brillo de esos cabellos peinados con esmero, la elegancia de sus ropas y, sobre todo, era imposible ignorar la destreza e inteligencia de esta increíble mujer. El embelesado Gaozong sin embargo, tardó tres años en llevarla a su lado y cuando las esperanzas —y los recursos— de Wu comenzaban a languidecer, Su Majestad imperial la nombró con el título de *Zhaoyi*, concubina de segundo grado. Lo que se diría, un meteórico salto a la cima del poder.

Wu era demasiado lista como para no saber que su nueva y privilegiada posición era peligrosa y generaría desconfianzas y resquemores, sobre todo, en sus dos declaradas adversarias: la propia emperatriz y la concubina de mayor rango. Una guerra fría, con palabras y gestos afilados como dagas, se desató en cada rincón del palacio. Servidores, eunucos, concubinas y familiares varios participaban entusiastas en la maraña de intrigas que se tejía y destejía contra la *Zhaoyi*.

Lejos de sentirse desdichada por la antipatía a su alrededor, Wu se entretuvo desactivando conspiraciones, fue siempre por delante de los planes para eliminarla y, en los ratos libres, se dedicó en cuerpo y alma a ganar más favores de su señor. Cuando dio luz dos hijos, cambió su estrategia defensiva y pasó al ataque. Para el 655 había *barrido* de la escena a las mujeres más importantes del reino y los historiadores le atribuyen en esa época su primer par de cadáveres en el ropero.

Por ese entonces, y sin enemigas de fuste a su alrededor,

comenzó seriamente la carrera política de Wu Zetian. El emperador admiraba profundamente el ingenio y discernimiento de la emperatriz consorte y aceptaba mansamente las nuevas ideas en materia de agricultura, reducción de impuestos o reformas sociales que proponía su mujer, quien cada vez tomaba parte más activa en los asuntos de Estado. Cuando en el 660 Gaozong sufrió un derrame cerebral, Wu estaba allí, lista para escribir su página en la historia.

Los cronistas dicen que no mostró misericordia hacia la corte y los funcionarios de alto rango para despejar el camino de ascenso al trono de sus hijos, a quienes finalmente ella misma derrocó. En el 690 Wu Zetian ratificaba en forma pública y oficial su poder y se convertía en la primera y única mujer en la historia de China que ocupó el trono imperial.

Junto a la poeta Shangguan Wan'er, su amiga y competente ayudante, durante decenas de años el destino de China estuvo en manos femeninas. Ambas aportaron al desarrollo, la estabilidad y la prosperidad, aunque Wu fue acusada de autócrata y sanguinaria. Su política religiosa, que propagó a los cuatro vientos, aseguraba que el Buda del porvenir era mujer, le atrajo tanta popularidad como feroces enemigos.

Wu gobernó hasta los 80 años, cuando un golpe de estado, que ya no tuvo fuerzas para evitar, la sacó del poder. Ella moriría poco después, convencida de que el tiempo daría un nombre femenino a Maitreya.

Aún faltan unos 30 000 años para el cumplimiento de la profecía y finalmente saber si la emperatriz tenía razón.

Jennie Churchill, la pantera

En los bestiarios medievales, la palabra «pantera» indica un animal asaz diferente del «mamífero carnicero» de la zoología contemporánea. Aristóteles había mencionado que su olor atrae a los demás animales; Eliano —autor latino apodado Lengua de Miel por su cabal dominio del griego— declaró que ese olor también era agradable a los hombres.

«La Pantera», *El Libro de los Seres Imaginarios*

Jorge Luis Borges

Tres maridos y doscientos amantes —incluyendo el rey Eduardo VII de Inglaterra, el rey Milan I de Serbia y el príncipe alemán Karl Kinsky— escucharon himplar a esta pantera. Suave, elegante y hermosa, con un fuego cautivador en los ojos y la sensualidad tatuada en la piel. Jennie hizo honores a su apodo, pero no solo fue una fiera para los hombres que la admiraron, también fue madre de otro interesante animal político: el bulldog británico Winston Churchill. Como la mítica pantera protectora de los guerreros, Jennie fue la sombra, el poder detrás del hijo y su apoyo, ayuda e influencias fueron decisivas en la ascendente carrera política de uno de los más grandes líderes en tiempos de guerra.

«[…] tiene más de pantera que de mujer», exclamó admirado el diplomático *lord* D'Abernon ante Jennie Churchill, y no se equivocó.

***

La que fue considerada, por mucho tiempo, una de las mujeres más hermosas de la época nació un frío 9 de enero de 1854 en Brooklyn, Nueva York, con el nombre de Jeanette Jerome. Su padre,

el futuro abuelo de Winston, Leonard Jerome, era un corredor de bolsa, un *trader* conocido como el Rey de Wall Street, extravagante individuo que hizo y perdió inmensas fortunas.

La montaña rusa en la vida de esta mujer, heredera del indomable espíritu paterno, habría comenzado cuando conoció al muy noble *lord* Randolph Churchill, segundo hijo del séptimo duque de Marlborough, a bordo de un barco en el puerto de Cowes. Después de un romance de tres días, la guapa estadounidense se casó en 1874 con su honorable novio y entró en la aristocracia británica como *lady* Churchill. El matrimonio tuvo dos varones: Winston, probablemente concebido antes del casamiento, y John, con la dudosa participación de *lord* Randolph.

Al parecer, nadie en la sociedad de esos tiempos esperaba fidelidad en el matrimonio y, desde luego, tampoco *lord* Churchill quien, por un lado, se había beneficiado de los contactos sociales y el apoyo económico de la esposa para su carrera política y, por el otro, con apenas un año de casamiento se le había diagnosticado la incomodidad de una sífilis.

Como era costumbre en la época, *lady* Churchill tuvo escasa presencia en los primeros años de sus hijos y los dejó en manos de niñeras. Más tarde, Winston, que adoraba a su madre, escribió cartas muy tristes rogándole que lo visitara en el colegio, cosa que la mujer hizo muy rara vez. Esa ausencia, sería acaso *compensada* años más tarde, cuando madre e hijo se hicieron grandes amigos y fuertes aliados en la lucha por el poder.

La pantera era salvaje, también fuera de la alcoba, y muy respetada e influyente en los más altos círculos sociales y políticos de Gran Bretaña. Hasta la reina Alexandra estimaba su amistad y era profunda admiradora de Jennie… a pesar de saber del apasionado romance entre ella y su marido.

En otros aspectos, sin embargo, *lady* Churchill supo ser leal a su *lord*: sobrellevó la sífilis del hombre, se fue de viaje con él para ocultar su deterioro físico ante la sociedad y lo acompañó —a su manera— hasta que murió en 1895. En 1900 la alegre viuda se casó con el encantador George Cornwallis-West, un capitán de la misma edad —o algo menor— que su hijo Winston. Pero en aquellos tiempos ya la madre se imponía a la mujer y se dice que incluso interrumpió la luna de miel para ayudar en la campaña electoral de su hijo en Oldham.

En 1918, Jennie tuvo otro capítulo de popularidad que la llevaría a las primeras páginas de los diarios: se casó con su tercer marido: un funcionario británico con el inverosímil nombre de Montague Phippen Porch, ella tenía 64 años, él 44 abriles. El epistolario familiar registra que la dama estaba *óptima* para el amor y después de tres días el individuo lucía físicamente agotado mientras la feliz esposa declaraba: «Él tiene un gran futuro, yo tengo un gran pasado, todo está muy bien».

Energía sexual, optimismo y alegría de vivir. Jennie Churchill se ocupó de allanar el camino para su hijo: le enseñó cuán lejos podía llegar y fortaleció su liderazgo, según palabras del propio Winston; hizo todo para que llegara al poder; fundó una revista literaria; financió y equipó un buque hospital para los heridos en la guerra contra los bóeres; escribió un libro de memorias y otras varias obras literarias; construyó un parque temático isabelino en el centro de Londres con una réplica a tamaño real de la nave de Drake y conservó la coquetería hasta el final. En 1921, unos bellos zapatos italianos de taco alto, poco recomendables para las garras de una pantera, le provocaron una dramática caída de escaleras y después de algunas complicaciones falleció. Tenía 67 años y su olor todavía era agradable a los hombres.

Inventó el cóctel «Manhattan».

Lady Jennie Spencer-Churchill, apodada “La Pantera”.
Tuvo tres maridos y doscientos amantes incluyendo el Rey Eduardo VII de Inglaterra.
Retratada en 1880.

Lady Montagu

Cuando Mary Wortley Montagu llegó ante la Sublime Puerta no profesaba ninguna de las supersticiones sobre Oriente de su civilizado siglo xviii inglés. Quizás por esa razón, uno de los escenarios más exóticos y cautivantes del mundo le abrió sus misterios.

Autodidacta, transgresora, escritora y pionera científica, esta mujer fue la primera en llevar a Inglaterra la vacuna contra la viruela, el antiguo método de inoculación utilizado por los doctores árabes del siglo vi. Pero la oposición de la Iglesia y la desconfianza de la clase médica, retrasaron noventa años el método en Occidente y la gloria fue para el médico E. Jenner por el *descubrimiento* oficial en 1796.

Lady Montagu también fue la primera mujer occidental que ingresó en un harén otomano. Trató el tema del velo sin una pizca de desprecio o condescendencia y afirmó sin tapujos que las damas turcas eran, en muchos aspectos, más libres que las europeas de su tiempo.

***

Como Jane Digby o la hija del desierto, Gertrude Bell, y tantas otras, *lady* Montagu se dejó fascinar por el Oriente, una tierra que aún representa para muchos el patriarcado más despiadado.

La hija del duque de Kingston, se educó a sí misma en la biblioteca paterna. A los 14 años dominaba el latín y el francés y escribió su primer cuaderno de poemas. Más tarde, fastidió a su ilustre progenitor casándose a escondidas, y en contra de la voluntad paterna, con Edgard Montagu.

Fue amiga dilecta de Mary Astell, primera feminista de Inglaterra, del satírico Swift y de Addison. Rechazó el poético amor de

Alexander Pope, divirtió y escandalizó a la corte de Jorge I con sus mordaces opiniones, hasta que en 1716 el nombramiento de su marido como embajador en Constantinopla le cambió la vida para siempre.

Gracias a su epistolario *Turkish Embassy Letters* —elogiado más tarde por Voltaire— sabemos que lady Montagu usaba ropas masculinas para poder entrar en la mezquita de Santa Sofía, aprendió árabe, apreció la poesía en esta lengua y visitó varias veces el harén del sultán y las casas de mujeres turcas por las cuales demostraba un gran respeto y aprecio[31].

El *hammam*, desde luego, la deslumbró. Los tocadores con espejos y flores, el salón circular, los perfumes y ungüentos, los masajes de la cabeza a los pies, las salas de mármol con surtidores de agua, el vapor, la piscina fresca de la sala de reposo con plantas y sofás… Y la charla durante horas con otras mujeres, donde las confidencias se saboreaban libando sorbetes de violetas o rosas. Cuerpos y espíritus ligeros, libres de prejuicios; mujeres a las cosas, felizmente cómplices y atentas a su cuerpo y bienestar en un ambiente de refinada sensualidad.

«La dama que parecía de más alcurnia de todas ellas me suplicó que me sentara a su lado y de buen grado me hubiera desnudado ella misma para el baño. Me excusé con cierta dificultad, pero tanto empeño pusieron en disuadirme, que, al final, me vi obligada a desabrocharme la camisa y mostrarles las ballenas, algo que las satisfizo mucho, pues me percaté de que creyeron que me encontraba encerrada de tal modo en aquella máquina que no estaba en mi poder abrirla, y atribuyeron la idea de tal artilugio a mi marido».

Mary pensaba que el *asmack*, o velo, daba la ventaja a las mujeres turcas de ir por la calle de incógnito y acudir a las citas con los amantes sin ser reconocidas por sus maridos. Y más de una vez estuvo en lo cierto.

«Es muy fácil ver que en realidad tienen más libertad que nosotras. Ninguna mujer, sea cual sea su rango, se permite salir a la calle sin dos *murlins*, uno que cubre toda su cara excepto los ojos, y otro que oculta toda su cabeza y cuelga a media altura a sus espaldas».

«Esta permanente mascarada les da completa libertad para seguir sus inclinaciones sin peligro de ser descubiertas. El método

más usual de intriga amorosa es enviar una cita al amante para encontrarse con la señora, en la tienda de un judío, que son tan notoriamente convenientes como nuestras casas indias».

«Puedes imaginar fácilmente el número tan pequeño de esposas fieles en un país en donde no tienen nada que temer de la indiscreción de un amante».

También disfrutó de la amistad de respetados *effendi*, sabios locales que practicaban una relajada forma de deísmo y, según Montagu, no tenían más fe en las enseñanzas de Mahoma que los europeos en la infalibilidad del papa.

Su observación de cómo las circasianas se pinchaban con agujas impregnadas en pus de viruela de las vacas, y no contraían nunca la enfermedad, la llevó a inocularse ella misma y a sus hijos, y de regreso a Inglaterra divulgó los procedimientos y fue uno de los mayores aportes a la inoculación en Occidente.

«Fue todo de lo más interesante», dijo antes de morir la mujer perspicaz y carente de prejuicios que se permitió conocer y expresar en su exquisita correspondencia, las dos caras del mundo otomano.

Lady Mary Wortley Montagu, autodidacta, transgresora, escritora y pionera científica, tal como la vio el pintor Jonathan Richardson d. J. en 1725.
Sandon Hall, Stafford.

Las Radium Girls y el asesino radiactivo

En la primavera de 1917 Grace Fryer y otras 70 chicas comenzaron a trabajar en la United States Radium Corporation de Nueva Jersey. Su labor era pintar con un líquido fosforescente[32] los diales de relojes y contadores para que brillaran en la oscuridad. «No hay de qué preocuparse, el producto es inofensivo», decían sus jefes y aconsejaban a las trabajadoras afinar las cerdas con los labios para mantener precisas las pequeñas brochas. Coquetas y juguetonas, ellas también se pintaban uñas y bocas y hasta se espolvoreaban el cabello con la sustancia brillante para sorprender a sus novios. Nadie advirtió jamás a las *prescindibles* chicas del peligro de la pintura radiactiva y ponzoñosa, aunque los directivos y científicos corporativos se protegían a sí mismos con guantes plomados y máscaras. Las Radium Girls fueron condenadas al envenenamiento, la mutilación, las monstruosidades, luego a la burla, al desprecio, a la difamación durante el proceso judicial… y finalmente a la muerte.

***

Grace se alarmó. Había cambiado su trabajo de pintora en la United States Radium por el puesto en un banco, pero cuando se sonaba la nariz el pañuelo brillaba en la oscuridad. Estaba perdiendo los dientes, tenía abscesos y su mandíbula comenzaba dolorosamente a caer, algo que en el tiempo se conoció como «mandíbula de radio». Otras de sus compañeras de trabajo en esa fábrica también estaban sufriendo anemias, neoplasias y necrosis y se sabía que muchas habían muerto por causas desconocidas.

Después de largas idas y vueltas con médicos que no acertaban con los diagnósticos, Grace Fryer decidió demandar a su exempleador: una lucha de David contra Goliat. Le tomó dos años y

unos nueve dientes encontrar un abogado aguerrido y dispuesto a enfrentar la poderosa empresa. Junto a ella, un total de cinco trabajadoras se unieron a la demanda y los medios de comunicación llamaron *Radium Girls* al caso que por primera vez en la historia denunciaba en la corte condiciones laborales abusivas.

Confusión y controversias marcaron un juicio casi sin precedentes en la legislación laboral estadounidense. La United States Radium echó mano a sus enormes recursos para defenderse: comenzó una campaña de difamación y empañó la reputación de las jóvenes atribuyendo a una supuesta «sífilis» los problemas de salud. Era 1927 y las chicas empeoraban su estado considerablemente.

Dos estaban en cama, Grace había perdido toda su dentadura y no podía caminar ni sentarse sin el uso de un corsé para la espalda. Para 1928, las Radium Girls no podían levantar sus brazos para tomar juramento en el tribunal… las cinco chicas se estaban muriendo.

Hasta Marie Curie, quizás la primera *radium girl* de la historia, fue consultada en esos aciagos momentos: «Yo no soy médico, no puedo aventurar una opinión sobre las chicas. […] Sería muy feliz de dar cualquier ayuda que pueda. Sin embargo —dijo Marie—, no hay absolutamente ninguna manera de destruir la sustancia una vez que entra en el cuerpo humano». Madame Curie también tenía el silencioso asesino en su interior y después de sus dos Nobel, una anemia aplásica causada por las radiaciones, la llevó a la muerte en 1934.

Las chicas finalmente ¿ganaron? la batalla legal pero los pocos dólares acordados por daños y perjuicios no fueron cobrados, las cinco mujeres murieron en la década de los treinta. Tampoco la compañía, a pesar de las abrumadoras pruebas en su contra, admitió jamás su responsabilidad.

Dicen que los cuadernos de Curie aún no pueden tocarse sin protección adecuada debido a la radiactividad, también que actualmente se puede medir la radiación en muchas de las tumbas de las Radium Girls. Y aunque aquellas muertes cambiaron la legislación laboral y los puntos de vista sobre la radiactividad… el feroz e implacable asesino sigue en libertad.

Nota de interés:

Las Radium Girls sufrieron el llamado «envenenamiento por radiación» que causó la enfermedad y la muerte a las personas expuestas que sobrevivieron a los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki. Este envenenamiento continúa siendo una de las mayores preocupaciones después del accidente del reactor nuclear de Chernobyl y de otras catástrofes nucleares de nuestros tiempos: no existen medicamentos para tratar el «envenenamiento por radiación», pese a las promesas para desarrollarlos.

Las espiritistas: Maggie y Kate Fox

En su *Historia del Espiritismo*, *sir* Arthur Conan Doyle considera el movimiento espiritista como «el más importante de la historia del mundo desde el episodio de Jesucristo» y asegura que «no ha habido época en la Historia, en que no se encontraran huellas de interferencias preternaturales, aunque la humanidad haya tardado en darse cuenta de ellas». Si bien uno de los capítulos más interesantes es el que dedica al «escandinavo sanguíneo» erudito y místico que despertó la fascinación de Borges, Emanuel Swedenborg, Doyle analiza minuciosa y profusamente en el curioso episodio de Hydesville. Este pequeño pueblo rural de Nueva York se convirtió en 1848 en un foco de interés nacional y mundial, cuando las adolescentes Maggie y Kate Fox comenzaron a comunicarse con espíritus de muertos. El misterio sobre si las hermanas Fox eran médiums genuinas o talentosas charlatanas, se mantiene hasta hoy… ni siquiera el padre del brillante y lógico Sherlock Holmes pudo desvelarlo.

***

Cuando la familia Fox llegó a Hydesville, situado a unas veinte millas de Rochester, Nueva York vivía uno de los inviernos más fríos de su historia. En la modesta cabaña de madera se acomodaron el padre y la madre, ambos metodistas y granjeros, y dos de sus niñas, Maggie de catorce años y Kate de once. Según nos cuenta Doyle en su libro, la casita ya tenía cierta mala reputación. Otros arrendatarios antes de los Fox se habían quejado de unos insistentes *ruidos* de origen desconocido en las paredes, puertas y sótano, aunque el verdadero horror vendría con los nuevos inquilinos.

Durante un tiempo la vida sencilla y rutinaria de los Fox

discurrió sin más sobresaltos que las tormentas de nieve y el viento que sacudía las ventanas de la vivienda. Al principio nadie prestó atención a unos golpecitos secos que parecían venir de los suelos, techos y paredes, hasta que una noche fueron imposibles de ignorar. Allí donde se movieran las hijas del matrimonio, Kate y Maggie, los sonidos parecían acompañar sus pasos, como si alguien las persiguiera. La reacción de la familia fue dispar. Mientras el señor Fox decidió ignorar el episodio y recomendó la lectura de la Biblia para calmar los ánimos, la madre no dudó en asegurar que los espíritus habían invadido la casa y las niñas espantadas pidieron dormir con los padres.

El fenómeno volvió a repetirse noche tras noche; los golpes, suaves y sosegados al principio, desaparecían antes del alba para volver cuando caía la luz del día, cada vez más fuertes y pesados. Nada, ni la lectura de las escrituras ni las piadosas oraciones pronunciadas con fervor por la religiosa familia, lograban detener —menos aún explicar— lo que estaba sucediendo. Fue durante uno de esos rezos cuando a Kate, la menor de las niñas, se le ocurrió hacer algo distinto. Decidida, avanzó hacia el lugar del que provenían los sonidos y comenzó a *devolver* cada golpe, percutiendo con el pie en el suelo. Fue el principio de su sistema de comunicación con el espíritu ruidoso que habitaba la casa. Entre azorados y temerosos, los Fox comenzaron a asistir al extraño diálogo que parecían tener la menor de la familia y… lo que fuera esa cosa.

Golpe va y golpe viene, comenzaron las preguntas que, al cabo de unos interminables segundos, ¡tenían respuesta! O al menos, los que la entusiasmada niña interpretaba a su modo como contestación. Muy pronto, como si se tratara de un juego que debía ser compartido, su hermana Maggie se aventuró con sus propios golpecitos en el suelo y comenzó la tertulia.

La madre, quien estaba convencida de la presencia de un espíritu, también aprovechó la ocasión para probar el sistema y preguntó por las edades de sus hijos. Prolijamente, el espíritu respondió con precisión y exactitud… hasta el número siete. ¿Siete? Se preguntaban todos. «¡Somos seis hermanos! ¡La cosa se equivocó!», gritaban las niñas y volvieron a formular la pregunta una y otra vez, siempre con el mismo e insistente resultado: siete. Y sí, había un dato que casi nadie en la familia conocía: la mujer había tenido un hijo antes del matrimonio que había fallecido a la edad de tres años.

Como nada es secreto en una pequeña comunidad, al poco tiempo, los acontecimientos en el hogar de los Fox estaban en boca de todo el pueblo y la pequeña cabaña se llenó de visitantes ¡no había lugar ni para espectros!

Mientras su fama crecía, Maggie y Kate fueron perfeccionando el *telégrafo espiritual*, un golpe para «No», dos golpes para «Sí» y, con la ayuda de un servicial vecino, crearon un alfabeto para mejorar la comunicación y tener diálogos más complejos.

Así se enteraron de que trataban con el fantasma de un tal Charles Rosma, un vendedor ambulante que, al parecer, había sido asesinado por unos antiguos habitantes de la casa y enterrado en algún lugar del sótano. Aun cuando algunos sospechaban que las niñas podrían estar mintiendo, el fenómeno seguía sin explicación y el solícito y domesticado Charles continuaba respondiendo por medio de sus golpes todas las consultas.

En ese entonces, un tercer personaje se sumó a la particular historia: Leah. La avispada hermana mayor de Kate y Maggie y profesora de piano estaba quebrada, sin dinero, sin trabajo y ese marido, que había jurado sacarla de la miseria, la había abandonado. La noticia acerca del extraordinario acontecimiento en su humilde familia lucía como una bendición en toda regla y rápida como un rayo hizo las maletas y acudió a Hydesville para convertirse en mánager del equipo de médiums.

Lo primero fue trasladar a sus hermanas ¿y al espíritu de Charles? a la pujante y comercial ciudad de Rochester para dar sesiones de espiritismo. Un año después de los primeros golpes, las hermanas Fox eran muy populares por su habilidad para comunicarse con los muertos; habían pasado por innumerables y minuciosas pruebas científicas y nadie había podido demostrar, de forma fehaciente, que eran farsantes a pesar de los muchos detractores y escépticos. Figuras como Benjamin Franklin o Tom Paine, muy fallecidos por ese entonces, enviaron sus mensajes a través de las hermanas y de todos los rincones del mundo llegaron personajes famosos para conocer, sobre todo, a Kate, la más simpática de las Fox. Incluso se dice que el entonces presidente de los Estados Unidos, Franklin Pierce, y su esposa también solicitaron los servicios de las afamadas chicas. Gracias a ellas el espiritismo estaba oficialmente de moda y se había convertido en un gran negocio.

Los buenos oficios publicitarios de Leah y la cobertura de los

principales periódicos consagraron a las hermanas Fox y cada presentación era un evento multitudinario donde no era raro que los espíritus del más allá convivieran con números artísticos y algún objeto levitando. Detrás de la escena, sin embargo, las cosas no fueron tan bien.

Salvo Leah, que hizo una fortuna representando a sus hermanas y supo guardar distancia empresaria del *show*, Kate y Maggie al parecer no tuvieron historias personales felices. Altibajos emocionales, decepciones amorosas y, sobre todo, unas extrañas y severas migrañas nocturnas contribuyeron seguramente a la penosa adicción al alcohol que desarrollaron hasta el final de sus días.

En los tumultuosos años donde ganaron dinero, viajaron y se codearon con personalidades ilustres. ¿*Realmente* Kate y Maggie se comunicaron con los espíritus? Las opiniones quedaron divididas para siempre.

Tres décadas después del encuentro con el espíritu en Hydesville, Maggie, la de peor suerte, se vino abajo y confesó que todo había sido un fraude urdido por las hermanas. Por probar su punto, convocó a una conferencia de prensa, se quitó el zapato e hizo un chasquido con los dedos de los pies produciendo un sonido raro, pero muy distinto al de los famosos golpes que el público conocía bien. Su hermana Kate enojada y disconforme con la revelación, la desautorizó y siguió actuando como médium. Los espiritistas por su lado denunciaron la confesión como «desvaríos de borracha triste» y poco tiempo después la atribulada Maggie tuvo que retractarse de sus dichos, aunque nunca más volvió a charlar con los muertos.

En 1904, diez años después de que muriera la última hermana Fox, un grupo de niños jugando en la casa supuestamente embrujada donde habían vivido las célebres espiritistas, descubrió un muro derrumbado en el sótano. Detrás de él, estaba el esqueleto de un hombre.

Las hermanas espiritistas Maggie y Kate Fox hacia 1852.
Thomas M. Easterly.
Missouri History Museum.

Las *flappers*

Estados Unidos, 1920. La Gran Guerra había quedado atrás y el sueño americano parecía cumplirse con una *american way of life* al alcance de todos. A ese próspero escenario, y con ritmo de jazz, llegaron pisando fuerte con sus tacones de aguja ¡las *flappers*!

Desafiantes, con sus cabelleras color platino o negras cortadas a lo *garçonne*, escandalosas faldas cortas, escotes hasta el ombligo y ¡sin corsé!, estas chicas imponían una nueva moda y también un nuevo estilo de vida.

***

Escandalosas por definición y socialmente incorrectas, las *flappers* se pintaban como puertas, bebían como marineros, fumaban cigarrillos con largas boquillas, conducían potentes automóviles y por las noches iban solas a clubs y descosían ese estilo de baile mezcla del charlestón y el *black bottom*.

Dueñas y señoras de todas las miradas, las *flappers* sacaron carnet habilitante para seducir a los pocos hombres que habían quedado tras la guerra prometiendo un cóctel explosivo: belleza, sexo e inteligencia. ¿Matrimonio? ¡Qué horror!

No había forma de ignorarlas y como suele suceder, fueron los escritores y artistas como F. Scott Fitzgerald y Anita Loos quienes dotaron a las *flappers* del aura de mujeres independientes y revolucionarias.

Aunque la sociedad las miraba mal, o precisamente por esa razón, la imagen *flapper* se convirtió en el eje del mundo de la moda. Gracias al avance de la industria textil, mujeres de todas las edades y clases sociales comenzaron a usar vestidos a la rodilla que imitaban el

estilo cabaret, hombros anchos, pantalones, larguísimos collares de cuentas, y el famoso sombrero *cloché* de Coco Chanel. ¿Acaso algo más glamuroso y *necesario* que parecerse a Joan Crawford, Dorothy Mackaill, Alice White o la *sex symbol* Joséphine Baker? Por supuesto que no.

Las irreverentes *flappers* fueron *crack players* en los locos años veinte hasta que un *crack* con mayúsculas, protagonizado por otros jugadores, las desterró de la escena para siempre: la crisis de 1929. Esa vida hedonista y sin preocupaciones propuesta por las divertidas chicas se desvaneció en una triste realidad llamada Gran Depresión… pero ¿quién les quita lo bailado?

Las impostoras (I): Mary Carleton

God hath given you one face,

and you make yourselves another.

Hamlet

William Shakespeare

En tiempos de la Restauración, Mary ¿Carleton? protagonizó uno de los escándalos sociales más sonados del siglo: fue acusada varias veces de bigamia y, sin una gota de sangre azul, se autoproclamó princesa Van Wolway y engañó a toda la aristocracia inglesa.

Un siglo después, otra Mary, ¿Baker?, hija de un zapatero y mendiga eventual, se disfrazó con ropas exóticas, comenzó a balbucear un extraño idioma y se convirtió de la noche a la mañana en la inefable princesa Caraboo… de ¡Javasu! Las histrionisas, princesa van Wolway y princesa Caraboo desafiaron el despotismo de la sangre, fueron la comidilla de los cafés y tabernas de Londres, provocaron ríos de tinta y le dieron un nuevo sentido a la frase «la nobleza sale de la plebe y vuelve a ella».

«… hasta que la muerte nos separe».

***

Era 1642. Mientras los puritanos cerraban todos los teatros de Inglaterra por orden gubernamental y le asestaban un duro golpe a la dramaturgia inglesa, en Canterbury, nacía la mejor actriz del siglo.

Mary Carleton (*neé* Moders), hija de un violinista, era una joven hermosa, educada y encantadora. Según todas las versiones, muy joven contrajo matrimonio con un zapatero y tuvo dos hijos que fallecieron en la infancia. Si «todas las tragedias concluyen en una muerte y todas las comedias terminan en un matrimonio», al decir de *lord* Byron, es probable que esta mujer eligiera, en aquellos momentos, su papel y género teatral en la vida.

Sin mucho trámite, Mary abandonó penas y marido, viajó a Dover y se casó con un cirujano. Muy pronto llegó la primera denuncia por bigamia, el arresto y un juicio.

Liberada del trance judicial con promesas de arrepentimiento y lágrimas de cocodrilo, Mary decidió cambiar de aire y se fue rumbo a Alemania. En Colonia, se enredó en un apasionado romance con un noble local y cuando estaba a punto de contraer enlace por tercera vez decidió empacar los costosos regalos que había recibido del novio alemán y regresar a su país.

Inglaterra vivía un clima de fiesta, con la Restauración en todo su apogeo. Carlos II había recuperado el trono y los puritanos eran historia. El flamante monarca, defensor y mecenas del teatro, había levantado el veto impuesto por Cromwel y, consecuente, vivía un loco y público amor con su amante, una de las primeras actrices profesionales: Nell Gwyn.

La vida era teatro en aquel Londres alegre, donde reinaba la elegancia, el humor, la lujuria, el adulterio y la intriga. Mary no tardó en subirse a ese escenario tan conveniente para ella. El breve —aunque provechoso— roce con la nobleza alemana, por medio de su último romance, le había proporcionado el necesario *know-how* para su próxima puesta en escena.

Comenzó a difundir el rumor de que había nacido en Colonia y era hija del fallecido Henry van Wolway, señor de Holmstein. Su personaje de princesa Van Wolway, huérfana, virgen e inocente, que había huido para evitar *casarse* con un pretendiente indeseable, fue impecable. Y toda la aristocracia se tragó el cuento.

Quiso el destino que el primero en pedir su mano fuera precisamente… ¡otro impostor! John Carleton andaba a la caza de una mujer de sangre azul para aliviar sus actuales penurias económicas y la princesa alemana era lo mejor que le había ocurrido

en años.

Apenas pocos días después de la boda y cuando se disponía a disfrutar las mieles de la fortuna marital, Carleton recibió una carta anónima avisándole que su princesa era una impostora y se abrieron las puertas del infierno… para ambos.

Se cruzaron acusaciones escritas y verbales y una vez más, Mary fue arrestada y llevada a juicio por bigamia, estafa, sustitución de identidad y título y otros fraudes. El fogoso escándalo, que salpicó a toda la nobleza, fue atizado por los folletos que ambos esposos publicaron para apoyar sus ofendidas posiciones. Finalmente, los modos refinados y seductores de Mary y su actuación frente al tribunal, la salvaron una vez más y fue absuelta.

Para entonces, Mary Carleton se había convertido en una celebridad y su fama se acrecentó aún más cuando decidió escribir una obra de teatro sobre su vida con un condimento extra: ¡ella misma interpretaría su personaje en las tablas! A la célebre impostora le llovieron admiradores, joyas y atenciones. Como no podía ser de otra manera, y fiel a su poliandria, no pasó mucho tiempo hasta que Mary volviera a decir «sí, quiero» y se casara con uno de sus adoradores.

Por supuesto, después de una breve luna de miel, la incorregible mujer abandonó al nuevo marido, llevándose con ella todos los objetos de valor del nidito de amor. Mary Carleton siguió representando su papel de princesa ¡virgen! y rica durante otros diez años y volvió a casarse en innumerables oportunidades con opulentos terratenientes, a quienes inevitablemente les robaba dinero.

Finalmente, fue capturada en 1672 y en 1673 el tribunal de Old Bailey la juzgó y condenó a muerte. Mary intentó varias estrategias de último minuto para evitar la horca, pero en esta ocasión, ninguna funcionó. Dicen que caminó hacia su verdugo muy elegante: faldas de seda, zapatos blancos y la frente en alto… como una verdadera princesa.

Así imortalizó John Chantry a Mary Carleton otra impostora que también se hizo pasar por princesa en el siglo XVII.
British Museum.

Las impostoras (II): Mary Baker

«… mentíme, que me gusta».

A Mary Baker (1791-1864) le tocó nacer en la más estricta pobreza dickensiana, lacra inclemente que azotaba Inglaterra y convertía a sus víctimas en seres resignados y sin esperanza. A los ocho años ya trabajaba duramente en las granjas cercanas a su humilde hogar para sobrevivir; antes de los doce y al modo del Gavroche de *Los Miserables*, abandonó la aldea natal y se aventuró por los caminos.

El infortunio la persiguió por varios años. A veces mendigando y en ocasiones como criada, Mary fue de pueblo en pueblo. Ella misma contó, años más tarde que, en el colmo de la desesperación, alguna vez intentó ahorcarse con el delantal para poner fin a su miserable vida, pero no tuvo éxito. La suerte comenzó a cambiar para la *gamine* cuando conoció a un clérigo presbiteriano y este le consiguió trabajo en la casa de una familia judía. Mientras lavaba trastos y cuidaba niños, Mary aprendió a leer y escribir y en poco tiempo dominó por completo el alfabeto hebreo, algo que le sería muy útil en su futuro de princesa…

Todo fue bien por algunos años, pero los empleadores comenzaron a sospechar de la «extraña y exótica» personalidad de su criada y la joven, por su lado, extrañaba su antigua vida de trotamundos. Finalmente dejó el trabajo y volvió a los caminos. Aquí y allá se enredó en algunos romances pasajeros, sirvió como empleada doméstica, vendedora de pescado e incluso volvió a la mendicidad.

Paupertas impulit audax

(«La pobreza que a todo se atreve, me impulsó»)

Horacio

***

Un 3 de abril de 1817 Mary apareció en el pueblo de Almondsbury, cerca de Bristol, luciendo un extraño turbante negro, un vestido, también negro, con alto cuello de muselina y hablando un lenguaje incomprensible.

«¿Quién es?», se preguntaban los pobladores entre fascinados y cautelosos y como no entendían una palabra de lo que Mary decía, decidieron llevarla a la casa del señor Worrall, juez del condado. Los sirvientes y sobre todo, la señora Worrall, veían encantados los extraños gestos de la huésped, quien rechazó la cena y no bebió su té hasta después de repetir una extraña oración con una mano sobre los ojos… Acto seguido, cuando le ofrecieron una cama para descansar, dio a entender que ella solo dormía en el suelo. Todos los intentos por comunicarse con la mujer fueron infructuosos, incluso un siervo griego consultado tampoco logró entenderla.

Pocos días después, un marino portugués llamado Manuel Eynesso llegó a la localidad y reclamó entender el críptico lenguaje. Habló largamente a solas con Mary y por él supieron que esa bella y extraña mujer era la princesa Caraboo, que venía de una tal isla Javasu. Dijo que esta dama había sido secuestrada en su país de origen por unos malvados piratas, que pretendían venderla como esclava… Eynesso conmovió a todos con los detalles del terrible viaje y la actitud de la princesa que, encadenada, se habría arrojado por la borda en el canal de Bristol para nadar con sus últimas fuerzas hasta la orilla.

Esta última imagen romántica tuvo la fuerza de un conjuro sobre el auditorio. Inmediatamente los Worrall informaron a la aristocracia local y vecina de que alojaban en su casa a la princesa de Caraboo «con su extraño idioma y costumbres excéntricas».

Los invitados se deleitaban escuchando que la mujer, tiradora experta, había construido con sus propias manos un arco y flechas con gran habilidad; que bailaba desnuda en el lago cuando estaba sola; los detalles coreográficos de sus bailes exóticos y sobre *Alá Tallah*, un ser supremo que habitaba las copas de los árboles y al que la

princesa oraba todos los días.

Tan lejos llegó su fama, que comenzaron a llegar intelectuales románticos de toda Gran Bretaña, desesperados por conocer más sobre la misteriosa princesa que no pocos situaban cerca de China, y es que nadie tenía la más remotísima idea de dónde quedaba la isla Javasu.

Mientras el *aura* de Mary crecía en misterios, más y más visitantes llegaban al poblado para conocerla. Los periódicos estaban repletos de artículos que reproducían —cada cual con sus propios condimentos— descripciones sobre la princesa.

Dos meses después de su espectacular llegada, Mary era una figura nacional, pero esta desmedida fama, sería su perdición. A mediados de junio, la dueña de una casa de huéspedes de Bristol encontró la ilustración de la princesa en un diario y la reconoció inmediatamente. La supuesta princesa había sido niñera de sus hijas y las había entretenido con historias narradas en distintos lenguajes inventados. Cuando la señora Warroll se enteró no hubo sales para contener sus desmayos, mucho más cuando la prensa convirtió a su huésped en una heroína de la clase obrera, asegurando que había engañado y expuesto la vanidad de toda la alta sociedad británica.

Por segunda vez en dos meses, Mary Baker se convertía en un icono, aunque por razones muy distintas. En momentos en que la clase trabajadora inglesa estaba indignada con su «rey loco» y el orden aristocrático comenzaba a desmoronarse —muchos simpatizaban con las ideas de Napoleón—, surgía esta humilde muchacha ridiculizando a los nobles y románticos radicales como Shelley y Byron no tardaron en enarbolar la historia de Mary como bandera. ¿Cómo logró una campesina inculta engañar a tantas personas, incluso brillantes académicos?

En parte, desde luego, con la colaboración del marino Eynesso. Si para un noble no hay nada mejor que otro noble, para un impostor, nada mejor que otro impostor. Sobre todo, uno oportunísimo. ¿Cómo se resolvió el entuerto? ¡Muy simple! En el otro lado del mundo estaban esas colonias rebeldes que el desquiciado Jorge III no puedo evitar perder y los Warrell —antes de que se los tragara la tierra y la vergüenza— enviaron a su princesa a los Estados Unidos.

Mary se embarcó hacia Filadelfia el domingo 28 de junio de 1817 con tres damas de compañía. Cuando llegó a América fue recibida por una multitud entusiasta que coreaba «¡princesa Caraboo!». A partir de esos momentos, es poca la información sobre sus movimientos. Parece haber vuelto a Inglaterra en 1824 y haber sido *exhibida* en Londres, Bristol y Bath. Luego siguió viajando por Francia y España e incluso dicen que se casó y tuvo una hija en 1829.

La impostora Mary Baker falleció tranquilamente en la Nochebuena de 1864, a los 75 años, de un probable ataque al corazón. Fue enterrada en el cementerio de Bedminster, en Bristol, y se encuentra, todavía, en una tumba anónima… o no ¿quién sabe?

Mary Baker, hija de un zapatero y mendiga eventual, fue una célebre impostora al hacerse pasar por princesa en el siglo XVII.
Obra del grabador Branwhite.

Las piratas

Mujeres en un barco era de mal agüero. Sin embargo, la quimera pirata no pudo evitar que, entre proscritos, hombres de mar de todos los colores y nacionalidades, rufianes de corazón atrapado por la niebla y chicos malos, feroces y legendarios… también se deslizara *l'odeur de la femme*.

***

En la Irlanda del siglo xvi, todos hablaban de la reina pirata Grace O'Malley, bella pelirroja que no había dudado en sacrificar su larga cabellera —que podía enredarse en los cabos y cuerdas de un barco— para irse a la mar. Grace pirateó y comerció con sus botines durante más de medio siglo y fue un terrible dolor de cabeza para Elizabeth I y los militares ingleses que intentaron contener su poder y rebeliones.

Antes de la capitana O'Malley, sin embargo, ya habían existido piratas como la legendaria reina Dido de Cartago o la dama Jeanne Louise de Belleville, *Lioness of Brittany*, también apodada la Llama, por su costumbre de asaltar y quemar tanto aldeas normandas como las barcas del rey de Francia.

Hacia finales del siglo xvii, cuando arreciaban los ataques piratas en el Caribe y en el océano Atlántico contra la armada española, inglesa y francesa, nacieron dos mujeres que serían las piratas más famosas de la historia: Anne Bonny y Mary Read.

Anne, también conocida por el diminutivo Boon, era hija ilegítima de un importante abogado irlandés. Bella, violenta y de malas pulgas. Despotricó contra la vida burguesa y acomodada que le tocó en suerte hasta que logró el permiso para casarse, según las malas lenguas, después de asesinar a una criada inglesa en la plantación

familiar. Su flamante marido era un pirata de poca monta llamado James Bonny, hombre que cumplió con la promesa de llevarla lejos, a nuevas tierras y aventuras. Sin embargo, una vez que la feliz pareja de recién casados puso un pie en las Bahamas, Anne se encandiló de un personaje más a su medida: el extravagante y carismático Calicó Jack Rackham, famoso en el ambiente por su osadía a la hora de pelear y también por vestir extrañas y coloridas prendas.

Calicó y Anne se enamoraron a primera vista y, sin muchos trámites ni explicaciones a sus parejas, escaparon juntos para vivir su apasionado romance en alta mar, mientras practicaban el pillaje. Anne se convirtió por entonces en una experta en el manejo de las pistolas y el machete, y llegaron a considerarla tan peligrosa como al resto de la tripulación de la Revenge.

Fue en una de las habituales correrías de la pareja cuando capturaron un barco alemán donde un joven guapo y extremadamente delicado llamó la atención de Anne. Poco tardó en descubrir que el joven era en realidad otra mujer: Mary Read.

Mary «Mark» Read había pasado la mayor parte de su vida disfrazada de hombre por necesidad y, a veces, hasta ella misma olvidaba su verdadero sexo. El asunto de travestirse se remontaba a la niñez, cuando su madre, urgida por el cobro de una herencia, la vistió como un muchachito para engañar a la ley. El truco le volvió a servir años más tarde cuando, sin trabajo ni medio alguno para mantenerse, decidió enrolarse en un buque mercante con identidad masculina. Envalentonada y más segura de sí misma, la joven se alistó en la armada para conocer los secretos del combate y aspirar a una mejor paga. Su estrategia funcionó de maravillas durante un buen tiempo y nadie sospechó de ella… hasta que se enamoró de un compañero, mandó al demonio su carrera y se casó.

Fue la primera vez que Mary vivió como una mujer, pero la estancia en el paraíso duró poco tiempo, hasta que hombre murió. Viuda y sola, no dudó en regalar esos complicados vestidos, adornos y sombreros y se embarcó hacia las Indias Orientales, vestida nuevamente como un varón. Durante ese viaje, Mary tenía alrededor de 25 años, el barco en el que viajaba fue atacado y capturado por la dupla pirata Calicó-Anne Bonny.

Al parecer, Anne y Mary no solo se convirtieron en las mejores amigas también habrían compartido un curioso triángulo amoroso con Calicó y juntos ¡fueron dinamita!

La fortuna sonrió a los entusiastas piratas por un buen tiempo hasta que en 1720 el gobernador de Jamaica envió un barco armado para capturar la nave de Calicó. Tomados por sorpresa, Anne y Mary lucharon como fieras en la cubierta mientras los demás piratas dormían las borracheras en sus camarotes.

Fue la última batalla de estas mujeres. Tras ser capturadas, y a diferencia del resto de la tripulación, no fueron directamente a la horca: ambas estaban embarazadas de unos seis meses. Mary murió en la cárcel de una fiebre y se cuenta que Anne fue salvada por su influyente padre.

Lejos de ser las últimas piratas femeninas, en el otro lado del mundo, la viuda Ching (1775-1844) mandaba sobre seis enormes escuadras de quinientos barcos con veinticinco cañones por banda y sembraba el terror en el mar de la China.

Anne Bonny, una de las piratas más famosas de la historia.
Grabado del siglo XVII.
Crime Museum, Washington, DC .

Margaret Moth

Dejemos que las imágenes (de atrocidades) nos persigan. Incluso si solo son fragmentos y no pueden describir toda la realidad a la que se refieren, aún tienen un objetivo. Las imágenes nos dicen: esto es lo que los seres humanos son capaces de hacer, de forma voluntaria, entusiasta, sancionada.

Susan Sontag

La primera fotoperiodista neozelandesa, Margaret Moth (1951-2010), se jugó la vida no una sino cientos de veces cubriendo los episodios más violentos de su tiempo durante casi dos décadas. Estuvo en la India tras el asesinato de la primera ministra Indira Gandhi; en Kuwait durante la guerra del Golfo de 1990; en Bagdad tras el derrocamiento de Saddam Hussein; en Tbilisi, Georgia, cuando los milicianos abrieron fuego contra una multitud de manifestantes; en Cisjordania, en 2002, mezclada entre un grupo de protesta. Solo se tomó unos meses de ¿descanso? cuando un francotirador en Sarajevo le voló la mandíbula, los dientes y la lengua con un certero disparo.

¿Quién era esa muchacha de inmensos ojos azules, que vestía de negro y dormía con las botas puestas en edificios destruidos? ¿Una indómita salvaje y aburrida? ¿Una loquita suelta que despreciaba su vida? Nada de eso. Margaret Moth era una profesional seria y comprometida con su trabajo. Desafió balas, tanques y vehículos blindados para llevarse la imagen más fidedigna de la guerra y de las personas atrapadas en la barbarie. Sabía, como todos, que finalmente las palabras, ¡los titulares!, intentarían morigerar, anular o condicionar la evidencia ante los ojos de los que están fuera del conflicto. Lo suyo era dar testimonio; el escrutinio y la evaluación de la realidad no le concernían.

***

Margaret nació en 1951 en Gisborne, noreste de Nueva Zelanda, y tuvo su primera cámara fotográfica a los ocho años. Estudió en la la Universidad de Canterbury, donde se especializó en cine y fotografía antes de ser contratada como la primera fotógrafa de noticias en Nueva Zelanda.

Sus colegas la respetaban por su buen humor, calma y serenidad en situaciones difíciles, su fortaleza de ánimo y prioridades. Era el tipo de las que se excusan de una reunión social diciendo que tiene que lavar los calcetines o rehúsa montar un carro tirado por caballos, para no ocasionar dolor a los animales, y prefiere correr con su cámara al hombro por el desierto de Petra, Jordania, con un calor imposible. Sí, amaba a los animales tanto como a las personas.

Muchos la recuerdan durmiendo con un ojo abierto en un hotel destruido en Sarajevo, atenta a los tambores de guerra… y, sobre todo, por lo que sucedió en la tristemente célebre «avenida de los francotiradores», un bulevar que durante la guerra de Bosnia fue tomado por serbios que disparaban a todos y a todo lo que se movía.

Era julio de 1992 y Margaret intentaba entrevistar a los pilotos de vuelos de socorro cuando un francotirador le asestó un disparo perfecto en la cara. Su mandíbula se hizo añicos, perdió casi todos los dientes y gran parte de su lengua. Después de que los médicos le salvaran la vida y muchos meses y cirugías reconstructivas después, Margaret aprendió a comer, beber y hablar de nuevo. ¿Sus primeras palabras?: «Quiero volver a Sarajevo para buscar mis dientes». Y, fiel a su palabra, regresó a Bosnia un año después.

La bella morena siguió buscando la verdad entre balas cruzadas, sin dudas, sin quejas y sin lágrimas. ¿Heroína? De ninguna manera. Le repelía la palabra y todas sus connotaciones. Para Margaret, la vida era como un partido de tenis: «uno nunca sabe cómo viene la pelota, lo que importa es cómo la devolvemos». Así afrontó el cáncer de colon que le tocó en suerte al final de su vida. Lo miró de frente, como antes miró a los soldados en la línea de combate; no tembló, no huyó. La realidad era mil veces mejor que mil palabras de consuelo. Y ella había elegido vivir su vida y su muerte en la luz —como buena polilla[33]— y sin una venda en los ojos.

Le sobrevivieron sus 25 gatos callejeros que algún colega

albergó en Estambul.

Maria Bochkareva, los batallones femeninos de la muerte

Era 1917. Tras la Revolución de Febrero, Nicolás II abdicaba, el pueblo ruso continuaba azotado por la hambruna y las huelgas, Lenin y los bolcheviques demandaban abandonar la I Guerra Mundial y el Ejército se descomponía con las deserciones de sus soldados. El gobierno provisional de Kérenski había decidido continuar la guerra contra Alemania como fuere, aun con voluntarios. Y una mujer, Maria Bochkareva, brava campesina que había luchado casi tres años en el frente y heroína nacional, levantó el guante y propuso formar unidades de choque exclusivamente femeninas: los batallones de la muerte.

***

Maria Bochkareva (1889-1920) era una leyenda viviente y se había ganado un lugar en la historia como la «Juana de Arco rusa». Se dice que en 1914, esta humilde *mujic*, que solo sabía agachar la espalda para trabajar desde los ocho años, sintió un profundo sentimiento patriótico y la irresistible llamada a luchar al lado de sus compatriotas en la Gran Guerra. Cuando el Ejército ruso, que no incluía mujeres en ese tiempo y mucho menos una insignificante campesina, le cerró las puertas, acudió al mismísimo zar y finalmente logró ser aceptada. Aun con las burlas y el acoso sexual de los soldados, Maria demostró una bravura sin igual. Luchaba cuerpo a cuerpo con los alemanes, arremetía en primera línea cargando con bayoneta contra las trincheras enemigas y más de una vez rescató a sus compañeros bajo el fuego.

Yashka, como era conocida, no justificaba ni entendía que las tropas masculinas abandonaran la lucha contra el enemigo de su

amada Rusia. Y cuando Kérenski llamó a los voluntarios a pelear, ella no solo se ofreció, sino que también y, con la aprobación del gobierno, hizo una emocionada convocatoria a todas las mujeres de su país. Miles de rusas de toda condición y edad respondieron a la llamada y se alistaron en los batallones femeninos de la muerte. Todas sabían lo que significaba: luchar hasta las últimas consecuencias y sin dar un paso atrás. Y cada una se aseguraba de llevar una pastilla de cianuro para terminar con su vida en caso de ser capturadas por los alemanes.

Después de un corto, aunque intensivo entrenamiento, Bochkareva y su unidad fueron enviadas al frente occidental. En torno a tres mil mujeres entre los 15 y 40 años pretendieron dar ejemplo a los soldados masculinos desmoralizados. Pero la actuación de las chicas fue discreta. Les sobraba valor, pero carecían de experiencia en combate y cuando su líder cayó herida un buen número arrojó las armas y se fue a casa.

La Revolución de Octubre encontró un batallón de estas mujeres custodiando —junto a soldados inválidos y mutilados— el Palacio de Invierno, y aunque muchas tuvieron el coraje de quedarse en sus puestos hasta el final, los bolcheviques las dominaron y posteriormente el nuevo gobierno ordenó la completa disolución de los batallones femeninos de la muerte.

La legendaria Yashka rehusó una y otra vez la invitación de Lenin y Trotsky para unirse a los bolcheviques. Finalmente, en 1919 fue detenida por orden de la checa y acusada de ser enemigo del pueblo. Un pelotón la fusiló en 1920, tenía 30 años.

Nota de interés:

Maria Bochkareva recibió varias condecoraciones, entre ellas destaca su nombramiento como Caballero de San Jorge, máxima distinción para un soldado ruso por su valor en combate.

María Bochkareva, líder de la temida unidad “Los batallones de la muerte” de Rusia.
Librería del Congreso de los EE.UU.

María Luisa de Austria, la *percanta* que *amuró* a Napoleón[34]

—*Nein, Auf keinen Fall!* —dijo María Luisa de Austria cuando supo que la casarían con el emperador francés, ese ogro manchado de sangre que tanto había herido a su padre. No le permitieron rebelarse. Su noble útero había sido elegido para albergar el hijo de Napoleón Bonaparte, dueño del mundo.

—¿Napoleón un ogro? Bueno, eso fue cuando era nuestro enemigo, ahora es nuestro amigo —le aseguró Francisco I. Acto seguido bendijo la boda y su hija, obediente, se convirtió en la emperatriz consorte de los franceses, la madre de Napoleón II y en una mujer castigada por la historia.

María Luisa, enamorada del conde de Neipperg, fue infiel y abandonó a Napoleón en la hora de su derrota. Dicen que tiró a la basura su orgullo como Habsburgo, su reputación como esposa y su *honor* como mujer.

***

En 1810 el corso estaba en la plenitud de su poder y muy satisfecho. El recién estrenado Código napoleónico le había permitido divorciarse de Josefina y tenía libertad para volver a casarse y tener hijos, pero no con cualquier oscura princesita. Al principio intentó cortejar a Ana Romanov, la hermana menor del zar de Rusia, pero Alejandro, desconfiado, evadió con fría cortesía la tentativa. Casi de inmediato —el tiempo corría— los ojos del águila se fijaron en una familia que había tenido dignidad imperial durante siglos y la sangre más noble de Europa: los Habsburgo y su retoño de diecinueve años, la archiduquesa María Luisa.

La elección no parecía muy conveniente: apenas unos diecisiete años antes, otra archiduquesa austriaca, maldecida por los franceses, había perdido su cabeza en la revolución. Para colmo de males, Francisco I, padre de la elegida, lo odiaba y había sido el mayor enemigo del nuevo régimen de Francia, ergo, una posible alianza con la casa de Austria parecía imposible en muchos sentidos. «¿Imposible? —rugió el corso— esa palabra no existe en francés», y los diplomáticos galos y austriacos se afanaron en limar diferencias entre las partes y concertar el casorio.

María Luisa hablaba con fluidez inglés, francés, italiano, latín y español, aparte del alemán, y era consciente de haber sido criada y educada para un matrimonio conveniente, pero, aun así, estaba tan desconcertada como desolada con la noticia. Había crecido escuchando de ese demonio llamado Napoleón, hombre de ascendencia baja, brutal y desleal, que había insultado y humillado a su familia. ¿Acaso era posible que precisamente su padre le ordenara casarse con él? Sin entenderlo, suspiró como mujer y obedeció como hija.

¿Cómo era la María Luisa que conoció Napoleón? Dulce, sencilla, inocente hasta la ingenuidad y tímida, según los cronistas. Al parecer, poetas y pintores le agregaron belleza, disimularon sus kilos de más y la boca, grande y generosa, con el labio inferior ligeramente colgante tan propio de los Habsburgo.

El largo viaje a Francia de María Luisa para cumplir con su deber recuerda al de María Antonieta, entre otras muchachas. Vagones llenos de nobles y damas, decenas de sirvientes, caras desconocidas y la tristeza y desasosiego de una novia ante el destino incierto. Cuentan que Napoleón fue a conocerla al pequeño pueblo de Courcelles, distante unos cincuenta kilómetros de París. Era una noche lluviosa y el emperador se presentó ante su futura esposa en la oscuridad y cubierto de barro. Ordenó que los dejaran solos, subió al carruaje de María Luisa y cerró la puerta. El deseo de Napoleón no sabía esperar: del mismo modo en que alguna vez arrebató la corona de las manos de Pío VII y coronó su testa, tampoco necesitó de una bendición o pidió permiso para tomar a esa mujer.

Al parecer, nada borró el horror de esa noche en María Luisa, ni las espléndidas ceremonias posteriores, ni la pompa y alegría de la corte.

Dicen que Napoleón se enamoró profundamente de su

emperatriz e hizo de todo para que ella olvidara la brutalidad del primer encuentro. Se convirtió en un esposo celoso —algo que no había sido con la voluble Josefina— y tomaba precauciones para que ningún hombre se acercara demasiado a su mujer. Comenzó a vestirse con elegancia, intentó incluso aprender a bailar el vals y sacrificó compromisos públicos y privados para atenderla. María Luisa, por su lado, cumplía con sus deberes a la perfección: fue obediente, dócil, nunca habló de política y estuvo atenta a los deseos de ese amo que le enseñó desde el primer momento quien sujetaba la correa.

En 1812, un mes antes de la invasión francesa de Rusia, María Luisa acompañó a Napoleón a Dresde y allí conoció al conde Adam Albert von Neipperg, hombre que odiaba tanto a los franceses, que le habían arrebatado el ojo derecho, como a Napoleón.

Un 25 de enero de 1814 Bonaparte abrazó a su esposa e hijo por última vez. Ese mismo año, el emperador Francisco decidió enviar a María Luisa al sureste de Francia para evitar que se reuniera con su marido en Elba… y nombró a Von Neipperg como jefe de su escolta. «Antes de seis meses seré su amante y, luego, su marido», aseguró irónicamente el austriaco a sus amigos, y cumplió.

Mientras los grandes acontecimientos sacudían Europa, el hombre del parche negro, con sus modales suaves y respetuosos, logró aquello que el dueño del mundo no pudo conseguir: el amor de esa mujer.

Napoleón escribió cientos de cartas a María Luisa, que fueron interceptadas o no respondidas, y mientras pasaba por las agonías de la duda en su exilio en Elba, le pidió a su médico Antommarchi: «dígale que yo la amaba, que nunca dejé de amarla». Bonaparte falleció en 1821 y ese mismo año María Luisa se casó morganáticamente con Von Neipperg. Para entonces ya tenía dos hijos con su amante y estaba embarazada del tercero. La *percanta* que *amuró* a Napoleón en su noche más triste, le dejó el alma herida y una espina en el corazón.

Maria Luisa de Austria, de la que su esposo Napoleón estuvo profundamente enamorado.
Obra realizada en torno a 1810.

María Teresa
de las Mercedes Wilms Montt

Esos ojos… azules y bravíos como el océano Pacífico de su Viña del Mar natal. Nadie, ningún miembro de su familia o aristocrática clase, adivinó la tempestad que escondía la mirada de Teresa Wilms Montt (1893-1921). Escritora, precursora feminista y descarriada por vocación.

Un tribunal familiar la acusó de adulterio, libertinaje e insurrección y fue internada en un convento para alejarla de las letras, de sus hijas y de su amante. Huyó, vagó, escribió, sufrió. Fue amada y admirada y se suicidó a los veintiocho años. Casi una Werther chilena.

***

Guillermo Wilms y Brieba y Luz Victoria Montt y Montt pusieron el grito en el cielo cuando su hija de diecisiete años se enamoró del candidato incorrecto. Era tarde. Teresa había decidido no volver a conjugar el verbo «obedecer». En contra de la voluntad de sus padres, escapó del hogar y se casó con el hombre de sus sueños: Gustavo Balmaceda Valdés. Este primer descarrilamiento le valió el destierro de los Wilms Montt, pero su historia de rebeldías apenas comenzaba.

A poco de andar el matrimonio comenzaron los conflictos. Balmaceda estaba escandalizado y celoso. Teresa no se contentaba con leer: escribía, había comenzado a publicar sus trabajos y a relacionarse con el mundo literario. Exhibía, además, una preocupante adhesión a las ideas de emancipación femenina, al anarquismo y a la masonería. Hacia 1915 —cuando llevaban cuatro años de casados y habían nacido dos hijas— los gritos, peleas y golpes eran cotidianos. El marido se había refugiado en el alcohol y en el juego y Teresa vivía un secreto y apasionado romance con el Vicho, primo de su esposo.

Cuando se descubrieron las cartas entre los amantes, Gustavo Balmaceda convocó al tribunal familiar masculino y se decretó el inmediato enclaustramiento de Teresa en el Convento de la Preciosa Sangre, lugar que albergaba chicas descarriadas y permitía limpiar rápidamente el buen nombre y honor de las familias decentes, estrictas y religiosas.

Sola, encerrada, sin derecho a defensa ni apoyo de sus padres, la joven poetisa supo también que sus hijas habían pasado a la tutela legal de los Balmaceda Valdés. Allí comenzó a escribir un diario donde expresó el dolor de la pérdida. Su primer intento de suicidio fue en 1916.

En junio de ese mismo año, Vicente Huidobro[35], poeta y amigo, la ayudó a escapar del convento y huyó con él a Buenos Aires.

La bonita chica de veintitrés años que llega a la Reina del Plata, sin embargo, ya no era la misma. El círculo intelectual la recibió bien: publicó su libro *Inquietudes sentimentales* y *Los tres cantos*, ambos elogiados por la crítica; colaboró en la revista *Nosotros*… pero ni los logros como escritora, ni la admiración y requiebros masculinos, ni siquiera los viajes a Barcelona y Nueva York menguaron su tristeza de madre. Tampoco se sentía capaz de volver a amar, algo que supo bien el poeta argentino Horacio Ramos Mejía, chico de veinte años que se suicidó por el amor no correspondido de Teresa.

La muerte comenzaba a rondarla y ella le coqueteaba. Desde la literatura con *En la quietud del mármol* y *Anuarí*, obra inspirada en el romance con el joven fallecido. Siguió vagando por Londres, París, Granada, Sevilla y Madrid donde conoció a otros célebres escritores de la época, entre ellos Ramón del Valle Inclán —quien prologó varios de sus trabajos—, Gómez de la Serna y Gómez Carrillo[36]. En 1920, por fin después de muchos intentos, logró encontrarse brevemente con sus hijas en París, pero tras la partida de las niñas, sucumbió.

En la helada víspera de Navidad de 1921, Teresa Wilms Montt decidió no sentir más[37] y una sobredosis de Veronal se encargó de encaminarla… al otro mundo.

«*Nada tengo, nada dejo, nada pido.*

Desnuda como nací me voy,

tan ignorante de lo que en el mundo había.

Sufrí y es el único bagaje que admite la barca que lleva al olvido».

Retrato de María Teresa de las Mercedes Wilms Montt, escritora y precursora feminista que arrastró una vida convulsa.
En 1921, se suicidó.

Marie Bonaparte y el psicoanálisis

Hacia fines de 1925, el anciano Freud recibía en su estudio de la capital austriaca a una paciente muy recomendada: Marie Bonaparte. La sobrina nieta del gran general corso, peleaba y perdía la batalla contra su enemiga jurada: la frigidez. El encuentro marcó su existencia. Años más tarde, esta mujer saldaría su deuda con el padre del psicoanálisis salvándole la vida.

***

Marie no era otra paciente. Su historia, hasta el famoso encuentro con Sigmund Freud, bien podría ser una novela de la *belle époque*: descendía de un emperador, era hija del príncipe Rolando, biznieta de Luciano Bonaparte —el hermano rebelde de Napoleón— y su madre era la riquísima heredera del casino de Montecarlo, fallecida un mes después de dar a luz.

¿Amor? Era una palabra vaga y ajena en la vida de Marie. De la indiferencia paterna y la tutela despótica de su abuela, pasó a estar casada —a los quince años— con Jorge de Grecia y Dinamarca, hombre emparentado con todas las familias reales, alcohólico, homosexual y amante de su propio tío. Los cónyuges, de todas formas, se las arreglan para cumplir con sus obligaciones y nacen dos hijos del matrimonio: Pedro y Eugenia de Grecia.

La princesa Marie, profundamente infeliz, siguió buscando consuelo en relaciones menos misóginas. Pero sus amantes, sobre todo el fogoso político y ministro francés Aristide Briand, la encontraban «fría».

A los cuarenta y cuatro años, la paciente de Freud se convirtió

en una de las discípulas más apasionadas del austriaco[38]. Había encontrado, por fin, la profesión ideal para ayudarse y ayudar a mujeres con su mismo problema. Con sus holgados recursos económicos sostuvo y promocionó el incipiente psicoanálisis; fundó una revista; tradujo las obras completas de su maestro; fue miembro fundador de la Sociedad Psicoanalítica de París y ella misma se convirtió en una famosa psicoanalista[39]. Entre sus méritos más notables le corresponde el de haber ayudado, en 1938, a Freud y su familia —arrestados por la Gestapo— a escapar de Viena y refugiarse en Inglaterra[40].

A pesar de los éxitos profesionales, la princesa siguió triste. Sus sinsabores como mujer, al parecer, no fueron superados. Hacia el final de su vida escribió: «Balance: un pasaporte de reina, el himno nacional… todo a cambio de una vida fracasada».

Freud por su lado, le envió a su amiga Bonaparte, una cariñosa carta reconociendo el propio Waterloo: «[…] la gran pregunta que nunca ha tenido respuesta y que hasta ahora no he sido capaz de contestar, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es esta: ¿qué es lo que desea la mujer?».

Marie Bonaparte, psicoanalista, discípula de Freud y descendiente del emperador Napoleón.
Imagen tomada en 1924.

Marina Tsvietáieva

«La vida es un lugar donde no se puede vivir», decía la irrepetible, compleja y trágica Marina Tsvietáieva, y no le faltaban razones para su lapidaria afirmación. Le tocaron la Revolución de Febrero y la de Octubre de 1917, la hambruna y el terror estalinista. Fue víctima —como la mayoría de los escritores e intelectuales de la Edad de Plata de la literatura poética rusa— de uno de los mayores crímenes contra la inteligencia de la historia. Su destino, como el de Gumiliov, Ajmátova, Pasternak, Bulgákov, el simbolista Blok, el futurista Jlébnikov o el acmeísta Mandelshtam, entre otros, fue decidido por la ruleta rusa de Lenin y Stalin: Exilio. Persecución. Pobreza. Abandono. Muerte… Sin embargo, para Tsvietáieva, la mejor escritora rusa del siglo XX[41], hubo una bala en cada recámara.

***

El viaje hacia la *prehistoria*[42] de Tsvietáieva no es sencillo. La misma poetisa solía asegurar que su tiempo despreciaba la espiritualidad: «Un siglo dispuesto a dar diez Pushkin por un coche», decía en sus cartas.

Nació en Moscú en 1892, precisamente cuando comenzaba la Edad de Plata de la literatura rusa, probablemente el período más interesante —y brillante— de la historia intelectual del país y que terminó abruptamente con la Revolución de 1917. Marina era hija de un profesor de Historia del Arte en la Universidad de Moscú[43] y una pianista. Estudió Historia de la Literatura en la Sorbona y se involucró profundamente con el simbolismo ruso que marcó toda su obra posterior.

En 1910 publicó su primera colección de poemas: *Álbum de la tarde*, atrajo la atención del poeta y crítico Voloshin y comenzó a vincularse con destacados personajes como Aleksandr Blok y Anna Ajmátova.

Hacia 1912 se casó con un cadete militar de 19 años, el guapo Sergei Efron. La joven y enamorada pareja, que enseguida tuvo dos hijas, Ariadna —Alia— e Irina, casi sin darse cuenta comenzó a ir en direcciones opuestas.

La poetisa vivía por su lado el propio *acme*: pasión y gozo sin pudor en sus letras, que fueron alimentándose con distintos romances fuera del matrimonio, primero con Ósip Mandelshtam e inmediatamente después con la hermosa y casquivana Sofía Parnok, entre otros. Todos ellos iban a parar a sus versos.

«Eres cazador, pero no me rendiré.

Tu eres la persecución, pero yo soy la fuga.

¡No cogerás viva a mi alma!»

Seryozha[44], el marido engañado, optó por ir al frente en 1914 y la revolución de 1917 lo encontró en el ejército blanco del zar. Ahora la tragedia tenía la palabra. Marina, abandonada y sin medios económicos, padeció junto a sus hijas la gran hambruna de Moscú. Con su padre fallecido años antes, no tenía medios para mantenerse a sí misma y a sus hijas y quedó atrapada en una situación desesperada durante cinco largos años. Entre 1917 y 1922, y con las tripas haciendo ruido, escribió la epopeya *El campo de los cisnes*[45], glorificando a los que luchaban contra los comunistas. Fue en ese tiempo cuando, desesperada, puso a sus hijas en un orfanato estatal, pensando que allí estarían mejor alimentadas. Nada más lejos. Alia enfermó y la pequeña Irina murió por inanición.

El consuelo no llegó jamás. Pasaron amantes. como la actriz Sofía Holliday —la del estupendo *Relato de Soniechka*; el viaje a Berlín para reunirse con su marido; la correspondencia con Boris Pasternak; Praga, donde escribió la famosa sátira *El cazador de ratas* —basada en la leyenda del flautista de Hamelin— y finalmente París, donde vivió 14 años y nació su hijo varón.

En el exilio, Tsvietáieva vivió pobre, marginada del círculo de escritores rusos emigrados y tuvo una gran relación epistolar con Rainer Maria Rilke.

«Nos tocamos ¿con qué?

Con aletazos.

Hasta con lejanías nos rozamos.

Vive solo el poeta y quien lo lleva.

Se encuentra a veces con quien lo llevaba».

Hacia 1939 la poetisa volvió a Moscú y la ruleta rusa de Stalin volvió a girar para ella. Efron, el marido, y su hija Alia habían sido detenidos por espionaje, las puertas estaban cerradas para la recién llegada y no conseguía trabajo. Fue declarada oficialmente «sospechosa», «enemiga del pueblo» y «no persona» y cuando nada podía ser peor, su esposo fue encontrado culpable y ejecutado en 1941. Tsvietáieva y su pequeño hijo fueron evacuados a Yelábuga, en la Tartaria, sin dinero ni medios de subsistencia.

La crónica oficial dice que en agosto de ese mismo año, la gran poetisa se ahorcó, aunque en la actualidad se han puesto en duda las circunstancias de su muerte. ¿Pero qué más da, la soga propia o la bala del tirano? ¿Acaso ella murió? No, señores, ¡de ninguna manera! Solo se trató de un espacio en blanco.

Por mucho tiempo las letras que escribió Marina Tsvietáieva estuvieron prohibidas y solo circularon por *samizdat*[46].

Hoy, esa poetisa, la «que desordena los naipes /falsea el peso y las cuentas /y es una preguntona en el pupitre…», sigue respirando en sus monosílabos, interjecciones, en cada uno de sus guiones, en cada poesía, prosa y en cada corazón que late (el mío, fuerte) con su lectura.

Mary Kingsley, la exploradora

Era 1893 cuando Mary Kingsley cerró la puerta de su casa en el 7 de Mortimer Road. Mientras el cochero esperaba impaciente y el tráfico de Cambridge fluía indiferente a su alrededor, la mujer se tomó unos instantes en el último escalón para mirar hacia la ventana de su habitación. Los treinta años entre esas cuatro paredes, las charlas con su padre, los libros… todo lo que había sido su vida y todo lo que sabía del mundo y las personas, estaba ahí, detrás de las cortinas amarillas con mariposas. «Es hora», se dijo a sí misma al tiempo que acomodaba el sombrerito de piel de foca tocado con florecillas, sacaba una invisible mota del rígido vestido negro y apretaba con fuerza la sombrilla en su mano derecha.

***

La hija del doctor George Kingsley, escritor de viajes y naturalista, no tuvo estudios formales. Se educó a sí misma en un hogar donde abundaban los libros de historia natural y etnología; aprendió alemán para ayudar en el trabajo de su padre y tuvo la oportunidad de conocer el trabajo de Charles Darwin y T. H. Huxley. Es bien posible que escuchando las tertulias paternas con estudiosos y burgueses intelectuales, donde se hablaba de países lejanos y exóticos, Mary se enamorara perdidamente de África.

Primero como niña y luego como adulta, se imaginó a sí misma corriendo aventuras y enfrentándose valerosamente a las feroces criaturas dibujadas en los libros, en pos de la ciencia y el conocimiento. En los pocos ratos libres que le dejaban los quehaceres domésticos y el cuidado de la madre enferma, revolvía la biblioteca familiar, tomaba notas, estudiaba mapas y se preparaba como una verdadera expedicionaria para cumplir con un sueño secreto. Muy

secreto. ¿Quién hubiera tomado en serio las aspiraciones de una mujer *de hogar*, sin mundo y sin experiencia alguna? Ciertamente nadie, comenzando por el padre que partió de este mundo preocupado por el futuro de su hija solterona, tímida y frágil como una muñeca.

El doctor Kingsley falleció en 1892 y su esposa pocos meses después. Mary se encontró entonces con una discreta herencia, un caserón vacío y una libertad que no tenía precio.

¡No había tiempo que perder! De inmediato y como si hubiera estado treinta años parada en la línea de partida, Mary Kingsley salió corriendo hacia su destino, el auténtico.

En el tórrido verano de 1893, una Mary con los ojos muy abiertos salió del puerto de Liverpool rumbo a África, con una escala preliminar en las islas Canarias. Llevaba poco equipaje y un gran propósito: retomar las investigaciones de su padre sobre fetiches religiosos y sacrificios rituales en sociedades primitivas. Era algo que, sentía, le debía al autor de sus días y un desafío, entre otros, que se debía a sí misma.

Sola y sin compañía masculina, la dama británica era toda una rareza en el barco. Generalmente, las mujeres que se embarcaban hacia el continente africano —viaje considerado muy peligroso— eran esposas de misioneros, de funcionarios de gobierno o, eventualmente, de exploradores. No pocos de los que preguntaron por su estado civil se hubieran asombrado si la hubieran visto, unas semanas después, en Luanda —en la actual Angola— conviviendo con los nativos como si los conociera de toda la vida. Y quizás, así fuera.

Durante toda la temporada que Mary pasó con la gente local se sintió en casa: de una extraña manera esas personas eran más cercanas que sus propios y mundanos vecinos británicos. No solo aprendió sobre las creencias religiosas y rituales, también se llevó un gran conocimiento sobre la jungla y lo necesario para sobrevivir en ella. Incluso se animó a entrar sola en las peligrosas áreas circundantes, que con toda razón eran llamadas la «tumba del hombre blanco».

Regresó a su país para volver nuevamente a África en 1894, esta vez con más suministros y con el apoyo de algunos prominentes zoólogos del Museo Británico a quienes había logrado impresionar con ejemplares desconocidos de animales y plantas recolectadas en

el viaje anterior.

Estuvo en Guinea Ecuatorial —en la actual Bioko— y estudió la etnia bubi; se adentró por el delta del Níger, siguió viaje hacia el Congo, remontó con su propia piragua el formidable río Ogooué; cruzó a nado las marismas de la cerrada jungla y fue la primera persona europea en adentrarse en el sector desconocido de Gabón donde consiguió ¡por fin! conocer en persona a los temidos caníbales fang.

Un día normal de Mary comenzaba después de un refrescante chapuzón entre sanguijuelas, seguido del energético y agusanado desayuno selvático, pesca en los manglares rodeada de insectos y cocodrilos, la caminata por algún tramo de la selva cortado a machetazos, el encuentro con leopardos y gorilas en terrenos sin cartografiar y todo esto antes de compartir el sagrado *five o'clock tea* con sus nuevos amigos antropófagos. Para ellos no era una mujer linda, fea, casada, soltera, hija de criada o aristócrata, ni siquiera les importaba que fuera mujer y difícilmente le hubieran criticado el acento *cockney* en su forma de hablar. El resultado de esa temporada de hospitalidad de los fang fue el más completo estudio sobre los hábitos y costumbres de esta tribu.

Las peripecias se las tomaba con humor y la falta de financiación para su viaje lo solucionaba intercambiando telas, tabaco y lo que fuera, por comida y alojamiento, al tiempo que recolectaba en sus numerosos frascos peces, plantas e insectos que no habían sido clasificados hasta entonces y anotaba minuciosamente sus descubrimientos.

Siempre vestida con su pesada e inadecuada indumentaria victoriana —faldas negras, el sombrerito con flores y su inseparable paraguas (que alguna vez le sirvió de escudo contra las fieras)—, siguió viaje a través del desconocido territorio de los fang y hacia el final de su viaje, la exploradora, se animó a escalar los 4095 metros del monte Camerún por una ruta por la que ningún otro europeo lo había intentado anteriormente.

Mary Kingsley falleció antes de cumplir los 38 años de fiebre tifoidea. Su corta vida, sin embargo, le alcanzó para convertirse en la mayor autoridad del siglo xix acerca del África Occidental y una pionera en las investigaciones etnológicas en el continente negro. Escribió las 750 maravillosas páginas de *Travels in West Africa* (1897), libro en el que termina el trabajo que había comenzado su padre y, aún más, le alcanza para divertir al lector con sus coloridas anécdotas y

convertirlo en un *best seller*. Le siguieron *West African Studies* y *The Story of West Africa*, con récords de ventas.

La exploradora recorrió Gran Bretaña dando conferencias sobre la rica cultura africana y defendiendo a capa y espada a los nativos del racismo imperante en su país. ¿Cómo no defenderlos si los conocía tanto y tan bien? Si la poligamia y sus dioses y sus «extrañas costumbres» tenían una razón de ser y eran tan respetables como las del mundo occidental. Finalmente, ella sabía que un caníbal no era más salvaje o peligroso que un súbdito de Su Majestad.

Fotografía de la exploradora victoriana Mary Kingsley en 1901, que viajó en dos ocasiones al África Occidental.

Imagen de Edmunds Hull.

Maud Gonne y su poeta

Los amores no consumados tienen ese, qué se yo, ¿viste? […]

Mezcla rara de penúltima ocasión y de loco berretín[47]*…*

La historia ¿balada? de Maud Gonne (1866-1953) y Yeats fue romántica, tumultuosa y mística; el resultado de unir una hermosa y desafiante activista política con el poeta más famoso de Irlanda, dos luminarias, un par de *piantaos* que se amaron a su manera.

Sobre Maud se dice que fue la Juana de Arco irlandesa: luchó para preservar la cultura de ese país durante el período de colonización británica, organizó protestas, fundó una sociedad de mujeres revolucionarias, trabajó con la Cruz Blanca de Irlanda a favor de las víctimas de la violencia, escribió artículos políticos y feministas y hasta conoció, por dentro, las cárceles inglesas.

William Butler Yeats fue el primer irlandés en ganar un Premio Nobel de Literatura y una de las figuras más destacadas de la literatura del siglo xx. Amó y persiguió por décadas a Maud Gonne, le propuso matrimonio en cuatro ocasiones —sin éxito— y por supuesto… la inmortalizó en sus versos.

«[…] mas un solo hombre amó tu alma en ti, viajera.

Y las penas amó de tu cambiante cara».

***

Maud y Yeats fueron miembros de la Golden Dawn, una fraternidad de magia ceremonial y ocultismo donde se practicaba la

teúrgia y el desarrollo espiritual. Allí, entre sueños, trances y visiones, los tortolitos celebraron un «matrimonio espiritual». No se tocaron jamás, aunque algunos aseguran que una vez se dieron un beso y luego se arrepintieron.

La pareja, no obstante, disfrutó de una singular intimidad. Se abrazaron y desearon sobre el papel, y las letras de uno y otra llevaron sus contenidas emociones a lo largo de muchos años.

En su momento, el gran público que saboreó este romance en los diarios y revistas, prestó más atención a Maud Gonne por su belleza excepcional, destino de musa y tema obsesivo de Yeats, que por su contribución significativa a la historia de Irlanda. Para descubrirla, hubo que retroceder a través de las muchas máscaras y velos que Yeats creó para ella. Sin embargo, Gonne también fue un poco cómplice de la creación de su mito. En las cartas a su *amante* se mostró muy satisfecha por la forma en que Yeats la retrataba en sus poemas e incluso se asoció feliz a los personajes que el poeta imaginó para ella, como la célebre Kathleen Ni Houlihan, literalmente «Kathleen, hija de Houlihan», símbolo y emblema del nacionalismo irlandés.

Los enojos entre ambos, también fueron anecdóticos: Yeats supo *castigarla* con su «No Second Troy», atribuyéndole el personaje de Helena de Troya y haciéndola *parcialmente* responsable de la violencia en Irlanda, al igual que la mítica Helena fue *parcialmente* responsable de la guerra de Troya. Gonne, por su lado, le reprochaba que no tenía suficiente «Marte en su horóscopo», en clara alusión al carácter pacífico del hombre.

Las andanzas de Maud con otros candidatos también fueron célebres. Había tenido dos hijos con el casado (con otra) político Lucien Millevoye y después de rechazar las propuestas matrimoniales de su *amor* contrajo nupcias con el republicano irlandés John MacBride, despertando los celos y el odio eterno de Yeats, quien sufría y dejaba algunos de los poemas más conmovedores que se hayan escrito.

«¡No soy feliz sin ti!», le dijo alguna vez a su ingrata Maud y ella le respondió: «Oh, claro que sí lo eres. Haces bellas poesías con tu infelicidad y eres feliz con eso. El matrimonio sería un asunto muy aburrido. Los poetas no deberían casarse. El mundo me debe las gracias por no casarme contigo».

Maud y Yeats inventaron su propio amor, con un poema y un trombón, y se quisieron así, *piantaos*, *piantaos*, *piantaos*[48]…

Notas de interés:

Maud Gonne MacBride publicó su autobiografía en 1938, titulada A Servant of the Queen.

Su hijo Seán MacBride, activo en la política de Irlanda y en las Naciones Unidas, fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz en 1974.

Maud Gonne murió sola a los 86 años de edad y está enterrada en el cementerio de Glasnevin, Dublín.

Murasaki Shikibu y el *Genji Monogatari*

Seis siglos antes de Shakespeare y Cervantes, la escritora japonesa Murasaki Shikibu escribió la primera gran novela de la literatura universal: *Genji Monogatari* o *La historia de Genji*.

Borges la situó cerca del Quijote, Marguerite Yourcenar aseguró: «No se ha escrito nada mejor en ninguna literatura»; los Premios Nobel de Literatura Yeats, Yasunari Kawabata y Octavio Paz la refieren como uno de los grandes clásicos del mundo y Harold Bloom dijo que tras leer a Murasaki «ya nunca se siente igual el amor ni el enamoramiento».

***

Murasaki Shikibu, hija de un erudito y bisnieta del gran poeta Kanesuki, ingresó en la elegante corte de la emperatriz Akiko en un momento ideal. Japón transitaba por el apacible Período Heian, época prolífica para la cultura y las artes.

En esa armónica e imperturbable atmósfera aristocrática, la menina escribió una historia dirigida, sobre todo, a las mujeres de la corte, seres invisibles, ocultos a la mirada masculina. *La historia de Genji* o *El romance de Genji* es un retrato minucioso de toda esa sociedad y abrió una ventana al mundo para sus congéneres. Genji, «el príncipe brillante» de su invención, es un encantador casanova que cautiva mujeres nobles con poemas escritos en papel perfumado y un hombre que anheló entender la fuerza misteriosa del amor. La historia del seductor abarca su vida amorosa, la pérdida y recuperación del poder imperial y la vida de sus hijos. Murasaki combina el relato amoroso —y erótico—, la saga familiar, una minuciosa crónica de las costumbres sociales y algo más: su tema central es la meditación del tiempo, el

juego de los recuerdos conjugados con el presente y proyectados al futuro. Quizás por esa razón se ha comparado el *Genji Monogatari* con la obra inmortal de Proust *En busca del tiempo perdido*.

Probablemente, sin saberlo, Murasaki Shikibu había escrito la primera novela psicológica del mundo. Vasta en sus 54 rollos o capítulos, pero absolutamente fascinante. Un libro que apasionó a grandes personajes de la literatura y donde Borges nos rescata especialmente las pasiones humanas, el punto de sutileza y un instante maravilloso:

«Una mujer, detrás de una cortina, ve entrar a un hombre. Escribe Murasaki: "instintivamente, aunque ella sabía bien que él no podía verla, se alisó el pelo con la mano"».

A diferencia del resto de sus congéneres, las mujeres de la aristocracia rara vez eran vistas por los hombres. Permanecían gran parte de su vida adulta en habitaciones oscuras o escondidas detrás de pantallas, persianas o de la cortina ceremonial —*kichô*— que las protegía de las miradas curiosas…

Algunos autores consideran que fue la *primera* novela, la *primera* novela moderna, la *primera* novela psicológica y el *primer* clásico de la literatura.

«No es que la vasta novela de Murasaki sea mejor o más memorable o intensa que la obra de Cervantes, pero sí más compleja y que la civilización que denota es más delicada», declaró Jorge Luis Borges.

«La novela de Genji es uno de los grandes clásicos del mundo», aseguró W. B Yeats, Premio Nobel de Literatura en 1923.

«La novela de Genji es la cima de la literatura japonesa. Hasta nuestros días no ha aparecido una obra de ficción que se le acerque», señaló Yasunari Kawabata, Premio Nobel de Literatura en 1968.

«Una de las novelas más antiguas del mundo comparable a los grandes clásicos occidentales como Cervantes o Balzac», fueron las palabras de Octavio Paz, Premio Nobel de Literatura en 1990.

«Tras leer a Murasaki, ya nunca se siente igual el amor ni el enamoramiento. Ella es el genio del deseo, y nosotros sus aprendices,

incluso antes de leerla por vez primera», fue la reacción de Harold Bloom.

Nachthexen, las brujas de la noche

«No podíamos entender que los pilotos soviéticos que nos causaban los mayores problemas fueran mujeres. Estas mujeres no temían a nada. Venían cada noche en sus lentos biplanos y durante ese tiempo no nos dejaban descansar».

***

Si acaso Iósif Stalin no hubiera estado atormentado por la invasión germánica, lo que vino a llamarse Operación Barbarroja, seguramente jamás hubiera dado autorización para formar tres regimientos aéreos exclusivamente femeninos a finales del verano de 1941.

En aquel momento, la mayoría de los aviones soviéticos habían sido destruidos por la aviación alemana y apenas quedaban pilotos para combatir. Fue entonces cuando unas mil jóvenes —la mayoría no superaba los 17 años y carecía de experiencia en vuelo— se enfrentaron al desprecio de sus compañeros varones; redujeron las enormes tallas de los uniformes y tuvieron que acondicionar los asientos para alcanzar los pedales de los aviones, antes de comenzar un breve entrenamiento en Stalingrado.

«Las cosas van mal, pero no estamos tan desesperados como para enviar a una chica a la guerra. Vaya a su casa y ayude a su madre».

Bruce Myles, *Brujas de la Noche*

Sin embargo, este grupo de voluntariosas mujeres, arriba de unos obsoletos y destartalados Polikarpov Po-2 —biplanos baratos de

entrenamiento—, se convirtieron en la pesadilla de los alemanes y en la unidad más condecorada de la fuerza aérea rusa.

Los soldados germanos las temían más que a los hombres y las bautizaron *nachthexen*, «*brujas* de la noche», porque sus pequeños aviones ¿escobas? salían de la nada, bombardeaban, hostilizaban sus posiciones y huían en la oscuridad nocturna sin que los poderosos cazas nazis pudieran impedirlo.

Las brujas tenían una táctica simple pero efectiva: volaban a baja altura y una vez cerca del blanco, ascendían, apagaban el motor y descendían planeando en silencio; dejaban caer cuatro pequeñas bombas y partían rápidamente a buscar una nueva carga. Otra estrategia era volar en grupos de tres y en círculo para distraer la atención mientras un cuarto avión disparaba por sorpresa. ¡Siempre les jugaban una nueva treta a los Messerschmitt alemanes! Y claro, aunque sus pequeñas bombas no causaban grandes estragos, el hostigamiento, acoso y estrés que provocaban eran *femeninamente efectivos* (ejem…).

En pocos meses, estas silenciosas escuadrillas rusas realizaron 23 672 incursiones, lanzaron tres mil toneladas de bombas y sembraron el pánico en los puestos de guardia, abastecimiento, aeródromos y convoyes de la retaguardia alemana.

Una de esas valientes brujas fue Lily Litvak, quien se convertiría en la legendaria Rosa Blanca de Stalingrado. Bellísima rubia, de ojos muy azules y frágil apariencia. Nadie hubiera creído que ella solita había derribado doce aviones. ¡Tan temida era por los alemanes que se necesitó una misión especial y ocho Messerschmitt para tenderle una emboscada y abatirla! Tenía 22 primaveras cuando murió.

Las brujas de la noche hoy han desaparecido o viven humildemente con pequeñas pensiones y sueñan con aquellos viejos tiempos, en los que bastaba un precario avión y mucho, pero mucho coraje, para combatir a las fuerzas más poderosas del mundo.

Nancy Astor, *the femme MP*

Era 1919 y los *Members of Parliament (MPs)*, miembros parlamentarios de la Honorable Cámara de los Comunes del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte, estaban flemáticamente consternados. Una mujer, norteamericana y divorciada colocaba su femenina humanidad en la bancada del Parlamento en Westminster por primera vez en la historia.

***

Nancy Astor, *née* Witcher Langhorne, hija de un acaudalado hombre de negocios sureño, abrió sus ojos al mundo en Virginia, Estados Unidos, en 1879. Se casó a los 18 años, tuvo un matrimonio desastroso, se divorció y partió hacia las tierras de Shakespeare con un hijo a cuestas.

Eran tiempos en los que las estadounidenses ricas y británicos con título nobiliario se unían y hacían felices a las familias de un lado y otro del océano y más de una vez, la divorciada tuvo que responder la impertinente pregunta de las damas de sociedad: «¿Has venido a buscar a nuestros esposos?», y recibían por respuesta: «Si supieras los problemas que tuve para deshacerme del mío…». Un par de años después, sin embargo, la divorciada cambió de opinión cuando le presentaron a Waldorf Astor, también nacido en Estados Unidos, político, hombre de negocios y miembro de la distinguidísima y rica Familia Astor.

Misma edad y temperamento apasionado unieron a los expatriados, ¡y se formó la pareja! Tuvieron una boda encantadora y el papá del novio, preocupado por el *techo propio* de los recién casados, les obsequió con Cliveden, una impresionante mansión señorial que antes

había sido el hogar de un conde, dos duques y un príncipe de Gales.

Nancy y Waldorf eran felices, comían perdices, redecoraban los interminables metros cuadrados de su casa nueva y hacían vida social y política por partes iguales con personajes tan distantes y variados como Bernard Shaw y Henry Ford o Franklin Roosevelt y el inefable Ribbentrop, embajador de Hitler en Londres.

Hacia 1919, un acontecimiento sacudió a la familia y provocó cambios impensados en la tranquila vida de Nancy. La muerte de su suegro, el ilustre primer vizconde William Waldorf Astor, convirtió inmediatamente a su marido en *lord* y a la norteamericana arisca con los títulos, en *lady*.

Hasta ese momento, Waldorf Astor hijo había sido representante *(MP)* del distrito de Sutton, en Plymouth, en la Cámara de los Comunes y la muerte de su progenitor lo elevó automáticamente a segundo vizconde Astor y miembro de la Cámara de los Lores.

Con su nueva dignidad de *milady* y el apoyo familiar, ese mismo año Nancy se presentó y ganó el escaño que había dejado vacante su esposo.

Si los masculinos habitantes del templo inglés de la democracia imaginaron que esa mujercita menuda, bonita y vestida con un sencillo traje negro, estaría quieta y callada hasta aprender cuestiones políticas, rápidamente salieron de su ingenuidad.

Desde el primer día Nancy Astor fue un molesto moscardón que despertó amores y odios… y una extraordinaria atracción en monstruos políticos como Churchill[49]:

—*Winston, if you were my husband I would flavour your coffee with poison* —aseguraba lady Nancy Astor.

—*Madam, if I were your husband, I should drink it* —respondía sir Winston Churchill.

Los *cruces de espadas* entre el primer ministro y la primera mujer en el Parlamento británico, por supuesto, siguieron y fueron la comidilla de la clase política. Uno y otro, sin perder ocasión ni darse tregua, protagonizaron memorables intercambios como cuando el

conservador quiso ponerla en evidencia en plena sesión parlamentaria preguntándole cuántos dedos tenían las patas del cerdo. «Descálcese —le dijo ella— y cuénteselos usted mismo».

Ingeniosa, contradictoria, dueña de una asombrosa capacidad para improvisar y desconcertar, Nancy Astor era lo que hoy llamaríamos una verdadera *heckler*. Enemiga jurada del alcohol en la tierra del *scotch*, logró aumentar la edad legal para beber, consiguió que más mujeres ingresaran en la administración pública, llevó adelante importantes reformas de la educación y defensa de los derechos de los niños y se las arregló para sobrevivir 26 años en ese mundo de la política dominado por los hombres.

Nancy Cunard, la indignada

Ser una de las musas más célebres del siglo xx, el ícono fotográfico de Man Ray o la heredera de una eminente familia de Inglaterra, no le hicieron cosquillas. Nancy Cunard abandonó el tibio lugar de señorita de sociedad para emprender una cruzada personal contra el racismo y los prejuicios sociales. Mandó al demonio su noble cepa y se alistó en la causa de la liberación de la raza negra oprimida por los blancos; combatió a los fascistas, denunció la brutalidad de Franco. Fue escritora maldita, musa, editora, justiciera, bohemia, librepensadora, idealista y una indignada con todas las letras.

***

Nancy Cunard inspiró personajes a Hemingway, Aldous Huxley, Michael Arlen y Louis Aragon, entre muchos; fue citada por su nombre y admirada por T. S. Eliot, Pablo Neruda y Ezra Pound; embrujó a los surrealistas de Breton y a un sinnúmero de otros artistas. ¿Qué tenía? ¿Qué veían en ella? ¿Eran esos lánguidos ojos glaucos, la belleza sofisticada? ¿El «coraje y entusiasmo» que le elogió Samuel Beckett? Difícil saber, aunque según sus biógrafos ella se negó a ser definida por ese *glamour* que le venía de fábrica.

Hija única de un barón inglés y heredera de la Cunard Line, el famoso imperio de trasatlánticos, creció en un castillo entre «valores morales ambiguos» y los escarceos extramatrimoniales de sus progenitores. Muy pronto comenzó a despreciar todo lo que su familia y clase representaban. Su debut en sociedad fue en 1914, fecha que coincidió con el inicio de la Gran Guerra y, sin pensarlo dos veces, desafió a la familia y se unió a los artistas que encabezaban la «revolución literaria» en Inglaterra. «Ese movimiento cambió mi vida», dijo años después Cunard mientras se entregaba a la «sagrada misión

del arte para cambiar la historia».

En 1917 se casó impulsivamente con el capitán herido Sídney Fairbain, pero el matrimonio apenas duró veinte meses. Hacia 1920 se estableció en París. Allí no solo encontró a Hemingway, con quien jugaba al tenis a menudo, también se relacionó fuertemente con los dadaístas y los surrealistas; y mientras escribía poesía, convertía en sus amantes ¿y *musos*? a Ezra Pound, Tristán Tzara, Louis Aragon y Wyndham Lewis, entre otros. En 1928, su proverbial entusiasmo la llevó a fundar una pequeña editorial donde publicó libros de Aragon y, sobre todo, de escritores entonces desconocidos como Samuel Beckett. Fue por entonces cuando Nancy Cunard se enamoró como una loca.

El hombre que conquistó el corazón de la rebelde y hermosa mujer fue Henry Crowder, un pianista de jazz afroamericano que la introdujo en la compleja y dolorosa situación de los negros en Estados Unidos. Fue un punto de inflexión, sus ojos se habían abierto a la injusticia racial y ella no los cerraría jamás: había encontrado uno de los propósitos que definiría el resto de su vida. En 1934 editó y publicó *Negro*, una extensa antología donde ciento cincuenta relevantes escritores trataban distintos aspectos de la africanidad y denunciaban la «opresión» de los entonces catorce millones de negros en Estados Unidos.

A pesar de la excelente calidad literaria y el contenido, la prensa saludó la publicación con indiferencia y condescendencia.

Dime quien te critica y te diré quién eres, Nancy. Los medios de comunicación en Estados Unidos y Gran Bretaña la acusaron de «negrófila» y un aluvión de amenazas anónimas, cartas con odio e imprecaciones —muchas escritas por su propia madre— la exhortaron a abandonar a su negro amante y su causa contra el racismo, o atenerse a las consecuencias. Cunard levantó los hombros con indiferencia y continuó la cruzada. Su familia la desheredó.

A mediados de 1930 puso su mira en el fascismo. Por ese entonces escribía para el *Manchester Guardian, The Associated Negro Press, Crisis* y otras publicaciones sobre Mussolini, el golpe de estado en Etiopía y Franco en España. En agosto de 1936 fue precisamente a España para cubrir la Guerra Civil. Allí conoció a Pablo Neruda, con quien coeditó la antología *Los poetas del mundo defienden al pueblo español*. Nancy no entendía, se exasperaba ante la indiferente comunidad internacional. Toda la información que consiguió la utilizó para denunciar la

brutalidad de Franco y recaudar fondos para ayudar a los refugiados. Se cuenta que estuvo en los campos de concentración, en campamentos adonde llegaba caminando muchos kilómetros y organizó una especie de refugio donde se «preparaban comidas calientes» para unas cuatro mil personas. Cuando la República fue derrotada viajó a Chile del brazo del autor de *España en el corazón*. Cuando estalló la II Guerra Mundial regresó a Londres para colaborar en las emisiones de Radio Francia Libre.

La *indignada* siguió escribiendo para distintas revistas y cuando publicó *Poems for France* (1944) la sociedad literaria británica la declaró persona *non grata*. Pasó sus últimos años pobre como un ratón, *embotada* en alcohol, casi sin comer y despotricando contra los fanáticos de este mundo. Borrachera tras borrachera, en 1960 la declararon demente y fue encerrada en un hospital mental. Después de su liberación, en 1965, justo después de su cumpleaños 69, fue encontrada inconsciente en la calle, falleció dos días después. «Su cuerpo se había desgastado en una larga batalla contra la injusticia en el mundo. No recibió más recompensa que una vida cada vez más solitaria y una muerte desamparada», dijo Neruda, aunque tal vez el epitafio más adecuado para Nancy Cunard lo escribió ella misma: «Todo lo que me quedó en la vida es esta sensación de furiosa indignación».

Nancy Wake, el Ratón Blanco

Era la noche del 29 de abril de 1944 en la región francesa de Auvernia. Un pequeño grupo de paracaidistas descendía silenciosamente, cuando el capitán de los maquis vio a una mujer enredada en un árbol y colgando del arnés a varios metros del suelo.

—*Mon Dieu!* —dijo el hombre admirado— espero que este año todos los árboles de Francia tengan frutos tan hermosos como usted.

—No me vengas con esa mierda francesa y ¡ayúdame a bajar de una buena vez! —ordenó ácidamente una voz femenina.

Ella no tenía tiempo para requiebros o poesía, era la *souris blanche*, el ratón blanco, genio y figura de la resistencia francesa y la mujer más buscada por la Gestapo: Nancy Wake.

***

La guerra, «esa especie de neurosis colectiva», según Freud, cambia a las personas para siempre. ¿Quién era Nancy Wake antes de que estallara el conflicto armado más grande y sangriento de la historia mundial? Solo otra chica guapa y rebelde que soñaba con ser periodista y seguir los pasos de Hemingway.

Había nacido en Wellington, Nueva Zelanda, el 30 de agosto de 1912 y era la hija número seis de Charles y Ella Wake. En 1914 la familia se mudó a Sídney, Australia, lugar donde Nancy creció, se educó y vivió hasta los 16 años, momento en que declaró su independencia y abandonó el nido para conocer el gran mundo.

Primero trabajó como enfermera, pero una inesperada herencia

le permitió viajar a Nueva York y después a Londres para formarse como periodista. Luego residió en ese París cosmopolita y brillante de los años 30. Mientras trabajaba como corresponsal europea de la *Hearst Corporation* le tocó informar sobre el ascenso de Adolfo Hitler en Alemania y en Viena. Después de presenciar el impiadoso comportamiento de los nazis, el encadenamiento de judíos en una plaza, las persecuciones… algo en Nancy comenzó a cambiar.

Había conquistado sus metas, vivía una vida despreocupada y alegre, y el encantador, sexy y divertido industrial francés Henri Fiocca le había pedido matrimonio, era feliz. ¿Era feliz? Una parte de ella, indudablemente. Luego, no podía olvidar que había visto el horror con sus propios ojos y diariamente estaba informada de esa nube negra que avanzaba sobre el mundo. En 1939, seis meses después de su matrimonio, Alemania invadió Francia y Nancy Wake supo sin duda alguna que ella no se quedaría a tejer en esa guerra.

«Odio las guerras y la violencia, pero si vienen, no veo por qué debemos despedir a nuestros hombres y quedarnos a tejer pasamontañas esperando su regreso».

Henri y Nancy vivían en Marsella cuando la mujer se embarcó en una doble vida estresante y agotadora. Al principio colaboró como mensajera del capitán Ian Garrow, un escocés que había ayudado a crear una ruta de escape para el personal militar británico atrapado en Francia. Mientras su marido colaboraba con dinero y facilitaba sus propiedades para la causa, Nancy comenzó a tomar más y más riesgos. Iba y venía llevando comida a los grupos clandestinos en el sur, obtuvo papeles falsos que le permitieron trabajar en la Francia ocupada, compró una ambulancia para ayudar a los refugiados, una y otra vez, hasta que la Gestapo comenzó a olfatearla…

Nancy los despistaba, cuando la policía y milicia francesas creían estar sobre su pista, ella cambiaba de identidad, se disfrazaba o simplemente se escurría con increíble habilidad. Ratón blanco, le apodaron sus perseguidores y hacia 1943 Wake encabezaba la lista de los más buscados por la Gestapo con una recompensa de cinco millones de francos por su cabeza. No la capturaron, sin embargo, la red había sido descubierta y ante el peligro, la *Résistance* decidió enviarla a Londres. Se despidió de su esposo sin saber que jamás lo volvería a ver.

Su fuga fue toda una odisea. En Toulouse fue arrestada por equivocación en una redada al azar y cuatro días después, cuando el

líder de su grupo apareció asegurando que la señora era su amante y que escapaba del marido, fue liberada por la policía que jamás sospechó que tenían al ratón blanco entre sus manos. Después de varios intentos de cruzar los Pirineos y llegar a España, tuvo que saltar de un tren en movimiento y correr con varios compañeros esquivando balas antes de escapar a través de un viñedo. Enterrada en la parte trasera de un camión de carbón con un neozelandés y dos estadounidenses, transitó las pistas rocosas de los Pirineos y finalmente llegó a España y de allí partió a Inglaterra.

Ocho meses después, Nancy se había convertido en una agente modelo de la unidad de operaciones especiales SOE. Regresó a Francia el 29 de abril de 1944, lanzándose en paracaídas junto a otros agentes. Sus órdenes eran localizar y organizar los grupos del maquis, instalar un transmisor para las comunicaciones con Inglaterra y, sobre todo, preparar el terreno para el día de la invasión aliada.

A los 31 años Wake comandó siete mil maquis que combatieron con 22 000 soldados de las SS. Tuvo incontables actos heroicos como recorrer más de quinientos kilómetros en 72 horas, ida y vuelta, a través de un territorio que hervía de enemigos y puestos de control, para sustituir los códigos de su operador de telefonía; destruyó puentes y líneas ferroviarias, era una brava, de verdad, y muy admirada por sus compañeros que aseguraban que «peleaba como cinco hombres juntos».

Poco después de la liberación de París, llegó la amarga noticia, la pesadilla más temida: Henri Fiocca, su esposo y gran amor, había sido apresado, torturado y luego ejecutado por los alemanes que no lograron sacarle una palabra acerca del paradero de la mujer.

Viuda y sin recursos, heroína de guerra, fue galardonada; regresó a Sídney e incursionó sin éxito en la política. Su perfil público fue apagándose gradualmente hasta 1985 cuando publicó su autobiografía: *Ratón Blanco*.

Sus últimos años transcurrieron en un asilo de ancianos de Londres, donde la dama excepcional, la heroína más condecorada[50] por los aliados en la II Guerra Mundial, dejó este mundo un ratito antes de cumplir los 99 años. Fue el 7 de agosto de 2011 cuando la muerte atrapó al ratón blanco y la mujer… entró en la leyenda.

Nancy Ward, *la cherokee*

La mujer *cherokee* más amada, la rosa salvaje de los *cherokee*, la profetisa o *Ghigau* fueron algunos de los apodos y títulos que recibió Nancy Ward, *neé* Nanyehi, la mujer más poderosa e influyente de la nación *cherokee* que registra la historia. Ella comandó el influyente Consejo de la Mujer, tuvo su lugar y derechos de voto en el Consejo de los Jefes. La poderosa voz femenina no solo se escuchó en su pueblo, esta *cherokee* llegó donde ninguna mujer había estado antes: el Consejo del Hombre Blanco. Protestó contra la guerra, promovió fervorosamente la paz, se ganó el respeto y cariño de propios y ajenos… y, al igual que Pocahontas, alguna vez se enamoró de un inglés.

***

Dicen que cuando Nanyehi (en *cherokee* «la que anda») vino al mundo en 1738, un lobo blanco apareció en el horizonte. El blanco era el símbolo de paz entre los *cherokee* y ella pertenecía al clan del lobo.

A los 16 años fue casada con el bravo líder Kingfisher y tuvo dos hijos con él. Durante la batalla de Taliwa en 1755, Nanyehi, de 18 años, luchaba codo con codo junto a su marido para defender las tierras del ataque de otra tribu, cuando su hombre cayó muerto. En un gesto heroico la joven tomó el rifle y llevó a los guerreros *cherokee* a la victoria. Por su valentía le fue otorgado el honroso título de *Ghiguau* o «mujer amada de los *cherokee*», una prestigiosa distinción que los clanes daban a las mujeres extraordinarias.

Ser una *Ghigau*[51] no solo le permitía tomar decisiones junto a los líderes masculinos, también representaba a sus congéneres y era la encargada de los cautivos, a quienes salvó en numerosas ocasiones

de una muerte segura. Precisamente una mujer blanca y cautiva, en agradecimiento por sus cuidados y amabilidad, enseñó a Nanyehi nuevas técnicas de tejido en telar y la crianza del ganado. Estas habilidades cambiaron considerablemente la forma de vida del pueblo *cherokee* y elevaron aún más la imagen de Nanyehi.

Sobrina del famoso jefe Attakullakulla, la *cherokee* sabía mucho de diplomacia y conocía el idioma del hombre blanco. Por eso cuando John Sevier, jefe de la delegación estadounidense, propuso discutir los asentamientos alrededor del río Little Pigeon, esta mujer fue la voz y representante de su pueblo.

Grande fue la sorpresa de la diplomática cuando descubrió que entre los negociadores estadounidenses no había una sola mujer.

Participó en el Tratado del 20 de julio de 1781 y en el Tratado de Hopewell del 28 de noviembre de 1785 como oradora principal y los cronistas de la época cuentan que emocionó a todos con sus palabras.

Hacia 1750 la *cherokee* se casó con el comerciante inglés Bryant Ward. El hombre ya tenía una esposa blanca, pero como los *cherokee* no consideraban el matrimonio como una institución permanente, la pareja tuvo una hija y vivieron juntos por un tiempo, hasta que Ward regresó con su familia de Carolina del Sur.

Nancy conservó el nuevo nombre y se convirtió en un personaje muy conocido y apreciado por los colonos que transitaban el territorio. No obstante, sus intensos y dramáticos llamados por la paz permanente, que ayudaron más de una vez a evitar una guerra a gran escala, ya no eran escuchados.

La invasión blanca avanzaba sin pausa por todo el territorio que alguna vez había sido de sus ancestros, y comenzaban a caer, uno por uno, los tratados y compromisos para respetar los derechos de la tierra *cherokee*.

Hacia 1819 Nancy Ward se vio obligada a abandonar su Chota natal para establecerse en el sur donde falleció en 1822. Dicen que el lobo blanco volvió a aparecer el día que la *cherokee* dejó este mundo.

Su figura fue creciendo con el paso de los años y hoy se la considera una de las primeras pioneras de la política estadounidense

en defensa de la mujer durante el período turbulento en la historia de su tribu.

Un monumento, erigido en su tumba en 1923, la conmemora como una de las Hijas de la Revolución Americana.

Olga de Kiev, la vengadora

Что посéешь, то и пожнёшь

(«Lo que siembres, cosecharás»)

Tal vez, la mejor forma de poner a prueba el carácter de una mujer es lanzarle una *bola curva*, una prueba difícil como la que le tocó en suerte a Olga de Kiev (890-969).

***

Según cuentan las viejas leyendas, Olga habría nacido alrededor del 890 en la pequeña Pskov, una de las ciudades más antiguas de Rusia, cerca del lago Peipus y no se conocen más datos sobre su vida hasta el casamiento con el príncipe Igor de Kiev en el 903.

Durante su gobierno, Igor había continuado las políticas de su antecesor Oleg, enfrentándose a Constantinopla, capital del Imperio bizantino, y negociando con las díscolas tribus que vivían en las estepas al norte del mar Negro. Una de ellas, los drevlianos, indignados por el aumento de los tributos, emboscaron a Igor en el 945 y le dieron una muerte horrorosa como muestra de su enojo y advertencia para los futuros príncipes.

La Rus de Kiev quedó al borde del colapso. El sucesor de Igor, Svyatoslav, tenía apenas tres años y Olga debió convertirse en regente de un reino sacudido por la violencia y asediado por enemigos internos y externos.

Los verdugos festejaban; con el viejo déspota fuera de juego,

un niño heredero y una *débil* mujer en la regencia ¿qué podía salir mal? Y tejían la estrategia para acercarse al calor del poder y a los aposentos de la viuda.

Olga los vio venir. Sus enemigos eran demasiado pocos para enfrentar a su ejército con las armas y lo suficientemente estúpidos para subestimarla como mujer. Sin olvido ni perdón, Olga de Kiev puso a su Igor a descansar en la tumba y le prometió un tipo de venganza a la altura del difunto y de su propio dolor.

Cuando los primeros veinte emisarios de los drevlianos llegaron para pedir la mano de la viuda para su líder fueron atendidos en las puertas de la ciudad con todas las cortesías y reverencias reservadas a los encumbrados personajes. Olga en persona escuchó, con arrobo de tímida doncella, la propuesta de matrimonio y los invitó a una recepción formal al día siguiente.

Debidamente halagados, los emisarios se retiraron a su campamento para retornar en la mañana ataviados con sus mejores galas y subir a la barca que los conduciría al castillo por el canal. No llegaron. Un profundo pozo cavado la noche anterior se tragó la embarcación y a todos los integrantes de la comitiva fueron enterrados vivos por los soldados. Sin perder tiempo, Olga envió un cálido mensaje al príncipe de los drevlianos, donde le manifestaba su agrado por la unión de ambos pueblos y del viaje que planeaba para conocerlo. También le pedía una legión de sus mejores hombres para que la acompañaran en el viaje.

Sin sospechar la suerte de los primeros embajadores, el príncipe Mal cumplió los deseos de la que creía su futura esposa y cuando sus bravos guerreros llegaron a Kiev fueron invitados a la *casa de baños* para acicalarse y presentarse adecuadamente ante la soberana. Una vez que todos ingresaron al magnífico edificio de madera, la gran puerta se cerró, comenzó un incendio y los drevlianos ardieron hasta la muerte.

La pesadilla, sin embargo, estaba lejos de terminar. Olga de Kiev se puso al frente de una pequeña escolta y partió hacia la capital del territorio enemigo… finalmente tenía que mirar a los ojos al asesino de su hombre. En las puertas de la ciudad se detuvo y pidió celebrar un banquete fúnebre en honor a Ígor. Todavía ajenos a la suerte de sus coterráneos, y esperando al resto de la delegación, los drevlianos se unieron encantados al festejo desbordante de comida y aguamiel. Tan embriagados estaban que no vieron llegar al resto de

los soldados de Olga. La crónica dice que murieron cinco mil.

La vengadora no se detuvo. Hacia el año 946 y después de asolar las aldeas más pequeñas, volvió a la capital de Mal y le ofreció la paz a cambio de un pequeño tributo: tres palomas y tres gorriones por cada casa. Una ganga. Al caer la noche los soldados ataron trozos de azufre envueltos en tela en las patas de las aves para que volvieran a sus nidos. La ciudad entera con sus techos de paja ardió en el infierno y la viuda no mostró compasión hacia nadie. El príncipe de los drevlianos se enteró, muy tarde, de la peligrosa ira femenina y su poder de devastación. Fue capturado y se ignora qué sucedió en esas horas previas a su ejecución a solas con su carcelera, pero a los buitres les quedó poco trabajo.

Con los muertos en su lugar y la casa en orden, Olga se dedicó a gobernar, reformó el sistema tributario, eliminó la autonomía de los príncipes locales, centralizó la administración financiera y dejó muy claro a todos sus subordinados quién ejercía el poder en Kiev.

En el año 957 fue invitada a Constantinopla por Constantino VII, su poderoso vecino y rival, para acordar una paz duradera. Acorralada en medio de durísimas negociaciones que incluían su conversión al cristianismo y un matrimonio político con el emperador bizantino, Olga encontró una inteligente solución. Aceptó el bautismo, pero con la condición de que el emperador mismo fuera su padrino. Y cuando este renovó su propuesta de matrimonio ella le recordó que ahora era su hija y, según su nueva religión, le era imposible casarse con él.

La mujer regresó a Kiev con la bendición del patriarca, los ricos presentes del resignado emperador y un inmejorable e histórico tratado de paz. También volvió cristiana y aunque no logró convertir a su hijo Svyatoslav ni a la mayoría de su pueblo, como había comprometido, la audaz decisión de abandonar la religión de sus antepasados le permitió a Kiev fortalecer su posición frente al Imperio bizantino.

Olga de Kiev falleció el 11 de julio del 969. Su conversión y dedicación al cristianismo provocó que en el tiempo, su nieto Vladimir adoptara el cristianismo ortodoxo para los rusos dos décadas más tarde y marcara la transición entre la Rusia pagana y la cristiana.

Un legendario y extraño giro del destino quiso que la

vengadora se convirtiera en la primera mujer Rusa canonizada por la Iglesia Ortodoxa[52] .

En la actualidad y desde su imponente monumento en la Michailovsky Square —con la bandera ucraniana flameando a sus espaldas— la vieja guerrera recuerda a propios y ajenos, el espíritu indomable de la Rus de Kiev, en tiempos de crisis, rebelión… y *bolas curvas*.

Peggy Guggenheim, la moderna

La vida de esta mujer, una de las grandes mecenas y coleccionistas de arte del siglo xx, fue como un cuadro de su protegido Jackson Pollock: con «explosiones de energía» y «laberintos seductores, llenos de fuegos artificiales, trampas, sorpresas y delicias[53]».

***

Nació un poco menos rica que sus parientes, perdió a su padre en el Titanic y alguna vez se casó con Marx Ernst. Aprendió a diferenciar entre surrealismo, cubismo y el arte abstracto junto al inefable Marcel Duchamp. Su nombre, aparece con frecuencia al lado de escritores de vanguardia y artistas como Man Ray, Natalie Barney, Djuna Barnes, Pollock (a quien descubrió), Kandinsky, Jean Cocteau, Yves Tanguy o el Nobel Samuel Beckett, con quien tuvo un apasionado y loco romance.

Polémica y carismática, Peggy fue todo menos sencilla. En los años sesenta y con más de sesenta agostos, era natural verla pasear en su góndola por Venecia, luciendo enormes y estrafalarias gafas de sol, vestidos de brillante estampado, labios siempre pintados de rojo profundo y conversando amablemente con sus perritos peludos.

«Adoro flotar, a tal punto, que no puedo pensar en algo más agradable desde que dejé el sexo, o el sexo me dejó a mí», dijo la coleccionista de obras y amantes.

En el Gran Canal, muy cerca de la Basílica di Santa María della Salute, estaba su hogar: el Palazzo Venier dei Leoni, actualmente una meca para los adoradores del arte moderno con más de 300 objetos

de su colección permanente y uno de los museos más importantes de Italia. En un rincón del jardín habitan las cenizas de esa excéntrica mujer, tan difícil de definir como la palabra «arte» que marcó su vida.

Uno de los momentos más conmovedores en la vida de Peggy Guggenheim ocurrió en 1912, mientras esperaba junto a su madre el Carpathia, barco que traía los pasajeros rescatados del Titanic. Su padre adorado no estaba entre los supervivientes, había desaparecido en las heladas aguas del Atlántico.

Marguerite —Peggy— nació en Nueva York en 1898. Los Guggenheim eran de origen suizo-alemán-judío, habían emigrado desde Europa y llevaban dos generaciones haciendo fortuna en los Estados Unidos. Según recordó Peggy en sus memorias, los integrantes de su familia eran muy atípicos. El tío de dientes negros que masticaba carbón y tenía ropa con bolsillos especiales para guardarlo, se suicidó; su excéntrica madre, entre otras raras costumbres, repetía tres veces todo lo que decía; el fallecido padre, hombre guapo por demás, sustentaba amantes de una punta a la otra del globo terráqueo.

Ella no heredó la belleza paterna, pero en cambio, a los veintiún años recibió una discreta fortuna, insignificante al lado de la que tenían sus primos, aunque suficiente para comprar libertad y, con el tiempo, algo más.

En un viaje a Europa conoció a Laurence Vail, el primer marido y padre de sus dos hijos, Simbad y Pegeen. Pronto se encontró sumergida en la bohemia parisina de los años veinte y se hizo amiga de los estadounidenses expatriados y los artistas y escritores que vivían en el barrio de Montparnasse. Compartió veladas con Tristán Tzara y los dadaístas; Man Ray le tomó esas famosas fotos con vestido largo; Isadora Duncan le confió sus secretos y pesares; Hemingway, Pound, Gide, Natalie Barney y, desde luego, Duchamp, fueron asiduos en sus reuniones sociales. La vida no podía ser más encantadora para Peggy, salvo por los violentos episodios con el marido, hombre rudo que la golpeó una y otra vez hasta que finalmente se animó a abandonarlo y partió a Inglaterra.

Por entonces, la estadounidense se había convertido en una adicta al arte y en Londres, siguiendo los consejos de sus amigos, sobre todo de Duchamp, abrió una galería de arte moderno, era 1938.

En la apertura se presentaron las obras de Jean Cocteau y luego, la primera exposición individual de Wassily Kandinsky en Inglaterra. Más o menos por ese tiempo Peggy mantuvo un chispeante romance con el irlandés Samuel Beckett, a quien llamaba Oblómov[54]. «Sus idas y vueltas eran totalmente impredecibles, era un hombre emocionante», escribió la mujer en su autobiografía. «Aparecía en medio de la noche con dos botellas de *champagne* y no me dejaba salir de la cama durante dos días».

La galería de Cork *Street* mostraba algo diferente al Reino Unido, donde apenas se conocía el arte surrealista y abstracto. Las personas reaccionaban con desconcierto y pocos compraban. Para consolar a sus artistas y aumentar las ventas, Peggy comenzó a adquirir en secreto sus obras y así fue como comenzó la colección, según sus palabras.

Para 1939, ante la inminencia de la guerra, cerró la galería y comenzó a planear un museo de arte moderno en París. La II Guerra Mundial había estallado, pero ella no corrió a refugiarse en Nueva York sino que decidió que era un excelente momento para invertir en arte. Compró diez obras de Picasso, cuarenta Ernsts, ocho Mirós, cuatro Magrittes, tres Man Rays, tres Dalis, un Klee y un Chagall, entre otros.

Con los alemanes cerca de París, huyó al sur de Francia y ayudó a varios artistas a salir del país, incluyendo a su amante y futuro marido, el surrealista Max Ernst que había escapado de un campo de concentración.

En 1941, y con su colección intacta, llegó a Nueva York y abrió la galería Art of This Century en Manhattan. Su tierra natal había cambiado y el arte estadounidense estaba floreciendo e iba hacia arriba junto a los nuevos rascacielos. Allí conoció a Jackson Pollock, «su descubrimiento y el logro más honorable», según ella. Sin embargo, y a pesar de convertirse en su mecenas, los problemas con el alcohol del pintor, sus escándalos y memorables borracheras los alejaron y la relación se habría terminado cuando Pollock orinó en la chimenea de su benefactora y apagó el fuego de la gratitud.

En 1943 Max Ernst y Peggy se separaron y ella volvió a Europa para quedarse en su ciudad favorita, Venecia, donde permanecería por el resto de su vida. En el palacio de piedra blanca Venier dei Leoni, vivió con sus criados y once perros y compró una góndola para flotar a gusto y pasear por la ciudad. Hacia 1951 abrió

las puertas de su palacio al público tres tardes por semana y los visitantes se agolparon para ver la magnífica colección de obras de arte —que incluso decoraban los cuartos de baños— y si la suerte lo permitía, también podían dar un vistazo a la no menos interesante y legendaria anfitriona.

Peggy siguió acogiendo obras y amantes con regularidad y recibiendo entretenidos personajes como Yoko Ono y Truman Capote. Se permitió caprichitos como una relación de tres años con un mecánico veintitrés años menor que ella. «Locura hermosa», llamó a uno de sus últimos amantes. La tragedia también estuvo presente, su hija Pegeen, artista adicta al Valium y a otras drogas, murió en misteriosas circunstancias en París.

En 1962, Venecia honró a Peggy como ciudadana de honor y le dio hospitalidad hasta el 23 de diciembre de 1979, cuando un derrame cerebral puso la pincelada final en la vida de esta mujer. Poco antes había declarado ser feliz con su pasado, quizás era una obra de arte que pocos entenderían, pero ella la había disfrutado intensamente.

Rabi'a al-Adawiyya, la sufí

Dios mío, si te adoro por miedo al infierno, quémame en él.

Si te adoro por la esperanza del paraíso, exclúyeme de él.

Pero si te adoro solo por Ti mismo, no apartes de mí Tu eterna Belleza.

Rabi'a al-Adawiyya

A la manera de la doctrina pitagórica o de la doctrina del Buda, la historia de Rabia al-Adawiyya se mezcla con leyendas, milagros, antiguas escrituras hoy no disponibles y cuentos populares que llenan y *amplían* su biografía. Su época estuvo marcada por el desarrollo del islam y mientras esta nueva religión crecía a un ritmo vertiginoso, un buen número de religiosos retornaba a una vida espiritual más introspectiva, los sufíes[55].

***

Rabi'a al-Adawiyya, o Rabi'a al-Qaysiyya, nació hacia el año 717 d. C, unos ochenta años después del fallecimiento del profeta Mahoma, en la ciudad santa de Basora, próspero lugar que convocaba estudiosos y sabios de todos los países. Sufí, gnóstica, asceta y maestra de vida, fue una de las grandes santas del islam y figura indiscutible de la espiritualidad musulmana. Los dichos, anécdotas y leyendas sobre Rabi'a la sitúan en términos de igualdad e incluso por encima de los grandes maestros sufíes de su tiempo.

Una anécdota, recogida por muchos historiadores, e incluso por el canciller de Luis IX, muestra a esta mujer anciana «con una

escudilla llena de fuego en la mano derecha y un frasco lleno de agua en la izquierda» para quemar el paraíso y extinguir el fuego del infierno… instantánea del amor desinteresado y sin condiciones que tan ardientemente profesó toda su vida.

Entre los muchos significados que tiene la palabra «sufí» destaca el que viene de la voz árabe *suf* («lana») y que hace referencia a los abrigos rústicos que cubrían las espaldas de los primeros sufíes. Otros afirman que el nombre deriva de safa, «pureza».

Se cuenta que los padres de Rabi'a eran sumamente pobres y cuando la madre quedó embarazada por cuarta vez, el padre tuvo la revelación de que este nuevo hijo sería alguien muy especial. Según el poeta persa al-Attar, que Rabi'a quedó huérfana muy pronto, fue vendida como esclava y, según la tradición, su amo la puso en libertad cuando la descubrió una noche orando y rodeada de luz.

Luego de un tiempo en el desierto, la joven liberada se estableció en una pequeña choza para entregarse a una vida de adoración, libre, cultivando su propia huerta, mostrando su libertad al mundo y su sumisión a Dios.

A su alrededor se fueron convocando desde discípulos y aspirantes a la vida espiritual, hasta grandes sabios y políticos de su tiempo. Otras versiones (cuándo no) aseguran que fue prostituta y que luego se arrepintió.

Aún excepcional, Rabi'a al-Adawiyya no fue la única ni la primera de esas mujeres sufíes que destacaron por su conocimiento y espiritualidad, obras como *Memoria de las devotas sufíes* registra ochenta y cuatro mujeres importantes, en paridad con los hombres, y muy respetadas por sus conocimientos. Incluso al-Munawi en sus *Tabaqat* nos ilustra acerca de Fátima, una sufí conocedora de las ciencias de la jurisprudencia que pronunciaba un sermón todos los viernes en la mezquita, corazón de la comunidad.

Se nos dice que el camino sufí atraviesa varias etapas, no está sujeto a fantasías sentimentales y es una ciencia, la ciencia del corazón, del conocimiento de Dios y requiere una alta disciplina, tanta que el matrimonio y las riquezas no tuvieron lugar en la vida de esta mujer.

Rabi'a tenía unos noventa años cuando la muerte le permitió

cruzar el «puente entre amigos» y unirse a su Amado.

«Los santos profetas —la paz sea con ellos— han dicho: “Dios no mira vuestras formas”. Lo que cuenta no es la imagen, sino la intención del corazón, como ha enseñado el Profeta, paz y bendiciones sobre él: “Los hombres serán reunidos y juzgados según su intención” […]. Cuando una mujer camina en la senda de Dios, como un hombre no puede ser llamada mujer».

Farid ad-Din al-Attar

Reclutada por la KGB: África de las Heras Gavilán

Richard Sorge, el legendario espía alemán que sirvió a Stalin, aseguraba: «Las mujeres son absolutamente ineptas para el espionaje. No comprenden nada de alta política ni de cuestiones militares. Son demasiado emotivas, sentimentales e inestables».

Por supuesto no solo la historia lo contradice, también su camarada, África de Las Heras Gavilán.

***

La hija del alcalde de Ceuta, ciudad autónoma de España situada a orillas del Mediterráneo, dejó atrás su vida burguesa para militar como agente del Partido Comunista español hacia 1930 y convertirse en una de las espías más importantes del siglo xx.

Participó en la revolución de octubre de 1934 en Asturias, se integró en las Juventudes Socialistas Unificadas catalanas y en 1937 fue reclutada y entrenada en Moscú por la NKVD, antecesora de la famosa agencia de inteligencia rusa KGB[56].

África habría espiado el entorno de León Trotsky en México y se cree que proporcionó, a su amigo y compatriota Ramón Mercader, la información necesaria para el asesinato del líder político ordenado por Stalin.

Fue una eficaz radiotelegrafista tras las líneas alemanas durante la II Guerra Mundial, aunque su consagración como espía le llegó por sus misiones en París y Uruguay durante la Guerra Fría.

En Montevideo, en 1948, se casó con el pianista y famoso

escritor Felisberto Hernández, conocido por su anticomunismo. El hombre pensaba que su dulce esposa María Luisa era una modista española de alta costura, nunca supo que en realidad, dormía con un coronel de la KGB.

África se divorció del marido uruguayo y volvió a casarse, siempre bajo las órdenes de la URSS, con un italiano de apellido Bertoni, flamante jefe del espionaje en la región. Después de varios años de misiones y convivencia, el nuevo marido, al parecer, habría titubeado o puesto en duda su lealtad a los soviéticos y en 1966 apareció muerto en circunstancias sospechosas. Si acaso, como señalan algunos autores, en ese matrimonio hubo una historia real de amor, la orden para ejecutarlo debió ser un tour de *force* para la obediente mujer.

«Juré que no me rendiría viva al enemigo y que antes de morir destruiría la emisora y los códigos. Me dieron dos granadas, una pistola y un cuchillo. Desde entonces siempre los llevé conmigo».

África de las Heras Gavilán

Esta espía jamás fue descubierta. Trabajó en solitario, sobrevivió a las purgas estalinistas y a las redes del espionaje estadounidense. En 1967 regresó a Moscú donde se dedicó a formar a otros espías y se le otorgó la Orden de Lenin, medalla que la convertiría en héroe de la Unión Soviética.

Las andanzas de la inteligente y muy discreta África recién comenzaron a ser conocidas a partir de su muerte, en 1988, pero mucha información sobre sus actividades aún sigue celosamente guardada en los archivos secretos de la KGB.

La ceutí África de las Heras Gavilán fue la Pequeña Pasionaria, María Luisa de las Heras de Darbat, María de la Sierra, Patricia, Ivonne, María de las Heras, Znoi, María Pavlovna y un centenar de mujeres más, sin embargo, la pequeña lápida en el cementerio moscovita de Kuntsevskoe, lugar donde descansan los héroes, solo dice «Patria», en español.

Sor Benedetta Carlini

El espectáculo derrite mi corazón dentro del pecho. Apenas te veo así un instante, me quedo sin voz. Se me traba la lengua. Un fuego penetrante fluye en seguida por debajo de mi piel.

Letras de Safo (650-580 a. C.) a su amante.

La famosa poetisa Safo, a quien Platón llamó la «décima musa», es una de las muchas mujeres lesbianas que han dejado su huella a lo largo de la historia desde distintos ámbitos de la cultura, la lengua y la literatura. Desde aquella «abanderada del amor entre las mujeres» hasta la Italia del Renacimiento, es un trabajo difícil encontrar referencias de mujeres homosexuales notables, salvo quizás Juana de Arco, las demás fueron *desaparecidas*.

El primer caso documentado en Occidente es la historia de Benedetta Carlini, más conocida como «la monja lesbiana».

***

Benedetta había nacido en 1590 en la bella Toscana cuando el Renacimiento agonizaba, Galileo realizaba descubrimientos sobre la caída de los cuerpos y Gregorio XIV excomulgaba a Enrique IV de Francia.

Cuando tenía apenas nueve años, su acomodada familia le consiguió un confortable lugar en el convento Santa María Pescia de las monjas teatinas, para que creciera al amparo de la religión.

El tiempo pasó lento y sin novedades tras las paredes claustrales hasta que, alrededor de los veintitrés años, sor Benedetta rompió su silencio habitual para contar unas extrañas visiones y sueños donde se aparecían la Virgen María y ángeles guardianes. El

acontecimiento, desde luego, provocó una ola de admiración y respeto entre las piadosas hermanas y la hicieron acreedora de un trato especial.

Con el paso de los días y meses, a las visiones les sucedieron marcas físicas: heridas en la cabeza, manos y pies, incluso en el torso y ya nadie dudaba de que se trataban de estigmas y que la hermana Benedetta estaba sufriendo los tormentos de Jesús. Los oficiales eclesiásticos convocados ratificaron las evidentes huellas de gracia divina y la nombraron abadesa del convento.

En aquella época, Benedetta ya compartía su celda con la hermana Bartolomea, cuya misión fundamental en este mundo era asistir a Benedetta en los momentos de trance, que fueron creciendo en apasionamiento hasta llegar a tener un diálogo cotidiano con Dios.

La Inquisición y, sobre todo, el papa urgido por la Contrarreforma estaban atentos a cualquier herejía y con buen olfato, comenzaron a desconfiar de esta abadesa, sobre todo, cuando llegaron los rumores de que la mujer ahora tenía visitas sobrenaturales de hombres tratando de matarla, por lo que se inició una investigación.

Tres o cuatro visitas a la abadía y unos cuantos *amigables* interrogatorios, dejaron al descubierto la verdad que ocultaban los sólidos portones monasteriales: Benedetta había mentido acerca de sus visiones y estigmas y, además, había obligado a las monjas a mantener relaciones lésbicas con ella varias veces a la semana durante años.

Bartolomea, su amante principal, fue la primera en aportar evidencias y detalles a los boquiabiertos inquisidores. Según esta monja, sor Benedetta hacía el amor con ella como parte de la enriquecedora «experiencia mística» que se le había revelado en sus epifanías.

La condena fue suave: Benedetta Carlini fue despojada de su primacía como abadesa y le tendría que pasar apenas 35 años en prisión. Una verdadera ganga para la época, debido a que su principal atenuante era el reconocimiento por parte de Benedetta de haber «sido engañada por el diablo».

El informe posterior sobre el caso, incluye testimonios como

estos:

«Durante el día, pretendiendo estar enferma y mostrando que necesitaba algo, asía con fuerza la mano de su compañera y poniendo dicha mano bajo sí, habría puesto el dedo de su compañera en los genitales propios y manteniéndolo allí, se excitaba tanto que se corrompía».

«Actuando como si fuera un hombre, ella se movía encima de la subordinada con tal intensidad que ambas quedaban corrompidas».

A sor Benedetta Carlini le tocó ingresar en la historia por un escándalo. En el fondo ella era una de tantas, tantísimas mujeres que, sin vocación religiosa alguna, fueron encerradas en monasterios por sus propias familias. Era la vida religiosa o el matrimonio y este último resultaba más oneroso para las arcas de los parientes. Nadie les preguntó qué querían y muchísimo menos cómo querían vivir.

Es difícil saber si en ese complicado escenario de hipocresías que le tocó en suerte, la monja encontró el amor. Ojalá que alguna de sus amantes, en la privacidad del claustro, le haya sincerado su alma y juntas hayan encontrado un poco de felicidad.

Stella Walsh, *The Lost Identity*

Fue una de las más grandes figuras del atletismo femenino de la historia. Medalla de oro y plata en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles (1932) y Berlín (1936), gran estrella de los Campeonatos de Europa (1938), heroína nacional polaca con la Cruz de Oro al Mérito, 20 récords mundiales, 41 títulos en velocidad, salto de longitud, lanzamiento de disco y pentatlón. Durante dos décadas la polacoestadounidense Stella Walsh (1911-1980) fue la más rápida; acarició triunfos y guardó celosamente un secreto… hasta el día de su muerte.

***

El 4 de diciembre de 1980, a los 69 años, Walsh caminó sus últimos pasos por el estacionamiento de un centro comercial en Cleveland. Dos ladrones se acercaron, uno le disparó a quemarropa y la exatleta falleció horas después. En la víspera del funeral, los resultados de la autopsia dejaron al mundo deportivo sin palabras: el cuerpo de Stella presentaba genitales masculinos y femeninos y una investigación más detallada encontró la presencia del cromosoma Y.

De inmediato se puso en duda la validez de sus logros atléticos; los *clevelanders* pasaron de la sorpresa al estupor y finalmente a la indignación. ¿Su heroína olímpica era un hombre? ¿Los había engañado a todos? En sus conclusiones, el forense —quizás consciente del ambiente cargado de hostilidad— añadió: «Stella Walsh vivió y murió como mujer… social, cultural y legalmente, hasta los 69 años».

Stanisława Walasiewicz nació en Polonia, pero se crio en Cleveland desde la infancia. Sus talentos atléticos se hicieron

evidentes muy temprano; tenía solo 16 años cuando ganó la primera competición, aunque no pudo aceptar el premio porque todavía no era ciudadana estadounidense. Daba igual, la carrera para ella, había comenzado.

En 1933, en Poznan, Polonia, ganó cinco medallas de oro: en los 60, 100, 200, 400 metros lisos y en salto de longitud. ¡Rompió dos récords mundiales en un solo día! En 1935 logró el récord mundial de los 200 metros lisos con una marca de 23'6 en Varsovia y sería la primera mujer en la historia que bajaba de 24 segundos[57].

Muy digna y aguerrida se mostró en los Juegos Olímpicos de Berlín, en 1936. Stanisława, representando a Polonia, fue vencida por la estadounidense Stephens[58] y tuvo que conformarse con la medalla de plata. Su última gran competición internacional, antes de la II Guerra Mundial, fue en París, en los Campeonatos de Europa de 1938 donde fue estrella indiscutible y ganadora en los 100 y 200 metros lisos. Finalmente, en 1954, con 44 años cumplidos y para retirarse a lo grande, ganó el título nacional de pentatlón en Estados Unidos. Para 1947 Stanisława Walasiewicz había obtenido la ciudadanía estadounidense.

Su nombre fue *americanizado* como Stella Walsh y se casó con el boxeador Neil Olson. El matrimonio duró poco tiempo. «Me siento infernalmente estúpido», declaró Olson a un periodista cuando estalló el escándalo por la sexualidad de su exmujer. Dijo que él y Walsh solo habían tenido relaciones sexuales «un par de veces» y «ella no me dejaba tener las luces encendidas».

Si bien el gran público fue olvidando sus hazañas deportivas, la gran comunidad polaca siguió considerándola una verdadera *ídola*, incluso un centro de recreación en la ciudad lleva el nombre de Walsh en la actualidad.

El 4 de diciembre de 1980 —día en el que Stella falleció trágicamente— nevaba copiosamente en la Ciudad Bosque. La fiscalía dijo que Walsh intentó defenderse del robo y por eso la asesinaron. De todas formas, en aquellos fríos días, la búsqueda de los criminales fue lo menos importante para los medios de difusión. Dimes, diretes, especulaciones, desprestigio, morbo y trato cruel hacia la fallecida campeona, continuaron durante varias semanas hasta que el médico forense local, presentó sus conclusiones oficiales. Walsh tenía una mezcla de cromosomas masculinos y femeninos; aunque no tenía órganos reproductores femeninos, poseía senos, un pene

subdesarrollado que no funcionaba y una abertura urinaria anormal. ¿Era una mujer? Sí de acuerdo a los médicos, aunque Stella Walsh había perdido su identidad sexual ante el mundo[59].

El tema, por supuesto, siguió resonando. El Comité Olímpico Internacional se negó a reabrir el caso, argumentando que cuando Walsh fue atleta olímpica «no había pruebas de verificación de género» disponibles.

La cuestión acerca de si Stella tuvo ventajas atléticas respecto a sus competidoras tampoco quedó clara. Los expertos opinaron que probablemente su cuerpo fuera incapaz de producir andrógenos, quizás solo pequeñas cantidades de testosterona, y, en todo caso, se encontraba en una situación de *desventaja* en comparación a las otras mujeres[60].

La peripecia de Stella Walsh, sin embargo, no fue única en los deportes diferenciados por sexos. Más acá en el tiempo, la india Santhi Soundarajan[61] y la sudafricana Caster Semenya, entre otras, debieron esperar el resultado de las pruebas de verificación de género, para ser definidas como «mujer» u «hombre»… solo dos casilleros, dos etiquetas posibles para su identidad sexual.

Stephanie Julianne von Hohenlohe, la espía del Führer

Extremadamente inteligente, hábil y peligrosa

Peor que diez mil hombres

Franklin D. Roosevelt

32º Presidente Estados Unidos

En 1934 Adolfo Hitler había logrado su sueño de afianzarse en el poder. La mayoría de los alemanes, que había recuperado la sonrisa después del humillante Tratado de Versalles, veía con optimismo a este salvador de la economía que prometía frenar el avance del comunismo y el «judeo bolchevismo». Uno de los primeros convocados por el flamante *Reichsführer* a Berlín, fue el capitán Fritz Wiedemann, antiguo superior de Hitler en la I Guerra Mundial, y junto con él llegaría a la intimidad de la corte nazi una hermosísima mujer: la princesa Hohenlohe.

***

Como suele suceder entre animales de la misma especie, las dos águilas se reconocieron al instante. A ella solo le bastó una mirada estilosa y provocativa para enamorar perdidamente al hombre que vaticinaba *Weltmacht oder Niedergang*62. Él comenzó a cortejarla descaradamente.

Stephanie von Hohenlohe era algo más que la quintaesencia del *glamour* y la sofisticación en la alta sociedad de la época, también

era, y por mucho, la mujer más astuta que Hitler había conocido.

Pocos, muy pocos, sabían que había entrado en la nobleza por la puerta de servicio y que era hija de un abogado usurero de poca monta y de una dama judía de apellido Richter. Sus aristocráticos amantes optaban por el silencio; sobre todo un cierto archiduque, yerno del emperador de Austria, muy casado, al que no le convenía abrir la boca. Años atrás, el romance con Stephanie le había costado carísimo. La joven había quedado embarazada y amenazaba con un escándalo de proporciones si no se atendían sus demandas, llegando a poner en jaque a la misma familia imperial. Las partes interesadas se movieron rápidamente y salieron a buscar un esposo y padre digno y a la altura de las exigencias. Todo el asunto tuvo un final de cuento de hadas, sobre todo para la principal interesada, cuando encontraron en Inglaterra a Friedrich von Hohenlohe. El patriótico hombre cumplió con su deber, se casó con Stephanie, donó apellido y nobleza y se convirtió en papá de la noche a la mañana.

El divorcio, desde luego, llegó pronto, pero le dio suficiente tiempo a la nueva princesa para estrenar su flamante título, comenzar a construirse un pasado de aristócrata y tejer una eficaz red de altas influencias. La más alta nobleza alemana se rendía a los pies de la magnífica rubia, cuyas amistades y relaciones íntimas con poderosos hombres llegaban a París, Londres y otros muchos lugares de Europa.

El Führer —sujeto que consideraba a los judíos una raza, pero no humanos— estaba tan fascinado con ella que pasó por alto el molesto detalle sobre su bella águila: era mitad judía sin discusión. También su entorno fue benévolo y a tal punto fue *eximida* que amigos como Hermann Göring y Heinrich Himmler la apodaron cariñosamente aria honoraria. Hitler simplemente la llamaba «querida princesa».

Stephanie supo corresponder la hospitalidad y la confianza que le habían brindado los nazis y echando mano de sus relaciones con poderosos e influyentes hombres de la elite británica, se convirtió en la espía del Führer, la mejor.

En voz baja se rumoreaba un amorío con el poderoso Rothermere, dueño de los influyentes periódicos *Daily Mail* y *Daily Mirror*. El magnate le habría abierto la puerta —o más bien el portón— a la elite británica y la princesa se dedicó a una meticulosa tarea de propaganda de Hitler estrechando contactos entre británicos y nazis.

Fue intermediaria entre oficiales al más alto nivel de la política internacional, transmitió prolijamente mensajes secretos y posibilitó las reuniones de Hitler y Göring con *lord* Halifax, *lord* Rothermere, el duque y la duquesa de Windsor y fue una pieza vital para la propaganda del nuevo gobierno alemán. Sus excelentes servicios le valieron la Medalla de Oro del Partido Nazi, un honor para cualquier mujer.

Sin embargo, no todo eran rosas en la Wilhelmstraße[63]. Hitler llegó a tener unos celos demenciales de la relación de la princesa con otros hombres, especialmente con un asesor suyo, el apuesto Wiedemann —Stephanie era algo ambigua en cuestiones de amor— y súbitamente exilió a su rival y confidente al consulado alemán en San Francisco, Estados Unidos.

Por supuesto, el hombre más poderoso de Alemania no imaginó que su preciada y exquisita espía, disgustada por esta intromisión en sus asuntos privados, haría las maletas y seguiría a su amante al otro lado del mundo.

Las agencias de inteligencia estadounidenses por su lado, aguardaban a esta mujer con varios expedientes acerca de sus actividades bajo el brazo y el mismo Roosevelt esperaba expectante la información que la popular princesa podía proporcionarle.

Stephanie von Hohenlohe fue detenida en la aduana, interrogada y, una vez más, la espía demostró de qué madera estaba hecha… o cuán poderosos eran sus protectores. Al parecer, dijo poco y nada y más bien se explayó sobre anodinas consideraciones sobre el carácter de Adolfo Hitler y poco más. Según la leyenda, *sedujo* a Lemuel B. Schofield, director del Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos… y misteriosamente quedó libre.

Un pesado manto de silencio cubrió esa vez, y para siempre, a la espía y los muchos secretos que manejó en plena II Guerra Mundial. Todas las investigaciones que se realizaron sobre ella en aquella época y aun después terminaron sin resultado.

Stephie se fue tranquilamente a la tumba en 1972 en Suiza, a los 81 años, después de una brillante carrera como periodista[64].

Se llevó con ella las intimidades de la cima del poder, un lugar donde anidaban las águilas nazis y las otras… un sitio desde donde los sesenta millones de seres humanos que perdieron la vida no se

ven.

Suzanne Valadon

Marie-Clémentine Valadon (1865-1938) fue una *girouette*, un caso perdido, hasta el día en que decidió cambiar su historia. Fue entonces cuando la hija de lavandera y autor anónimo, la muchacha trotona y accesible que bebía su *coup de rouge* en tabernas de mala muerte, la vendedora de frutas, la camarera, la aprendiz de modista, la niñera, la bohemia, la modelo, la trapecista, la madre de un niño alcohólico, la vecina de Montmartre y alma descarriada, se convirtió en Suzanne Valadon… artista.

***

La guapa *modèle* de Toulouse-Lautrec, Edgar Degas, Renoir o Pierre Puvis de Chavannes no solo posaba; mientras ellos la miraban, Marie-Clémentine los observaba.

Los genios estudiaban las líneas del cuerpo femenino, el azul profundo de sus ojos, la pose desenfadada; ella seguía los movimientos del pincel, la mezcla de colores en la paleta, la suave presión de la mano izquierda sobre el tiento, los cambios de luz en el estudio. No tenía un *sou* para costear clases formales de arte, pero en aquel transgresor Montmartre de la *Belle Époque*, los grandes artistas estaban cerca, muy cerca.

Con algo de suerte, una muchacha pobre y sin educación como ella podía acercarse a los maestros, obtener sus consejos y, quizás, alguna que otra noche de amor. Marie-Clémentine había llegado a París de la mano de su madre a los cinco años. Conocía mucho y bien las pequeñas callejuelas, placitas y las tabernas de los obreros que más de una vez fueron su hogar. Tuvo todos los oficios imaginables para sobrevivir, incluso llegó a trabajar en un circo haciendo malabares sobre un caballo durante varios meses.

Fue precisamente en un circo donde conoció a Toulouse-Lautrec, asiduo concurrente a los espectáculos donde encontraba la preciosa inspiración para sus *uvres artistiques*. La joven de apenas quince años lo deslumbró y cuando Marie-Clémentine se accidentó en una de sus cotidianas piruetas, el conde no tardó en ofrecerle trabajo como modelo de sus obras.

Un nuevo mundo apareció ante los ojos, muy abiertos, de la muchacha y de inmediato fue absorbida por la atmósfera alegre, apasionante y desenfrenada de la fauna artística parisina. Probablemente, mientras conocía aquellos grandes pintores, posaba para ellos y absorbía como esponja técnicas y trucos, Marie-Clémentine descubría a su vez, la pasión que cambió su vida para siempre.

Tímidamente, y en secreto, comenzó a pintar sus primeras obras. Dicen que cuando su amigo, y amante *à temps partiel*, el conde Toulouse-Lautrec se enteró, le sugirió cambiar de nombre. «Tú, que posas desnuda para los viejos como yo, deberías llamarte Suzanne», le dijo en una, quizás, referencia al célebre cuadro de Tintoretto. Y así fue que la recién nacida Suzanne Valadon enterró para siempre a Marie-Clémentine.

El alumbramiento artístico, eso sí, no vino solo. En la fría Navidad de 1883, Suzanne, con apenas dieciocho años, dio luz a su hijo Maurice.

¿El padre? ¡Imposible de saber! Eran varios los pintores que podían firmar esa obra, pero ninguno con certeza[65]. Si acaso alguno de ellos hubiera imaginado que el niño sería considerado con el tiempo «el pintor de Montmartre por excelencia», símbolo del arte bohemio y popular y uno de las más grandes figuras artísticas del siglo, no hubieran dudado en darle el apellido. Tuvieron que pasar algunos años antes de que el ingeniero catalán Miquel Utrillo tuviera una relación con la madre y adoptara legalmente al pequeño que el mundo conocería como Maurice Utrillo.

Suzanne Valadon continuó posando para muchas de las obras más emblemáticas del impresionismo, pero, y lo más importante, comenzó a pasar más tiempo en la parte delantera del caballete, alentada sobre todo por su amigo Degas. Y desde luego, siguió *flâneureando* con sus colegas por las noches, pero a la hora de pintar era una mujer disciplinada y trabajadora. 475 pinturas, otros 300 dibujos y más de 30 grabados son muestra de su intensa labor creativa y

perfeccionismo. Personas y objetos familiares, la madre, el hijo, sus amantes, el gato, sus perros, las flores en un jarrón, el tazón de frutas, o la calle frente a su ventana fueron capturados por Suzanne con líneas sólidas, poderosas, y colores fuertes y brillantes. Los desnudos femeninos, sin embargo, le dieron una gran popularidad.

A despecho de los críticos, ella no idealizaba los cuerpos ni usaba modelos, más bien resaltaba las características de esa clase obrera que tan bien conocía. Hacia 1894 fue la primera mujer admitida en la prestigiosa Société Nationale des Beaux-Arts y para 1909 la *peintre* ya podía mantenerse a sí misma y a su familia con el arte. Su primera exposición individual en 1911 fue todo un éxito y la vida comenzaba a mostrar una sonrisa a la pintora autodidacta[66]. Espíritu libre al fin, tuvo tiempo de romper el corazón del compositor Erik Satie —quien le propuso matrimonio después de la primera noche juntos— y de casarse con otro a quien abandonaría, tiempo después, apasionada por un joven pintor. La tumultuosa vida amorosa sin embargo fue conjugada con una gran tristeza: el alcoholismo precoz de su hijo.

Un 7 de abril de 1938, André Derain, Pablo Picasso y Georges Braque, entre otros grandes, fueron a dar el último adiós a la mujer. No se trataba de Marie-Clémentine, la niña pobre, la bella modelo de los ojos azules o la madre del pintor Maurice Utrillo. Había muerto Suzanne Valadon: la creadora de un mundo[67], la artista, *l'une d'entre eux*… una de ellos.

Tamara

En el *Autorretrato en Bugatti verde* (1925) Tamara de Lempicka hizo algo más que pintarse a sí misma: se quedó a vivir en el cuadro.

El óleo, encargado inicialmente por la revista alemana *Die Dame* para su portada, se convirtió rápidamente en un ícono de la mujer liberada y moderna del periodo de entreguerras y uno de los ejemplos más emblemáticos del *art déco*.

La mujer que nos mira con los ojos entornados desde el retrato tiene la típica actitud de la *femme fatale* de los años 20: es fría, independiente, poderosa e inaccesible. Es Tamara.

***

Su nombre real era Maria Górska, o Maria B. Gurvich-Gurtskaya, y había nacido en Moscú, en mayo de 1898, cuando la Rusia imperial estrenaba su nuevo y último zar y una grieta, cada vez más profunda, dividía a la sociedad. El padre, un acaudalado hombre de negocios judío, al igual que los aristócratas, mantenía a su familia a una prudente distancia del resto del pueblo. Así había sido siempre, cada quien en su lugar y así educaría a su hija.

El clima social, sin embargo, estaba cambiando. Los infortunados, generalmente invisibles, protestaban en las calles por los altos impuestos, hacían huelgas y una tragedia, durante las festividades que siguieron a la coronación de Nicolás II, presagiaría el fin de una época. Miles de personas habían muerto aplastadas en una estampida desatada por el rumor de que no habría suficiente comida para el pueblo. Los zares, al principio impresionados, igualmente continuaron con el programa de agasajos y en la noche de la masacre, asistieron al baile organizado en su honor. El resto de los nobles encogieron los hombros y pasaron a ocuparse de los grandes

temas del país como si nada hubiera ocurrido.

La futura Tamara de Lempicka y sus hermanos crecían como todos los niños de su clase, consentidos, apegados a la rutina de estudios y ajenos al mundo que los rodeaba. Maria fue enviada a un colegio en Suiza, pasó los inviernos con su abuela en Italia admirando a los grandes maestros de la pintura y las primaveras en la Riviera francesa. De vuelta en San Petersburgo, conoció en una función de la ópera al abogado polaco Tadeusz Lempicki y se casó con él en 1916.

A los dieciocho años todo era bello a su alrededor: el marido, la casa nueva con obras de arte europeas y las que ella comenzaba a pintar, los muebles, el brocado de seda y hasta la vajilla diaria tenían ese toque de buen gusto que todos le exaltaban. Los días de los recién casados discurrían suaves gracias a la buena dote recibida y apenas matizados por las noticias del zar en el frente al mando del Ejército y los rumores de un tal Rasputín cerca de la zarina.

Recién una noche de 1917, la señora Lempicka despertó a la realidad. El zar había abdicado, estallaba la revolución y un grupo de soldados bolcheviques se llevaba a su marido detenido, sospechoso de ser espía zarista. Maria lo buscó en todas las cárceles y después de varias semanas logró, con la ayuda del cónsul de Suecia, su liberación. Los Lempicki huyeron a Dinamarca, luego a Londres y finalmente se establecieron en París, cerca de otros refugiados rusos aristócratas y de familiares de los Romanov.

En París sobrevivieron, como todos los de su clase, vendiendo las joyas de la abuela y mientras Tadeusz reflexionaba concienzudamente sobre ser o no ser, trabajar o no trabajar —finalmente ninguno de sus talentos era apreciado por los franceses— la señora Lempicki se transformaba. La vida, esa vida fácil, confortable y llena de belleza que creía conocer y manejar, le había mostrado los colmillos y ya no volvería a ser la misma. Un odio profundo y visceral hacia los revolucionarios había reemplazado el amor por su país. La decisión estaba tomada, ya no sería rusa, ni siquiera Maria. Sería polaca como su madre, sería pintora y se llamaría Tamara Lempicka.

La nueva mujer también daría luz a Kizette, su niña y modelo de sus cuadros más preciados. Tamara comenzó a pintar frenéticamente, día y noche, para generar ingresos y sus cuadros comenzaron a distinguirse como el «lado fresco y sensual» del movimiento *art decó*, aunque muchos lo veían como un «cubismo

suave». A ella, sin embargo, no le gustaba Picasso, consideraba que el español encarnaba «la novedad de la destrucción».

Tampoco le agradaban los impresionistas y sus «colores sucios». Lo suyo debía ser limpio, preciso y elegante. La alta burguesía y los aristócratas franceses pedían turno para retratarse con la pintora y entre ellos se coló el célebre D'Annunzio. El italiano, más interesado en la mujer que en la obra, le escribió un poema —faltaba más— y le regaló un enorme topacio que ella conservaría de por vida.

En 1925 y cuando aún no cumplía los veintisiete años, la carrera de Tamara despegó a gran velocidad. En seis meses pintó 28 nuevas obras para la primera exposición *art decó* de París, tuvo una muestra propia en Milán y se convirtió en una pintora famosa.

Hacía tiempo se había sacudido como un pincel viejo al marido, sus obras se vendían y se embarcaba en un tormentoso amor con Raoul Kuffner, barón del Imperio austrohúngaro y coleccionista de arte que compró muchas de sus obras. Ahora sí, el mundo comenzaba a lucir como ella quería.

Cuando la revista alemana le propuso imaginar un símbolo de la liberación de la mujer para su portada, Tamara no dudó. Ella y solo ella podía encarnar ese personaje.

> «Vivo la vida en los márgenes de la sociedad, y las reglas de la sociedad normal no se aplican a quienes viven al margen»

Mitad auto y mitad mujer, Tamara conducía *su* Bugatti y podía llegar donde quisiera; era una mujer independiente, joven, hermosa y así se plasmó. Poco importaba que su auto fuera un pequeño Renault amarillo, que le robaron mientras pintaba el célebre cuadro.

Durante la siguiente década, Lempicka ganó premios, los museos comenzaron a coleccionar sus obras, retrató personalidades como el rey Alfonso XIII de España y la reina Isabel de Grecia y siguió con su frenética vida social. Su momento de *gloria*, sin embargo, llegó en 1933 cuando por fin logró casarse con su escurridizo amante, el barón Kuffner, y recuperar el lugar perdido en la alta sociedad, esta vez con el título de baronesa.

En 1939, cuando la sombra de la guerra se proyectaba sobre

Europa, Tamara y el barón hicieron las maletas y partieron a los Estados Unidos para unas largas vacaciones. Las estrellas de Hollywood adoptaron inmediatamente a la glamurosa pintora y la llamaron «baronesa del pincel». Era un alivio estar lejos de la guerra, viviendo con estilo y frecuentando los balnearios de moda en compañía de gente hermosa. Sus cuadros, sin embargo, no tenían el mismo éxito que en el viejo continente. El *art decó* languidecía junto a su nombre profesional y la crónica social hablaba de su título nobiliario, vestidos y joyas, y bajo un titular más pequeñito se agregaba «pintora».

Tamara de Lempicka igual siguió trabajando y llegó a pintar unos quinientos cuadros. Incluso cuando sus obras ya no le importaban a nadie siguió representando el lujo sofisticado y decadente en el que creía religiosamente. No vio la llegada del expresionismo abstracto, las vanguardias no le interesaban y ella no les interesaba a las vanguardias, tampoco vio el paso del tiempo en su rostro. Después de la muerte del barón, en 1978, se mudó a México y falleció tranquilamente cuando dormía, dos años después.

Nadie la avisó y es muy probable que Tamara de Lempicka aún no sepa que está muerta. Sigue mirándonos desde su autorretrato con su belleza intacta, tal cual como ella quería.

Téano
y las pitagóricas

Escoge una mujer de la cual puedas decir:

«hubiera podido elegirla más bella, pero no mejor»

Pitágoras

Cuenta la leyenda que un joven discípulo de la Escuela Pitagórica se prendó de la bella Téano apenas la vio y preguntó su edad a Pitágoras, quien le respondió: «Téano es perfecta y su edad es un número perfecto[68]». «Maestro, ¿podría darme más información?», insistió el galán, a lo que el pensador respondió: «La edad de Téano, además de ser un número perfecto, es el número de sus extremidades multiplicado por el número de sus admiradores, que es un número primo».

***

Téano de Crotone fue una de las 17 estudiantes femeninas[69] que dejaron profunda huella en la escuela de Pitágoras. Se le atribuyen numerosos tratados sobre Matemáticas, Física, Medicina, Astronomía y sobre la proporción áurea, además de ser precursora de la investigación científica. La considerada primera mujer matemática del mundo antiguo se enamoró perdidamente del primer matemático puro cuando él la relacionó con el «número perfecto»… para ella fue una sublime declaración de amor.

En el siglo v a. C., mucho antes del nacimiento de la *bruja* Hipatia de Alejandría, Pitágoras abrió la puerta de su escuela a las mujeres. En esta «hermandad», más que academia, apareció un nuevo modo de convivencia entre el mundo masculino y el femenino y

una nueva forma de comunidad inteligente y disciplinada. Las *pitagóricas*, chicas que generalmente provenían de familias aristócratas, eran tratadas como iguales por sus compañeros varones y compartían codo con codo con ellos, las enseñanzas del venerado maestro Pitágoras.

Con la Matemática como ciencia de la excelencia, las pitagóricas aprendieron a reconocer en los números «personalidad», «masculinos y femeninos», «perfectos o imperfectos», «bellos y feos»; a guardar celosamente secretos como el descubrimiento de los números irracionales y también trataron con el número de oro: Φ, razón áurea, número dorado o de Fidias, en honor al escultor griego. Números, más números, ritmo, armonía, elegancia moral, mística comprensión de la belleza y todo el rico simbolismo pitagórico estaban allí para esas mujeres ávidas de conocimiento.

En el círculo de féminas que asistía y rodeaba a Pitágoras destacó Téano, tan famosa por su belleza como por su erudición. Se sabe que se casó con su maestro cuando este tenía unos sesenta años y ella, menos de la mitad. Al igual que su marido, Téano buscaba la perfección y la armonía. Según algunos historiadores fue autora de una biografía de Pitágoras, un teorema sobre la proporción áurea y aportó a la teoría de los números, de los poliedros regulares, a la cosmología, al origen del universo, a la Física, a la Medicina y escribió el trabajo *Sobre la Piedad*, del que se conserva un fragmento.

Themistoclea, sacerdotisa de Elfos, fue otra de las mujeres que contribuyó enormemente en la escuela con sus conocimientos sobre doctrinas éticas y aunque algunos afirman que fue hermana del propio Pitágoras, nada apoya o refuta el dato.

Damo de Crotona y Myia (o Myria) —consideradas por varios autores como hijas de Téano y Pitágoras—, Babelyca de Argos, Boio de Argos, Cheilonis, Echekrateia de Phlius, Ekkelo y Okkelo de Lucania, Habroteleia de Tarento, Kleaichma —hermana de Autocharidas de Esparta—, Kratesikleia, Lastheneia de Arcadia, Arcadia, la hermosa Seusipo, Peisirhode de Tarento, Philtys y seguramente muchas otras que quedaron atrapadas en los pliegos de la historia, fueron alguna vez orgullosas pitagóricas que difundieron desde la Italia meridional hasta Roma y de allí a toda Europa las «vibraciones metafísicas» de la escuela, la filosofía y armoniosa sabiduría del fundador.

Por su lado, Pitágoras, el líder político y religioso de voz

cautivadora y la maravillosa Téano, vivieron su amor en un territorio de relaciones y propiedades numéricas insospechadas y confiaron sus almas a ese ordenado y armonioso universo que supieron concebir.

Thérèse Humbert, la estafadora del siglo

Thérèse (1855-1918) no había nacido entre cojines y sedas. Pero en su infancia campesina y miserable, en el pequeño Aussone, supo imaginar cómo sería esa *grande vie* donde las niñas no tenían que mendigar y engañar para comer. Y soñó con una vida de riqueza.

***

El primer capítulo de su novelesca vida comenzó cuando trabajaba como lavandera en la casa de Humbert, el alcalde de Toulouse. Apenas visible bajo la voluminosa cofia de criada, se las arregló para saltar el estricto cerco del ama de llaves y acercarse al objeto de su deseo: Frédéric.

Humbert hijo, quien tenía los cuellos mejor almidonados de la familia, era un poeta encantado con su musa. Contaba los minutos para reunirse con ella a hurtadillas y disfrutar de las historias que Thérèse, como una Scheherazade, siempre dejaba inconclusas hasta la próxima vez. La relación entre la lavandera y el hijo del político, fue creciendo y abundando en confidencias como los orígenes *nobles* de la muchacha, el castillo heredado y perdido… y más. También Frédéric encontró en esa mujer de extraño magnetismo una compañera para hacer realidad sus propias fantasías.

Se casó con ella. Pero *au contraire* de lo que se pueda suponer, Frédéric no fue víctima de la célebre estafadora, sino su cómplice.

Los recién casados Humbert se trasladaron a París y Thérèse comenzó a paladear la *douceur de vivre* por primera vez. Los jóvenes vivían más allá de sus medios, cenaban en lujosos restaurantes, tenían los mejores asientos en el teatro y compraron una fabulosa

propiedad en la Avenue de la Grande Armée.

El sueño de la pobre campesina y su castillo propio comenzaba a ser real, tanto como las grandes deudas y préstamos contraídos con ingeniosas mentiras. Su estatus social también crecía gracias al nuevo cargo del patriarca familiar Gustave Humbert, su suegro y flamante ministro de Justicia francés.

La insigne fabuladora, sin embargo, aún no había realizado su *chef-d'œuvre*. Muchos fraudes pequeños apenas mostraban su talento, y ella iba a por todo lo que la vida podía ofrecer. Y cuando los acreedores comenzaron a impacientarse, elaboró con todo detalle el más famoso de sus embustes: la herencia Crawford, momento cúlmen de su frondosa narrativa.

«Cien millones de francos». En 1879, cada banquero y financiero de París conocía este número y era confidencialmente informado de la herencia que un multimillonario estadounidense le habría dejado a Thérèse. Primero como rumor, luego como dato verosímil según la fuente, el dato se propagó con rapidez y ya nadie ignoraba que en el regio departamento de la Avenue de la Grande Armée, una caja fuerte a prueba de fuego albergaba el importante documento que, según la voluntad testamentaria, permitiría cobrar la inmensa fortuna en una fecha incierta. La prensa por su lado se encargó de difundir la actuación de un magistrado que, con toda ceremonia, declaró legal el procedimiento y selló con cera caliente el armazón de la caja fuerte. La puesta en escena fue un éxito y la actuación de los Humbert, impecable.

Las dudas de los pequeños y de los grandes acreedores se evaporaron junto a las deudas de Thérèse y Frédéric, quienes comenzaron a gastar a cuenta de la imaginaria herencia. Aparecieron yates, mansiones en el campo, empresas fantasmas y miles de esos sombreros horribles con frutas y plumas que la mujer adoraba. Los banqueros, modistos y joyeros se disputaban el privilegio de «hacer negocios» con *madame* Humbert y las damas de sociedad mataban por su amistad. Eran tiempos en que *tout le monde* se inclinaba, sin pudor, ante el rocambolesco espectáculo de riqueza y poder que había montado la mujer.

La historia, por supuesto, terminó en un impresionante drama. Los acreedores sacaron cuentas y notaron que la supuesta herencia no alcanzaría a cubrir todos los préstamos y comenzaron a reclamar su dinero.

¿Y la caja fuerte? En mayo de 1902, después de casi veinte años engañando a la sociedad parisina con el cuento, una orden judicial permitió abrirla y en su interior se encontró un ladrillo y medio penique inglés.

Thérèse huyó junto a su familia a Madrid, la pescaron y fue juzgada y sentenciada a cinco años de trabajos forzados. El juicio fue muy publicitado y hubo de todo: funcionarios de gobierno implicados en el escándalo, muchos suicidios, varios asesinatos, distinguidos hombres y mujeres que perdieron toda su fortuna y miles de pequeños acreedores e inversores arruinados.

Gran parte de la vida de Thérèse Humbert parece salida de la *Naná* de Émile Zola (sin el sexo). Aunque la llamada «estafadora del siglo» desafió el cliché literario: no tuvo belleza, pero le sobró imaginación. Le debió a todos los que conoció, quizás convencida de que todos le debían algo a ella. En cualquier caso, el tremendo escándalo que desató esa mujer casi derriba la III República: ¡llegó a deberle dinero a la misma emperatriz!

Rubén Darío[70] describió así Thérèse: «una pobre diablesa, una espesa portera convertida en reina de París por la influencia del dinero. Es la Nuestra Señora del Capital. Callados, avergonzados, cuando no traidores, están los que ayer, periodistas, banqueros, políticos, nobles, la adulaban. Hoy se ocultan, no la quieren reconocer, los que recibían los favores de sus cheques o se sentaban a su mesa, o jugaban al *lawn-tennis*…». Y sobre Frédéric escribió: «es el poeta, es decir, no sirve para nada. Pobre Federico, no tiene cerebro; es Polichinela. Tiene cerebro nada más que para rimar y soñar, inútilmente».

Cuando Thérèse salió de la prisión emigró a los Estados Unidos y, al parecer, murió en Chicago en 1918.

Tomoe Gozen, la samurái 巴 御前

En el *Heike Monogatari*, poema épico clásico de la literatura japonesa, se relata la aparición de la clase guerrera de los samuráis y la lucha sin cuartel de dos clanes: los Genji, o Minamoto, y los Heike, o Taira. Entre los personajes de ese convulsionado y violento Japón medieval azotado por las guerras Genpei, se recorta la extraordinaria figura de Tomoe Gozen, la samurái:

«Tomoe era especialmente hermosa, con la piel blanca, largos cabellos y formas encantadoras. También era una fuerte arquera y como espadachín era un guerrero que valía por mil, preparada para enfrentarse a un demonio o a un dios, montada o a pie. Dominaba a los caballos desbocados con una gran habilidad; cabalgó ilesa por peligrosos descensos. Cada vez que una batalla era inminente, Yoshinaka la enviaba como su primer capitán, equipada con armadura pesada, una enorme espada y un poderoso arco; y realizó más actos de valor que ninguno de sus otros guerreros».

***

A diferencia de las *kunoichi*, mujeres *ninja* que fueron utilizadas como espías y asesinas, Tomoe Gozen (¿1157-1184?) fue una guerrera consumada y samurái de alto rango, muy temida entre sus enemigos. Como todas las mujeres de la casta samurái, recibió entrenamiento en el uso de armas, sobre todo la *naginata* y el arco, con el fin de proteger a su familia y tierras durante la ausencia de los hombres.

Su posición como esposa del importante guerrero Minamoto Yoshinaka la obligó a tomar partido en la guerra por el poder imperial, donde supo ser temeraria capitana de ejércitos. Una anécdota cuenta

que después de aniquilar a decenas de adversarios, el líder de las fuerzas enemigas intentó capturar él mismo a Tomoe, durante una escaramuza, tirando de una manga para bajarla del caballo. La falta de respeto y descortesía enfureció tanto a la samurái que giró sobre su adversario… y le cortó la cabeza, trofeo que más tarde presentó a su esposo.

La última acción de esta mujer habría sido durante una feroz contienda, donde Minamoto estaba a punto de ser derrotado. Tomoe decidió adentrarse en el campo de batalla para darle tiempo suficiente a su marido para que pudiera morir honrosamente cometiendo *seppuku*. Y aquí la historia se bifurca, mientras algunos dicen que ella falleció junto al marido, el *Heike Monogatari* asegura que la guerrera fue vista huyendo con la cabeza de un enemigo samurái en las manos. Siguiendo esta última versión, se ha escrito que tiempo después de la batalla habría abandonado la espada para convertirse en religiosa budista.

Al parecer, Tomoe Gozen nunca fue reconocida oficialmente como heroína, pero su figura se convirtió en un mito fascinante para los japoneses hasta la actualidad.

Triệu Thị Trinh, la guerrera y santa vietnamita

Quisiera montar las tormentas; domar las olas, matar tiburones en mar abierto; echar a los agresores, reconquistar el país; desatar los nudos de la servidumbre y nunca, nunca… doblar mi espalda para ser la concubina de cualquier hombre.

Triệu Thị Trinh o Ba Trieu

Siglos antes de la llegada de los franceses, los japoneses o los estadounidenses —con su agente naranja y el napalm—, el pueblo vietnamita soportó por más de mil años la dominación de distintas dinastías del Imperio feudal chino[71]. Cuenta la leyenda que en el sombrío y opresivo siglo iii, la joven Triệu Thị Trinh (225-248) se sublevó y lideró una heroica y tenaz resistencia contra la superpotencia vecina. Luchó con éxito más de treinta batallas con un pequeño ejército, y su valentía, inteligencia y arrojo le valieron el nombre de guerra *Lady* Trieu. Su figura, generalmente representada por una mujer a lomo de elefante y envuelta en una túnica dorada, honra en la actualidad las fiestas nacionales. Se dice que la guerrera y santa suele aparecer en los sueños de los vietnamitas revolucionarios, como una Juana de Arco que inspira y alienta la lucha contra el yugo extranjero.

***

El marxista y revolucionario vietnamita Hồ Chí Minh (tío Ho) aseguró que «nada es más precioso que la independencia y la libertad» y estas palabras alcanzan un profundo significado en un pueblo que logró sobrevivir a las aplastantes adversidades de su historia. Bajo el dominio chino, Vietnam tuvo sus primeros movimientos independentistas… liderados por mujeres. Primero

fueron las hermanas Trung (12-43) dos chicas bravas, capitanas de un ejército rebelde compuesto principalmente por féminas.

Las Trung lucharon como tigresas, ganaron batallas, se incautaron de 65 fortalezas y recuperaron Vietnam por unos años. Luego, y a pesar de sus heroicos esfuerzos, fueron derrotadas por los chinos[72].

Hacia el año 248, el pueblo de Vietnam seguía padeciendo la miseria y crueldad de sus opresores. Muy lejos de resignarse a ser «civilizados» y «asimilados» por los vecinos del norte, los vietnamitas comenzaron a desplegar una tenaz resistencia. Solo necesitaban un héroe y la joven Triệu Thị Trinh acudió puntual a la cita.

Era huérfana y vivía en la casa de su hermano mayor, Triệu Quốc Đạt, simpatizante de los rebeldes. Apenas cumplidos veinte años *Lady* Trieu y su familia huyeron a las montañas, lugar donde había comenzado a establecerse una base militar para luchar contra los chinos. En contra de las recomendaciones del hermano —que temía por su seguridad—, la joven aprendió los secretos de la batalla y se preparó con uñas y dientes para el combate —dicen que allí pronunció la famosa frase que encabeza este capítulo—: definitivamente ella no se resignaría a ser esclava o concubina del enemigo.

Al principio, la aparición de una mujer en el campo de batalla fue motivo de risa en las filas enemigas, pero rápidamente los chinos comprendieron el error de subestimar a esa *fiera* que los enfrentaba con una espada en cada mano. No fueron pocos los que huyeron declarando que sería más fácil luchar contra un tigre que hacer frente a *Lady* Trieu… Desde luego, los rebeldes la eligieron como líder y la leyenda se puso en marcha.

Para algunos, la joven medía casi tres metros de altura, podía caminar quinientas leguas por día y tenía una voz que sonaba como la campana de un templo. También su belleza fue celebrada como «capaz de sacudir el alma de cualquier hombre». Bajo su liderazgo las pequeñas fuerzas rebeldes lograron grandes hazañas, pero finalmente el poderoso ejército chino aplastó la rebelión. Después de escapar de las garras del enemigo, la muy joven *Lady* Trieu —al mejor estilo de sus admiradas predecesoras, las hermanitas Trung— se quitó la vida para defender su honor y el de su familia. Era el año 248 y tenía solo 23 años.

Los chinos jamás la mencionaron en su historia, para ellos esa rebelión fue como tantas otras, una especie de barbarie persistente que debían eliminar y carecía de interés histórico. Para los vietnamitas, sin embargo, el levantamiento de *Lady* Trieu fue el evento más importante de la época. Aún en la actualidad este sufrido pueblo sostiene que los héroes nutren y sustentan la vida cotidiana con su abnegación y coraje. Su razón tienen; de hecho, los Goliat de este mundo no han podido con ellos.

Ursula Sontheil, la profetisa

La única cosa que hace la vida posible es la permanente,

intolerable incertidumbre de no saber qué viene después.

Úrsula K. LeGuin

Úrsula Sontheil (1488-1561) y Nostradamus (1503-1566) no se conocieron, aunque vivieron en la misma época, escribieron sus visiones en forma de versos y ambos pasaron a la historia por una serie de misteriosas profecías que aún debaten creyentes y escépticos.

Menos famosa que su colega francés, la conocida como *Mother* Shipton, críptica y metafórica, también esquivó las garras de la Inquisición y se las arregló para predecir grandes acontecimientos históricos de su tiempo y otros futuros: la ruptura de Enrique VIII con la Iglesia católica romana y la disolución de los monasterios, la caída del poderoso e intocable cardenal Wolsey, la muerte prematura de Eduardo VI, el reino de María la Sanguinaria, el ascenso de Isabel al trono de Inglaterra, la derrota de la Armada Invencible española, el gran incendio de Londres de 1666 y una larga serie de inventos — autos, aviones, barcos modernos, teléfono, radio, televisión, Internet… — y otros sucesos… incluyendo el fin del mundo.

***

Temida y venerada, la profetisa del reinado de los Tudor habría nacido en Knaresborough, Yorkshire, en una hendidura que ahora se conoce como la cueva de la Madre Shipton. La tradición dice que era hija de campesinos y su madre, Agatha, al parecer tenía una gran

reputación como bruja. De hecho, los vecinos de la aldea consideraban a Úrsula hija del diablo. Uno de sus encarnizados cronistas la describe más alta de lo normal, con el cuerpo encorvado, la cabeza larga, ojos penetrantes y ardientes y una nariz desproporcionadamente grande y poblada de extrañas verrugas luminosas.

Testigos de fe juraban que Úrsula no necesitaba luz en las noches y que en su presencia volaban muebles y vajilla, mientras la rodeaban duendes, fuerzas sobrenaturales y otras presencias malignas innombrables. En los fantásticos testimonios finalmente se reconocía que la niña era capaz de predecir el futuro con una sorprendente claridad.

El siguiente dato sobre Úrsula es su casamiento, a los veinticuatro años, con Toby Shipton, un carpintero de York. A partir de entonces, la pareja habría comenzado a recibir en su hogar gentes de todas partes de Inglaterra en busca de palabras de sabiduría y profecías sobre sus vidas. Ante la fama peligrosa y probablemente no deseada, Úrsula pasó a ser llamada por el cariñoso sobrenombre *Mother* Shipton. Muchas de sus visiones se hicieron realidad mientras vivía, al punto que la humilde vivienda de la pareja tuvo solapadas visitas de varios hombres importantes de la corte de Enrique VIII. Se cuenta que el abad de Beverley, deseoso de investigar el caso por sí mismo, llegó a la cabaña de los Shipton disfrazado.

Apenas golpeó la puerta escuchó una voz femenina del otro lado que le decía: «Adelante señor abad, no necesitaba usted un disfraz para visitarme, el zorro siempre puede ser visto a través de la piel de las ovejas». Probablemente con los sabuesos inquisidores sobre su rastro, la profetisa comenzó a componer los sonetos oscuros y crípticos que se le atribuyen.

Una de sus últimas obras fue publicada en 1559 en forma de poema épico y, desde el siglo xvii hasta la actualidad, este trabajo tiene un extraordinario arraigo en los ingleses. En tiempos de los Estuardo, personas de todas las clases sociales creían sin reservas en su Nostradamus con faldas, y en 1666, ocasión del Gran Incendio de Londres, a nadie le quedaron dudas: la profetisa había anticipado la catástrofe con lujo de detalles, más de un siglo atrás.

Úrsula Sontheil, la mujer, falleció tranquilamente en 1561[73], no sin antes comunicar con precisión año, mes y día de su muerte natural y despedirse solemnemente de familia y amigos.

Sus detractores afirman que ella se equivocó cuando vaticinó que el fin del mundo sería en 1881[74]. Pero tiempo después se descubrió que un editor, devenido en profeta, mutiló y falsificó parte de la obra con fines comerciales.

Mother Shipton, la profetisa más famosa de las islas británicas, sigue viva. Su leyenda continúa resistiendo el paso del tiempo, las revisiones y cualquier lógica; eso sí, su nombre aún se pronuncia entre susurros…

Algunas de las profecías que se le atribuyen a *Mother* Shipton hablan de «carros sin caballos»; «el pensamiento de los hombres volará por el mundo en un abrir y cerrar de ojos»; «los hombres caminarán bajo el agua»; «el hierro flotará tan fácil como un barco de madera»; «una casa de cristal sucederá en Inglaterra» —en lo que parece una alusión al Palacio de Cristal construido para la Exposición Universal de 1851 y destruido en 1936—; «se verán hombres en el aire como pájaros»; «en la soleada Francia las personas serán libres, tres gobernantes tiranos […]» —¿Napoleón, Napoleón II y Napoleón III?—; «las mujeres vestirán pantalones como los hombres, cortarán mechones de su pelo y montarán a horcajadas caballos de bronce»; «monstruos rugientes comerán la cosecha verde» —¿máquinas de cultivos?—; «la máquina comerá papeles, tinta y palabras y la humanidad tendrá tiempo para pensar» —¿imprenta?—; «los reyes hacen falsas promesas, hablan por hablar, aumentan los impuestos, planean terribles guerras como nunca se vieron…»; «un dragón de fuego cruzará el cielo seis veces antes de que la tierra muera… durante siete días y siete noches el hombre mirará esta vista. Las mareas se levantarán más allá de su alcance, las montañas rugirán, los terremotos dividirán…».

Valeria Mesalina

Valeria Mesalina, tercera esposa del emperador Claudio, tuvo dos juicios y dos condenas. La primera vez que fue encontrada culpable, del delito de adulterio, el proceso fue muy corto y fue condenada a la pena capital: murió ejecutada a los veintitrés años.

El segundo juicio duró más tiempo y fue aún más despiadado. Un tribunal de la historia —del que participaron Séneca el Joven (probablemente resentido por su destierro), Casio Dio, Josefo y Plinio el Viejo, Juvenal, Plutarco, Suetonio, Tácito, Sexto Aurelio Víctor (escritores algunos de ellos que jamás la conocieron y se limitaron a repetir rumores), Agripina la Menor y enemigos varios— sin pruebas, bajó el martillo y dictó sentencia inapelable: Mesalina sería una «ninfómana depravada y asesina» por toda la eternidad.

***

La hija del cónsul Marco Valerio Mesala Barbado Mesalino y de Domicia Lépida era una niña romana más, soñando quizás con ofrecer sus muñecas a los lares de la familia, vestir la túnica recta para el buen augurio, cubrir su cabeza con el *flammeum* y lucir el cinturón de lana cuyo nudo solo un marido podría desatar. Había venido al mundo alrededor del año 20 d. C. en el seno de una familia noble en decadencia: el padre había perdido toda influencia política y la madre había derrochado hasta el último denario de su fortuna. Sin posibilidades de pagar las deudas y con los acreedores zumbando como moscardones, la esperanza de estos nobles venidos a menos estaba puesta en la joya familiar: su hija, la hermosa Valeria Mesalina.

Lograr un matrimonio ventajoso, sin una dote digna, fue un trabajo a tiempo completo hasta que apareció Claudio en el horizonte. El tío de Calígula con su proverbial cojera y tartamudez, pisaba los cincuenta años, se había casado y separado dos veces y era un

perdedor, alcohólico y objeto de burla en su poderosa familia. El rumor de que podía ser el hijo ilegítimo de Augusto, la cepa ilustre y, sobre todo, la fortuna del candidato, convencieron a sus futuros suegros y en el año 38 Valeria se casó con él.

Tres años después, una noticia sacudía Roma y ponía a temblar a Claudio y Mesalina: Calígula estaba muerto. Una conspiración que involucraba a la guardia pretoriana y algunos senadores había terminado con la vida del tenebroso emperador. Y mientras caían asesinados miembros de su familia y aristócratas y gran parte del Senado festejaba, Claudio huía. Al parecer, la noticia de su ascenso al poder lo encontró escondido detrás de una cortina.

Con la unánime aprobación de la guardia pretoriana y un Senado reticente, Claudio se convirtió en césar y Valeria Mesalina en la inimaginable emperatriz consorte del Imperio romano.

No estaba en sus planes y, ciertamente, no había sido preparada para esa dignidad; su vida tranquila, y hasta entonces irreprochable, de matrona romana y madre de Claudia Octavia y el recién nacido Británico fue cambiada por ese territorio hostil que era la cumbre del poder, donde nada ni nadie eran lo que parecían. Con Claudio ocupado en la tarea de legitimar su gobierno frente a los usurpadores, Valeria comenzó a sentir los primeros embates del Senado y sus propagandistas. Era un blanco fácil, demasiado joven y, sobre todo, demasiado hermosa, cuando bien era sabido que belleza y virtud eran excluyentes. A los adversarios del césar tampoco se les escapaba que Valeria Mesalina era *nadie*, apenas la hija sin dote de una familia noble arruinada antes de su casamiento, de modo que con toda certeza debía ser una fría, inescrupulosa y ambiciosa mujer.

Mientras los artesanos de la maledicencia daban forma a su caricatura, la Mesalina aprendía el arte de sobrevivir en la *Domus Augustana*. La corte, en esos primeros años del gobierno de Claudio, era una jungla donde se rugían viejos y nuevos rencores; algunos de los exiliados de Calígula volvían a ocupar su lugar y bienes, otros, como las hermanas del viejo emperador partían al destierro y todos atendían sus pequeñas conspiraciones cotidianas. Entre los perjudicados de esta familia Julio-Claudia estaba Séneca el Joven. Maltratado por Calígula primero y enviado al exilio sin miramientos, por Claudio después, pasó los siguientes ocho años en la isla de Córcega rumiando rencor y escribiendo las más duras páginas de la historia en contra de sus enemigos, entre ellos, Valeria Mesalina, a quien le adjudicaba su última desgracia.

En general, había comenzado a prender la idea de que era la esposa, y no el césar, quien tomaba las decisiones en el gobierno. Su pasado de hombre ninguneado y de carácter débil, le bajaba el precio como soberano y permitía que Valeria cargara con la responsabilidad de todas las decisiones controvertidas. La opinión pública era puntualmente informada de la *influencia* de Mesalina en los procesamientos para lograr objetivos políticos, de la *incitación* de esta mujer para que senadores prominentes fueran perseguidos, de las condenas a muerte *recomendadas* por ella y como *bonus extra* los ciudadanos recibían el episodio de sexo puro y duro de esa emperatriz que, por supuesto, también se prostituía.

¿Era Valeria Mesalina la víctima de una feroz campaña difamatoria? Imposible saber o vislumbrar a la verdadera mujer detrás de un humo tan oscuro. Sabemos, en cambio, que Claudio fue, sin duda, un brillante gobernante y estratega militar y que durante su reinado las fronteras del Imperio romano se expandieron y su interés por el derecho lo llevó a presidir juicios públicos y emitir veinte edictos por día, muchas veces perjudicando a la nobleza. Es difícil imaginarlo *manejado* por su mujer.

Es probable, muy probable acaso, que Mesalina no fuera inocente de todo lo que se le atribuía. La ingenuidad, en ese contexto, era una cualidad inadmisible que hubiera puesto en peligro no solo la propia vida sino la de sus hijos y marido. La cuenta dice que mandó al otro mundo más de treinta y cinco senadores y otros trescientos rivales fueron ejecutados por su *instigación*.

Hubo sí un episodio que aparece como verdadero y destaca en la maraña de bulos escabrosos que rodean su memoria. Valeria Mesalina se habría enamorado perdidamente del hombre más guapo de Roma: Cayo Silio, un popular e inteligente político. Tan fulminante debió ser el flechazo amoroso que Mesalina decidió casarse con él aunque le costara su reino. No pensó ni por un momento en los buitres que se movían a su alrededor.

Lo que muchos interpretaron como un intento de derrocamiento, para sacar a Claudio y colocar al buen mozo Cayo Silio en el poder, bien pudo ser solo una historia de amor. Ella era muy impopular, su novio no tenía apoyos y juntos no tenían *chance*. Las cartas, sin embargo, ya estaban echadas.

Claudio, de visita oficial en Ostia, había sido advertido de la infidelidad de su mujer y se apresuró en regresar a Roma. Mientras

escuchaba a los libertos y el núcleo de la corte imperial pidiendo la muerte de su adúltera esposa, otra mujer, la principal virgen vestal, Vibidia, fue la única en suplicar para que no se apresurara a condenar a Mesalina. Al parecer, y luego de ordenar a la guardia pretoriana que la ejecutara, el césar vaciló y pidió verla al día siguiente. Ya era tarde. La tropa de soldados había partido hacia los jardines de Luculo y Valeria Mesalina moría atravesada por una espada.

Mientras se llevaba a cabo la *damnatio memoriae* y el nombre y estatuas de la *maldita* desaparecían de todos los lugares públicos y privados, Claudio se volvió a casar con Agripina la Menor, vieja y entrañable amiga de Séneca, que dedicó toda su energía a desplazar a los hijos de Mesalina en la sucesión imperial y a su deporte favorito: despedazar la memoria de su antecesora con su propia y elaborada leyenda negra. No imaginaba Claudio en esos tiempos que el *veneno* de su nueva esposa sería literal para él y lo llevaría a la tumba para que asumiera el poder Nerón.

La historia de Valeria Mesalina fue escrita por hombres como Séneca el Joven, único que pudo haberla conocido en persona y, en todo caso, brevemente debido a su exilio; fue pulida por Tácito, Suetonio y Juvenal y por otras firmas que nacieron mucho después de los acontecimientos. Asimismo, fue repetida y tergiversada con las más delirantes fantasías sexuales imaginables por escritores hasta la actualidad.

Valeria Mesalina hoy sigue cumpliendo su condena. El Diccionario de la Real Academia Española se adueñó de su nombre para significar una «mujer poderosa o aristócrata y de costumbres disolutas» y el imaginario popular aún se deleita con los cuentos lascivos, tan exagerados, repugnantes y torpes que no resisten el mínimo análisis.

La mujer que fue condenada sin pruebas y por motivos claramente políticos sigue esperando —quizás sin esperanzas— que otros jueces anulen o enmienden la sentencia dictada por sus antepasados. Solo así se hará justicia.

Verónica Franco

E se ben meretrice mi chiamate,

o volete inferir ch'io non vi sono,

o che ve n'èn tra tali di lodate.

Quanto le meretrici hanno di buono,

quanto di grazioso e di gentile,

esprime in me del parlar vostro il suono.

Verónica Franco

En pleno apogeo del Renacimiento, una cortesana logró romper el *techo de cristal* veneciano de la literatura con sus poemas cargados de erotismo femenino. Fue el resultado de mezclar a una verdadera experta en temas amatorios con esa otra culta, que tejía imágenes griegas icónicas, parábolas italianas y esplendores aforísticos con su lenguaje rico y lírico. Solo ella podía alardear de sus talentos sensuales en las letras y al mismo tiempo lamentar un amor perdido, denunciar la brutalidad masculina y condenar la represión sexual de las mujeres. *Puttana* en la necesidad y escritora por derecho propio: Verónica Franco (1546-1591).

***

Nació en 1546 en la Venecia de los artistas, mecenas, museos y *chiaroscuros*. Su padre, Francesco Franco, pertenecía a los *cittadini originari*, clase social a mitad de camino entre aristocracia y plebe, y la madre, Paola Fracassa, era una célebre cortesana muy respetada en

su *profesión*.

A diferencia de la mayoría de las jóvenes del Renacimiento, distantes de las artes, Verónica consiguió una rica educación en literatura griega y romana, filosofía e historia gracias a los tutores de sus hermanos varones. El encuentro con los elegantes autores clásicos, sobre todo con Ovidio y su *Metamorfosis*, a quien se referirá muchas veces en el futuro, debió marcar con toda probabilidad, un punto de inflexión en su vida. Será por eso que cuando llegó el matrimonio con el médico Paolo Panizza, ocasión inmejorable para ocupar un lugar respetable en la sociedad, la unión apenas duró unos meses. Verónica había probado la *manzana* del conocimiento y, aunque le costara el paraíso, ya no había vuelta atrás.

Separada y con apenas quince años, entendió que la única forma de tener libertad para seguir estudiando y mantener su independencia era seguir los pasos de su madre y se convirtió en cortesana.

En esos tiempos, la *Serenissima* albergaba unas 150 000 almas y registraba el increíble número de 11 700 cortesanas, ¡casi el diez por ciento de la población!, pero no todas ellas eran iguales. La comunidad veneciana distinguía claramente dos clases: la *cortigiane oneste*, acompañante y contraparte intelectual y eventualmente sexual de los hombres aristocráticos, y la *cortigiane di lume*, el tipo de prostitutas que ejercían cerca del puente de Rialto.

Antes de cumplir los veinte años, en 1565, Verónica Franco, *cortigiane oneste* por donde se la mirara, ya figuraba junto a su madre en el clandestino *catalogo de tutte le principal et piú onorate cortigiane di Venetia* donde se indicaban nombres, dirección y tarifas por sus servicios: «Veronica Franco, a Santa Maria Formosa, pieza so mare, scudi 2» y «Paola Franco, a Santa Maria Formosa, pieza lei medema, scudi 2». El precio, desde luego, fue subiendo junto con la reputación de Verónica, así como su prima de intelectual, escritora, música y curadora de colecciones poéticas.

Su amistad con personajes prominentes —el mismo Tintoretto le dedicó un bello retrato— la elevó a la cima de las cortesanas de su tiempo, sobre todo cuando en 1574 Enrique III de Valois puso sus ojos en ella. Dice la leyenda que el rey de Francia, recibido con once días de celebraciones en Venecia, pidió y *obtuvo* la mejor cortesana de Italia y en memoria de esa noche inolvidable, Verónica le dio al ilustre uno de sus retratos acompañado de dos sonetos, ternura total.

En el medio de sus compromisos diarios y nocturnos, la *cortigiane* encontró energía para tocar el laúd, pintar, recitar y, por supuesto, escribir. Era parte de los círculos literarios más famosos de la ciudad, participaba en discusiones y estrechaba lazos con los artistas y escritores famosos. Su casa se había convertido entonces en un punto de encuentro de músicos, pintores y nobles donde se alternaban debates de filosofía, lectura de poesía y conciertos musicales.

Su amante preferido, y el amigo más importante de la *poetessa*, fue el famoso petrarquista Doménico Venier, quien ayudó a Verónica con la publicación de sus dos libros de poemas —*Terze rime*, en 1575, y *Lettere familiari*, en 1580— y contribuyó decididamente a su fama literaria. A la vez, otro Venier, Maffio, sobrino del amante, fue su crítico más serio. Maffio y Verónica cruzaron sus espadas literarias en duelos de antología y mientras el vigoroso poeta exhibía su hostilidad hacia ella, y el resto de las mujeres, recibía por respuesta las frases más *feministas* del Romanticismo.

En 1575 un brote de peste la obligó a dejar la ciudad apresuradamente y a su regreso se enteró de que había perdido gran parte de sus posesiones en el saqueo de su casa. La noticia más inquietante, sin embargo, fue otra: había sido acusada ante el tribunal del Santo Oficio por inmoralidad y brujería.

Según la crónica, Verónica se defendió con «inteligencia y dignidad»; en el juicio, docenas de hombres se pusieron de pie y atestiguaron acerca de la honestidad de esta *pecadora* y aseguraron haber disfrutado «sin hechizos» de las relaciones carnales. La Iglesia fue silenciada y Verónica absuelta.

A los 34 años y cuando su fama como escritora se había impuesto, Franco colgó los vestidos bordados en rojo y abandonó a la cortesana para siempre, ya no era necesaria. No olvidó, sin embargo, a sus viejas colegas, sobre todo a las más necesitadas y fundó una organización benéfica para las cortesanas y sus hijos.

Un día cualquiera de 1591 Verónica Franco se despidió de este mundo, honrada como poetisa italiana. Se lo había ganado.

Supuesto retrato de Verónica Franco, cortesana y poetisa erótica.
Escuela de Tintoretto hacia el 1575.
Worcester Art Museum, Massachusetts.

Victoria y Tennesse Woodhull, *The Bewitching Brokers of Wall Street*

En 1652, los holandeses que habían fundado Nueva Amsterdam —llamada definitivamente Nueva York en 1674— levantaron un muro de lodo y madera para defenderse de los ataques de indios, británicos y sobre todo, para evitar que escaparan los esclavos negros de la colonia. La calle que se encontraba a lo largo del muro era conocida como Calle del Muro o Wall Street.

Hacia finales del siglo xviii, los primeros *brokers* realizaban sus operaciones informales bajo un plátano de sombra, *buttonwood tree*, cerca del número 68 de Wall Street. Y la prosperidad del negocio los llevó a organizarse, fijar las reglas y condiciones para un mercado de valores estable y firmar el histórico acuerdo Buttonwood. De esta forma en 1792 nacía la Bolsa de Nueva York.

Desde sus inicios la correduría había sido una actividad exclusiva de varones, pero en 1870 un curioso affaire marcaría la entrada a la Bolsa, de dos alegres chicas: *The Bewitching Brokers of Wall Street* o las Corredoras Hechiceras de Wall Street.

***

Victoria Woodhull y su hermana Tennesse eran dos encantadoras buscavidas de Ohio que habían hecho de todo para sobrevivir a la miseria, incluyendo prostitución y sesiones de espiritismo, hasta el día en que conocieron a Cornelius Vanderbilt, también llamado *The Commodore*, sujeto que cambiaría sus vidas y las convertiría en sus *protégées*.

Cornelius era por entonces el hombre más rico de Estados Unidos y a los 74 años sus únicos intereses eran las mujeres hermosas y las experiencias psíquicas que le pudieran ayudar a recuperar sus menguadas capacidades. Y mientras Tennesse complacía las fantasías sexuales del viejo empresario, Victoria complementaba el servicio con «sesiones espiritistas».

Fue precisamente en una de estas sesiones cuando a la joven se le apareció el espectro de Demóstenes, político griego y uno de los oradores más relevantes de la historia, quien le habría *ordenado* trasladarse a la casa del número 17 de la calle Great Jones de Nueva York, porque ahí alcanzaría la fortuna.

Victoria le propuso entonces a Cornelius abrir un puesto en la Bolsa de valores de Wall Street y con su bendición —y su asesoramiento— en 1870 el influyente periódico *New York Herald* anunciaba la entrada oficial de las jóvenes al negocio. Se convirtieron rápidamente en millonarias y sus colegas comenzaron a llamarlas *Bewitching Brokers*.

Pero a la bella e inteligente Victoria Woodhull, saltar de la miseria hasta la más lujosa mansión estadounidense no le fue suficiente. Abrazó con toda su pasión el feminismo, publicó una proclama sobre la «igualdad entre los hombres y las mujeres» y para el asombro de los neoyorkinos en el mismo documento… ¡anunció su candidatura a la Presidencia de los Estados Unidos!

Cuando se aseguró que la senadora Hillary Clinton era la primera mujer que aspiraría a la presidencia de su país, muchos periodistas, editorialistas y comentaristas olvidaron —con o sin intención— la historia de quien supo ser espiritista, prostituta, periodista, feminista, la primera fémina —junto a su hermana— en Wall Street y, también, la primera candidata a presidente de los estadounidenses en 1872… cuando las mujeres ni siquiera tenían derecho al voto.

Victoria Woodhull, visionaria, sufragista y 1a candidata a la presidencia de los EE. UU.
Fotografía del estudio Bradley & Rulofson que se encuentra actualmente en el Harvard Art Museum.

Violette Morris, la campeona

«Todo lo que un hombre puede hacer, también Violette lo puede hacer», sentenciaba la campeona. Mientras lo decía, triunfaba como atleta en lanzamiento de peso, disco, jabalina y levantamiento de pesas; cosechaba trofeos en carreras de coches, motos, bicicletas y caballos; pilotaba aviones, se destacaba como futbolista, jugaba en la selección de waterpolo; apretujaba sin piedad a sus adversarios en la lucha greco romana y le pintaba la cara hasta dejar fuera de combate a los valientes varones que la enfrentaban en el boxeo. Lesbiana, heroína feminista, pionera del atletismo femenino, aristócrata y «hiena de la Gestapo»: Violette Morris.

***

Violette Paule Émilie Marie nació el 18 de abril de 1893 en París. La hija menor del barón Pierre Jackes Morris fue recibida con un bostezo, era la sexta niña de la casa y las esperanzas de un varón, se desvanecían con ella. A los diez años fue enviada al convento l'Assomption de Huy para que se convirtiera en una señorita y fue en ese mismo lugar donde descubrió su amor por los deportes y las mujeres.

En 1914, atendiendo a los deseos de su familia, se casó con un rico hombre apellidado Gouraud y ultraderechista convencido. El marido tuvo la precaución de partir casi de inmediato a la Gran Guerra y dejar a su flamante esposa en libertad de acción ¿acción? Violette condujo ambulancias, llevó mensajes entre balas y granadas y, en los ratos libres, se divirtió aplastando las narices de sus compañeros de la Cruz Roja en el *ring*.

Terminada la guerra, la fornida Violette se dedicó a tiempo

completo a los deportes y devino en una verdadera campeona. No paraba de acumular títulos, medallas, campeonatos nacionales e internacionales. Era un tanque. Lo suyo era ganar, pero sobre todo le provocaba derrotar a los hombres en su territorio. Su presencia los intimidaba, vestía trajes masculinos, fumaba puros, llevaba siempre un enorme cuchillo en la cintura y *flâneureaba* con sus novias de turno por las calles de París.

Las quejas contra ella se acumulaban en un voluminoso expediente en la federación francesa de deportistas femeninas y los miembros de la institución, hastiados de su comportamiento escandaloso, le retiraron la licencia en 1927 y Violette no pudo competir en los Juegos Olímpicos de Ámsterdam celebrados al año siguiente.

Sin inmutarse, después de todo ya tenía otro desafío en el horizonte que la excitaba, la campeona levantó los hombros ante su exclusión y se marchó decidida al quirófano. Había decidido practicarse una doble mastectomía para girar el volante con más desenvoltura y competir en igualdad de condiciones con los otros pilotos del automovilismo, su nueva pasión.

Libre de los incómodos senos que le venían de fábrica, Morris fue de una competición a otra, subiendo posiciones entre las primeras diez, hasta triunfar dos veces en la Paris/Les Pyrénées/Paris.

Hacia 1935, la mujer deportista que conquistó todos los podios, decidió transitar un camino distinto, oscuro, tortuoso y de una sola mano. Algunos dicen que el marido, siempre amigo, influenció su decisión. En cualquier caso, en ese año fue reclutada por la *Sicherheitsdienst*, servicio de inteligencia de las SS en la Francia ocupada y que, en 1936, cuando fue invitada de honor en las Olimpíadas de Berlín, habría sellado su compromiso como espía de los nazis. ¿Qué la llevó a traicionar a su país y a su gente? ¿Cuál fue su recompensa, si acaso la hubo? Y sobre todo ¿por qué, Violette? Fueron y son preguntas sin respuesta.

Al parecer, y aunque los historiadores se contradicen, la *gestapiste* habría facilitado a los alemanes los planos de la línea Maginot, organizado una red de informadores y trabajado para desarticular la SOE. Uno de sus más encarnizados biógrafos, incluso, llegó a acusarla de dirigir sádicos interrogatorios y la apodó la Hiena de la Gestapo, aunque esto último nunca fue otra cosa que un rumor.

El 26 de abril de 1944, el Citroën de Violette fue emboscado ¿por los maquis? y una ráfaga de metralletas terminó con la vida de Morris y sus acompañantes. La leyenda popular cuenta que fue un expiloto de coches —vencido por la campeona una y otra vez— quien disparó el tiro fatal.

Su cuerpo nunca fue reclamado y fue a parar a una fosa común en el cementerio donde aún se encuentra, sin lápida, sin flores y sin memoria. Un triste *game over* para la talentosa deportista en su recta final.

Virginia Oldoini, la espía que se amó

El astuto conde de Cavour, primer ministro del rey Víctor Manuel II del Piamonte, quería unificar Italia y emanciparla de la dominación austriaca. Para llevar adelante sus intenciones era necesario que Napoleón III se enfrentara a Austria y que esta abandonase los territorios ocupados en Italia. Si el piamontés lo lograba, la casa de Saboya se impondría en todo el territorio italiano.

El heredero del bonapartismo, sin embargo, no se decidía y fue entonces cuando Cavour giró la cabeza y miró detenidamente a su prima. Virginia era una mujer de extremada belleza, según el gusto de la época: cabellos dorados, frente alta, ojos color del tiempo, fina cintura y moldeadas caderas. Sabía coquetear en cuatro idiomas, bailar con gracia y desenvolverse con inteligencia… ¿Acaso el romántico Luis Napoleón podría resistir los influjos de una mujer semejante?

***

Para la Navidad de 1855, Virginia Oldoini, condesa de Castiglione arribó a París junto a su esposo e hijo, al parecer, con la intención de visitar a una pariente y, muy pronto, fueron llevados a la corte para ser presentados a Napoleón III y a su emperatriz en un baile imperial.

El matrimonio recién llegado no podía ser más desigual. Ella era muy joven y exudaba la energía de sus dieciocho años; cada sonrisa, mohín o movimiento de sus moldeados brazos era una puesta en escena que nadie en la corte se quería perder. El conde Francisco de Castiglione —escudero del rey Víctor Manuel—, por el contrario, era a su lado un caballero mayor, serio y adusto, visiblemente

incómodo ante el protagonismo de su esposa, a quien optaba por ignorar o apartar en el mejor de los casos.

Las fiestas imperiales se sucedieron por varias noches en las que Virginia Oldoini no paró de brillar. Cada una de sus entradas, era una coreografía perfectamente estudiada para provocar la atención de Napoleón III y terminó despertando los celos mortales de la emperatriz consorte. El aire entonces, comenzó a enrarecerse en la corte. Mientras Eugenia de Montijo le dirigía miradas asesinas a Virginia y la despellejaba con críticas indisimuladas, su marido revoloteaba como un colibrí alrededor de la condesa. Estaba literalmente fascinado por la mujer así que muy pronto se arregló para estar a solas con ella ¡y nació una pareja!

El conde de Cavour saltaba de alegría con cada carta de su hermosa espía; aparte de los detallados informes prolijamente escritos, la mejor noticia era ese romance apasionado entre su prima y Bonaparte. La ida y vuelta de correspondencia se incrementó a tal punto que las alarmas comenzaron a sonar en París. Ya no solo se trataba de la ojeriza de la emperatriz, otras personas cercanas al emperador comenzaron a considerar a Oldoini como una informante de Turín.

Virginia se vio obligada a dejar París y a su amante en 1857. El *affaire* con el emperador decidió a su esposo a pedir formalmente la separación conyugal. La otra buena noticia fue el buen resultado de su trabajo: finalmente, Napoleón III le declaró la guerra a Austria e Italia recuperó gran parte de los territorios ocupados.

Misión cumplida, la mujer que había escandalizado al *beau monde* del II Imperio, la amante del emperador y la sigilosa espía, dio vuelta esa página de vida para dedicarse en cuerpo y alma a conmemorar su extremada vanidad a través de un arte naciente: la fotografía.

Y sí, Virginia se amaba. Cada vez que el espejo le devolvía la imagen de su delicado rostro ovalado y de esos ojos que cambiaban constantemente de verde azulado a un violeta extraordinario, pensaba que algo debía hacer para inmortalizar su belleza.

Durante las siguientes cuatro décadas dirigió a un artista para ayudarla a crear setecientas fotografías diferentes de ella misma que permanecen como uno de los más fascinantes legados a la vanidad de una mujer. Con atuendos teatrales o su clásico disfraz de Reina de

Corazones, entre nubes de tul sugerentes, o recostada como una diosa, evidenciando sus pechos sin corsé. Gran parte de su fortuna personal fue a parar a este proyecto e incluso llegó a endeudarse para terminarlo.

Dicen que cuando se planeó una muestra fotográfica para la Gran Exposición de París en 1900, ella propuso mostrar quinientas de sus imágenes con el título *La mujer más bella del siglo*, pero su proyecto no prosperó. El 28 de noviembre de 1899 falleció a los 62 años.

El tiempo se había llevado la hermosura de Virginia Oldoini mucho antes, pero ella nunca se enteró. Previsora, hacía años que en su pequeño departamento de Place Vendôme no había espejos.

Virginia Oldoini, condesa de Castiglione.
Espía del conde de Cavour, primer ministro del rey Víctor Manuel II del Piamonte, y amante de Napoleón III.
Obra del pintor italiano Gordigiani en 1862.

Yang Huanyi, la última palabra

El domingo 26 de diciembre de 2004, la dama china Yang Huanyi moría sin que nadie pudiera entender su último mensaje. Con ella también desaparecía para siempre el *nushu*, la única lengua del mundo utilizada exclusivamente por mujeres.

***

Hace unos mil setecientos años, cuando los distintos concilios del mundo occidental debatían acerca de si la mujer era, o no, un ser humano, misterio que les fue revelado con el tiempo, en la lejana China el asunto no era tema de consideración.

Los varones chinos, sobre todo los campesinos, sometían y encerraban a sus mujeres, monopolizaban la educación en las escuelas, les escatimaban el aprendizaje del mandarín y las condenaban al analfabetismo, confirmando el viejo dicho popular chino vigente hasta la actualidad: «Es mejor criar cisnes que tener hijas».

Cuenta la historia que hacia el siglo III de nuestra era, en Jiangyong, al sur de China, las mujeres, como respuesta genérica a su exclusión, decidieron crear una lengua que solo ellas hablarían: el *nushu*. Este código secreto, compuesto de unas dos mil palabras, era cuidadosamente transmitido de madres a hijas, de hermanas a amigas, de las unas a las otras.

El *nushu* se expandió rápidamente a otras franjas del centro y sur de China, llevando y trayendo los mensajes cotidianos, las emociones y deseos, los sueños y esperanzas de las campesinas sometidas e ignorantes. Era utilizado fundamentalmente para la creación del *San*

Chao Shu (que podría traducirse por «cartas del tercer día»), unos folletos de paño en los que las mujeres transmitían a sus hijas consejos sobre el matrimonio. No se trataba de cartas ocultas en escondrijos. Los mensajes estaban allí, frente a las narices masculinas, bordados en sábanas y pañuelos, en los bordes de sus vestidos, en abanicos y en los paños de las cocinas, incluso en las manos cuando no había nada más.

Durante muchos siglos esos caracteres, a veces semejantes a flores estilizadas, fueron la única forma de libertad posible y llevaron la silenciosa rebelión femenina de generación en generación.

Yang Huanyi también aprendió el idioma de sus mayores, siete ancianas que a su vez lo habían recibido, cada una, de otras siete. Sus hijas y nietas, sin embargo, no entendieron el valor del secreto *nushu*. Ellas habían ido a la escuela como cualquier varón y no terminaban de entender el valor de esa *antigüedad* que tanto preocupaba a la nonagenaria mujer, que no pudo entregar a nadie más su legado de poemas, consejos y hasta pequeñas venganzas femeninas.

La última palabra de la única lengua femenina del mundo se extinguiría en los labios de Yan Huanyi para siempre.

Nota de interés:

Yang Huanyi fue una de las principales representantes de China en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre la Mujer, celebrada en Pekín, en 1995 y aprovechó esa ocasión para entregar a los estudiosos un valioso material de estudio, recopilado por la prestigiosa Universidad de Qinghua en un libro.

Nałkowska, la *przyjaciółka* de Schulz y Gombrowicz

Cuando un polaco dice que alguien es *przyjaciel* o *przyjaciółka* en su ceceante y difícil idioma, no hay duda que se refiere a un «gran» amigo o amiga. Bruno Schulz y Witold Gombrowicz llamaron *przyjaciółka* a la escritora, periodista y dramaturga Zofia Nałkowska (1884-1954), y con buenas razones. La mujer creyó en esos jóvenes talentos y los ayudó cuando comenzaban a transitar el difícil camino literario y escaseaban apoyo y elogios.

***

Zofia fue una de las máximas protagonistas de la literatura polaca, formó parte del movimiento joven Polonia y, durante años, animó el más productivo salón literario de Varsovia[75]. Fue la primera mujer que ingresó en la Academia Polaca de Literatura y, después de la guerra, formó parte de la Comisión para Investigación de los Crímenes Nazis en Polonia. Diversamente admirable, la entusiasta descubridora de muchos escritores notables fue, ante todo y para su gente, una *buena amiga*.

Zofia nació en Varsovia (Warszawa, en polaco), tierra que según la leyenda, debe su nombre a un pobre pescador llamado Wars y a su mujer, la sirena Sawa[76], que ordenó fundar la ciudad.

Hija de un conocido geógrafo y educada en un medio de ideas liberales y vasta cultura, Zofia debutó como poetisa a los catorce años y al poco tiempo abandonó la poesía para dedicarse a la prosa. Hacia 1904 apareció su novela *Campo de hielo*, primera de una trilogía llamada *La mujer*, luego siguieron *El príncipe* (1907), *Narciso* (1910) y *Serpientes y rosas*

(1915), entre otras. En esos principios, Nałkowska estaba fascinada por la modernidad, el simbolismo, el irracionalismo, ese psicologismo nacido en París, la idea del arte por el arte y la filosofía de Schopenhauer y Nietzsche. Sus primeras letras sobre el amor, los secretos del alma femenina y las relaciones hombre-mujer cambiaron después de la I Guerra Mundial.

Hacia 1918, abandonó el individualismo y su mirada abarcó lo universal, los problemas sociales y políticos, el sufrimiento de otro ser humano. De esos tiempos son *Personajes* (1922), *Romance de Teresa Hennert* (1924), *La casa de la pradera* (1925) y obras de teatro como *Casa de la mujer* (1930) y *El día de su regreso* (1931). Su famosa novela *Límite* (o *La frontera*), que para muchos críticos fue la más importante del período de la preguerra, fue lanzada en 1935 y después de la II Guerra Mundial publicó *Medallones* (1946). Esta colección de historias de vida, cortas y muy emotivas, resultado de su trabajo en la Comisión para Investigación de los Crímenes Nazis en Polonia, revolucionó el género del reportaje y es considerada una de las primeras y más importantes narraciones literarias sobre el genocidio.

Los especialistas dicen que Nałkowska representó la corriente psicologista dentro de la narrativa de la Polonia independiente y enriqueció la prosa polaca con tonalidades y registros que la sitúan en el primer plano de la literatura europea: «Cada uno de sus libros, aún diferentes, son instrumentos hechos para captar la emoción».

Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1936 y en 1953 y el Laurel de Oro de la Academia Polaca de Literatura. Por decisión de la Unión Astronómica Internacional, uno de los cráteres de Venus fue nombrado Nałkowska en honor a Zofia y en varias ciudades y pueblos de Polonia hay calles con su nombre.

El honor adicional para Nałkowska fue permanecer en la memoria de dos grandes de la literatura: Bruno Schulz[77], «el Kafka de la provincia polaca», y Witoldo Gombrowicz, padre de *Ferdydurke*. Ellos no olvidaron a su *przyjaciółka*.

«Hizo que le leyera las primeras páginas, después me interrumpió y me pidió que le dejara el manuscrito para terminar de leerlo a solas. Es una mujer maravillosa», dijo el tímido maestro de dibujo de Drohobycz, Bruno Schulz, después de reunirse con Zofia Nałkowska. Pocas horas después, una llamada de la «mujer maravillosa» a la pensión, paralizaba a Bruno Schulz. «Es la revelación más sensacional de nuestra producción novelística.

Mañana mismo iré a la editorial para que publiquen el libro», le aseguró Zofia. Así fue como un Bruno Schulz, paralizado por la emoción, ingresó en la literatura polaca con *Las tiendas de color canela*.

Por su parte, Witoldo Gombrowicz declaró: «[…] si de la señora Nałkowska guardo un recuerdo lleno de agradecimiento, es porque fue una de las pocas mujeres de letras que no me trató con una indulgencia de tía, desde la altura de su saber de tía literaria. Es cierto, respiro con alivio al recordar la inteligencia tranquila y acertada de esa mujer eminente, las otras me consideraban generalmente o bien como un mocoso insoportable o bien como un demonio o, más a menudo, como un pedante deseoso de impresionar con su forzada originalidad».

Zofia Nalkowska, primera mujer que ingresó en la Academia Polaca de Literatura.
Después de la Guerra, formó parte de la Comisión de Investigación de los Crímenes Hitlerianos.
Fotografía tomada hacia el 1933.

[image]

Si te gustó, no te olvides de valorarlo.

www.edicionescasiopea.com
Síguenos en:
Facebook: @Edicionescasiopea
Twitter: @EdCasiopea
Instagram: @edicionescasiopea

Fuentes bibliográficas

David-Néel, Alexandra, *Magic and Mystery in Tibet,* Dover Publications Inc., 1971.

Foster, Barbara y Michael, *The Secret Lives of Alexandra David-Neel,* The Overlook Press, 1998.

Fechner, Charlotte Luise, *The Berlin Cabaret & The Neue Frau 1918-1933,* GRIN Verlag, 2001.

Gordon, Mel, *Voluptuous Panic: The Erotic World of Weimar Berlin,* Feral House, 2000.

Plumb, Steve, *Neue Sachlichkeit 1918-33: Unity and Diversity of an Art Movement,* Editions Rodopi B. V., 2006.

Castle, Terry, *The Literature of Lesbianism: A Historical Anthology from Ariosto to Stonewall,* Columbia University Press, 2005.

DeLamotte, Eugenia C, *Meeker,* Natania y O'Barr, Jean F., Women imagine change: a global anthology of women's resistance from 600 B.C to Present, Routledge, 1997.

Halberstam, Judith, *Female masculinity,* Duke University Press, 1998.

De Eguiara y Eguren, Juan José, *Biblioteca Mexicana,* Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Diel, Lori B., *«Women and political power: the inclusion and exclusion of noblewomen in Aztec pictorical histories» en Anthropology and Aesthetics (vol. 47),* Harvard University Press, 2005.

Dominguez Chávez, Humberto, *Los Mexicas,* Universidad Autónoma de México, 2010.

Gillespie, Susan D., *Los Reyes Aztecas: La construcción del gobierno en la historia Mexica,* Siglo Veintiuno, 1993.

Klein, Cecelia F., *Gender in Pre-Hispanic America,* Trustess for Harvard University, 2001.

Madariaga, Salvador, *El Corazón de Piedra Verde,* Espasa, 2010.

Nelson, Sarah M., *Ancient Queens: Archaeological Explorations (Vol. 5 de Gender and Archaeology Series),* AltaMira Press, 2003.

Rodríguez-Shadow, María J., *La Mujer Azteca,* Universidad Autónoma del Estado de México, 1997.

Geringer, Joseph, *Belle Gunness,* the notorius black widow: Executioner, Crime Library web.

Jones, Ann, *Women Who Kill,* Beacon Press, 1996.

Langlois, Janet L., *Belle Gunness: The Lady Bluebeard,* Indiana University Press, 1985.

Newton, Michael, *Encyclopedia of Unsolved Crimes,* Infobase Publishing, 2009.

Coches míticos, www.cochesmiticos.com.

Apotheker, Jan y Sarkadi, *Livia Simon,* European Women in Chemistry, John Wiley & Sons Inc., 2011.

Bertsch McGrayne, Sharon, *Prometheans in the Lab: Chemistry and the Making of the Modern World,* McGraw-Hill, 2001.

Christianson, Scott. Fatal Airs: The Deadly History and Apocalyptic Future of Lethal Gases that Threaten Our World, *ABC-CLIO,* Inc., 2010.

Stoltzenberg, Dietrich, *Fritz Haber: Chemist,* Nobel Laureate, German, Jew, Chemical Heritage Foundation, 2004.

Doval Huecas, Gregorio, *Fraudes,* engaños y timos de la historia, Ediciones Nowtilus S. L., 2010.

Müller, Herta, *Hambre y seda,* Siruela, 2011.

Pacepa, Ion Mihai, *Red Horizons: The True Story of Nicolae and Elena Ceausescus' Crimes,* Lifestyle, and Corruption, Regnery Publishing, 1990.

Siani-Davies, Peter, *The Romanian Revolution of December 1989,* Cornell University Press, 2007.

Paul, Deborah D., *Tragic Beauty: The Lost 1914 Memoirs of Evelyn Nesbit,* Lulu, 2006.

Uruburu, Paula, *American Eve: Evelyn Nesbit,* Standford White, the Birth of the «It» Girl and the Crime of the Centuri, Penguin, 2008.

Jessen, Gene Nora, *Powder Puff Derby Of 1929: The First All Women's Transcontinental Air Race,* Sourcebooks, Inc., 2002.

Kessler, Lauren, *The Happy Bottom Riding Club: The Life and Times of Pancho Barnes,* Random House, 2000.

Harvey, Patricia J., *«Don't Mess with Pancho»,* en Ancestry (sep.-oct.) Vol. 25, nº 5, 2008.

Schultz, Barbara H., *Pancho: The Biography of Florence Lowe Barnes,* Little Buttes Pub., 1996.

Kohn, George C., *The New Encyclopedia of American Scandal. Facts on File library of American history,* Infobase Publishing, 2001.

Pomper, Steve, *Seattle Curiosities: Quirky Characters,* Roadside Oddities & Other Offbeat Stuff, Globe Pequot Press, 2009.

Life Magazine, 17 de junio de 1938.

Shelley, Peter, *Frances Farmer: The Life and Films of a Troubled Star,* McFarland & Co Inc., 2010.

Brown, Nancy M., *The Far Traveler: Voyages of a Viking Woman,* Mariner Books, 2008.

Hreinsson, Viðar (ed.), *The Complete Sagas of Icelanders,*

Leifur Eiriksson Publishing Ltd., 1997.

The Viking World Wiki, http://thevikingworld.pbworks.com.

Davis, Fanny, *Gurun,* Sema, Esch, Mary E. y Van Leer, Bruce, The Ottoman Lady: A Social History from 1718 to 1918, Greenwood Publishing Group, 1986.

Peirce, Leslie P., *The Imperial Harem: Women and Sovereignty in the Ottoman Empire,* Oxford University Press, 1993.

Piterberg, Gabriel, *An Ottoman Tragedy. History and Historiography al Play,* University of California Press, 2003.

Yermolenko, Galina I., *Roxolana in European Literature,* History and Culture, Routledge, 2010.

Barton, Ruth, *Hedy Lamarr: The Most Beautiful Woman in Film,* University Press of Kentucky, 2010.

Braun, Sandra, *Incredible Women Inventors,* Second Story Press, 2006.

James, Edward T., *Wilson James,* Janet y Boyer, Paul S., Notable American Women 1607-1950, Harvard University Press, 1971.

Peffer, Randall S., *Logs of the Dead Pirates Society: A Schooner Adventure Around Buzzards Bay,* Sheridan House Inc., 2000.

Leavitt, Judith A., *American Women Managers and Administrators: A Selective Biographical Dictionary of Twentieth-Century Leaders in Business,* Education and Government, Greenwood Publishing Group, 1985.

Sparkes, Boyden y Moore, *Samuel T.,* The Witch of Wall Street: Hetty Green, Doubleday, Doran & Company, 1935.

Crowdy, Terry, *The Enemy Within: A History of Spies,* Spymasters and Espionage, Osprey Publishing, 2008.

Pinkerton, Allan, *The Expressman and the Detective,* W. B.

Keen, Cooke & Co., 1874.

Wikipedia, www.wikipedia.org.

Chapman, David L., *Sandow the Magnificent: Eugen Sandow and the Beginnings of Bodybuilding,* University of Illinois Press, 1994.

Big Beautiful Woman, vol. 11, *Indiana University,* 1989.

McWhirter, Norris, *Guinness Book of World Records,* 1985, Sterling Publishing Co., Inc., 1985.

Hastedt, Glenn P. y Guerrier, *Steven W.,* Spies, Wiretaps, and Secret Operations: An Encyclopedia of American Espionage, ABC-CLIO, 2010.

Rees, James y Spignesi, *Stephen J.,* George Washington's Leadership Lessons: What the Father of Our Country Can Teach Us About Effective Leadership and Character, John Wiley & Sons Ltd., 2011.

Reynard, Robert, *Secret Code Breaker III: A Cryptanalyst's Handbook,* Smith & Daniel, 1999.

Hastedt, Glenn P., *Espionage: A Reference Handbook,* ABC-CLIO, 2003.

Bradley, Michael J., *The foundations of mathematics: 1800 to 1900,* Infobase Publishing, 2006.

Stamhuis, Ida H., *Koetsier,* Teun, De Pater, Cornelis y Van Helden, Albert, The changing image of the sciences, Springer, 2002.

Lovelace, Ada y Toole, *Betty A. (ed.),* Ada, the enchantress of numbers: a selection from the letters of Lord Byron's daughter and her description of the first computer, Strawberry Press, 1992.

Bennett Peterson, Barbara, *Notable Women of China: Shang Dynasty to the early Twentieth Century,* Routledge, 2015.

West, Barbara A., *Encyclopedia of the Peoples of Asia and Oceania,* Infobase Publishing, 2010.

Ye, Lang, *Fei,* Zhenggang y Wang, Tianyou, China: Five Thousand Years of History and Civilization, City University of Hong Kong Press, 2007.

Adamek, Wendi L., *The Mystique of Transmission: on an early Chan History and its Contexts,* Columbia University Press, 2007.

Jianying, Huo, *«Talentos femeninos de la antigüedad» en China Today,* www.chinatoday.com.

Blake, Robert y Louis, *William Roger,* Churchill, Oxford University Press, 1996.

Sebba, Anne, *American Jennie: the remarkable life of Lady Randolph Churchill,* W. W. Norton & Co., 2007.

Hale, Sarah J. (ed.), *The Letters of Lady Mary Wortley Montagu,* Roberts Brothers, 1876.

Melville, Lewis, *Lady Mary Wortley Montagu Her Life And Letters 1689 to 1762,* Kessinger Publishing, LLC., 2010.

Wortley Montagu, Mary, *Halsband,* Robert (ed.) y Grundy, Isobel (ed.), Essays and Poems and Simplicity, a Comedy, Clarendon Press, 1993.

Clark, Claudia, *Radium Girls,* Women and Industrial Health Reform: 1910-1935, The University of North Carolina Press, 1997.

Neuzil, Mark, *Kovarik,* William y Kovarik, Bill, «The Radium Girls» en Mass Media & Environment Conflict: America's Green, Sage Publications, 1996.

Borges, Jorge Luis, *«Un ensayo por Borges acerca de Swedenborg» en Swedenborg,* www.swedenborg.es.

Conan Doyle, Arthur, *«Episodio de Hydesville» en Historia del Espiritismo,* Eyras, 1983.

Emmons, Charles y Penelope, *Guided by Spirit: A Journey Into the Mind of the Medium,* iUniverse, 2003.

Bernbaum, Ernest, *The Mary Carleton Narratives,* 1663-1673: A Missing Chapter in the History of the English Novel, Harvard University Press, 1914.

Kietzman, Mary Jo, *The Self-fashioning of an Early Modern Englishwoman: Mary Carleton's Lives,* Ashgate Publishing, Ltd., 2004.

Fanthorpe, Lionel y Patricia, *The World's Greatest Unsolved Mysteries,* Hounslow Press, 1997.

Gutch, John Mathew, *Caraboo: A Narrative of a Singular Imposition,* Practised upon the Benevolence of a Lady Residing in the Vicinity of the City of Bristol, by a Young Woman of the Name of Mary Willcocks, alias Baker, alias Bakerstendht, alias Caraboo, Princess of Javasu, J. M. Gutch, Bristol, 1817.

Keevak, Michael, *The Pretended Asian: George Psalmanazar's Eighteenth-Century Formosan Hoax,* Wayne State University Press, 2004.

Krasilovsky, Alexis, *Margolis,* Harriet y Stein, Julia, Shooting Women: Behind the Camera, Around the World, Intellect Books, 2015.

Weller, Sheila, *The News Sorority: Diane Sawyer,* Katie Couric, Christiane Amanpour, and the (Ongoing, Imperfect, Complicated) Triumph of Women in TV News, Penguin Press, 2014.

De Saint-Amand, Imbert y Gilbert Martin, *Elizabeth,* Marie Louise, the Island of Elba and the Hundred Days, Kessinger Publishing Co., 2004.

Goodrich, Frank B., *The court of Napoleon,* or Society under the First Empire, with Portraits of its Beauties, Wits and Heroines, Derby & Jackson, 1857.

Hopkins, Tighe, *The Women Napoleon Loved,* Elibron, 1999.

Orr, Lyndon, *«The story of the empress Marie Louise and count Neipperg» en Authorama,* www.authorama.com.

VV. AA., The New monthly Magazine and Universal Register, *Universidad de Oxford,* 2006.

González Vergara, Ruth, *Teresa Wilms Montt,* un canto de libertad, Penguin Random House Grupo Editorial Chile, 2011.

Berlin, Cèlia, *Marie Bonaparte: A life,* Yale University Press, 1987.

Karlinsky, Simon, *Marina Tsvietáieva: la mujer,* su mundo y su poesía. Ediciones Grijalbo Mondadori, 1991.

Molina, César Antonio, *En honor de Hermes,* Huerga y Fierro Editores, 2005.

Tsvietáieva, Marina, *El relato de Sóniechka,* Servicio de Comunicación y Publicaciones de la Universidad Jaume I, 2002.

Tsvietáieva, Marina, *Natalia Goncharova: Retrato de una pintora. Editorial Minúscula,* 2006.

Brady, Margery, *The Love Story of Yeats and Maud Gonne,* Mercier Press Ltd., 1990.

Dowling, Sam, *The Flame and the Stone Maud Gonne and W. B. Yeats,* Lulu Enterprises, UK Ltd., 2007.

Murasaki, Shikibu, *La historia de Genji,* Destino, 2005.

Shônagon, Sei, *El libro de la almohada de la dama Sei Shônagon,* Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002.

Gordon, Lois, *Nancy Cunard: Heiress,* Muse, Political Idealist, Columbia University Press, 2007.

Neruda, Pablo, *Confieso que he vivido,* Pehuén Editores Limitada, 1978.

Usandizaga, Aránzazu, *Escritoras al frente: intelectuales extranjeras en la Guerra Civil,* Editorial Nerea, 2007.

Rozema, Vicki, *Footsteps of the Cherokees: A Guide to the Eastern Homelands of the Cherokee Nation,* Blair, 2007.

Jesch, Judith, *Women in the Viking Age,* Boydell & Brewer Ltd., 1991.

Langer, Lawrence N., *Historical Dictionary of Medieval Russia,* Scarecrow Press, 2002.

MacCulloch, Diarmaid, *A History of Christianity: The First Three Thousand Years,* Penguin Group, 2009.

Martos Rubio, Ana, *Papisas y Teólogas: Mujeres que gobernaron el reino de Dios en la Tierra,* Ediciones Nowtilus S.L., 2008.

Dearborn, Mary V., *Mistress of modernism: the life of Peggy Guggenheim,* Houghton Mifflin Harcourt, 2004.

Gill, Anton, *Peggy Guggenheim: confesiones de una adicta al arte,* Plaza & Janés, 2002.

Caner, Ergun Mehmet, *Voces detrás del velo: El mundo del islam y la mujer musulmana,* Kregel Pubn, 2005.

Araboislamica, www.araboislamisca.blogspot.com.

WebIslam, www.webislam.com.

Taylor, Paul, *Jews and the Olympic Games: The Clash Between Sport and Politics,* Sussex Academic Press, 2004.

Jones, Steve, *Y: The Descent of Man,* Mariner Books, 2005.

Entine, Jon, *Taboo: Why Black Athletes Dominate Sports And Why We're Afraid To Talk About It,* PublicAffairs, 2001.

Arwas, Victor, *Art Nouveau: The French Aesthetic,* Andreas Papadakis Publisher, 2002.

Baylis, Sarah, *Utrillo's Mother,* Pandora, 1987.

Rose, June, *Suzanne Valadon: The Mistress of Montmartre,* St. Martin's Press, 1999.

Bergua, Juan B., *Pitágoras,* Ediciones Ibéricas, 1970.

Núñez Valdés, Juan y Rodríguez Arévalo, *María Luisa,* «Las mujeres en la escuela pitagórica» en Premisa (vol. 49), 2011.

Pérez Sedeño, Eulalia, *Las mujeres en la historia de la ciencia,* Universidad Pompeu Fabra, 2003.

Pittaluga, Gustavo, *Grandeza y servidumbre de la mujer. Una cultura,* una civilización, una fe, Editorial Sudamericana, 1946.

Largo, V., *Vietnam: Current Issues and Historical Background,* Nova Publishers, 2002.

Lockard, Craig A., *Southeast Asia in World History,* Oxford University Press, 2009.

Taylor, Keith W., *The Birth of Vietnam,* University of California Press, 1991.

Harrison, William Henry, *Mother Shipton Investigated: The Result of a Critical Examination of the Extant Literature Relating to the Yorkshire Sibyl,* Forgotten Books, 1976.

Parkinson, Thomas, *Yorkshire Legends and Traditions As Told By Her Ancient Chroniclers,* Her Poets and Journalists, Kessinger Publishing, 2003.

Shipton, Ursula, *«The prophesie of mother Shipton» en Copac,* https://copac.jisc.ac.uk.

Gombrowicz, Rita, *Gombrowicz en Argentina,* 1939-1963, El cuenco de plata, 2010.

Gómez, Juan Carlos, *«Witold Gombrowicz y las tías culturales» en Quaderns digitals,* www.quadernsdigitals.net.

Schulz, Bruno, *«Retrato de Zofia Nałkowska a propósito de su última novela» en Ensayos Críticos,* Maldoror ediciones, 2004.

Referencias

1 Este capítulo, el más dramático de su libro Magic and mystery in Tibet, fue confirmado por David-Néel una y otra vez en las conferencias que dio hasta el final de su vida. La escritora insistía en que no había nada extraño en su fantasma. Lo interesante para ella, era la materialización y que otras personas pudieran ver lo que había creado con el pensamiento.

2 «Mi hija tiene la piel blanca, pero su alma es amarilla», cita del padre de Alexandra.

3 En 1937, en plena ascensión del nazismo, las pinturas de Kirchner fueron calificadas de «arte degenerado» y se destruyeron muchos de sus trabajos.

4 Más del doble que los diarios del célebre inglés Samuel Pepys.

5 Este código recién fue descifrado en la década de 1930.

6 Texto adaptado del «Capítulo I. El Rey Nezahualpilli tiene una hija», de El Corazón de Piedra Verde de Salvador de Madariaga.

7 Institución conocida como Triple Alianza, confederación de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan.

8 El Manantial fue incluso llevado al cine y protagonizado por Gary Cooper y Patricia Neal.

9 Cada año se venden 800 000 ejemplares de las obras de Rand y lleva hasta el presente más de veinte millones de ejemplares.

10 Para ese tiempo ya existían unos 40 000 kilómetros de vías.

11 Best seller de Friedrich Naumann. Voz alemana que hace referencia a Europa Central. Palabra que denota el concepto político y geográfico de una Europa Central dominada y explotada por Alemania. Plan del Imperio Alemán que tenía como objetivo alcanzar la hegemonía cultural sobre Europa central y posteriormente la explotación económica y financiera de esta región.

12 A pesar de que los franceses habían sido los primeros en usar esta arma de guerra el año anterior, la fórmula alemana mejorada era más mortífera y se había fabricado en grandes cantidades.

13 La literatura talmúdica y postalmúdica dice de Samael: nombre en hebreo que combina las voces sam, que significa «veneno», y el, que significa «Dios». Samael, Veneno de Dios, es el Ángel de la Muerte en la tradición judía, no un demonio, sino un arcángel capaz de ser tan maligno como bondadoso.

14 La más conocida: Frances (1982), protagonizada por Jessica Lange.

15 Según sus detractores.

16 Grunge: en ocasiones conocido como «sonido de Seattle», es un subgénero del rock derivado del rock alternativo influenciado por el noise rock, tomando sonidos cercanos al hard rock, el heavy metal, el punk y el hardcore punk y con estructuras cercanas al rock clásico. En Seattle tuvieron origen las bandas más influyentes de este género a comienzos de los 90 como Nirvana, Pearl Jam, Soundgarden, Alice in Chains o Mudhoney. Fuente: Wikipedia.

17 En el nórdico antiguo la palabra vikingar fue de uso exclusivamente masculino. Estrictamente hablando las mujeres no fueron «vikingas». Con el tiempo, el adjetivo incluyó a toda persona perteneciente al pueblo escandinavo de guerreros y navegantes.

18 También se la conoció como Roxolena, Roksolana, Roxolana, Roxelane, Rossa o Ruzica, todos ellos apodos derivados del intenso color rojo de su cabellera. Para los turcos fue «Hürrem», algo así como «la más alegre y divertida».

19 Selim II se ganó su apodo de el Borracho. El rubio-pelirrojo sultán que sucedió a Solimán fue un libertino de ley, tan famoso por sus juergas (y orgías) como por su desastroso gobierno.

20 Haseki Hürrem Sultan Hamamı («Los baños de Roxelana») fueron construidos por orden de Solimán para homenajear a su esposa.

21 Esta contribución a la tecnología inalámbrica fue puesta en uso en 1951.

22 La elite neoyorquina estaba constituida fundamentalmente por holandeses e ingleses que hicieron fortuna y participaron en la independencia estadounidense.

23 Instrumento financiero que emplean los estados para financiar las operaciones militares durante un período de guerra.

24 Hace alusión a la negativa de Teodoro, filósofo cirenaico, a que Hiparquía acompañase a Crates a los banquetes, ya que solo las hetairas (prostitutas) podían hacerlo.

25 Hipparchia es un género de mariposas dentro de la familia de los ninfálidos.

26 En Estados Unidos no se permitió a las mujeres ser parte de la policía hasta 1891 y no hubo detectives femeninas hasta 1903.

27 Allan Pinkerton lamentó siempre no haber estado a cargo de las medidas de seguridad ese 15 de abril de 1865, cuando el actor John Booth disparó una bala en la cabeza de Lincoln. Según él, Kate Warne, su detective femenina, no hubiera fallado.

28 Teddy Sandwina heredó la fuerza materna, se convirtió en boxeador de peso pesado y terminó retirándose con un récord de 46 victorias, 38 de ellas por knock-out.

29 «When we two parted», poema de Lord Byron.

30 El examen imperial de la época feudal era una vía por la que los letrados y estudiantes se hacían funcionarios para participar en los asuntos políticos. Sin embargo, estaba abierta exclusivamente a los hombres. Si se hubiera permitido a las mujeres participar en los exámenes imperiales, la historia de China habría cambiado en gran medida y un número considerable de hombres hubiera perdido su

puesto.

31 Las cartas de lady Montagu tuvieron gran influencia sobre pintores orientalistas como Ingres, quien nunca viajó a Oriente ni pisó un harén y se inspiró en esas letras para su cuadro más famoso: El Baño Turco.

32 Radio más sulfuro de zinc. El producto fue bautizado como Undark.

33 Moth significa «polilla».

34 Las palabras percanta («mujer», desde el punto de vista amatorio) y amurar (con significado de «abandonar») pertenecen al lunfardo. «Percanta que me amuraste, en lo mejor de mi vida, dejándome el alma herida y una espina en el corazón…», es la letra de «Mi noche triste» primer tango cantado por Carlos Gardel.

35 Creador y exponente del Creacionismo, considerado uno de los cuatro grandes de la poesía chilena.

36 El crítico literario dijo de Teresa: «Esta mujer que lleva a cuestas la maldición de su belleza no es sino una escritora, una gran escritora que si fuese hombre y tuviese barbas formaría parte de todas las academias y llevaría todas las condecoraciones… Solo que, ¡ay!, es una mujer y es lo más bonito de las mujeres».

37 «Morir, después de haber sentido todo y no ser nada…», diario de Teresa Wilms Montt.

38 Bonaparte fue portadora de uno de los anillos que Freud regalaba a los discípulos excelentes, como también lo fueron su hija Anna Freud y Lou Andreas-Salomé.

39 Publicó numerosos opúsculos sobre sexualidad femenina y frigidez, así como un voluminoso estudio sobre Edgar Allan Poe.

40 Marie Bonaparte también salvó la vida de otros doscientos intelectuales que rescató de la persecución nazi. No tuvo éxito, sin embargo, cuando intentó rescatar a las hermanas de Freud que finalmente murieron en los campos de exterminio.

41 Según el último Premio Nobel Ruso Josef Brodski.

42 Un vocablo muy Tsvietáieva.

43 Fundador del Museo Pushkin de Bellas Artes.

44 Diminutivo de Sergei.

45 Los «cisnes» del título se refieren a los voluntarios en el ejército blanco, donde su marido luchaba como oficial.

46 Samizdat fue la copia y distribución clandestina de literatura prohibida por el régimen soviético. Las copias se hacían de pocas en pocas y se esperaba que los que las recibían realizasen copias adicionales. Esto se hacía normalmente mediante el mecanografiado o la escritura a máquina de los textos en cuestión o, en su defecto,

mediante la simple copia manuscrita. Esta práctica para eludir la censura oficial estaba llena de peligros, ya que se imponían duros castigos a las personas capturadas en posesión de copias de material prohibido. Fuente: Wikipedia.

47 «Balada para un loco», tango de Astor Piazzola y letra de Horacio Ferrer.

48 Ibidem.

49 Lo que traducido sería:

—Winston, si usted fuera mi esposo, le daría gusto a su café… con veneno.

—Señora, si yo fuera su marido, lo bebería.

50 Sus hazañas le valieron la George Medal en 1945, la Medalla de la Libertad de Estados Unidos, la Médaille de la Résistance y tres veces la Croix de Guerre.

51 Las palabras de la Ghigau tenían mucho peso en el Consejo. Los cherokee creían que el «Gran Espíritu» hablaba con frecuencia a través de la «Mujer Amada». Es importante recordar que antes de la llegada de los conquistadores europeos, los cherokee tenían una sociedad matriarcal. Las raíces de las familias se rastreaban por línea materna. Fueron los británicos quienes instalaron la línea patriarcal alrededor del 1700.

52 Es venerada como la Patrona de conversos y viudas.

53 MoMA, Jackson Pollock.

54 En alusión al célebre Oblómov, protagonista de la novela del ruso Iván Goncharov.

55 Para Ibn Jaldún (1332-1406), «el sufismo es una forma de conocimiento de la Ley religiosa; fue la vía seguida por los Compañeros del Profeta, sus discípulos y sus sucesores. Reposa en la práctica estricta de la piedad, de la fe exclusiva en Dios, de la renuncia a las vanidades del mundo, a los placeres, a las riquezas y los honores que buscan el común de los mortales, y en momentos de retiro, lejos del mundo, para entregarse a la oración. Todo esto era corriente entre los Compañeros del Profeta y los primeros musulmanes. […] Los sufíes se caracterizaban por el ascetismo, la renuncia y la piedad. Después desarrollaron un género de conocimiento particular, los éxtasis. El novicio sufí progresa de una estación a otra hasta la experiencia de la Unidad divina (tawhid)». Fuente: WebIslam.

56 El grado de coronel de la KGB era una dignidad extraordinaria en una mujer y extranjera. Según el escritor Javier Juárez, autor de Patria, una española en la KGB, solo hubo dos españoles que llegaron a esa distinción: una fue África y el otro, Ramón Mercader, el asesino de Trotsky.

57 Este récord se mantendría vigente durante 17 años, hasta que fue batido por la australiana Marjorie Jackson en los Juegos Olímpicos de Helsinki de 1952.

58 En una ironía de la vida, fue Helen Stephens por sus «trancos

masculinos» quien fue sometida a un examen ocular para confirmar su identidad sexual en esa competición.

59 Los documentos de sus primeros años, incluida la partida de nacimiento, dicen claramente que era una mujer. Walsh no tuvo acceso a los esteroides en su vida.

60 Aparentemente la condición sexual de Walsh fue un caso de intersexualidad.

61 En los Juegos Asiáticos de 2006, le fue retirada la medalla de plata a Santhi Soundarajan en la carrera de 800 metros después de no superar un test de verificación de género.

62 «Poder mundial o ruina».

63 Hitler vivía en un palacete ubicado en el 77 de Wilhelmstraße. Con el tiempo se denominó Führerwöhnung.

64 Trabajó para la revista Stern y fue la única que consiguió entrevistas con J. F. Kennedy y Lyndon Johnson.

65 Diego Rivera solía contar una anécdota (apócrifa) acerca de la paternidad de Maurice Utrillo: «Después que nació Maurice, Suzanne fue a Renoir y le dijo: «Es tu hijo«. Renoir miró al bebé y respondió «No puede ser mío, el color es terrible«. A continuación, Suzanne le dijo lo mismo a Degas: «Él no puede ser mi hijo, la forma es terrible«. Finalmente en un café, la mujer vio a Miquel Utrillo, le confesó sus pesares y el hombre se ofreció inmediatamente a darle su apellido al bebé, mientras le aseguraba «¡Yo estaría encantado de poner mi

nombre a cualquier obra de Renoir o de Degas!».

66 Tanto un asteroide (6937 Valadon) como un cráter en Venus fueron nombrados en honor a Suzanne. Un cuadrado en la base del funicular de Montmartre, en París, se llama Place Suzanne Valadon.

67 Suzanne Valadon y Maurice Utrillo simbolizan el cambio de siglo en Montmartre. Madre e hijo atípicos, estuvieron en el centro de un mundo artístico que pertenece a dos épocas: el impresionismo y la escuela de París.

68 Los pitagóricos introdujeron los denominados números amigos y números perfectos. Un número es perfecto cuando es igual a la suma de sus divisores excepto él mismo. De este modo, el número 6 es un número perfecto porque 6 = 1 + 2 + 3.

69 Según consta en la lista de la Vida de Pitágoras, del filósofo e historiador sirio y neoplatónico Jámblico.

70 Rubén Darío los describió así en su artículo «Año Nuevo», de la serie «Artículos de París», publicado en La Nación. Suplemento Semanal Ilustrado el 19 de febrero de 1903.

71 Vietnam tiene más de 2500 años de antigüedad. Durante más de mil años estuvo asediado y fue agredido por las dinastías feudales chinas; estuvo casi un siglo bajo dominación francesa, a los que siguieron nueve años de resistencia contra la guerra de reconquista del colonialismo francés; más de veinte años duró una de las guerras más criminales desatada por Estados Unidos, de la que finalmente logró la victoria definitiva en 1975 y su reunificación territorial no se produjo hasta 1976. Fuente: Embajada de Vietnam en Argentina.

72 Las hermanas Trung son consideradas un símbolo nacional y representan la libertad e independencia de Vietnam. Muchos templos están dedicados a ellas y un día de febrero se conmemora su heroica muerte.

73 Cinco años antes que Nostradamus.

74 Ese año gran parte de Inglaterra abandonó sus casas y pasó la noche en oración en iglesias y capillas esperando la llegada del apocalipsis.

75 En ese salón se conocieron Schulz y Gombrowic.

76 Desde la segunda mitad del siglo XVII, el emblema de Varsovia es dicha sirena con una espada y un escudo en sus manos.

77 Fue asesinado por el oficial Karl Günter de las SS. Le disparó dos tiros en la nuca cuando el escritor recogía su ración de alimentos.